

MA

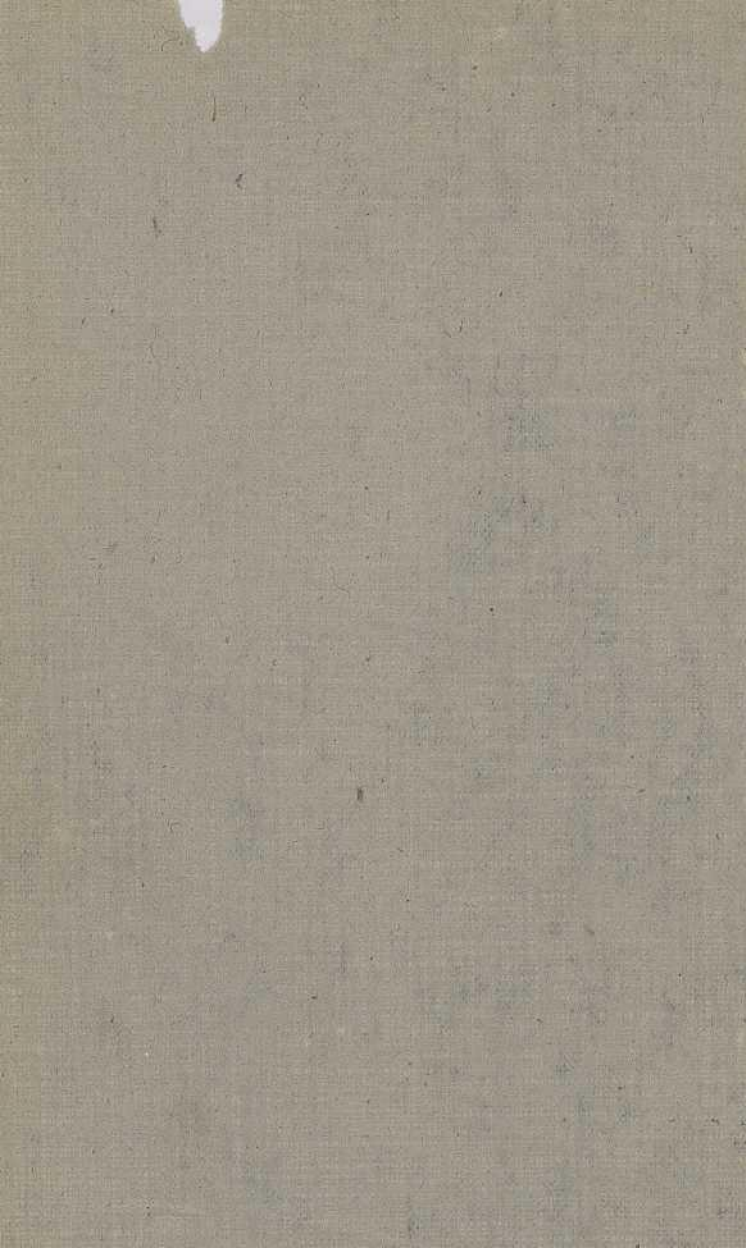
MA

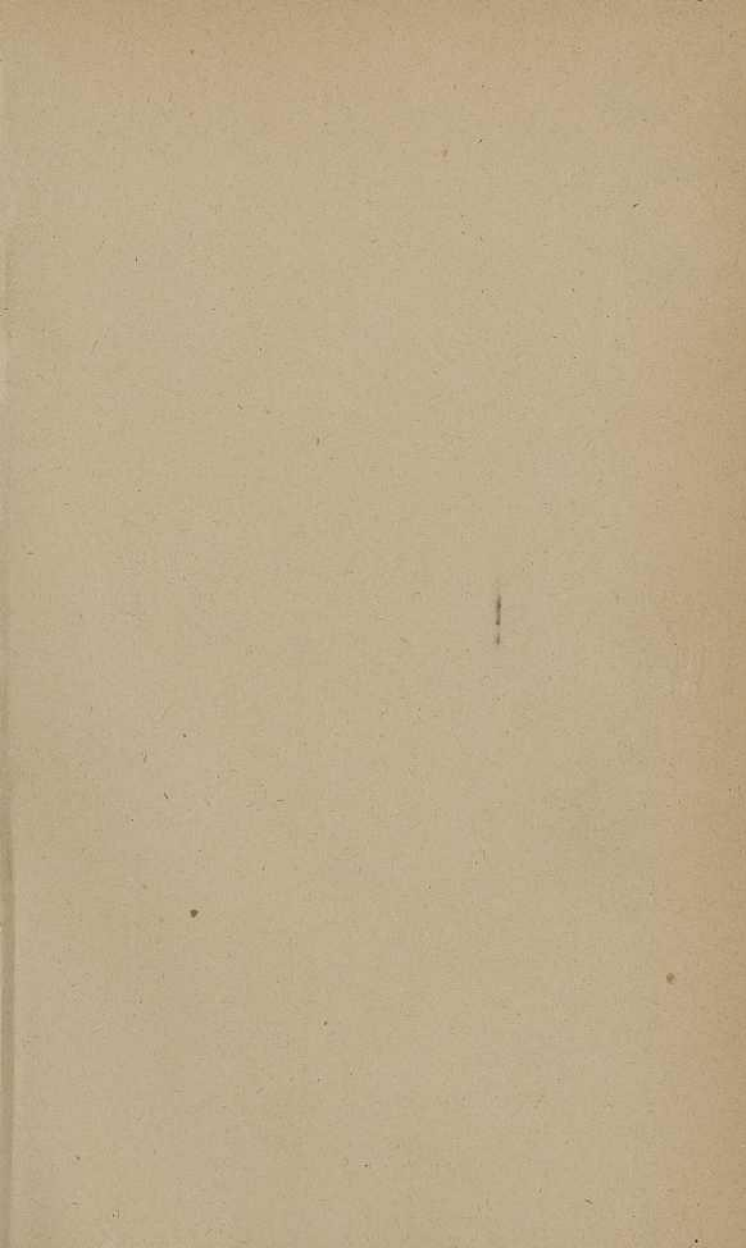
MA

29

3.829









2105

3786

2105

8-5



EDUARDO GOMEZ SIGURA

LA BALIJA ROTA

COLECCIÓN DE CARTAS

SOBRE

POLÍTICA, HISTORIA Y LITERATURA



MADRID

IMPRENTA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado

1885

PROPIEDAD DEL AUTOR

AL SEÑOR

DON MANUEL GOMEZ CALDERON

Sólo en ti hallará benevolencia este libro, y por eso pongo tu nombre al frente de sus páginas, las cuales desearía, no para envanecimiento mío, sino para satisfacción tuya, que fueran como la forma externa de un alto pensamiento, el artificio retórico de algo trascendental, que me diese derecho á creerme de algún modo comprendido en las célebres palabras dirigidas á Cornelio Tácito por Plinio el Joven.

Pero, malo y todo, á ti te parecerá excelente por ser, como es, obra de tu hijo

Eduardo.

Aldea de Calderón (Cazorla) abril de 1884.



PREFACIO

DEPLÓRASE á la continua que no se pueda nunca, en esta pobre España, establecer la normalidad en ningún orden de la actividad humana y de la vida nacional. Pero yo juzgo que no tenemos, en rigor, el derecho de poner muy alta la queja, pues con las irregularidades que determina la brusquedad de los cambios atmosféricos, bursátiles, políticos y sociológicos, coinciden por fortuna muy bellas y singularísimas periodicidades.

¡Ya ven VV.!

Se comulga todos los años por Pascua Florida ó antes si ocurre peligro de muerte.

Se admiten, en cada nueva legislatura, á sí-nodo, bajo la alta autoridad del primado de la



restauración, monseñor Cánovas, á los diáconos, subdiáconos y acólitos, esto es, á los jefes, subjefes y jefecillos de la izquierda para que prueben su suficiencia en materia de liturgia gubernamental, y definan del modo que Dios les dé á entender el augusto dogma de la consustanciabilidad de las dos soberanías, la de la Corona y la del país, explicando cómo éste, después de reconocer, según le toca de obligación, que la potestad monárquica es un poder anterior y superior á todo convencionalismo y á toda ley, puede seguir siendo soberano, cosa no menos enrevesada é intrincadilla, que aquella de «cómo la Virgen pudo parir y seguir virgen.»

Se quedan los partidos desmantelados de ropa, de gente, que para el caso es igual, cuando caen del Gobierno, así como pierden las vides sus pámpanos en el otoño y recobran sus adeptos cuando suben, así como los árboles se visten de nuevas hojas al brote de la primaveral savia.

Sale el rosario de la aurora, es decir, se anda á farolazos siempre que se eligen Cortes, ó antes si se renuevan los Ayuntamientos, para facilitar el parto á la Soberanía Nacional (¿?); y

Se roban los trenes cada quincena, ó antes si

hay noticia de que las tesorerías de provincias hacen remesas extraordinarias de fondos al Ministerio de Hacienda.

Nadie ignora, como no sea la Guardia civil, que el sitio más querencioso de los salteadores está, por lo que se refiere á la línea de Andalucía, en las cercanías de la estación de Quero, y puede decirse que de muchos años á esta fecha, se han desplumado allí más criaturas que aves sucumben en una romería de peregrinos españoles, para reponer con caldo de gallina las fuerzas de tanto católico, quebrantadas por el ayuno y la maceración.

Cierto amigo mío, el jóven ***, que reside, no diré el nombre del lugar, pero, en fin, en tierra de la Mancha, ha tenido, ya porque, como dice Paul Feval, «toda ruina encierra su grandeza,» ó ya por aquello de que «la imaginación gusta de estremecerse,» ha tenido la humorada, repito, de inspeccionar en los primeros instantes la línea por el punto cortado; y casi siempre ha recogido multitud de cartas abiertas y á medio abrir, esparcidas entre las astillas de los coches rotos y demás vestigios de la catástrofe. Por el hallazgo de estos papeles supone mi amigo que los ladrones, después de hacer el espulgo reglamentario en el bolsillo de los pa-

sajeros, rompen las balijas en busca de certificados con libranzas, y así se explica el frecuente extravío que sufren esos paquetes interesantísimos de la correspondencia pública, pues no es posible concebir que el mal proceda de los empleados del ramo, aquí donde todos los ramos se hallan perfectamente organizados, incluso el de Correos.

Pero sea cualquiera la causa de la inseguridad de los certificados y el género de extravagancia en que merezcan ser clasificadas las exploraciones de mi amigo, es lo cierto que el joven *** ha reunido un magnífico epistolario, del cual he entresacado, con la competente venia, gran número de cartas de distintas fechas, algunas aisladas, otras que forman una correspondencia completa, y todas interesantes por su contexto y su literatura. En esos papeles, que por móviles harto generosos entrego á la publicidad, hay asuntos para muchas cosas, no poco que al reformador político puede ser utilizable, episodios para tal cual novela, hermosas puerilidades con qué aumentar las *Relaciones* de Fernán Caballero, sublimes tristezas y locas audacias, que habrían provocado la poética lamentación ó la cruel ironía del inmortal Figaro.

Por lo que á mí toca, nada con esos, ni con mejores y más ricos materiales podría construir, pues ni tengo facultades de escritor, ni desearía tenerlas aquí, aquí donde el cultivo de las letras es menos que un oficio; donde ingenios de alta guisã han menester abrir un paréntesis en sus trabajos literarios, para hacer menos pesado, apelando á las prosaicas industrias, el tributo de la vida; donde la miseria y la gloria forman algo parecido á ese matrimonio de que habla Tácito: *sic vivendum, sic pereundum*; donde la flauta de un miserable concertista suena á los oídos de la muchedumbre mejor que el laúd de un poeta patriota como Berchet, lastimero como Heine, fascinador como Espronceda; aquí, en suma, donde los grandes publicistas arruinados por sus editores, Zorrilla sin jubilación, los hijos de Becquersin pan, el éxito desdeñoso con el genio y viviendo como en extraña mancebía con la inferioridad, inspiran, contra el gusto literario del pueblo español, quejas aún más tiernamente sentidas y más virilmente expresadas que las que, contra el pueblo norte-americano, formula el célebre traductor de Edgar Poe...

Las páginas del presente libro no me pertenecen, pues; constituyen una obra en la que sólo he puesto una buena voluntad, honesta-

mente dirigida, á que recobren sus papeles muchos de los despojados por los salteadores manchegos.

Dejo en el buzón de la prensa, para que no sufran nuevos extravíos, documentos que importa vayan á su destino, y lo hago con expresa renuncia del cuarto del cartero que, en rigor, me correspondería. Doy al público lo que en privado he recibido. Nada pongo de mi cosecha, y en fin...

En fin, lector, *como me lo contaron te lo cuento.*



CORRESPONDENCIA PARLAMENTARIA

ENTRE UN DIPUTADO QUE ES Y OTRO
QUE NO QUIERE SERLO



CARTA PRIMERA



SOBRE Juanito: No te equivocas; es muy cierto: un diputado que no habla tiene la misma importancia que un cura de misa y olla ó que un torero en invierno, como diría el festivo poeta valenciano. Van los hombres al Congreso impulsados por la ambición de brillar, de subir, de figurar, sin comprender que hay entre los que hablan y los que callan la misma diferencia que entre la luz del fósforo y la luz eléctrica; entre el grajo y la alondra; entre la estatua de yeso que pasea por las calles de los villorrios el vendedor de santos bonitos y baratos y la hermosa estatua del escultor toscano.

La culpa, en verdad, la tiene el país, pues no quiere convencerse de que los retóricos le han perdido, de que cada gran discurso que le trae la *Gaceta* le cuesta un nuevo tributo ó un aumento en el contingente activo del ejército,

y de que los oradores se hacen pagar más caras sus imágenes que las imágenes religiosas sus milagros.

La Época, en cuya redacción abunda la gente patriótica y sesuda; *La Época*, alarmada con tales exageraciones del sistema y con el crecimiento del ascendiente oratorio, aboga incessantemente por que se restrinjan los debates, por que las oraciones parlamentarias se recen y no se canten, por que las ideas se diluyan en un vaso tan pequeñito que apenas pueda contener media docena de palabras, por que se vayan amortizando plazas de taquígrafos y los oradores dejen de cobrar el barato. Pero no obstante los buenos oficios del periódico conservador, es lo cierto que el público se desvive por asistir á esos torneos de la palabra que se verifican en la arena de las Cortes.

Yo no sé si la crisis fabril que desde hace mucho tiempo consume á Cataluña puede depender en poco ó en mucho de la amplitud de las discusiones del mensaje; yo no sé si la excesiva mortalidad que se nota en Madrid puede ser producida por una infección de retórica; yo no sé si el orden público mejoraría poniendo en vigor la ley de vagos y declarando como tales á los oradores; pero ¡ay! el día en que se destruyese la tribuna parlamentaria, se habría cegado para siempre el último resquicio por donde podemos asomarnos con noble orgullo á la contemplación de Europa, y habría desaparecido el único punto luminoso que el alma española di-

visa en el cada día más oscuro horizonte de su patria.

Ya no se acuerdan en Italia de Gonzalo de Córdoba, ni en Holanda del Duque de Alba, ni en París de Alejandro de Farnesio; ya no hacen nuestros barcos audaces travesías; ya, apenas, es de caña el cetro de nuestros Reyes; aquellos leones, digna cabalgadura del viejo guerrero español, se han cortado las melenas, no ejercen, actualmente, como si dijéramos; aquel sol que jamás se ponía en nuestros dominios, es sol de otoño, pálido, tristón, descolorido, y aquella espada que reunió á los cristianos en los riscos de Asturias después de los descalabros del Guadalete para proveer á la reconstrucción de la monarquía tradicional, apenas pincha ya, y ni siquiera podría ceñírsela con gloria el segundo capitán del siglo, nuestro ilustre compatriota D. Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque.

Casi sin súbditos en América, sin esperanzas en Asia, sin exploradores en Oceanía, sin minas en la California y sin voto en los consejos de Europa, ¿á dónde iríamos á esconder nuestra ignominia si no fuésemos grandes por la palabra y pudieran admirarnos desde el pie de nuestra tribuna los que no pueden ya temernos ni como á diplomáticos, ni como á estadistas, ni como á conquistadores?...

Ilustres españoles que extendisteis bien lejos el confín del patrio hogar, que domeñasteis el orgullo flamenco y la fiereza mora, que hicisteis al Mediterráneo vuestro vasallo y á la for-

tuna forzoso cómplice de vuestra audacia; ilustres españoles de los tiempos heroicos, ¡descansad en paz! La España del siglo XIX puede bendeciros, pero no imitaros. Cuando el gran Federico, obligado á extender su reino, erigido sobre la base de un territorio exiguo, tuvo que defenderse de la nota de usurpador que le lanzaban los Soberanos de los territorios colindantes, exclamó discretamente:—«La geografía no me permite ser honrado.» Decía bien el fundador de Prusia, y no haríamos nosotros menor alarde de discreción exclamando:—«La geografía no nos permite ser conquistadores.»

Pero ¡ah! estas montañas de cuyas venas se nutren los grandes ríos, en cuyas altas cornisas se recuesta la luna, y cuyos verdes agudos picos parecen, iluminados por la ondulante luz crepuscular, aéreas agujas de inmensas torres de esmeraldas; este clima templado y apacible; esta vegetación espléndida como la indiana; estos huertos de Valencia; estos valles de Asturias; estos cármenes de Granada; estos bosques olorosos de alegres naranjales que renuevan la memoria de los jardines de Medina-Azhara; estas orillas del Betis en donde la superstición y la fantasía de la antigüedad creía ver las avanzadas del Paraíso; estas cordilleras vascas por donde se extienden como reliquias patrióticas los sepulcros de los únicos adversarios de la invencible Roma, y estos montes de Cataluña por donde vagan como murmullos de una serenata inextinguible las patéticas armonías de

los trovadores provenzales, harán siempre de España la cuna de los músicos, de los poetas, de los oradores, y aun encerrados, como estamos, dentro de la mortal argolla, que ciñen contra nuestra garganta, de un lado la presión del Pirineo y de otro la vergüenza de Gibraltar, ejerceremos, en otros países, por la mansa dominación de la pluma y del pincel y de la palabra generoso influjo, generoso y duradero, ya que hoy sólo es duradera y posible la conquista del genio, del arte y de la idea...

Juanito, mi querido Juanito: ya ves que no te contrarío, que te doy la razón y que de tal manera procuro identificarme con tus opiniones, que por cantar las excelencias de la oratoria parlamentaria, he llegado hasta la hipérbole.

La oratoria! ¡oh, feliz quien en tan divino arte sobresale y tan poderosa arma social sabe manejar! Es impropio que los académicos discutan sobre si la oratoria es un género literario simplemente útil ó simplemente bello, si se aproxima más á la didáctica ó á la poesía, si para conservar su propia finalidad necesita sacrificarlo todo á las exigencias estéticas ó á las soluciones prácticas. El orador completo lo es todo; debe serlo todo: cuando expone, cuando razona, su esfuerzo es puramente didascálico; cuando imprime, como diría Campany, en el ánimo de los oyentes los afectos que tienen agitado el suyo; cuando mueve las voluntades rebeldes á la aceptación de la idea nueva venciendo las resistencias tenacísimas que á toda

reforma opone la vieja idea, destácase á la mirada pública con el cincel potente del escultor, que hace á su antojo blanda la piedra y flexible el mármol; cuando por medio del descrédito prodigado en la viril censura promueve el general convencimiento sobre la execrabilidad de los poderes, y vuelca á las mayorías del lado de su ideal, muéstrasenos émulo del atleta de los campamentos; y cuando con acento enérgico, dolorido ó amante, expresa sus creencias, sus incertidumbres ó sus esperanzas, el ritmo musical de la palabra, la exuberancia poética y el carácter de subjetividad del discurso, lo transfiguran, haciéndole aparecer iluminado con todas las fulguraciones del genio de los grandes líricos.

No extraño, pues, que tú, amigo mío, joven apasionado, erudito, ambicioso, inquieto, muestras aficiones invencibles por los nobilísimos combates de la palabra. Me figuro tus insomnios y tus ansias, tus desmayos y tus ardimientos, tu odio á lo vulgar, tu aspiración á subir.

¡Alas! ¡alas! volar por las alturas
Del hondo valle á la empinada cresta,
Y allá, sobre los rayos de la aurora,
Cerner el alma en la región serena.

Alas tener y dominar los mares
Junto al sol purpurino del Oriente.
¡Alas... volar también sobre la vida,
Pasar al otro lado de la muerte!

exclamarás muchas veces, y evocarás después

la musa de los oradores, porque, á la verdad, no hay alas tan rápidas como las de la elocuencia, ni aun entre las águilas que anidan sobre los Alpes, ni aun entre los pájaros que ha idealizado la hermosa pluma de Toussenel. Pero, Juanito, no te entregues á esperanzas imposibles. Confórmate con amar la belleza, que ya es don preciado, el saber sentirla, aunque inferior ciertamente al de realizarla. Es inútil que pretendamos sobresalir en aquellas esferas de la inteligencia que más profundamente despiertan nuestra admiración, si no tenemos las aptitudes necesarias.

Yo no he gozado en París en ningún sitio tanto como en la plazuela de Saint-Germain, en aquel museo viviente, como dice Michelet; dentro de un gabinete de Historia natural se me hacen fugaces las horas como las del festival y la orgía á la juventud atropellada; el examen de la planta, el vuelo del ave, el análisis del mineral, el secreto de la generación de la flor, el relato de los viajes del explorador botánico, el estudio de la variedad de las especies, los libros de Darwin me deleitan con deleite irresistible: pues, sin embargo, no me doy de calabazadas para hacerme de una reputación de naturalista. La romanza, la sinfonía, el órgano, el arpa, Mozart, Rossini, ¡oh! la música, todo lo que huele á música me enloquece: pues, sin embargo, no he intentado nunca tocar ningún instrumento, y por no tocar nada, no toco pito ni flauta en ninguna parte. Yo he andado con la fantasía

todo el camino victorioso que anduvo Napoleón desde el consulado al cesarismo, desde Tolón á Alejandría, desde Rívoli á Wagram, y he creído escuchar la protesta del Papa cautivo y el estruendo de la majestad de los poderes históricos, que se desplomó al caer, poco menos que de rodillas, delante del oficial corso, los inquisidores de Venecia y los caballeros de Malta, los Reyes de Nápoles y Prusia, los Emperadores del Norte y los representantes de todas las soberanías enclavadas en la antigua Confederación germánica; sé la vida y milagros de todos los conquistadores; tengo los retratos de los más famosos héroes militares: pues sin embargo, no se me ha ocurrido exclamar nunca: «¡Quién fuese César, Gonzalo de Córdoba, Napoleón!» ni siquiera «¡Quién fuese el sargento García, Martínez Campos ó el Noy de las Barraquetas!»

Me basta con admirar lo grande, sin figurar entre los grandes, para creerme superior á la inmensa masa social. Lo mismo, Juanito, debe ocurrirte á ti. ¿Sientes fascinación irresistible hacia el divino arte? Pues confórmate con haber recibido del cielo disposiciones para amar cosa tan bella. Sábetete que te voy á tomar por loco, y temores he sentido de que ya pudieras estarlo, al ver estampado en tu carta este párrafo originalísimo: «Aunque me reconozco sin pizca de numen oratorio, me siento obligado á intervenir en las más arduas tareas del Parlamento, para satisfacer compromisos de honor y regre-

sar á mi distrito sin correr riesgo de que me apedreen los muchachos.»

Juanito: modérate, por Dios, y vuelve al buen camino; ni el honor está en la lengua, ni la palabra, por mucho que valga, y ya hemos convenido que vale bastante, puede dar la medida del patriotismo de nadie. Cada cuál, desde el escaño del diputado, puede servir bien á su país, y tú puedes servirle muy dignamente con la boca cerrada. Para hacerse de ínsulas como la Barataria, y para obtenerlas por el procedimiento de Sancho, á tamborilazos, preferible es quemar todos los libros de caballería habidos y por haber, es decir, todas las colecciones de discursos, perenne y peligrosa tentación de medianías insaciables.

No envidies, amigo mío, ciertas exhibiciones de nombres oscuros, y no te inquiete la puerilidad de ver el tuyo en el *Diario de las sesiones*. Piensa que no ha concluído el peligro cuando se ha vadeado la tribuna, y que después de desprenderse de los labios la improvisación, la criatura, digo, el discurso, tiene que recibir el bautismo de la sátira y pasar por la estrechez del periódico. ¡Oh! ¿qué ganarías tú con que cuatro gacetilleros te hiciesen una reputación á fuerza de chistes de esos que chorrean sangre?

Ya se me alcanza, Juanito; lo comprendo perfectamente; un joven como tú, de figura arrogante, de mirada avasalladora, de gracioso ademán y de temperamento impetuoso, realizaría su fortuna en cinco minutos y conquistaría

el amor de más de una bella chica, de las que asisten al palco de la Presidencia, debutando en un solemne debate, sobre motivos, v. gr., de una infracción constitucional. Lanzarse, sin el salva-vidas de una reputación hecha, á la tribuna en un día de oleaje, de inmensa agitación política, de pleamar; lanzarse así desde el rincón de un distrito apartado, con un nombre ignoto, al palenque de los grandes oradores y descargar, con todas las brillanteces de la elocuencia fulmínea, sobre la conciencia de tal partido ó de cuál Gobierno, una oración gallardamente apasionada, sublime, valiente, coruscante, entre el asombro, primero, de la Cámara, que pregunta por el nombre del tribuno, y la admiración, más tarde, del país que saluda, en la persona del desconocido, la aparición de un nuevo astro parlamentario; eso ¡nombre de Dios!, eso es realizar la más incomprensible de las transiciones; es algo más que pasar en una noche del Polo al Ecuador, de las neveras de Laponia á las estufas de las cimas calentadas por el sol del Mediodía, del cielo pardusco y brumoso de las islas británicas al cielo sonriente, soñador, ideal de Andalucía; es ganar en pocas horas la orilla de la inmortalidad; subir sin andamiaje, sobre el lomo del águila, á lo más alto del Olimpo; convertirse, para decirlo de una vez, por los milagros del éxito, de hombre en Dios, así como el célebre Quintín Metzys, por los milagros del amor, convertirse pudo de Vulcano en Apeles.

¿Pero están los triunfos al alcance de las ambiciones? ¿Hemos de ser todos tribunos? ¡Ah! y no me digas que yo puedo sacarte del atolladero, porque ni en este punto se admiten sustituciones como en los exámenes de los escolares, en tiempos de libertad de enseñanza, ni podrías decir nada bueno por boca mía, ni el consejo en casos tales remedia cosa alguna. Sin embargo, te haré notar, aunque juzgues que por vía de remedio salgo con un deshilado, que en las fiestas de la gente aristocrática, la mujer más agasajada es la mejor vestida; nadie mirá allí al alma, ni siquiera al linaje. Pues bien: la mujer sin joyas que, no pudiendo ser lisonjeada, no quiere pasar desapercibida, se queda en su casa. Aplícate la moraleja y toma una resolución enérgica; vete á tu pueblo.

Vete, pues, y si te quedas, echa anclas en el salón de conferencias; no dobles, no, el pasillo que comunica con el salón de sesiones, que es peligroso para gente de tu ambición y de tu ineptitud oratoria, como para la marinería el cabo de Buena Esperanza.

Mira, y este sí que es consejo que vale dinero, mira que por ganar reputación de sabio, puedes ganarla de tonto, y no ya los extraños, sino hasta los más allegados dirán de tu tontería algo parecido á lo que de la existencia de Dios decía David; dirán que *era antes que nacieran los montes, y desde el siglo y hasta el siglo.*

ARTURO.





II



MIGO mío: Tu carta, antes me ha afligido que confortado. Hubiérasme dicho que el fuego de los oradores es pura piroctenia; hubiérasme dicho que el consumo de la retórica es una superfluidad peligrosa é infantil; que la pólvora gastada en los Parlamentos tiene una aplicación menos humana, menos útil, menos artística que la pólvora gastada en los petardos, y habrías traído á mi ánimo quietud bienhechora y confortante. Pero rociar la paleta de dulces tintas, de colores incitantes para embellecer el cuadro que excita mi ambición, es crueldad de un género ciertamente inconcebible.

Yo era feliz. Jamás había sentido deseos que no pudieran satisfacerse con oro, y dinero no me falta. Pasaba el otoño de montería en montería, el invierno de costa en costa, el estío visitando establecimientos balnearios, y la pri

mavera en mi quinta de Selva-azul, bellamente situada á las márgenes del Guadalquivir, soñando á la sombra de mis almendros cuajados de flor, y cuidando mis nardos, sobre cuyos blancos cálices se derriten en gotas de ámbar los rayos del sol, de un sol que toma en sus ondas de luz, color y perfume al pasar por las pintorescas sierras de la hermosa Córdoba. Rico, jamás tuve por qué preocuparme de que vivía en España, donde muchas familias no prueban ya el pan de trigo, como la inmensa población de Irlanda, y en donde se venden todos los años millares de fincas por concepto de atraso de contribuciones, para pagar los vidrios rotos por tantos gobernantes filántropos, y tantos ministros sabios como nos han salido; enamorado, jamás dejó de abrírseme la reja allí donde penetraba el sollozo de mi guitarra; y altanero, jamás supe lo que era un quebranto de vanidad. En nuestras monterías de Sierra-Morena, el primer jabalí muerto caía siempre á mis pies; en las tertulias de D.^a Araceli, la señora más encumbrada del lugar, nadie contaba una anécdota con más gracia que yo, ni bailaba con más soltura un rigodón, ni recibía más agasajos de los concurrentes; y para mayor gloria de mi nombre y aumento de mi fama, solía de tiempo en tiempo cautivar la atención de mis protegidos con mis informes sin estipendio en el juzgado de Z.

Pero sábete, Arturo, que un día, en medio de esta felicidad, nunca turbada por ambiciones imposibles, se me presenta una comisión de

magnates de la circunscripción de A, y me dice: «Juanito: V. es millonario, V. es bueno, usted es valiente, V. es orador; sobre todo, V. es orador. Los pueblos van acostumbrándose á creer que no están representados cuando sus diputados no hablan, y no parece sino que nuestro distrito ha buscado siempre sus representantes en el colegio de sordo-mudos. ¿Querría V. hacernos felices?»

No sé qué extrañas ideas cruzaron por mi imaginación ante este ofrecimiento de mis convecinos. Los miré, me estremecí, medité, y les dije: «Señores: Mi palabra estará allí donde yo pueda usarla con orgullo de mis pueblos y provecho de VV... Acepto sin vacilación.»

Por aquellos días yo vivía completamente á oscuras en materias de derecho político, hasta el extremo de creer que la soberanía nacional reside en el magán de cualquier alcalde de monterilla; que la Constitución es un catecismo, cuyas máximas, como las del catecismo de Ripalda, todos conocen de memoria y no practica nadie; que las leyes no rigen para los amigos; que las revoluciones son una especie de redención en la que los redimidos resultan crucificados, y los redentores se cargan con el santo y la limosna; que los sufragios que se dan á los diputados son tan perdidos para la salvación pública como los sufragios que se envían á las ánimas benditas; que las Cámaras se componen, no de padres de la patria, sino de compadres de los Gobernadores; que el país, como la ove-

ja, adora á quien mejor lo esquila, y que el turno pacífico y ordenado de las instituciones realizase con fuga de Príncipes, como en setiembre de 1868, con desarme de milicianos, como en abril de 1873, y con corridas de diputados, como en enero de 1874. En cuanto á esa inmensa maquinaria del sistema representativo, no conocía el más leve resorte ni la pieza más insignificante; en punto á geografía electoral, ignoraba, cuando menos, tanto como de geografía descriptiva ignora cualquier alto funcionario del ramo de Correos; y de organismos, personas, partidos, intrigas, Ministerios, enredos y demás bataholas de la política, maldito si tenía la menor idea. Sin embargo, no me arredré; fuí á los comicios, anduve de acá para acullá, trabajé, luché, vencí, y apenas hube salido de la urna, víme, como las palomas mensajeras de Noé escapadas del arca, sobre las alturas. En un abrir y cerrar de ojos convertíme en sabio, miré por debajo del hombro á todos los oradores del universo, y parecíéronme entonces: Cánovas, un polemista adocenado; Figueras, un abogado ramplón; Romero Ortiz, lo menos excelente de su museo de antigüedades; Moreno Nieto, una locomotora fuera de carril; Carvajal, un andaluz con buena pronunciación; Sagasta, un enfermo de hígado que rocía la tribuna de bilis y no de ideas; Pidal, un rebuscador de desperdicios de púlpito, que construye sus sermones con cuatro pensamientos desperdigados ó cuatro flores ya usa-

das por el deán de Valladolid ó el Arzobispo de Valencia. Fui más lejos aún: creí facilísimo hacerme de una reputación parlamentaria de primer orden en menos días de los que empleó Bonaparte en hacerse de su reputación militar; juzguéme de la estirpe de Mirabeau, y hasta llegué á presumir que la interposición de mi figura en la tribuna de las Cortes produciría irremisiblemente un eclipse de Castelar.

Con estas pretensiones modestísimas, y seguido y aclamado por una multitud, más compacta que la que de ordinario acude á la ejecución de un reo en cualquier pueblo católico, apostólico y liberal de nuestra filantrópica España, me embarqué en la estación de X para Madrid. ¡Madrid!... Al tocar á sus cercanías empezaron á caer esperanzas de mi corazón como caen ramos y hojas de la encina al golpe seco de la segur del leñador.

Cuando llegué á los umbrales del Congreso y tropecé en sus alfombras, ya no era yo el orador del juzgado de L, ni siquiera el joven decidor y verboso de las recepciones de doña Araceli. Los maestros de nuestra tribuna que antes habíanme parecido tan pequeños, tomaron de improviso á mis ojos una estatura atlética, y me pasaba hora tras hora mirándolos con los ojos elevados, así como un pobre quinto contempla absorto desde el pie los cimborios de la Giralda de Sevilla: tan altos y tan grandes los encontraba ya.

Los porteros siguen pidiéndome el *quien vive*

á veinte palmos de distancia de la mampara que comunica con el interior del palacio de las Cortes por la calle de Florida-blanca; á los cuatro amigos compañeros de fonda, únicas relaciones que he podido conquistarme durante mi ya larga permanencia en la capital de la Monarquía, no he podido proporcionarlos billetes de entrada para la tribuna de orden, ni en días de escasa concurrencia, ni siquiera para oír á ese mal aventurado Sr. de Alonso Martínez, que en punto á política lleva más pleitos perdidos que batallas cualquier dignísimo General español. Mi sastre, discípulo el más aventajado de Caracuel, no ha conseguido vestirme todavía con la distinción que merece un diputado del país aunque sea jorobado, y las levitas que me corta dan á mi figura una entonación rural extremadamente risible. Por último, después de dos años de vida cortesana, de encumbriamiento y de dominación, no he perdido la costumbre de hablarle á los Ministros de V. E., de estremecerme cuando el Presidente de las Cortes agita la campanilla, como niño que se asusta cuando se enfada el maestro, y de entrar muy silenciosamente en el salón de conferencias, temeroso de que, al ruido de mis pasos, asomen la cerviz por detrás de las lápidas que honran su memoria, Argüelles, Pacheco, Valdegamas, Galiano, para decirme como las brujas á Macbeth: *¿Qué haces tú aquí?*

Amigo Arturo, cruel amigo mío, en medio de estos dolores por nadie quizá nunca sen-

tidos, acudo á ti en demanda de apoyo, y por toda respuesta consoladora me dices que me vaya á mi pueblo... ¡Irme! ¿Acaso puede el alma sacudir violentamente la ambición que la consume?.. ¿No sería más fácil que la mariposa huyese de la luz cuyo amor la mata? ¿No sería más fácil que el río repasara la pendiente de su cauce antes que consentir sepultarse en el seno de los mares?.. ¡Irme! ¿Y dónde encontraría un Jenofonte que escribiese mi retirada?.. ¡Irme! No, no; no es posible; ya el viejo hogar solariego, mi ventura de otros días, no ejercería ningún atractivo sobre mi corazón, y ni siquiera hallaría solaz en mi quinta de Selva-azul, en aquel pedazo de tierra y de cielo donde los encantos de los meses equinociales de que habla Víctor Hugo curan dolencias del alma, y donde la vida corre tranquila, fácil y oculta, como limpio arroyo, bajo la olorosa nave que forman los rojos capullos de las adelfas, entrelazados con los blancos racimos de los mosquetos, esparcidos en uno y otro lado de sus riberas.

Muchas veces, sí, pienso, como tú, que debo irme, pero el pueblo me espanta. Corrompido ó no corrompido, enrarecida ó saneada, ni yo puedo respirar ya más que este aire, ni vivir ya más que en esta atmósfera. Tomaría prestada la lengua á Castelar por una sola hora á precio de mi vida, y entregaría el alma al diablo con una tranquilidad que Fausto no sintió por una docena de aplausos recogidos al pie de la tribuna de las Cortes españolas.

Sin embargo, voyme batiendo en retirada, y no peleo ya por la gloria, sino por el honor; no pretendo el elogio; busco sencillamente agujero por donde escapar al ludibrio, aunque el agujero sea tan pequeñito como el ojo de la llave por donde la verde niña de la Dolora de Campoamor vió en sus juventudes tan lindas cosas.

En mis momentos lúcidos se me alcanza todo lo estrafalario de mi situación, y me esfuerzo por desasirme de las locas ambiciones que la han provocado. Decido hacer una hoguera de mis ilusiones marchitas y prenderle fuego con la llamarada de mi credencial; juro colgar mi investidura del mismo clavo donde estuvo colgada la carabina de Ambrosic; pero á lo mejor recibo un paquete de cartas del distrito recordándome *lo del discurso*, y adiós juramentos. Hace pocas horas he tenido una de mi novia, que bien merece ser coleccionada entre las más famosas indirectas del famoso Padre Cobos. Dice así:

«Inolvidable Juanito: Suscribeme también al otro *Diario de las sesiones*, pues supongo que deben publicarse dos, cuando en el que me mandan no ha venido ninguno de los grandilocuentes discursos que has debido pronunciar. Tu queridísima, Carlota.»

No necesito decirte, Arturo, cuán penosa impresión me ha producido la lectura de semejante epístola. Carlota es discreta, es hábil, es instruída, conoce del pe al pa todo el mecanismo del Parlamento, y eso de *los dos diarios* es la

guasa más fina y más cáustica que ha podido dársele á ningún mortal.

Ahora no me vengas con paños calientes. A estas latitudes, tu consejo para que me retraiga de la arena parlamentaria, no sólo sería inútil, sería, además, ofensivo. Mi resolución está formada; no la quebrantaré. Mi camino está tomado, y lo andaré hasta el fin. Desde mañana buscaré resueltamente la celebridad, ó por medio del escándalo llamando bruto á algún Ministro, ó por medio de la descortesía, interrumpiendo á los más distinguidos oradores, para que, mal ó bien, aparezca, asociado al de ellos, mi nombre en todos los periódicos de Madrid.

Tu consejo, pues, debe contraerse á señalarme las ventajas del uno sobre el otro método. Basta de dibujos y de ambigüedades. Te exijo y espero únicamente una respuesta categórica,

JUANITO.





III



ÁLGAME Dios, Juanito, y cómo va á reirse Nocedal, si por acaso llega á su conocimiento tu carta. Dirá que el parlamentarismo no es sólo una ficción mezquina, sino diabólica; que los hombres van cuerdos á las Cortes y vuelven locos á sus casas; que los enemigos del sistema representativo están vengados con extravagancias como las tuyas, por cierto muy comunes, y que la entrada de Cromwell en la Cámara inglesa, de Napoleón en el Consejo de los Ancianos, y de D. Manuel en la Asamblea federal, son páginas más brillantes que la entrada de los cruzados en Jerusalem, y de D. Fernando en Sevilla.

Además, la gente del *Siglo Futuro*, los señores de la extrema derecha, los Obispos de sombrero de copa, como diría algún amigo mío, van á poner el grito en el cielo cuando tengan noticia de tu propósito de vender el al-

ma por una lengua en buen uso; y si al fin suben la cuestecita del Gobierno, cogidos á los faldones de la levita de Pidal, capaces serán, para privar de estímulo á insensateces como la tuya, de establecer en la casa larga de la plazuela de Cervantes un convento de franciscanos. ¡Qué digo capaces! Lo harían indefectiblemente, á menos que no fuese una verdad lo del turno de los izquierdistas, cosa que dudo mucho, pues Cánovas, que, dicho sea de paso, continúa con las llaves del reino de la restauración en el bolsillo, y amplias facultades de atar y desatar, no las gasta muy leales con la democracia dinástica, y á lo sumo haría con ella lo que el marido rico y viejo con la esposa joven y alborotada: prevenir sus travesuras con la perspectiva de la herencia, y castigar sus antiguas morisquetas variando en testamento cerrado la institución de heredero. ¡Quién sabe! ¿No sería posible que á estas horas D. Antonio hubiese expresado su voluntad en esta forma alevosa y oscura, y que los favorecidos fuesen cualesquiera, menos esos malaventurados emigrantes del constitucionalismo y del republicanismo recogidos, no ya bajo la gloriosa bandera del vencedor de Alcolea, sino bajo el mísero paraguas del protestante de Biárritz?

Pero Juanito, ¿qué diablo tienen que ver con nuestro asunto los demócratas, y el capítulo de testamentifacción activa de los códigos españoles? Un loco hace ciento; antes se pega lo feo que lo bonito, y tu compañía me va produciendo

do tal confusión de ideas, que dentro de poco no sabré yo si hablo en verso ó hablo en prosa, como el personaje de Moliere.

La verdad es que aquí, donde se ha intentado suprimir los suicidios, alzando algunos palcos la barandilla del puente de Segovia, no faltará quien, para evitar que nadie haga pacto con Mefistófeles por un poco de retórica, proponga la supresión del Parlamento, y acabe de una plumada, y en un día, con este delicioso sistema constitucional, que no por haber hecho su aparición en España casi al mismo tiempo que el cólera morbo, ha dejado de producir gratas sorpresas para el contribuyente, y de dar copiosos Ministros al presupuesto, lindos modelos como Romero Robledo á los preceptistas, y glorias brillantes al cincel del escultor.

Vuelve, pues, mi pobre Juanito, á la buena senda, y deslígate de ambiciones que concluirían por hacerte indispensables los cuidados de un médico alienista.

Piensa que hay muchos de tu color, y.....
¡miseria multorum est stultis máxima consolatio! No; no eres tú solo el diputado que trae de su pueblo falsas nociones del propio valer. ¡Cuántos profesores distinguidos de Universidades; cuántos abogados distinguidos de Audiencias; cuántos héroes de Ateneo no naufragan contra esa maldita tribuna de las Cortes! Tales naufragios se repiten con dolorosa frecuencia, sin que su repetición arguya la existencia de fenómeno alguno. Por poco que tú

hayas hojeado los libros de literatura, sabrás, no obstante, pues es regla elemental al alcance del menos avisado, que el secreto de los oradores aplaudidos consiste casi siempre en dominar la situación. Y bien; ¿puedes tú desconocer que la oratoria parlamentaria ofrece en ese punto obstáculos que no ofrece alguna otra? Los españoles tenemos escasa predilección á las discusiones doctrinales; la Academia está casi siempre desierta; su público se compone, por lo regular, de gente de casa; al cabo del año, todos los señores académicos han metido su cuarto á espadas, y, *hoy por ti, mañana por mí*, nadie allí diserta que no cuente de antemano con aplausos reglamentarios y con su manojillo de lisonjas.

La oratoria forense excluye por su naturaleza misma los oropeles de estilo y los afeites retóricos. Se sube á estrado con el trabajo hecho, trabajo de meditación y de memoria, la palabra hace poco y la fantasía no contribuye con nada. Antes podría Echegaray poner en música la tabla de logaritmos, que Moret, colorista y poeta, revestir de formas seductoras algún informe sobre un litigio de servidumbre de aguas ó sobre una tercería de dominio, incidente de una ejecución, poco menos que capital, contra cualquier pobre concursado. El público, aparte los cuatro caballeros de barras á fuera, que casi siempre se compone de litigantes, y que más se fija en la cara de los jueces que en la argumentación de los letrados, puede decirse

que no existe, pues por lo que hace á sus señorías, ni miran ni escuchan; sus señorías duermen sosegadamente mientras los defensores se tirotean, deseosos de que el reposo de la materia comunique á sus ánimos la tranquilidad necesaria para *mejor proveer*.

En cuanto á la oratoria sagrada, ¿qué he de decirte que tú no sepas? El orador que toma púlpito escapa irremisiblemente á la crítica, así como escapaba á la justicia el delincuente de la Edad Media, que *tomaba iglesia*. ¿Sucede lo mismo en las Cortes? Al orador parlamentario se le acecha, se le ojea, se le hace el correspondiente puesto en la tribuna de la prensa como á encelada perdiz en tiempo de picadilla. Caso es este, Juanito, que no debe extrañarte demasiado; el periodista es el sér más desgraciado de la creación; sube, come, prospera, como el cirujano, de lo que mata, y como el pobre cura, de lo que entierra. Y no es que sea el periodista un pícaro, ni que use de crueldad por lujo; obligado, lo mismo que el sastre del cuento, á estirar, por las exigencias imperiosas de su ministerio, los temas políticos más que estudiante pobre la paga del mes, tiene el infeliz que remediar la falta de asuntos serios abusando del chiste; en una palabra, necesita buscarse la vida como puede, y casi siempre se la busca á costa de vosotros los diputados rurales, que ofrecéis, por vuestro absoluto desconocimiento de las cosas del gran escenario, excelente blanco á la punzante burla cortesana y á la musa pi-

caresca de los escritores festivos. Si he de ser justo, debo decirte, no obstante, que no son los periodistas la gente más temible, ni la más inhumana. Yo no sé por qué, acaso el efecto no tenga causa conocida, ó á lo menos fácil de comprensión; pero es evidente que así como el público del ateneo, del tribunal, de la iglesia, del club, está siempre predispuesto á la benevolencia, el público de las Cortes, no menos sanguinario que el de los circos taurinos, el cual se cree defraudado cuando no presencia muchos caballos muertos, muchos picadores descostillados y algún que otro diestro colgado del asta del bicho, el público de las Cortes, repito, necesita de emociones fuertes, y sesión sin cogidas, sin reputaciones estropeadas y sin oradores corridos, puede decirse hasta que es una sesión perdida para la patria.

Juanito, dirás que me he extendido en reflexiones superfluas, que gusto de los estilos declamatorios y que sólo estaba autorizado para resolver sobre la elección de términos de una fatal disyuntiva; pero espero confiado que juzgarás noblemente de mis dispendios de frases, á poco que lo medites; y dejando ya vaguedades á un lado, te manifestaré que tu designio de buscar la fama en la trifulca llamando bruto á algún Ministro que lo parezca, es de lo más inocente que te se ha podido ocurrir; en primer lugar, porque ignoro hasta qué punto pueda ser motivo de escándalo llamar á nadie por su nombre, y en segundo término, porque des-

de la célebre sesión en que Romero Ortiz y Montemar se administraron unos cuantos argumentos de esos que los taquígrafos no pueden reproducir, los nervios de los diputados y demás espectadores de la tribuna de las Cortes, duros como astillas de roble, resisten las mayores conmociones, y necesitaríase para conmoverlos de algunas docenas de descargas de la botella de Leyden.

No diré lo mismo del otro sistema de exhibición parlamentaria. Las interrupciones ¡bah! las interrupciones han sido un gran medio de celebridad. Recuerdo á este propósito casos y cosas que merecen historiarse. Es el 13 de abril de 1865; la oposición de la Cámara ha desencadenado sus odios contra el Gabinete del General Narváez con motivo de los sucesos de la noche de San Daniel. González Brabo ruge por encima del banco azul como rabiosa tempestad sobre espantada sierra y brilla con todos los fulgores deslumbrantes del apóstrofe y de la ira: la expectación es inmensa; el momento solemne; el silencio sepulcral; los legisladores petrificados en sus escaños; los asistentes á las tribunas consternados en sus galerías; nadie se atreve ni á respirar siquiera; la emoción es profunda y hasta se nota en los rostros estúpidos de los maceros de guardia, estatuas inmóviles de carne, envueltas en rojas dalmáticas, debajo del dosel que cubre el sillón presidencial. El gran tribuno, el orador de fuego se enardece á medida que su adversario se aterra,

y cuando se dispone á defender á los tribunales contra toda acusación de lenidad, «¡ah, los tribunales! mejor haríais en no corromperlos,» exclama un diputado de la extrema izquierda. El león se siente encortado por un momento, las tribunas aplauden, la oposición se rehace, la ola se vuelca sobre la derecha de la Cámara. Aquella frasecita escapada de los labios de un diputado novel había valido por un gran discurso.

Más tarde, algunos años después, el 26 de junio de 1870, el Gabinete de conciliación presidido por el Duque de la Torre se declara en crisis. El General presidente dirige una comunicación á la mesa de las Cortes rogándole que suspenda las sesiones hasta que la Corona ejercite su prerrogativa. El infortunado Sánchez Ruano, que tenía presentada una proposición incidental pidiendo al Gobierno explicaciones sobre la crisis, se informa oportunamente del proyecto de clausura de la Cámara, y reclama en tiempo hábil el debate previo sobre su proposición; la mesa asiente á su demanda, reconoce su derecho y le promete la palabra para cuando se hayan leído los documentos del despacho ordinario. Pero entre los documentos del despacho ordinario se desliza la comunicación del Duque de la Torre; la mayoría acuerda inmediatamente la suspensión de las sesiones; el Presidente se cubre y el diputado de la minoría republicana se queda con un palmo de narices. Gran tumulto y gran pugilato de dicte-

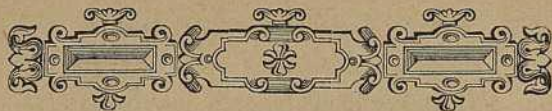
rios. Los ministeriales aplauden la conducta de la mesa; los amigos de Sánchez Ruano protestan. Becerra del lado de estos últimos pretende abrir la sesión haciendo valer su autoridad de vicepresidente; Rivero le disuade; *que abajo, que arriba, que atrás, que adelante*, al fin Becerra sigue las inspiraciones de su camarada, y al descender por la escalinata de la presidencia entre víctores y recriminaciones de una y otra parte, exclama Pedro Antonio de Alarcón: *Señores, sesión por un punto*. Con esta ocurrencia todo terminó; ahogóse el coraje en risa; las lanzas se volvieron cañas, y una frase feliz cortó un conflicto que difícilmente habría cortado la mejor filípica del más ilustre émulo de Demóstenes.

Ya ves, Juanito, cómo las interrupciones tienen su lado interesante y sublime y práctico; pero desde que Mariscal, el Conde de las Almenas y Taviel de Andrade cultivan ese género de literatura parlamentaria, el oficio está perdido; sería necesario que resucitara Ernesto Picard y viniese á nuestras Cámaras á hacer tropezar á los oradores de pie más firme con sus admirables interjecciones, sus apóstrofes valientes y sus interrogatorios concisos para que el oficio de interruptor volviera á ser lo que ha sido en nosotros, y pudiera ejercitarlo sin humillación cualquier hombre de chispa.

Mientras esa resurrección acontece, ó mientras tú consigues dominar la situación, ó mientras acaparas materiales útiles para obra dig-

na, enciérrate, Juanito, en tu oscuridad y observa, estudia, reflexiona sin inquietarte por la fecha del debut. La pequeñez resignada tiene mucho adelantado para ser algún día grandeza positiva. Las reputaciones no se hacen en ferrocarril. No pienses tampoco que porque actualmente te condenes á una oscuridad reparadora y provechosa, has de ser siempre un hombre oscuro... La simiente de la más elevada palmera se ve al principio encerrada por el árabe en un vaso de arcilla, como diría Chateaubriand.





IV



MIGO Arturo: Las ideas más inconexas suelen tener á veces misteriosa trabazón.

Hace dos días leí en un periódico que la Audiencia de Zaragoza había condenado á prisión correccional á un infeliz mendigo, por haberse éste anticipado á la caridad de uno de sus presuntos bienhechores, sustrayéndole con toda urbanidad y sin la menor molestia unas cuantas pesetas del bolsillo.—Cómo—exclamé, cuando leí la noticia,—¿no hay ladrón más repugnante que el ladrón de las plazuelas? ¿Han de buscarse las circunstancias eximentes, atenuantes y agravantes en la condición social tan sólo del que delinque? Sobre un pordiosero astuto cae la ley penal á plomo. ¿Y los asentistas? ¿y los deudores del Estado, á perpetuidad, por el concepto de rematantes de bienes nacionales? ¿y los contribuyentes solapados con ri-

queza oculta? ¿y los curadores fulleros que trabucan las cuentas de sus pupilos? ¿y los vistas de aduanas que ciegan al tomar posesión de los cargos? ¡Retener! ¡hurtar! ¡secuestrar! ¿No retiene el licitador del edificio ó del predio subastados, la finca no pagada, contra la voluntad de su dueño, que es el Estado nada menos? ¿No se lleva una mujer prendido un corazón que no es suyo entre los hilos de luz de una mirada? ¿No defraudan los partidos políticos la confianza del país, dándole en el poder cosa distinta de la ofrecida en la adversidad? ¿No secuestra la nube al sol?

En el mundo, casi todos somos secuestradores, y... ¡Oh! al pronunciar esta palabra sentí bullir en mi cabeza un pensamiento felicísimo, bajo cuya inspiración partí rápido como el rayo al Congreso. Atravesé orgulloso el salón de Conferencias, fuíme, sin hacer escala en ningún corro de los pasillos, al salón de la Biblioteca y le dije al jefe de aquellas apacibles, cuanto solitarias estancias, que pusiera á mi disposición todas las colecciones del *Diario de las Sesiones*; orden que prestamente ejecutó un funcionario subalterno, descolgando de las estanterías volúmenes y más volúmenes.

¿Qué se me había ocurrido? ¿qué es lo que intentaba? ¿qué es lo que yo iba hacer? La noticia de un simple hurto castigado por sentencia firme de una sala de justicia había abierto camino á mi inteligencia en la conquista de una reputación parlamentaria. ¡Peregrina coin-

cidencia ciertamente! Pero en fin, ya ves, mi buen amigo, hasta qué punto las cosas más contradictorias suelen tener un extraño vínculo de misteriosa paridad.

Y bien, delante del *Diario de las Sesiones*, delante de aquel mundo de ideas encerrado en unos cuantos rollos de papel, sentí algo del entusiasmo selvático de un cazador indio, porque, sábetelo, que lo que yo intentaba y lo que realicé en definitiva, fué un verdadero ojeo.

Revolví páginas, fechas, nombres, asuntos, y estrahe epigramas de Benavides, altanerías de González Brabo, salves de Olózaga, salmos de Aparisi, plegarias de Donoso, imprecaciones de Nocedal; y cuando leí mis cuartillas con materiales tan varios y sublimes fabricadas, créeme más grande de lo que pudieron creerse el Tasso, Milton, Schíller, después de escribir cada uno de los tres, respectivamente, la última página de *La Jerusalem libertada*, de *El Paraíso perdido* y de *Los Dioses de la Grecia*.

Otro hombre de ánimo menos elevado que el mío habría visto su satisfacción mermada ante la duda de que su obra pareciese un plagio, pero yo gocé desembarazadamente, sin que me inquietase tan necia suspicacia. Campoamor, cuyo testimonio no puede reprocharse, ha, valientemente, demostrado que nadie tiene derecho de pedir al genio cosas nunca vistas ni oídas. Los enemigos del carácter de perpetuidad de la propiedad literaria, que son muchos, y muy expertos, y muy eruditos, resisten



la reforma de esta parte del derecho positivo, porque afirman que las ideas, que las savias, que los gérmenes de que se forma toda obra humana, están en una especie de corriente universal, donde á nadie puede impedirsele beber, y constituyen una especie de masa común, de de la que puede la iniciativa individual extraer lo que guste para utilizarlo en su provecho. Por último, labios más autorizados que los de cualquier gacetillero mordaz ó cualquier pensador impío, han dicho: *nihil novum sub sole*.

Un día, cierto literato francés, de merecido renombre, fué acusado de falta de inventiva con ocasión del estreno de uno de sus mejores dramas, que el público había aplaudido hasta con prodigalidad. El dramaturgo se dirigió á sus jueces y les dijo:—«Señores: ¿creen VV. de veras que el genio puede ser enteramente original? ¿No les parece á VV. Dios el mejor artista, el universo la mejor obra, y el hombre la parte más selecta de esa obra misma? Pues Dios, queriendo crear una cosa extraordinaria, hizo el hombre á su imagen y semejanza; entendedlo bien, á su imagen y semejanza.» De suerte, que ni siquiera el hombre fué *creado*, sino copiado.

La verdad es, que el genio modifica, transforma, colora, embellece las cosas; ¡pero crear! El arquitecto no ha creado el yeso, el ladrillo, el agua, la madera, el mármol, y el palacio es una obra de sus manos. Pradilla no ha inventado la luz, los tonos, la perspectiva, la paleta, y sin

embargo, la *Rendición de Granada* es un cuadro suyo, enteramente suyo. ¿Han creado el *Hamlet*, el *Don Juan*, el *Trovador*, Shakspeare, Byrón y García Gutiérrez? No; estos son tipos humanos, caballeros particulares, figuras de carne y de hueso, con quienes el vulgo se ha codeado antes de que el barniz del poeta los retocara para llevarlos al teatro, al poema ó á la leyenda.

Un naturalista alemán, tristemente célebre, pero indudablemente sabio, dice que las mayores pirámides de Egipto y otras construcciones gigantescas de aquel país, están formadas de piedras que deben su existencia á las conchas calcáreas de animales pequeños; asimismo asegura que la piedra de sillería con que se han hecho casi todos los edificios de París, proviene de las conchas de animalillos, cuyo número asciende á dos millones por pie cúbico.

Ahora bien, me pregunto yo: ¿qué son los grandes monumentos científicos; qué este inmenso monumento parlamentario, que llamamos compilación general del *Diario de las Sesiones de Cortes*, sino formaciones lentas y sucesivas del reino intelectual, á las cuales ha contribuído cada lengua con su palabra, así como á la inmensa mole de las pirámides ha contribuído cada animalillo con su concha? Y si fuera ridículo que cada uno de estos gusanos mezquinos reclamara su parte en la pirámide, ¿no lo sería aún más que cada orador reclamara la suya en la construcción del gran mo-

numento escrito de la oratoria parlamentaria?

Convengamos, pues, en que mi discurso, aunque nutrido de ideas y de conceptos ya usados, no era fruta del cercado ajeno, sino obra mía. Mía hasta por ministerio de la ley. Todo el que edifica en terreno propio con materiales extraños, hace suyo lo edificado, si fué ocupante de buena fe. Es indiscutible que las cuartillas, ó sea el suelo, me pertenecían, y los materiales, aunque pudiesen ser reivindicados en juicio declarativo, como ahora se dice, opinaba yo con la mayor ingenuidad, por las razones arriba expresadas, que no tenían dueño. Y en rigor ciertamente que no lo tienen, pues nada podrían pedirme los herederos de Olózaga, Donoso, Aparisi. Luego, lo dicho; mi discurso era un discurso, cuando menos, tan legítimo y bien adquirido como bien adquirida y legítima es la reputación de estadista de López Domínguez.

Pero ¡horrible decepción! ¡horrible desengaño! hace diez días, horrorízate, Arturo, hace diez días que no duermo, que no bebo, que no vivo, que no como más que palos de pasas y no he podido aprenderme ni siquiera las cinco primeras líneas de la primera cuartilla.

Y bien, ¿creerás que este fracaso me ha convencido de la imposibilidad de mi aspiración? Pues te equivocas. La esperanza se parece al sol, hace como que se va y vuelve; podemos pasar una noche sin ella á lo sumo, pero nada más que una noche. En cuanto á las ilusiones

que concebí sobre el éxito de mi famoso discurso, ninguna me queda ya. Esta mañana quemé los originales—me parece que te ríes al oír eso de los originales;—sí, me afirmo, quemé los originales con más bravura que los escribí. Sé que no puedo contar para nada con mi memoria, y por esta misma razón nada intentaré que necesite de su grosero auxilio; pero sus desdenes antes me alientan que me contrarían. La memoria constituye el talento de los tontos, decimos frecuentemente, es como una paralela del entendimiento, según dictamen de más de un psicólogo, y pues yo ando mal de memoria, debo tener extraordinarias facultades imaginativas. Dirás que ninguna señal he dado de tenerlas; pero tampoco me he sometido á ningún ensayo que demuestre cosa en contrario, ni he pretendido, antes de ahora, ejercitarlas.

Lo que hay de indubitable es que sobre todas las prescripciones retóricas está, como tú dices muy bien, la necesidad de desarmar al público con la arrogancia tranquila de un ánimo valeroso y frío. ¡Dominar la situación! ¡Oh! ese y sólo ese es el secreto de la gloria de los oradores. Si yo consiguiese cualquier día decir unas cuantas docenas de palabras sin turbarme, sin perderme, el sábado próximo haría una interpelación, teniendo buen cuidado de empezarla cuando el General Salamanca concluyese una de las suyas; después me batiría á primera sangre con Venancio ó con Valdosera y concluiría por intervenir en las grandes batallas

del Mensaje y por hombrearme con el mismísimo Cánovas, Sr. D. Antonio. La cuestión es empezar, es perder el miedo, es tomar la tierra; pero yo no despegaré los labios mientras tú no me autorices; ambiciono llevar á la primera escaramuza el consuelo de tu simpatía y la autoridad de tu consejo.

¡Oh noble amigo mío! Dime que hable, dímelo pronto, dímelo de veras, dímelo de modo que me inspire confianza y serenidad. ¿No ha hablado ya el General Pavía?... ¿O es que sólo para mí está cerrada una tribuna que han escalado tantos émulos del tristemente célebre Fray Gerundio de Campazas?

No desconozco, en verdad, los peligros de que me adviertes, ni la trascendencia de las razones en que fundas tu invocación á mi silencio, y aun doy por cierto que los periodistas se comen á los niños crudos; pero tú has ejercido el oficio, eres como de la familia, y no te sería difícil conquistarme el cariño de tus compañeros. Ya se me alcanza que eso de llevarme de redacción en redacción, como moro recién bautizado, pidiendo de limosna una pizca de benevolencia, no es digno de ninguno de los dos; pero por todas partes se va á Roma, y por de pronto someto á tu deliberación las ventajas del siguiente procedimiento:

Un día..., cualquier día, procuras que tus camaradas de la tribuna de la prensa me dirijan una carta de felicitación con motivo de... El motivo importa poco. Yo contestaré enviando á

los autores de la misiva emparedados, habanos, café, coñac, etc., etc.; después subiré á salu-
darlos; los abrazaré, me abrazarán; beberemos
en la misma copa: el licor es el más fecundante
de todos los rocíos y predispone las almas á los
afectos, no sé si más duraderos, pero sí induda-
blemente á los más efusivos; comeremos también
juntos, pues en verdad, te digo, que á los escri-
tores más huraños se les coge como á los mirlos,
con lazo. Con lazo de servilleta, ¿entiendes?...

Inolvidable Arturo: ya lo ves, en ti consiste;
tú puedes allanarme el camino de obstáculos;
rendirme enemigos poderosos, ayudarme, en
una palabra, á dominar la situación. Hazlo y no
oigas más que á tu corazón, que es bueno. Haz-
lo, no ya por mí, sino por el sistema represen-
tativo; sí, por el sistema representativo, pues
yo engaño hoy á mis electores no enviándoles
un discurso desde el *Diario de las Sesiones*,
aunque sea tamañito, como el retrato que los
mercaderes de Toledo le pedían á don Qui-
jote, de su Dulcinea; muchos los habrán en-
gañado del mismo modo antes; otros los en-
gañarán después; y á fuerza de regalos, de tributos
todos los años por pascua florida, ó antes si es-
pera Cánovas un nuevo ingreso de oficiales
carlistas en las filas del ejército nacional, ó si
Alonso Martínez hace una nueva emisión de
Audiencias para contentamiento de los caciques
desairados; á fuerza de decepciones y de pesa-
dumbres, el cuerpo electöral pasará del enojo á
la indiferencia, de la indiferencia al retraimien-

to, del retraimiento al horror por la lucha de los comicios; y llegará día en que en esta España liberal progresista y democrática no voten ni siquiera las pelotas de goma.





V



E has empeñado en ver tu nombre escrito en letras de molde, y más puede un testarudo que..... En fin, lo verás; pero con la diferencia de que en vez de salir en el *Diario de las Sesiones*, saldrá en el sexto tomo de la obra de Zugasti, cosa ciertamente muy merecida, aunque, por otra parte, bien se me alcanza que tu teoría sobre el secuestro, más responde al estado transitorio de desorden de tus ideas, que á convicciones profundamente calcadas sobre algo que arguya un desconocimiento absoluto de toda noción de la moral y del derecho.

Tu misma censura contra la ejecutoria de un tribunal que condena á presidio á un pordiosero por anticiparse á la caridad de uno de sus presuntos bienhechores, prueba, harto elocuentemente, la ofuscación de tu espíritu. Verdad es que en materia de anticipos ningunos otros co-

mo los que nuestros Ministros de Hacienda decretan contra el país; pero una cosa son las necesidades públicas, y otra las necesidades privadas; una la razón de Estado, y otra la razón de Juan del Pueblo. Además, puede pasar que cualquier magnate se haga justicia á sí propio, devolviendo impunemente golpe por injuria, para abreviar los autos procesales, pues en ello, más que otra pasión menos generosa, se descubre el humanitario propósito de economizar trabajo á los pobres jueces de primera instancia que tienen muchos entenderes y pocos haberes; lo que no puede pasar es que nadie se tome la limosna por su mano.

Pero me preguntas: ¿y los asentistas? y..... ¡Vaya, Juanito, vengamos á cuentas! El asentista es un hombre que vive de las migajas del Tesoro público, sólo que, como esas migajas son de oro, el que las recoge, lo pasa holgadamente. El comprador de bienes nacionales, que vive en la quieta y pacífica posesión de la finca rematada sin pagar los plazos correspondientes, es un mero deudor de la Hacienda. El boticario que expende pajueta por quinina, y polvo de bellota por opio, es sencillamente un buscavidas. El curador que se alza con la fortuna de su pupilo, pero que rinde sus cuentas puntualmente en el juzgado todos los años; el proveedor de los establecimientos de Beneficencia que realiza una hábil concordancia de ahorros, no conocida por Juan Bautista Say, es decir, que armoniza el ahorro de indigestiones para

los asilados con el ahorro de unos cuantos maravedises para su bolsillo particular; el hermano mayor de la cofradía que se come, y es comer, el fondo de ánimas, aunque reservando piadosamente algunas pesetas para unos cuantos responsos; esos caballeros sólo podrán ser tachados á lo sumo de malos administradores, pero nada más. ¡Cómo compararlos con el ladrón, con el verdadero ladrón, con el que roba un reloj, ó un pan, ó un racimo de uvas! ¡Pardiez! dado que tu filantropía pudiese arraigar en el magín de los legisladores, llegaríamos á los desastres del desquiciamiento social, á la anarquía brava como régimen permanente, al estado selvático, en una palabra, y se verían las mayores enormidades, los mayores contrasentidos; sí, podría verse á muchos jóvenes de familias elevadas, cosidos con hilo colorado, como se dice en esa especie de caló forense que hablan los curiales de baja estofa, por el gran crimen de no pagar las levitas y los fraques con que acreditan, sirviendo de figurines en las recepciones de la grandeza, la maestría de sastres desagradecidos; y en tanto, quedaría sin castigo el pordiosero audaz que, aprovechando el descuido de los dependientes, entrara en el establecimiento de uno de esos mismos sastres, y robara los primeros girones de paño que hallase á la vista para tapar los agujeros de sus calzones rotos.

Acaso ahondando demasiado en el fondo de las cosas pudiera encontrarse, por medio de un



trabajo largo y penoso de exploración filosófica, un concepto de la justicia más perfecto del hasta el presente conocido, y gracias á la expresión legal de ese concepto, severamente tenida en cuenta por los tribunales en sus solemnes resoluciones, no escasearían los rostros distinguidos y los barones linajudos en la Cárcel-modelo; pero es rasgo insolente de pedantería académica la sola pretensión de realizar semejantes exploraciones, y hay que convenir en que no ya sólo en los negocios de Estado, como decía el Ministro de Portugal de la célebre zarzuela, sino en la universalidad de los negocios de la vida, *la buena forma es el todo*.

No son, Juanito, menos peregrinas tus teorías sobre la originalidad de las obras de la inteligencia y sobre la expropiación de documentos parlamentarios por ó sin causas de utilidad pública. Claro se está que el genio no crea y que cuanto sale de las manos del hombre, imperfecto es. Pero desde el oficial de carpintería que hace una silla con media tabla de prosaico pino hasta el ebanista que construye un armario con relieves y molduras; desde el pintor que embadurna una puerta hasta el pintor que inmortaliza un lienzo; desde el sainete hasta el drama; desde el romance soporífero hasta el poema épico; desde el herbolario hasta el químico; desde el tribuno que arrastra una Asamblea en la corriente de sus imprecaciones hasta el plagiario que zurce con una pluma extravagante retazos inconexos de discursos que

otros pensaron, hay mucho camino que recorrer, muchos grados que medir, muchas categorías que soportar.

Ya ves que esto no se compadece con tus ideas; con tus ideas, que de poder traducirse en hechos reales, vendrían á demostrarnos una cosa ciertamente absurda: la existencia de la nivelación intelectual; y no machaco más sobre este tema, porque sería hacer mofa de tu célebre discurso, el cual debió sufrir demasiado en el auto de fe á que lo condenaste, apenas nacido. Ante un discurso quemado, la crítica se desarma. Sea como sea, todas las cenizas merecen respeto.

Mucho me deleita saber que tienes extraordinarias facultades imaginativas, y no seré yo el que les pida la fe de existencia. Puesto que tú lo dices, me basta. Lo que no creería, aunque te pusieras en cruz, es que tienes aptitudes especiales para la novela. Cada vez ideas recursos más pobres. Ahora me sales con la pretensión de ingresar en el campo de los periodistas para que la razón de compañerismo interese en tu obsequio á la gente de pluma. ¡Vaya por Dios, y qué candidez! ¿No sabes, infeliz, que no hay peor cuña que la de la misma madera? Hace mucho tiempo que Necedal llamó á los periodistas *los hijos de nadie*, sin protesta de los interesados, y claro se está que no habiendo tenido los periodistas padres, no pueden tener hermanos. ¡Conque echa cálculos sobre la fraternidad de los escritores!

Sí, Juanito: aquí en la tierra de los monasterios y de logias, donde el espíritu de gremio y de clase ha fomentado, antes que la propaganda activa de la escuela economista, la tendencia á las asociaciones; aquí, donde todo se vuelven ligas, ligas de contribuyentes, de industriales, de bandoleros, ligas blancas, rojas y ultramarinas; aquí, donde en una hora toda la oficialidad de un arma facultativa pide su retiro por *quítame allá esas pajas* y los *fematers* dejan sin hortalizas todo un verano á la mismísima ciudad del Cid; aquí, hijo mío, los escritores mantienen relaciones de cordialidad como los perros y los gatos. Sin embargo, esto no puede autorizarte para creernos unos ganapanes á quienes por unas cuantas tazas de café y unas cuantas regalías se les somete y se les compra. Sábeta que cada uno de nosotros no valdrá nada, pero tenemos la importancia de la representación del periódico, y el periódico es mucho. Es la ilustración difundida á domicilio; el golpear incesante del pensamiento humano; el órgano siempre abierto al clamor público, á la protesta del vencido contra la injusticia de los vencedores; la cima donde se condensan los clamores parciales de la opinión tomando la forma de conspiración general, concreta é irresistible al caer sobre la conciencia de los Congresos; la palabra ambulante, la luz permanente, la artillería de los ejércitos de la paz; es el yunque donde las ideas se liman, el campo donde los progresos se inician, la mesa donde los problemas se

estudian y el centro donde las opiniones se controvierten; es, á la vez, la fuerza que cierra el paso á los Gobiernos que retrogradan y la fuerza resistente que contiene á los pueblos en sus movimientos de avance irreflexivos hacia la reforma. El periódico distribuye la popularidad con mano pródiga entre la gente política sin obtener de los agraciados una miserable simpatía. Esta es, quizá, ya que no la única, al menos nuestra mayor flaqueza. ¡Cuántos oradores menos avisados que el de la fábula, cuántos Generales que ni puestos en música por Lecoq los tomaría Arderíus para una función á su beneficio, cuántos estadistas de la madera de los alcaldes pedáneos, no son estadistas insignes, Generales insignes, oradores insignes, por mera donación *inter vivos*, por simple munificencia del periódico!

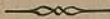
Hay entre el periodista y el hombre político del estado mayor de los partidos, una relación muy semejante á la que existe entre el pequeño agricultor y el usurero. El pequeño agricultor desbroza, cultiva, prepara la tierra para la producción, y víctima de las intemperies y de los rigores sociales, recibe el agua á borbotones, el sol á plomo, la carga concejil como una carga á la bayoneta. El pequeño agricultor, para decirlo de una vez, es un siervo no redimido; sufre sin gloria, trabaja sin lucro, envejece sin jubilación, ve crecer las espigas de su sembrado entre dolores que le postran y ansias que le enloquecen, y luego esas pobres espigas se

resuelven para él en cuatro granos de trigo, y en muchos granos de oro para el usurero á quien tiene que devolverle con un interés exorbitante, la cantidad que le prestó para los gastos de la sementera ó el pago de los tributos. El periodista no corre fortuna mejor. El va á la vanguardia de los partidos en los días de combate, se pasa las noches con las angustias del químico delante de la retorta, para convertir en bellezas las cuatro majaderías que cualquiera de sus prohombres ha tartamudeado en el Parlamento, en el banquete, en el *meeting*; su cuerpo es el primero que da en la cárcel, su cabeza la primera cabeza rota; y luego que se ha triunfado, sus amigos del Gobierno le envían el galardón en una credencial de ayudante de alguna comandancia de presidio, ó de capataz de cigarreras de una fábrica de tabacos, ó de auxiliar de algún Ministerio, á lo sumo. ¡Pícara política! ¡Quién habría dicho á Carlos Rubio que atronaría el mundo desde *La Iberia* para que luego fuesen Ministros en representación de partido progresista Malcampo, Candau, etc., y al pobre Carrascón, que gastaría su ingenio en *La Democracia* para que luego fuesen Ministros con la República Costales y otros muchos que omito por razones de familia!

Confesemos, sin embargo, que la culpa de esta desigualdad nos debe ser imputada casi toda entera á nosotros mismos. Muy diferente es la suerte de los periodistas de otros países, porque otra también es su conducta. Aquí á los

amigos desdeñosos, más los agasajamos cuanto más nos desdeñan, y á los gobernantes del bando opuesto les combatimos hasta calumniarlos para que nos lleven á los tribunales, ó nos supriman el periódico, ó para que cualquier inspector de policía, afanoso de ascensos, que no ha conseguido dar con las casas de juego ni con las personas de los timadores, nos administre por encargo especial, al volver de una esquina, unos cuantos palos, resultando después que se había equivocado ó que los tales palos sólo eran una invención de las oposiciones.

Hace algunos años, un consejero del Rey Víctor Manuel increpó duramente á los periodistas de su país, y todos los periodistas se reunieron en la capital de la Monarquía para convenir una forma de desagravio. ¿Qué crearás tú que acordaron? ¿Sortearse para desafiar al agraviador? No; resolvieron sencillamente que ningún periódico volviese nunca á pronunciar su nombre para nada. El Ministro recibió la noticia de resolución semejante, como un reo la de la sentencia que le condena á muerte. ¡Ah, si un día el espíritu de cuerpo que ha descendido hasta los *fematers* de Valencia sube hasta nosotros! ¡Ah, si un día los periodistas nos declararíamos en huelga!





VI

DEJA aparte, amigo Arturo, toda disquisición empalagosa y vengamos á afirmaciones concretas sobre un punto que á mi conciencia honrada conviene dejar perfectamente esclarecido.

Yo no soy partidario del colectivismo, ni miembro de la Internacional, ni siquiera un lector asiduo de la enciclopedia de Proudhon. Respeto la propiedad como el más alto interés social y la más alta prerrogativa individual, pues reconozco que su institución ha promovido y conservado el amor á la familia y á la patria. Pero no hay que exagerar las cosas para encontrar en cualquier acción inocente un conato formal de resistencia á la aceptación de ese principio. Y digo en cualquier acción inocente, porque no pudo serlo más la que yo realicé extrayendo unos cuantos párrafos de miles de folios, con el propósito de aderezar un

discurso más ó menos original. No todo lo que en los libros campea ha de ser artículo de fe, ni todo lo que las leyes proclaman ha de aceptarse rigurosamente en la práctica, porque entonces ¿dónde iríamos á parar? Ya ves, amigo mío, en las Cortes no hay secretos; cuanto allí se dice es de dominio público lo mismo que el egido, que el río, que la senda, y sin embargo, el orador que cree haber dicho algún dislate, especialmente si el orador es Ministro ó persona de fuste, se incauta de las notas taquigráficas y suprime á placer conceptos, frases, declaraciones. ¿Qué es esto sino expropiar al país de algo que le pertenece, sustrayendo á su conocimiento cosas que debía y que le convenía saber?... Por quitar un pellejo, con ó sin aceite, va cualquier ciudadano infeliz á presidio; pues aquí se quitan todos los días los diputados unos á otros los pellejos impunemente; ¡y por Dios que una piel de hombre vale algo más que una piel de cabral ¿No es este otro ataque á la propiedad?...

Fígate ahora, Arturo, si has andado ligero al acusarme de comunista por haber tomado cuatro ideas del *Diario de las Sesiones* cuando en este planeta que llamamos Congreso nada hay de nadie, ni nadie se entiende, ni nada se llama por su nombre, ni las cosas son nunca lo que parecen. Pronúnciase cada discurso de oposición que hace á un Ministro mejor cuerpo que un voto de confianza, y contéplase cada tormenta de granizo pelado, formada en las

cumbres de la oposición, que al caer sobre la viña del Gobierno se torna en lluvia menuda y fecundante. Esto te dará á conocer algo que seguramente tú ignorabas, y es que hay diputados que ejercen de ministeriales á *palo seco*, mientras que no son pocos los diputados de la minoría que gozan de *beneficio sin oficio*.

Piensan por esos distritos rurales que la credencial de diputado de la mayoría es el cuerno de la abundancia, ó la institución de heredero hecha por un tío muerto en Indias, ó la patente libre de gastos para facer entuertos, ó un número fabuloso de acciones de las minas de río-revuelto, que es como si dijéramos de río-tinto, y que sentarse en las Cortes á la diestra de El Todopoderoso Sr. Presidente del Consejo, es gozar de inefable ventura, ó cuando menos de silla gratis en el palco de la Ópera y en el restaurant de Los Dos Cisnes. Pues mira tú lo que son las apariencias; un diputado ministerial es una especie de padre de familia con muchas responsabilidades y pocos emolumentos, y un diputado obstruccionista es un padre afortunado que vive del peculio adventicio de su hijo menor, el país.

¡Dudas!... ¡Te ríes!... ¡Afectas incredulidad!... ¡Infeliz! ¿Ignoras, acaso, que hay altos funcionarios de Ultramar que envían íntegros sus sueldos á la Península á personas que no son de su parentela, reservando para ellos tan sólo los rendimientos del pie de altar?... ¿No sabes que los señores de la minoría comen *fuera de nómi-*

na, y en cambio, una buena parte de los señores de la mayoría toman el te en la Presidencia para ayudar la digestión de sus adversarios?...

Si es cierto que no siempre las apariencias enseñan, es más cierto aún que en esta casa las apariencias engañan siempre. Y es que la verdad se busca donde jamás se exhibe: en el salón de sesiones; y la mirada del público no penetra donde á cualquier hora puede encontrársela: en el salón de conferencias. En el salón de conferencias se habla *ex abundantia cordis*, se discute con espontaneidad, se llaman las cosas por sus nombres propios, los corderos vestidos con piel de lobos y los lobos vestidos con piel de corderos, andan sin sus respectivos disfraces; en el salón de sesiones se producen los arrebatos convenidos, se pronuncian las improvisaciones meditadas, se hacen surgir, como por incidencia, del curso de los debates, los acomodamientos pactados en otro sitio, y se disparan las censuras previamente convenidas entre el que ha de recibirlas y el que ha de pronunciarlas. En el salón de conferencias pasean del brazo los adversarios; en el salón de sesiones, se revelan éstos al país en actitud de morderse. En el salón de conferencias, colorido fuerte, naturalismo escueto, sistema realista, estilo Goya, personajes de carne y de hueso; en el salón de sesiones, fábulas más ó menos verosímiles, tintas flojas, contornos bellos, filigranas deslumbradoras. En el salón de conferencias, la realidad de los bastidores; en

el salón de sesiones, el artificio del escenario. Los pueblos nada saben de lo que pasa en aquel mundo, pero ven todo lo que en éste ocurre, y sólo conocen, por lo tanto, del sistema, lo ficticio, lo fantástico, lo menos impuro.

Apesar de estos convencimientos, ¡tonto de mí! sigo enamorado del parlamentarismo como cualquier liberal bisoño, y fiando ilusiones á una carrera en la que sólo prosperan, no los más perspicuos, sino los más audaces. Pero no tengo hoy humor para estirar la pluma, y creyendo haber puesto con las anteriores frases correctivo oportuno á tu crítica despiadada sobre mis procedimientos para hacer discursos, doy fin á la presente carta.





VII

ESTE que así lo quieres, amigo mío, formaríamos del incidente del robo del discurso, pieza aparte, pero yo, como tú, no tengo hoy humor para despilfarrar alientos en polémicas de importancia, á lo menos dudosa, y voy á contraerme, evitando todo despilfarro de palabras, á la rectificación de los puntos más salientes de tu epístola última.

Dices en son de amargo reproche, y como quien denuncia una inmoralidad insólita: «Es cosa de ver á diputados de oposición gozar de los favores ministeriales, en tanto que muchísimos diputados de la mayoría se pasan la vida oliendo dónde mascan.»

Pues nada más natural, ni más corriente; como que la diferencia en el reparto de las mercedes no se determina por la mayor ó menor proximidad de los diputados al banco azul, sino por las mayores ó menores disposiciones retó-

ricas: así es que lo que á ti te parece una inmoralidad, es sencillamente un efecto del sistema. Lo verdaderamente inmoral é inconcebible sería que en un sitio donde sólo se premia la elocuencia, fuera postergado al que habla peor, el que habla mejor, por la razón baladí de que aquél vota siempre con el Gobierno. La palabra se paga á peso de oro. Un argumento malo ó bueno, es una lanza buena ó mala, y el que no discute no pelea, y quien no pelea no puede tener derecho al botín, ni á la gloria. Diputado mudo es como tenor ronco, como gimnasta reumático que no puede ganar la punta de la caña.

Debes saber, además, Juanito, que estos son tiempos de excesiva prosa, tiempos en que todo el mundo defiende el bulto, procura salvar antes las colonias que los principios y amarrar al adversario, no con cadena de hierro, sino con cordón de seda. El Gobierno, por lo tanto, que, después de haberse asegurado la confianza de los que votan, procura ganarse la benevolencia de los que hablan, obra muy cuerdamente, aunque tenga con frecuencia que hacer á costa del bolsillo del contribuyente el milagro del pan y de los peces, para que así los señores de la izquierda como los de la derecha, vayan pasando el desierto de la vida política con peces y pan al menos.

Otrosí digo: Antes los dueños, aun los más diligentes y previsores, entregaban su riqueza urbana á las contingencias del incendio. Del

mismo modo, los Gobiernos, menos temerarios, presentaban su cuerpo desnudo, sin defensa alguna, al furor de las pasiones parlamentarias. Pero hoy todo edificio está asegurado contra el voraz elemento, y todo Gobierno procura asegurarse contra la combustibilidad de las elocuencias fogosas.

Ésto es lógico, perfectamente lógico, y no despiende el husillo de inmoralidad que tú, no sé si por perversión de olfato ó exceso de malicia, descubres... Has medido tus fuerzas para la tribuna y te has sentido flojo. Pues hijo, eso de nadie es culpa. ¡Bueno fuera que nos diésemos todos por desacreditar el oficio para el que no tenemos disposiciones!

El parlamentarismo tendrá sus adversarios, que, al fin, es un sistema político, y sus imperfecciones, que, al fin, es una institución humana, pero constituye el colmo de la absurdidad creer, como aparentas creerlo, que á las Cortes sólo se va por ínsulas, que la diputación es una especie de granjería, y que al Gobierno, como al nogal, sólo puede cogérsele el fruto *vareándolo*, con lo cual resultaría probado que salen más gananciosos los hombres de la oposición que los ministeriales, porque los de la oposición *pegan*.

Lejos de mí afirmar en absoluto que no haya procuradores en Cortes que procuren más por sí mismos que por sus comitentes, y oradores que empeñen la palabra por una legislatura para salir de algún apurillo, y simples diputa-



dos que vendan su voto por un plato de lentejas; pero esto no puede, en manera alguna, justificar la proscripción de las Asambleas deliberantes. También se colaron de rondón un día en el templo los fariseos, pero Jesús echó á los mercaderes, y ni aun remotamente se le ocurrió la idea de destruir el templo... Procuremos, sí, purificar el sistema, mas reconozcámosle bueno, y como tal conservémosle.

Pero veo, Juanito, que me extiendo en consideraciones sobre asuntos, que si no son del todo impertinentes, al menos nos alejan del objeto principal de esta correspondencia. Bien es verdad que si no divagáramos un poco, ya la habríamos terminado, y por Dios y en mi ánima, que ya es tiempo de terminarla. Mis consejos no te aprovechan, mis avisos no los oyes, mis réplicas no te convencen. ¡Ni qué me es dado ya aducir! Contra una comprensión tarda está la paciencia del que razona; contra ofuscación del entendimiento, la dialéctica conoce fórmulas, pero contra una monomanía, las artes de la persuasión se ensayan estérilmente. No puedes esperar el remedio de mí. Lo tienes, de haberlo, en ti mismo. Busca impresiones nuevas. No te presentes más por el Congreso; emigra al Veloz-club. Haz la vida de las gentes superficiales; baila, patina, tira al pichón; achícate, enamórate. Si hojeas libros, que sean de los que edita Sebastián Comas. Murmura y no pienses. Cuida del arreglo del exterior de tu cabeza, pero en modo alguno de lo que haya

ó pueda haber dentro. Esto es de buen tono, y además esto es lo único que puede curarte de tus aspiraciones insensatas, de tu fiebre oratoria.





VIII



U último consejo no cayó sobre mi ánimo como una semilla muerta.

He abandonado las Cortes por los saraos, los discursos por los rigodones. Me he lanzado, en una palabra, al amor, que á través de unos ojos brilladores sombreados por el marco de ébano de unas negras pestañas, se adivinan venturas más tranquilas que entre las corrientes eléctricas de una tempestad parlamentaria.

La mujer que ha conseguido fijar mi atención es una hermosura indiscutible, ilegislable, inviolable... pero aguarda... ¡ilegislable! ¡inviolable!... ¡Oh! cuando menos lo pienso asomo la punta... de mi credencial de diputado...

¡Si tú conocieras á la chica, Arturo! ¡Qué sencilla! ¡qué buena! ¡qué hermosa! Es imposible sentir penas á su lado, imposible sentir una aspiración que no sea la de poseerla. Á su

lado, pues, empezaba yo á curarme de mi dolencia moral, de mis ridículas imaginaciones, de mi pasión oratoria. Pero pronto las cosas han cambiado ¡y de qué manera y por qué motivo! Hace cinco días encontré á mi amigo Julio, que ya conoces, en la calle de Alcalá. Me saludó con cierto aire de lástima y me condujo *velis nolis* al portal de la casa más próxima. Me mira, lo miro; palidece, palidezco; y, previo todo linaje de precauciones, como si fuera á revelarme algún secreto de Estado, ó la trama de una conjuración tremenda, ó la fórmula feliz que no halló el célebre arcediano de Josas en sus persistentes proyectos de alquimia, me pregunta:

—¿Amas á Carolina?

—¿Moriría por ella—le respondí.

—¿Conoces su historia?

—No me importa.

—¿Te corresponde?

—No es una mujer vulgar que se rinde al primer galanteo.

—Pero salvando todas las exigencias de un pudor extremadamente susceptible, ha podido indicarte de algún modo la posibilidad de una inteligencia más ó menos próxima. Y sin embargo, no te ha remitido ni una sola esperanza en una sonrisa. ¿Es esto exacto?

—Lo es.

—Entonces...

—No se tomó á Zamora en una hora.

—Ni tu Zamora se rendiría en mil lustros.

Abandona el sitio de la plaza y renuncia á la esperanza sobre toda capitulación.

—Si es broma, basta ya. Si hablas de una cosa positiva y que puede interesarme, dilo todo de una vez.

—Los sucesos infaustos deben comunicarse con la oportuna preparación; pero si tanto te importa conocer tu mal, lo sabrás inmediatamente. Escúchame: Carolina, como cada hija de Eva, se ha trazado en su imaginación para marido un tipo determinado, con su fisonomía, su estatura, su expresión, su genio y sus aptitudes especiales. Podrá transigir, tal vez, con la disconformidad de algunos rasgos morales ó caracteres físicos; pero no en punto á la calidad de los talentos que tiene asignados al que haya de llamarla su esposa. Carolina se muere por los oradores, y sólo dará su mano al hombre que se conquiste una reputación indiscutible en la tribuna. No trates, pues, de deslumbrarla con la gallardía de tu continente, ni de rendirla con el esplendor de tus riquezas. Sería inútil. Vete al Congreso, pide la palabra, debuta con éxito, y pon el *Diario de las Sesiones*, donde aparezca tu discurso reproducido, á la cabeza de tu declaración amorosa. Es tan indispensable ese documento para que puedas ser oído por la codiciada beldad, como el certificado de la celebración del acto de conciliación para que proceda el juicio ordinario.

Ya comprenderás, Arturo, cuál pudo ser la sorpresa que me produjeron tan peregrinas re-

velaciones. Por de pronto caí en el mayor de los abatimientos. Después me rehice pensando que todo era una broma de mi amigo; pero muy luego volví á mi primera amargura; tenía por cierto no haber hablado á nadie más que á ti, sobre cuya discreción no me es lícito dudar, de mis proyectos tribunicios, y esto excluía la posibilidad de que las referencias de Julio fuesen un recurso novelesco para embromarme. Efectivamente, Julio no había inventado nada. Su historia era exacta, según pude comprobarlo con posterioridad por mí mismo. Créelo, Arturo, Carolina conoce perfectamente la tribuna griega y la tribuna romana. Delira por Cicerón y Demóstenes. Ha leído todos los tratados que sobre elocuencia se han escrito desde que el mundo es mundo. Recita pasajes enteros de O'Connell, de Pitt, de Mirabeau, de Castelar y hasta sabe de memoria, y esto sí que es ganas de saber, alguna cantata de Villaverde y otros personajes nimios de los que figuran en la guía parlamentaria de oradores forasteros. Es menester para hablarle hacer previo examen de inteligencia. Coge un dislate antes que un podenco una liebre. No suelta de las manos á Olózaga y á Timón. Está abonada al palco de la Presidencia de las Cortes y suscrita al *Diario de las Sesiones*. No comprende, en fin, que puede llegarse, sino por la palabra á la cima social, y no quiere unirse á ningún hombre que no sepa manejar la lengua diestramente; es decir, no quiere unirse á ningún hombre de la ribera, del estado llano, del estado

cursi, pues que sólo admite la aristocracia de la tribuna. Esta noche misma, hace exactamente una hora, en la tertulia de la generala X... donde la he visto, ha derrochado su ingenio, dirigiendo sabrosos chistes á los diputados siistas, como llamaba el gran Orense á los padres de la patria que sólo despegan los labios, para dar su aprobación á los actos del Gobierno, sean malos ó sean buenos. Excuso decirte que he creído sentir traspasado mi corazón por el acero de su sátira.

Ya ves, Arturo, cómo el hado me persigue. Donde creí encontrar el remedio he encontrado la agravación del mal. Excusar el peligro... Tomar la línea curva... Huir del peregil... ¡qué demencia! Dígame que es cosa de creer más en el destino árabe que en el destino cristiano; más en la fatalidad que en la Providencia.

No vamos á donde queremos, sino á donde las circunstancias nos llevan, y sin luchar caminamos siempre, como vencidos, á la cola de la fortuna. Lo del libre albedrío me mueve á risa; bien que ya lo ha dicho Lavater: *el hombre es libre como el pájaro en la jaula*. Es inútil que huyamos de la tentación, porque si está escrito que caigamos, caeremos en lo más llano y lo más firme; inútil poner la distancia por delante de la realidad que nos aterra, porque la sombra del objeto ó del sér ausente, cuyo contacto rehuidamos, nos seguirá más deprisa hasta colocarse á nuestro lado; inútil esquivar la muerte, porque cuando ha sonado la hora de morir, nos ahoga-

mos en un arroyo, ó nos asfixia el humo de un veguero de la Vuelta de Abajo, ó nos desangra la espina de una rosa al apoyar la sien contra la mano que oprimía la traidora flor.

¡Ah! Después de tanto batallar, me encuentro con que lo que era antes término de una aspiración es ahora sencillamente el medio de llegar á un fin más anhelado y más difícil también. Yo podría renunciar á la fama, á la gloria, á un prestigio parlamentario, pero no puedo renunciar á la ocasión, al pretexto, al sacrificio indispensable para rendir á la mujer amada. El deseo de sobresalir en la tribuna se me impone, pues, en este instante con más vehemencia que nunca. ¡Y es tan horrible este estado, que ni siquiera la muerte me lo puede dar resuelto, porque lo que yo ambiciono, sobre todas las cosas, es la posesión de Carolina, y morir no sería poseerla. Por lo demás, maldito si me inquietaría abandonar un suelo que me abrasa, cerrar para siempre los ojos á un sol que sólo me hace ver, con la enérgica viveza de los colores fuertes, ideales imposibles, descender de un vuelo al abismo y agotar la vida de un solo sorbo. Confieso que me sería agradable morir, pero morir después de reclinar mi frente sobre el seno de Carolina, después de oír bien cerca el rumor de los latidos de su corazón amante, después de beber en su aliento el néctar, en sus ojos la luz y en sus besos la armonía que necesita mi alma, para desprenderse de la red de arterias que la aprisionan, sin incertidumbres

criminosas y miserables combates que la impidan volver noble y tranquilamente al seno de su Creador.

Adelante, adelante; los desmayos de fe son cobardías de una voluntad perezosa, indecisa. Tras de la crisis está la apoteosis; tras el esfuerzo el descanso, y más allá de la sed, del abrojo, de la sombra, de la fatiga, la fuente, el perfume, la luz, la victoria. Vencer sin combatir es menguado, y, además, imposible. Estudiaré, trabajaré. El estudio refresca las nobles ansias y el trabajo lima las asperezas intelectuales. Leeré obras didácticas y colección de modelos; todos los tratados que enseñan las reglas del arte de la elocuencia y todas las oraciones célebres de los que, sujetando sus aptitudes á la observancia de esas reglas mismas, han conseguido los mayores éxitos oratorios.

Después de todo, es cosa convenida por tirtios y troyanos, por retóricos y humanistas: *el orador no nace, el orador se hace.*





IX



UNQUE por el contexto general de tu carta fácilmente se deduce que nada esperas ya de mí, y que sólo el natural impulso de buscar un desagüe á tus penas, trasladando á un corazón amigo las impresiones del tuyo, es lo que te ha podido mover á escribirme, entiendo yo que nunca menos que ahora debe faltarte mi consejo, no ilustrado, aunque sí leal ciertamente.

Hasta aquí tu monomanía no ha revestido caracteres alarmantes; pero desde el momento en que la paseas por esos mundos de Dios, desde el momento en que ha recibido, digámoslo así, la influencia del aire libre, la cosa varía y merece ser fríamente meditada. Porque no lo dudes, Juanito; sin que yo á ello haya contribuído con la más ligera indiscreción, tu monomanía ha sido descubierta, y de ella se ha aprovechado la tal Carolina para ridiculizarte fin-

giendo aficiones que no tiene. Yo no sé el motivo, pero sospecho que Carolina es una mujer corrida y burlona, y á falta de esparcimientos menos culpables, ha tomado sobre sus hombros la tarea de hacer tu caricatura, empresa en la que de seguro hay más de un cómplice y de un encubridor. Piénsalo bien, y huye de una compañía y de un centro donde puedes encontrar esta cosa verdaderamente grave: una conjuración de faldas coligadas contra tu seriedad. Piensa que si nos es dado afrontar los peligros porque los peligros nos mortifican, y la adversidad porque la adversidad nos alecciona, es liviano, es indiscreto, es cobarde, no huir á paso redoblado del ridículo, porque el ridículo es enemigo del que no podemos defendernos sin empeorar nuestra causa.

¿No hay en el mundo más mujer que Carolina?... Tu posición, tu bondad, tu juventud, tu linaje, tu fortuna te dan derecho á elegir con ventaja. Además, ó Carolina es una pícara ó una bachillera, ó son fingidas ó son reales las aficiones que la atribuyes. Si lo primero, debes despreciarla, pues ha respondido á tu amor con el engaño, si lo segundo, debes abandonarla sencillamente, porque para ayudarnos á realizar la más fecunda y la más cristiana de las fundaciones, la fundación de la familia, lo que menos necesitamos son mujeres excesivamente idealistas, infatuadas, marisabidillas. El hogar, que debe cimentarse sobre el amor á Dios, no hay para qué cimentarlo sobre el amor á De-

móstenes. La paz doméstica no se afirma sobre principios especulativos, ni ha menester de lastre retórico. La paz es el bien, y el bien es por sí mismo bello.

Emigra de Madrid una temporada y da á Barrabás tus amoríos estrafalarios y tus proyectos tribunicios. Ya que has conseguido vencerte olvidando el Parlamento por Carolina, véncete una vez más olvidando á Carolina por una impresión nueva. Es triste cosa que siendo un hombre mimado por la fortuna, te consagres con tenacísimo propósito á tirar la dicha por la ventana, y es triste aún mayormente que pudiendo sobresalir, no ya por tus riquezas, en el orden social, sino por tus luces, en más de un punto de la esfera de la actividad intelectual, persistas en recoger honores y laureles, cultivando un género para el que menos seguramente te llama Dios. Si todos obrasen de la misma manera, si cada hijo de vecino emplease su estudio y su trabajo en el cultivo de facultades negativas con total abandono de las que le son propias, la sociedad andaría dislocada, y el mundo sería un inmenso plantel de pedantes, de perdidos y de tontos. Porque ¿cómo dudarle? desde el instante en que se pasaran la vida, el químico revolviendo el archivo de Simancas y el historiador combinando ácidos, el médico á caza de una recta interpretación de las leyes de Toro y el abogado en busca de una explicación satisfactoria de los fenómenos nerviosos, el poeta con la tabla de logaritmos

colgada de una cuerda de la lira y el matemático escribiéndose con las musas, el músico tras de las reglas de la perspectiva y el pintor tras de las reglas de la armonía, el estadista predicando sermones de ética pura y el filósofo engolfado en fórmulas algebraicas, desde ese momento no habría filósofos, ni estadistas, ni matemáticos, ni poetas, ni abogados, ni médicos, ni historiadores, ni químicos.

Pueden aprenderse en algunos meses la *Filosofía antigua poética* del Pinciano, la *Historia poética* del abate Cuadrio, *La Poética* de Boileau, los preceptos dramáticos, enumerados por Blas de Nasarre en el prólogo de las obras teatrales de Cervantes; los consejos de Moratín, y todas las reglas que para hacer comedias se han recomendado desde Aristófanés hasta Zumel; pero con toda esta indigestión de conocimientos, maldito si uno podría escribir algún regular sainete á no tener naturales disposiciones para el teatro. Cualquiera contando con días y ollas, puede engullirse los diálogos de Platón, las lucubraciones de Anaxágoras, los sistemas de Kant, la filosofía de revelación y de modo de Hégel, la réplica de Locke á la teoría de las ideas innatas, el *antropomorfismo* de Feuerbach, la *Zendaresta* de Fechner, la analítica de Sanz del Río, la Teoría del infinito, de Tiberghien, el trascendentalismo alemán; pero como no le dé el naipe por las cosas abstractas, sacará de estas correrías filosóficas lo que el negro del sermón, la cabeza caliente y

los pies fríos. Cualquier demócrata monárquico, incluso el mismísimo Moret, puede leerse de rabo á cabo las obras de Maquiavelo, y quedar tan inocente y sin mancha como antes de empezarlas. El estudio es de resultados inequívocos, pero aplicado al fomento de las facultades geniales; así como el trabajo agrícola es útil y es próspero, pero buscando siempre la concordancia de los sistemas de explotación con la calidad característica de los terrenos.

No malogres, pues, Juanito amigo, tu tiempo en aprender reglas para sujetar un ingenio que no tienes, y en abrir acequias de desagüe á una fantasía de la que no pueden temerse desbordes. Si quieres curarte radicalmente de tu monomanía parlamentaria, no estudies sólo el *pro*, estudia con mayor preferencia el *contra* de la realidad anhelada. Todas las cosas tienen su lado y su revés, su parte bella y su parte de forme, y tú únicamente has mirado lo ventajoso de la carrera oratoria... ¿Qué es un orador? Un obrero con más responsabilidad, con más horas de trabajo, con menos estimación del público, tal vez, que un obrero mecánico. ¿Y qué es la palabra misma? Hasta hace poco pensábamos que era lo que más nos dignificaba, tomándola por signo característico que distingue al hombre del bruto; pero las observaciones desinteresadas y sapientísimas de viajeros ilustres, y los adelantos y descubrimientos recientes de las ciencias naturales, nos han sacado de nuestro error, pues resulta demostrado hasta la evi-

dencia que los animales hablan. Lo que hay es que su lenguaje nos es desconocido, como á ellos el nuestro; pero deducir de este estado recíproco de incomunicación absoluta una consecuencia negativa, sería cosa tan fuera de lógica, como que pueblos con idiomas distintos se negasen unos á otros la facultad de hablar porque no se entienden. Lee, si no, la obra de Traviere *sobre las abejas*, y verás referidas cosas extraordinarias acerca del lenguaje y la facultad de comunicarse de estos insectos. El inglés Parkyns, que ha viajado por Abisinia, dice de los monos, «que tienen jefes, á los cuales obedecen mejor que los hombres á los suyos, y han organizado un verdadero sistema de pillaje. Si una de las tribus baja los desfiladeros de las rocas que habitan, para robar, por ejemplo, en un campo de trigo, lleva á todos sus miembros, machos y hembras, viejos y jóvenes. Después de haber elegido guías y exploradores entre los más viejos de la tribu, conocidos por sus pelos largos y espesos, examinan cuidadosamente todas las hondonadas antes de bajar, y trepan á todas las rocas desde donde se puede descubrir la comarca. Otros centinelas cubren los flancos y la retaguardia, y su vigilancia es exquisita. De cuando en cuando se llaman y se contestan para participarse mutuamente que todo va bien, ó que hay peligro. Son tan acentuados sus gritos, tan variados y tan claros, que al fin se les comprende. Al menor grito de alarma, se detiene toda la tribu, y presta oídos

hasta que un segundo grito de diferente entonación les hace seguir andando.»

Dujardín te dirá que un día colocó en el hueco de una pared, y muy lejos de las colmenas, un vaso con azúcar, pudiendo observar que una sola abeja que había descubierto tan rico tesoro, voló alrededor de los bordes del vaso, los tocó con la cabeza, y después de este examen marchóse á la colmena y volvió con un enjambre de compañeras que se echaron sobre el azúcar. ¿No se habían hablado, por ventura, estas abejas?

Entre los animales, como entre nosotros, reina también confusión de lenguas, pues según afirma Fischer en su obra *sobre los pájaros*, las modulaciones con que éstos expresan la alegría, el temor, el amor, etc., etc., no son las mismas en todos los países. Pero, qué más, Juanito; hasta los animales tienen sus Asambleas. Refiérese, que en los alrededores de una casa de campo, situada en el pueblo de Weddenford, cerca de Magdeburgo, reuniéronse varias cigüeñas, y después de una seria deliberación, condenaron á una de sus compañeras por adúltera. Su marido y las demás cigüeñas las mataron á picotazos y la echaron fuera del nido. Según las observaciones de ciertos barqueros ingleses, llamados *punter's*, los patos salvajes tienen reuniones parlamentarias y votan. Son palabras textuales y referencias históricas de Buchner.

¿No te da ahora, Juanito, gana de tirar tu credencial de diputado por todo lo alto? ¿Es

posible que persistas todavía en emular una gloria que ya han alcanzado las cigüeñas? Este pícaro sistema parlamentario que nosotros creíamos privativo de los pueblos libres, ¿podrá seguir ejerciendo entre nosotros fascinación alguna, desde el instante en que ya los practican hasta los patos salvajes?

¡Oh! la palabra no es nada. El hombre no es nadie. El mundo es materia. El cielo un espacio vacío. Nuestro planeta volverá al estado primitivo de incandescencia, quién sabe si antes de que el llamado ilustre Duque de la Torre reciba el poder de manos del hijo de la Reina destronada en Alcolea. ¿Por qué tantos afanes? ¿Por qué tantos anhelos? ¿Por qué tantas batallas?

Si todavía, Juanito, te queda una pizca de ilusión, entrégate á las conclusiones del materialismo fisiológico y físico. Engólfate en los estudios de la geología, de la zoología, de la química, y come mucho, bebe mucho, cuídate mucho, para retardar el momento en que por las leyes ineludibles del trasformismo eterno, tu personalidad libre y oronda y distinguida, desaparezca y se descomponga en rebaño de gusanillos, ó en un trozo de berza, ó en una piedra caliza.





X

CUS intuiciones me causan asombro, porque, ¿qué sino intuiciones son tus pronósticos, cuya exactitud por mí mismo he comprobado, aunque después de largo y doloroso desaturdimiento, sobre el carácter y organización moral de una mujer que te era desconocida?

Carolina no es, efectivamente, un ángel; ni es, siquiera, una de tantas páginas de la última edición de la mujer, ni uno de tantos términos de la serie, ni una de tantas variedades de la especie femenil. Es decir, no es jovenzuela burlesca, tornasolada, superficial, murmuradora. Es más, mucho más: es una mujer insolente y peligrosa. Se ha reído de mí desde el primero hasta el último día. Y aún podría perdonarle su acción si sólo la hubiese realizado para su exclusivo esparcimiento. Pero sacar de mi sencillez, de mis ingenuidades, de mis nobles fla-



quezas, materiales cómicos para dar una función bufa á beneficio de un público de niñas mal educadas, de viejos verdes, hermosuras seniles y mozalvetes barbi-lampiños, eso no se lo perdonaré nunca. Tampoco podré perdonarme á mí mismo el haber sido tanto tiempo engañado, el haber paladeado el ridículo una y otra vez, aderezado torpemente por ingenios vulgares, y bebido la hiel por copas de ajeno.

El recuerdo de la última *soirée* de la generala, á que asistí, será siempre mi horrible pesadilla. A las tres de la madrugada, todos los tertulianos nos replegamos al compartimiento del *buffet*, donde se bebió de lo lindo, rivalizando con el sexo fuerte el sexo flojo en punto á tragaderas y resistencia alcohólica. Después, y cuando todas las cabezas estaban desniveladas, y todos los estómagos repletos, convirtióse aquel compartimiento en una verdadera sala de tiro de pichón.

Excuso decirte, Arturo, que el pichón fui yo, y que cada cuál me tiró con lo que pudo, con exclamaciones insolentes, chistes grotescos, equívocos injuriosos, interrogatorios mortificantes.

—Diga V., D. Demóstenes—exclamó un vejete presumiendo de gracioso,—¿cuál de los dos grandes sistemas oratorios le parece á V. mejor: el de Copérnico ó el de Tycho de Brahé? (Risas prolongadas.)

—¿Cree V., Juanito—exclamó un andaluz de tierra baja,—que llegará día en que la influen-

cia de la palabra sea tan grande que puedan los oradores, á fuerza de *palique*, constitucio-
nalizar los Estados asiáticos y fundir todas las
regencias, bajalatos é imperios del Africa, so-
bre la base de una gran monarquía represen-
tativa?

—Indudable—murmuró un sietemesino;—
¿acaso no inventó la pólvora un tribuno, que
fué cosa más trascendental? (Risas otra vez.)

—Usted debe, Juanito, poner su elocuencia al
servicio de las mujeres.

—No, al de los hombres.

—No, al de los animales y plantas.

—No, al de los principios.

—No, al de los sueldos—exclamaron mu-
chas voces á un tiempo en indescriptible alga-
rabía; algarabía que un joven impúbere, cur-
sante de humanidades dominó, dándome una
palmadita en el hombro, y preguntándome con
la mayor inocencia:

—¿Dígame V., Sr. de Demóstenes,—el he-
liotropo es de esa familia de los tropos, que
constituyen una figura retórica?—(Risas gene-
rales y prolongadas.)

Después de esta explosión de hilaridad, hu-
bo algunos instantes de silencio, prontamente
interrumpido por una voz que dijo:

—Que hable Juanito.

—Que hable, que hable—repitieron varias.

—No lo conseguiréis—murmuró otra, que ju-
rara fué la de Carolina;—sí, no lo conseguiréis,
porque Juanito es un orador capitidismuido.

—¡Ca-pi-ti dis-mi-nuí-do!—exclamaron todos los concurrentes en medio de risas universales y atronadoras.

Yo aproveché aquella última escena de confusión para escapar de semejante coro de energúmenos, y abandoné humillado, avergonzado, corrido, para no volver jamás la tertulia de la generala X.

Desde aquella noche he sufrido una grande transformación. Mis tentativas oratorias, frustradas; el recuento de mis fuerzas, sobre las que pude hacerme todo género de ilusiones, mientras no necesité ensayarlas; el estudio del mísero estado moral de las altas clases de Madrid, estudio que completé en las recepciones de la generala, pero que ya tenía muy adelantado á mi paso, con anterioridad, por los salones de muchos otros representantes de la aristocracia; los desvíos culpables de Carolina; mi observación constante sobre la tendencia de la generalidad de las gentes á ensanchar las heridas ajenas, á cubrir el abismo con capa de rosas para que caigan los desprevenidos, á rebuscar flaquezas para explotarlas de algún modo; todas estas causas me han inspirado un grande odio á la sociedad, y como que el odio es una levadura que no puede entrar en el corazón sin agriar todos los sentimientos, y como que la contrariedad que nos produce vértigo en vez de tristeza, nos lanza implacablemente á la desesperación de las negaciones, heme aquí, Arturo, sin necesidad de tu consejo, engolfado en

la lectura de cuantos libros pueden tristemente halagarme en el estado actual de mi imaginación y de mi espíritu.

He leído á Humboldt, á Lamarck, á Darwin, á Czolve, á Sttraus, á Pyat, y la afirmación que presenta al Cosmos como un simple encañamiento de leyes naturales, y no como producto de una voluntad creadora; las teorías de permutación en el mundo orgánico; el principio de la eternidad de la materia; el juicio del historiador filósofo que despoja á Jesús de todo carácter divino; todas estas audacias, en fin, del naturalismo y del racionalismo me hielan y me enardecen, me fortifican y me postran á la vez. Siento un día que puedan ser la verdad, y siento otro que puedan dejar de serlo. Un día inunda mi alma la idea de Dios, y otro se posesiona de ella la idea de la nada, del caos, del vacío. Un día me encanta la idea del cielo, tal como el cristiano lo cree: última jornada del espíritu errante, y otro solo me arroba la idea del cielo tal como el astrólogo secamente lo describe: inmenso grupo de globos y de sistemas solares.

Volvería á intervenir en los mezquinos combates de la vida, á detener el vuelo de mi fantasía, á interesar mi razón en cuestiones subalternas; pero lo grande fascina, el amargo estimula, el abismo atrae, y más me enfrasco en la filosofía materialista cuanto más terribles son sus conclusiones. Anhelo, sin embargo, especialmente, llegar á una cosa conocida. Luz ó

sombra, quiero saber, de un modo positivo, si todo es sombra ó todo es luz. La deformidad de una triste certidumbre me desespera menos que una esperanza siempre combatida. Busco un convencimiento, y acaso no sé que en este terreno más se duda cuanto más se ahonda, y más se aleja la verdad cuanto más se camina.

Hay instantes en que me digo: «Sólo pueden los espíritus cobardes creer y los espíritus débiles vacilar.» Toda creencia religiosa acusa, por lo tanto, debilidad ó miedo. ¿Cuál de ellas, si no, resiste el frío contacto de la razón? ¿Cuál de ellas no ha sido brillantemente refutada por la ciencia, por la verdadera ciencia, por la que prescinde de toda abstracción y todo embrollo, de toda sutileza y toda vaguedad? Contra la verosimilitud de la fábula bíblica sobre el origen del mundo, la explicación geológica de la formación de los terrenos; contra la afirmación dogmática sobre la fuerza vital, la realidad de la química creando sustancias orgánicas de materias inorgánicas; contra la teoría de la semejanza absoluta entre el hombre y el bruto, los resultados científicos de la anatomía comparada. demostrando la conformidad de las formas anatómicas en toda la escala de los animales; contra la intervención íntima de un poder supremo, la universalidad y la inmutabilidad de las leyes naturales; contra la existencia de un cielo imaginario, el principio científico de la eternidad de la materia; contra el concepto teológico del alma humana las conclusiones fisio-

lógicas en punto á organización cerebral.

Después de esta conferencia con mi razón á solas, mis fuerzas entran en reposo, pero en un reposo que dista mucho de parecerse á la paz de un ánimo tranquilo, y que se parece bastante á la somnolencia fatigosa de un cuerpo saturado de opio. Aun así, mi calma no es duradera. Pronto me desaturdo y alzo la cabeza con esa inquietud propia de quien, creyendo haber asentado su razón sobre una idea fija, tras largo período de penosa contradicción, se encuentra, al despertar, con que la base del asiento flaquea y las ansias de la incertidumbre le agobian de nuevo. Entonces deliro y tiemblo; me vuelvo á postrar y vuelvo á erguirme sobre mi dolor. Lucho como suspendido entre una ola que me empuja mar adentro y una fuerza ignota que me arrastra hacia la ribera. Mis sienes laten con violencia, con esa violencia que acusa la combustibilidad de un corazón próximo á arder, y ando y desando mil veces el camino de la ira á la amargura, de la desesperación á la congoja, del vértigo al sollozo, hasta que, descendiendo á mi frente luz desde muy alto, exclamo anadado: «¡Ah, y he podido yo dudar! ¡Qué vuelo tan bajo; qué aspiración tan insensata la del naturalismo, consagrado casi en lo principal de su tarea á divertir el pensamiento de la especulación filosófica para retenerle dentro de los límites miserables del mundo visible!

»El naturalismo se declara solo apto para conocer los cuerpos y sus propiedades; fuera de

esto, todo lo juzga trascendental, y el trascendentalismo es, según Wirchow, el extravío de la razón humana. Sin embargo, pretende poseer el secreto de la vida y de la muerte, de la creación y de la inmortalidad.

»El naturalismo acepta como una ley general y absoluta, que preside al mundo orgánico, el principio de *Omne vivunt ex ovo*; es decir, declara que todo lo que existe proviene de la generación inmediata de cuerpos de padres que antes existieron, de un huevo, de una semilla. Más claro aún: entiende que el hombre sólo ha podido ser engendrado por el hombre. Sin embargo, cuando se le pregunta cómo se formó el primero, contesta: yo no lo sé; lo que sé es que Dios no pudo hacerlo, porque Dios no existe.

»El naturalismo proclama el principio de la materia increada y eterna, y el perfeccionamiento sucesivo de las especies, en virtud del desarrollo gradual é incesante del mundo orgánico. Sin embargo, admite la posibilidad de que la tierra retrograde destruyendo los efectos de millones de siglos y perezca por completo la actual raza humana.

»¡Ah! Una escuela que así se contradice; una escuela que, por otra parte, desautoriza los estudios abstractos, cierra todos los caminos al conocimiento de lo absoluto y descarta á Dios en la intervención de lo creado; una escuela que sólo toma lo que se le entra por los sentidos y niega todas las verdades que no alcanza á comprender; que reduce la cuestión de la existencia

del alma humana á las proporciones nimias de una cuestión de cantidad, haciendo consistir su mayor ó menor potencia de un poco más ó menos de fósforo, de grasa cerebral; que no comprende al hombre rigiéndose por sí mismo, sino sujeto á las leyes generales de la naturaleza; que no conoce la noción de lo justo, en cuanto niega el libre albedrío y el principio de la responsabilidad; que condena la hipótesis y glorifica el hecho; una escuela, en fin, que ahuyenta todo lo que son nobles esperanzas y magnifica todo lo que son amargas incertidumbres, inspira á las veces repulsión, á las veces lástima, pero siempre miedo. Sin embargo, yo también he sido su prosélito y me he solazado estúpidamente con sus negaciones insensatas. Mas no, no; yo no he creído; he delirado. Yo no he sentido placer, sino vértigo; y el vértigo no es un estado de razón; los locos más furiosos tienen sus intervalos lúcidos; ¿cómo no han de tener los cuerdos intervalos sombríos? Pero el acceso pasó, y vuelvo á ser lo que he sido siempre... ¡Dios mío! Yo creo en ti; yo tengo la certeza subjetiva de tu existencia; pero permíteme que no te adore como el ermitaño de la isla Capraria y el monje de la Edad Media, con austeridades que á nadie aprovechan y maceraciones que son un suicidio lento, porque yo imagino que no pueden halagarte los sacrificios bárbaros. Yo creo en ti, pero déjame que no quiera verte entre las ruinas aventando el polvo, en los cataclismos avivando los volcanes, y en los

campos de batalla dando y quitando reinos, porque sería achicarte y desconocerte. Yo creo en ti, pero déjame que te mire desde la cruz pidiendo perdón para tus crucificadores, y no desde tu silla de juez fulminando sentencias contra tus pobres criaturas; déjame, en fin, que te reconozca haciendo descender el Maná y no blandiendo la espada, repartiendo dones y no exigiendo responsabilidades, porque yo no creo en el poder de tu brazo, sino en el de tu misericordia. ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... El hombre le pide luz á Aquél que para crearla sólo necesitó decir: *fiat lux*; la criatura le pide gracia á su Creador.»

En medio de este desborde de sentimientos piadosos levanté súbitamente la cabeza, inclinada sobre mi mesa llena de libros, crucé las manos y fijé la vista en el horizonte lejano: el sol se había puesto; la noche avanzaba; la noche, que es la parte del día en que se recargan los enfermos y emigran las esperanzas; la noche, que es el silencio en las calles y el ruido en los cerebros; la noche, que distribuye á la par sus sombras sobre los horizontes y sobre los espíritus, trajo al mío los sobresaltos, las incertidumbres de otras veces. Dudé de nuevo y me afirmé de nuevo en las miserables teorías de que acababa de protestar.

Tal es, Arturo, mi tarea; negar á una hora lo que afirmo en otra; rectificarme á mí propio, increparme á mí mismo, cuando creo, porque no niego, y cuando niego, porque no creo. Di-

ríase que esto no es vivir; pero sufro, luego vivo. Vivo, es indudable; mas no se prolongará mucho tan mezquina y atormentada existencia. Anhele decir pronto, como Mirabeau: «*Voy á entrar en la nada,*» que la muerte es sencillamente la nada. É iré tranquilo; tranquilo como quien ha conseguido descifrar el enigma medroso, cuyo secreto dolorosamente le enardecía... ¡Lejos, lejos de mí, pues, toda nueva irrupción de fascinadoras mentiras! En el mundo sólo hay hechos, y cada hecho es un disolvente para la esperanza, un argumento contra todo poder superior al de la naturaleza. Mientras se fantasea, mientras se sueña, mientras se poetiza, todo va bien; pero cuando las facultades pensadoras se imponen á las facultades imaginativas; cuando se mira á la realidad sin vidrios de colores, con ojos desnudos, cara á cara, sólo se ve una fábula tras de cada dogma, una explotación tras de cada iglesia, una extravagancia tras de cada idealidad; el vacío arriba, el vacío abajo, el vacío en todas partes.

La variedad inmensa de conceptos religiosos que puede registrarse en los distintos pueblos de la tierra y la grosera forma en que muchos de aquéllos se manifiestan, fúndase en la común manía de buscar explicación á lo que no existe, porque si la idea de Dios fuese una cosa cierta como pretende la teología dogmática, muchos pueblos, cuando no todos, llegarían á conciliarse en puntos relativos á las manifestaciones exteriores de esa idea, y aun á fundir

sus cultos sobre la base de universalidad de una sola religión positiva. Así se ve que las naciones, no obstante la heterogeneidad de intereses, de razas y de Gobiernos, se conciertan frecuentemente en materias de derecho, de comercio, de literatura, mientras son cada día más profundas y mayores sus diferencias religiosas; y es que el concierto sólo cabe sobre lo conocido, sobre lo práctico, sobre lo real y no sobre lo ilusorio, lo abstracto, lo imposible. ¡Qué más argumentos! La geología, la anatomía comparada y la filosofía, la química, la lógica, la historia, todo conspira á proscribir la divinidad por principio falso, por cosa errada y absurda. Es indudable. Proclamémoslo en voz alta: Dios no existe.

Pero ¡ah! ¡qué penoso es renunciar á la única idea bella! ¡Qué triste subir la cuesta de la vida sin la esperanza de la inmortalidad! ¡Qué triste pasar por el dolor para ir á la nada!... No, y mil veces no. Yo no puedo, ni debo conformarme con semejantes conclusiones de una escuela criminal. ¿Soy yo una concentración de átomos, un eslabón de la cadena zoológica, un cuerpo proviniente, tal vez, de una miserable celdilla vegetal, una formación orgánica con fisonomía menos repulsiva que el mono y unas cuantas onzas de cerebro más que el delfín? ¿Soy tan sólo algo de esto ó soy un hombre? ¡Ah! yo soy hombre, y como lo soy, mi destino ulterior no puede confundirse con el destino ulterior de la planta ó del bruto, y como

mi existencia futura será distinta, también es distinta mi posición en la vida terrestre, y como por la diversidad de esta posición constituyo una excepción dentro de las leyes generales de la naturaleza, claro es que un poder independiente y superior al de la naturaleza misma me rige y me gobierna. Luego existe un poder supremo, luego existe Dios. Sí, Dios existe. Al menos yo quiero reconocerlo, mejor dicho, yo querría reconocerlo, porque en este instante, al grabar estas palabras mismas vuelvo á retorcerme, á reconvenirme, á sentir como que una nueva invasión de sombras asalta mi espíritu. ¡Oh, y pensar que la cosa más pequeña me ha traído á esta situación desesperada, imposible!... Porque yo vivía hace dos años tranquilo en mi quinta de Selva-azul; así viviría aun hoy, igualmente tranquilo, y allí habría muerto de seguro con las hermosas creencias que me enseñó mi madre. Pero una ambición, en mal hora despertada, me trajo á Madrid; el desencanto de esa misma ambición, siempre creciente y nunca satisfecha, lanzóme, contra mis naturales inclinaciones, de uno á otro lado de la sociedad, haciéndome conocer de ésta su organización, quizás, en la parte más defectuosa, y sus gentes, quizás en las capas más inferiores. Tales fracasos y tales enseñanzas agriaron mi carácter, amargaron mi vida, y falto de paz exterior, quise ¡insensato! buscarla en el interior de mi alma, prometiéndome la posesión de la verdad por medio del estudio de miste-

riosos problemas que, como la abeja, guardan en su fondo el aguijón para quien pretende escudriñarlos.

Pero, en fin, las cosas ya consumadas no pueden volver á su punto de partida, ni sus efectos se atenúan con deplorarlas, ni el que las sufre descuenta en su dolor, la parte del mismo que proporciona al ánimo generoso al que las comunica. Esta será, pues, mi última carta, Arturo. Mañana salgo de Madrid, no sé para dónde, ni hasta cuándo, ni por qué. Todavía quisiera someterme á mi voluntad para que mis acciones enfrenadas por una dirección uniforme y legítima se mantuviesen dentro de la línea recta. Pero la voluntad domina en los cuerpos vivos, y yo sólo puedo ofrecer á la mía una masa inerte.

Desde mañana, pues, el azar, sólo el azar será mi destino.





XI

SR. D. MANUEL MARÍA SANTA ANA.



OS comunican por cartas particulares que nuestro distinguido compatriota el joven diputado D. Juan López se ha suicidado en París... Entre los individuos que forman la colonia española en la capital de la vecina República, ese suceso ha producido una muy grande impresión de amargura, por las extraordinarias simpatías de que gozaba el suicida, y no son para contadas las cavilaciones á que la gente se entrega, en averiguación de los motivos que hayan podido aconsejar al malogrado joven tan extrema resolución.

D. Juan López no había sufrido ninguna decepción amorosa, ni ningún quebranto en sus intereses; su inmensa fortuna iba en aumento y

ejercía una verdadera dictadura entre las mujeres. Gozaba, además, de la más completa salud. ¿Cómo se explica, pues, que abandone la vida por voluntad propia quien se halla en posesión de todos los medios que la hacen codiciable?... He ahí el misterio que inútilmente pretenden desentrañar los comentadores de la muerte del infeliz López, á quien, por nuestra parte, deseamos que la tierra le sea leve.»

En el número de su popular diario correspondiente al 25 de abril, aparece publicado el suelto transcrito, y en verdad, que si la desventura que ha decidido al malogrado López á buscar, en la boca de una pistola, el último sombrero consuelo, á que parece tener únicamente derecho una existencia cruelmente torturada, constituyese un caso excepcional y aislado, nada tendría yo que exponer ni que decir; pero, muy por el contrario, constituye cierta especie de dolencia moral con carácter epidémico, y hácese preciso denunciarla, no ya á las juntas de Sanidad del Reino, encargadas de la salud pública, en lo que ésta se relaciona con la conservación de la vil materia, sino á los hombres conspicuos y observadores, cuyo consejo y cuyo análisis puede influir en el restablecimiento de la salud de los espíritus.

Lo que tantas personas de la confianza de D. Juan no han podido adivinar sobre los motivos de su determinación, habrálo V., señor director, de seguro adivinado con sólo hojear las cartas adjuntas, entre las que he tenido cuidado

de incluirle un borrón de mis respuestas para que pueda formar cabal juicio.

Ya lo sabe V.: un día, en medio del regalo de la vida solitaria, mi pobre amigo fué requerido de amor por un distrito independiente que le ofrecía un puesto en el Congreso de los Diputados. El joven vaciló al pronto, pero por fin se resolvió y aceptó. Hasta aquí todo va bien. Pero ¡ah! al traspasar los umbrales del Parlamento, Juanito experimentó sed y hambre de notoriedad; obligado por las necesidades de su oficio á codearse con los dioses de aquel Olimpo, Castelar, Sagasta, Martos, Cánovas, pensó en ser dios; colocado al pie de la tribuna parlamentaria, es decir, del capitolio moderno, quiso trepar á la cima; pero con medios escasos para empeños tan altos, no pudo nunca remontar el vuelo un palmo de la tierra. La tentativa frustrada, antes enciende que amengua el deseo, y más enardecido cuanto más contrariado, el infeliz muchacho concluyó... en fin, ¡ya sabe V. por lo que concluyó!

¿Qué hay aquí de extraordinario? se preguntará la generalidad. ¿Es el primer hombre que se pega un tiro?

Señor mío: repito las frases con que encabezó esta carta: el desastre de un hombre no puede producir el dolor de un pueblo; pero cuando ciertas desventuras individuales se propagan, se extienden, toman carácter epidémico, hay que ponerse en guardia, porque entonces puede no tratarse ya del desastre de un hom-

bre, sino del desastre de una generación.

No es Juan López un mentecato perdido en la inmensidad de una juventud despreocupada, trabajadora é inteligente; es, y aquí asoma ya parte de su enormidad la dolencia reinante, como el tipo perfecto y bien delineado que caracteriza á esa misma juventud.

La celebridad, y sobre todo, la celebridad parlamentaria, es la monomanía de nuestro país en lo que va de siglo. Son ya menos los que se dedican al arte de hacer fortuna que al arte de intrigar para hacer ruido; tira más la reputación que la hacienda, y aun los pocos que prefieren á la primera la segunda, no la buscan en los talleres, en los campos, en el ejercicio de las profesiones, sino en los Parlamentos. Quien dice diputado, dice orador; quien dice orador, dice Ministro; quien dice Ministro, dice banquero, César, hombre inmortal. He ahí el secreto. Hacerse simplemente rico, es una ordinariez; reunir los conocimientos que puedan en lo humano constituir la sabiduría, es, cuando la fama no repite de onda en onda el nombre del poseedor, como ejercer un señorío irrisorio sobre inmensas heredades que no producen, situadas en hemisferios apenas conocidos de los geógrafos. El afán de la multitud, es subir; subir alto y subir pronto; es improvisar timbres y millones; pero ¿y por qué medio? ¡Ah! procurándose á toda costa en cualquier revuelta electoral un billete de entrada para el gran mercado de contratación de las inteligencias: para el Par-

lamento. Los hombres inferiores tienen su sitio en otra parte: en el mostrador. El país debe, por lo tanto, dividirse en ultramarinos y tribunos, y cada español debe dedicarse, según el grado de sus fuerzas, á cultivar, ó la partida doble ó la retórica.

Sr. Santa Ana: esto acusará un estado psicológico lamentable en nuestro pueblo, pero ya se guardará V. de decirme que esto no es verdad... ¿Ve V. ese joven de corte romántico que apadrinado por Núñez de Arce ó Campoamor va al Ateneo á debutar de poeta dando lectura de un poema inédito? Lo menos creerá V. que el debutante aspira á un puesto en el Parnaso. Pues no señor, aspira á cosa más terrenal, á un sitio en los escaños rojos. Su poema es la ejecutoria de un mérito personal relevante, clavado en la puerta de una casa que visitan muchas notabilidades; es la solicitud razonada de un pretendiente á personaje político, dirigida á la oficialidad en masa del estado mayor de nuestros partidos, diciendo: «El que esto ha escrito es un hombre que vale para algo..... ¿Quién lo compra?» El joven vate encontrará compradores á precio de la correspondiente credencial; será diputado, y concluirá por hacer muy malos discursos quien supo hacer muy buenos versos, y por agotar el ridículo de las posiciones, falsas quien habría cosechado gloria en abundancia, con sólo dedicarse al cultivo de sus aptitudes especiales.

¿Ve V. ese doctor que da conferencias públicas sobre química, desplegando en tan im-

portante ramo del saber humano conocimientos nada comunes? De seguro que no faltarán personas que afirmen que las tales conferencias son una especie de reclamo para llamar gente á la botica del conferenciante. Pues yo aseguro que no; el ilustrado doctor en farmacia no ejerce, no tiene botica, se juzgaría empequeñecido con servirse de su ciencia, vendiendo específicos para el mejoramiento de la salud pública y de su bolsillo particular. Sus lecciones, con efecto, son un reclamo, pero reclamo dirigido á los jefes políticos de banderín, que rebuscan oradores para el Congreso. Este malaventurado pretendiente encontrará también quien lo filíe, será diputado; pero como no es lo mismo hablar de una cosa que se domina que de muchas cosas que no se conocen; como no es lo mismo dirigirse á un público, en su mayoría indocto, desde la inmunidad de una cátedra, que dirigirse al país desde una Cámara intransigente, cuyo gusto han educado los grandes maestros de la palabra, el insigne químico verá irse una legislatura tras otra sin decir: «esta boca es mía,» ó dirá «mus;» y *entre que caigo y que me levanto*, entre ayudar á su partido, siempre á palo seco, desde el Gobierno con sus votos, y desde la oposición con sus plegarias, pasará años enteros tristemente, oscuramente, y al llegar á la edad de los desalientos y de las realidades, cuando la verdad no puede desfigurarse, ni nada puede en sana razón prometerse nadie del porvenir, mirará á su nom-

bre y lo hallará deslustrado, mirará á su bolsillo y lo hallará vacío, mirará á su historia y hallará tras cada página un esfuerzo estéril, y viejo, gastado, famélico, sin un hogar, sin una peseta, tendrá que explotar á deshora sus influencias políticas, para procurarse una colocación permanente en la oficina de un consejo de administración de ferrocarriles, ó concluirá su vida, la vida de un hombre verdaderamente ilustre, regenteando, en calidad de mancebo mayor, la botica de un herbolario de fortuna.

¿Ve V. ese otro joven, de aspecto distinguido y macilento, de faz interesante y melancólica, que va de sagrario en sagrario, es decir, de casa de Martos á casa de Cánovas, de casa de Cánovas á casa de Sagasta, con un lienzo enrollado entre las manos cuidadosamente? Pues es un alumno predilecto de Madrazo que acaba de salir de las aulas. ¡Quién sabe si procede de la raza de los Pradillas y de los Lunas! Dibuja admirablemente, siente el color como pocos, posee facultades extraordinarias; pero sólo se dedica á hacer retratos de jefes de partido, sin otro fin que el de acercarse por este medio á los retratados y merecer de ellos recomendaciones... ¿para que lo *metan* en la academia de pensionados de Roma? No, señor, para que lo *saquen diputado*.

Y así *tutti li mundi*.

¡Qué desdicha, Sr. Santa Ana, qué desdicha! Ahora comprenderá V. que tenía razón. Ahora se convencerá de que mi pobre amigo Juan

López no era un sér estrafalario y único en su clase, sino un contagiado de la enfermedad del día, porque este señor poeta, y este señor químico, y este señor pintor, con la demás gente de su calaña, no son ciertamente *otros López*, sino los *mismos López*.

Y en verdad que la epidemia no lleva trazas de concluir. Hasta los chiquillos, apenas salen del cascarón, es decir, del examen de primeras letras, empiezan á poner la mirada en el paraíso de la plaza de Cervantes. Yo leo con relativa delectación los artículos que los periódicos sesudos, principalmente *El Imparcial*, escriben todos los años al aproximarse la apertura del curso académico, señalando como una desdicha nacional el que los institutos envíen á las universidades una inmensa multitud de alumnos, que á su vez los institutos reciben de la primera enseñanza. Digo que leo esos artículos con delectación no más que relativa, porque sus autores deberían abandonar el tono elegiaco para desentrañar, con hondo análisis y persistente meditación, las causas secretas del mal, ya que no cabe proponer remedio para mal cuyo origen se desconoce. ¡Oh! y á poco que profundizaran, se encontrarían con que el sistema parlamentario en muchas de las formas que reviste, y por los accidentes que le acompañan, no es extraño á la desmedida afición que la juventud española siente por las carreras literarias.

¡Pardiez! Creo verle á V. sonreír como si es-

ta concomitancia le pareciese la más pintoresca originalidad. No sea V. superficial, Sr. Santa Ana. Mire V.: la mitad de esos bachilleres que toman rumbo hacia las aulas de derecho y de medicina, lo que menos piensan es en visitar enfermos y defender pleitos en toda su vida. Son muchachos audaces, pretenciosos, despabilados, que en polémicas con sus compañeros de colegio, en sus respuestas á las preguntas diarias del profesor y en simulacros oratorios verificados con mediana pompa en las mesas de un café, ó en la sala de tertulia de una casa de billar, se han reconocido condiciones tribunicias y se han hecho la siguiente cuenta: «del Instituto á la Universidad, de la Universidad al Ateneo, y del Ateneo á las Cortes.» Así observará V., que apenas se licencian huyen del bufete y de la clínica, y en vez de buscar la protección de un médico ó de un abogado de clientela y de fama reconocidas, toman el camino del periodismo y de la Academia en busca de posiciones políticas. Pues bien; ciérreme usted las Cortes, y esa mitad de bachilleres que sólo ve, en el título que autoriza el ejercicio de una profesión liberal, el medio de conquistarse sitio entre los legisladores, se volverá á sus casas con la mayor frescura.

¿Pero hemos de dejar al país en tinieblas, indefenso, incomunicado con los altos poderes, sin intervenir, aunque sea ficticiamente, en las funciones de gobierno y elaboración de las leyes por medio del ejercicio del voto en la

elección de los diputados? En una palabra, ¿hemos de cerrar las Cortes por sólo desahogar las aulas universitarias? No, esto no puede ser. Por otra parte, tampoco puede ser que las cosas continúen como están. Se hace preciso una solución radical, urgente, rapidísima.

Y ahora, ¡ah! en este mismo instante, dada la modestia de V., presumo que no le llega la camisa al cuerpo, creyendo que yo voy á cruzarme de brazos y á decirle: «Ea, Sr. Santa Ana: deme V. la solución.»

Francamente, cuando le revelo el secreto de las causas del suicidio del pobre López, cuando le entrego sus cartas, cuando le denuncio la parte ruinosa de esta sociedad atolondrada y mal segura, es porque juzgo de algún modo útil su participación en el remedio. Pero no se ruborice V., hombre; no es el concurso de sus luces lo que exijo, y con esto su modestia queda inmune, sino el concurso de sus intereses pecuniarios. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿En qué forma? Eso ya lo veremos más adelante.

Por de pronto, le diré que desde el desastre de mi pobre Juanito, paso los días meditando tristemente sobre los estragos que de continuo hace la dolencia moral de que él fué víctima. Una hora tras otra, agítase mi pensamiento en un cúmulo de reflexiones sin fin, en busca de estímulos poderosos, y reactivos eficaces que tuerzan la dirección de la juventud, y que, alejándola del amor á lo improbable, á lo portentoso, á lo fortuito, la vuelquen hacia caminos

donde el porvenir es seguro si se anda despacio y la ambición se aquieta.

¡Oh, y si viera V. qué soluciones tan originales y tan variadas se me ocurren! Unas veces me dan risa, otras me dan miedo; muchas, miedo y risa á la vez. Eso sí, casi siempre después de larga meditación concluyo por decirme para consolarme: «Cada pueblo, en cada época de su existencia, tiene su monomanía especial. La monomanía de los españoles de los siglos medios fué la caballería andante; en fecha más reciente no hubo rico-home, ni hijodalgo, ni primogénito de prócer á quien no le diera el naipe por el púlpito: todos fueron frailes, y frailes del orden de predicadores; la palabra de Dios descendió á labios que la habrían hecho vibrar, no para su gloria, sino para su ignominia, si es que cosa tan grande pudiera resentirse de las impurezas de esta vida, y las gentes iban á los templos de jolgorio, en busca de espectáculos cómico-tribunicios, espectáculos á los cuales suelen remontar algunos críticos escudriñadores el origen de los Bufos-Arderíus. En los dos últimos tercios del siglo XVIII, cada hijo de vecino se echó á dramaturgo y autor de comedias. ¡Qué dinastía tan larga la de D. Hermógenes! ¡Cuánto habrían llorado, si hubieran revivido, Juan de Mena y Juan de la Encina al ver su arte de tal suerte profanado!... Pero cáteme V. que un día Cervantes acaba con todos los Amadises, Palmerines, Esplandianes, Florismartes, habidos y por haber, con el ridículo abundoso, diluído en

su inmortal sátira; otro, el inolvidable padre Isla echa á volar por las Españas á su Gerundico en descrédito salvador de toda la orden de predicadores; y otro, Moratín restablece la pureza dramática por medio de su Juicio crítico sobre el teatro español, y con el ejemplo de sus producciones de corte magistral y gallardamente bellas... Pues bien; acaso el día menos pensado nos salga otro Cervantes, siquiera un padre Isla, que arremeta con pluma cáustica contra todos los tribunos y tribunillos parlamentarios.»

Y me duermo tranquilamente creyendo encontrarme, al despertar, con el hombre. Pero el hombre no sale; la cosa es gorda; el remedio urge; yo me desvivo, y mal que bien, entre fatigas mayúsculas he hilvanado, por fin, el siguiente proyecto de reforma, dividido en tres puntos fundamentales.

1.º Supresión de *La Correspondencia de España*.

Esto, en parte, como castigo, y en parte, como remedio. Como castigo, porque, Sr. Santa Ana, seamos francos, el periódico de V. ha puesto la celebridad al alcance de todas las inferioridades, y despertando sed de luz en gentes condenadas á la oscuridad por bando de buen gobierno, ha producido daños que merecen algo más que la reprobación y el olvido. No ha habido ni hay para el periódico de V. literato, ni jurisperito, artesano, ni artista que no merezca el dictado de preclaro, excelso, ilustre, y aunque, en rigor, no pueden obligar los pronuncia-

mientos de un jurado de redactores divertidos que empiezan por reirse de su propio ministerio, repartiendo á troche y moche ejecutorias de sabiduría, de grandeza y de inmortalidad, es el caso que *La Correspondencia* la leen más de cien mil personas, entre las cuales hay noventa mil que no asisten al debate, á la corrida, á la comedia, á la audición, y reciben como mérito de buena ley, el triunfo falsificado del orador, del torero, del cómico y del cantante, sobre los que derrama á manos llenas la alabanza el periódico de V. Resultado: que desde el instante en que la popularidad viene á constituir un honor de adquisición fácil, entran en codicia de conseguirla los que no tienen títulos para merecerla, mientras que el verdadero talento, por distinguirse del vulgo tiene que condenarse á una honrosa soledad, privando al país de su interesante, nobilísimo y fecundo influjo.

¿Es esto regular, señor mío? Pero ¡qué más! A muchos hombres que concluyen por personajes, que son Ministros, sin que nadie se explique su encumbramiento, y que nos desgobernán y nos empalagan con su ineptitud y su pedantería, les ha servido de nodriza sencillamente *La Correspondencia de España*.

Vea V. la manera: «El Sr. González de los Peños ha llegado á Madrid.» «El Sr. González de los Peños ha salido para el Norte.» «El señor González de los Peños se ha casado.» «La distinguida esposa del Sr. González de los Peños ha dado á luz felizmente.» «El Sr. Gonzá-

lez de los Peños fué de los primeros que tuvieron noticia de la muerte del perro Paco.» Con estos y aún más fútiles motivos, *La Correspondencia* pasea por sus columnas todas las noches, durante mucho tiempo, la ridícula personalidad de González, y entre los miles de lectores del periódico noticiero, apenas hay uno que se pregunte por las cualidades que abonan al Sr. de los Peños para ser tan traído y tan llevado; pero la generalidad reconoce como cosa indiscutible que debe merecerlos, cuando así se le prodigan, los honores de la publicidad; y ello es que su nombre zumba en el oído de cien mil criaturas á la vez, con lo cual queda nuestro hombre elevado nada menos que al rango de *persona conocida*. En su calidad de tal, González puede introducirse en el afecto de un jefe de mesnada ó de tribu; de fracción, para mayor propiedad, como decimos ahora. Andando los tiempos, el partido triunfa, y cátense á Periquito hecho fraile; es decir, á González nombrado Gobernador. Los que leen su nombramiento nada tienen que objetar. Lo hallan perfectamente justificado; como que se trata de una *persona conocida*. En cambio, todo el mundo se hace lenguas de la venalidad del Gobierno, por haber designado para igual cargo, aunque con destino á otra provincia de menor importancia, á un Sr. Zaldiva, oscuro catedrático de la Universidad de Zaragoza. Bien es verdad que Zaldiva tiene en el extranjero un gran nombre como orientalista; pero no es un departa-

mento belga, ni francés, ni alemán, cuyo mando se le confía, sino el de una provincia española, y fuera de sus cuatro alumnos, no hay nadie que lo conozca en España. El público, por lo tanto, condena la elevación de Zaldiva y aplaude la de González.

González juzga, y con razón, que no es de Gobernadores hábiles andar siempre remesando diputados á las Cortes y quedarse en tierra, y para no pasar plaza de tonto, procura que el jefe del movimiento de la línea inmediata, ó séase el Gobernador vecino, lo facture, aunque con fractura ostensible de la ley. Dentro ya del Congreso, González se pavonea con la majestad de un antiguo inquilino de la casa, discute en los pasillos, intriga en las secciones, trasnocha en la tertulia íntima del Ministro de la Gobernación, entra y sale en las oficinas, no pierde un té presidencial, ni una recepción del cuerpo diplomático, ni una fiesta palatina; da credenciales, distribuye favores, tiene sus cortesanos; en una palabra, llega á hacerse una gran figura; figura á la que sirvió de pedestal una humorada de *La Correspondencia*. Pero como estas humoradas de *La Correspondencia* son frecuentes, el mundo está lleno de González, que van de uno á otro lado por plazas y rincones, excitando rápidamente el apetito de la celebridad.

Advierta V., además, señor mío, que la crónica diaria de su periódico sobre los sucesos é incidentes de las justas parlamentarias, es una eterna tentación que aviva hasta en los muer-

tos el deseo de pisar la arena de las Cortes, para romper lanzas combatiendo por credenciales.

Y ahora comprenderá cómo la razón de Estado le exige el más grande sacrificio: la supresión de *La Correspondencia de España*; sí, la supresión, porque francamente, D. Manuel, «muerto el perro, se concluyó la rabia.»

Ya sé que dirá V.: ¿Acaso mi periódico es el único que fabrica personajes, que establece relaciones de familiaridad entre la gloria y la plebe, que perturba á la juventud, narrándole todos los días historias de encumbramientos portentosos, y describe en forma apasionada, insinuante y pintoresca la diaria solemne riña de los señores gallos del Congreso?

No; no es el único, pero es el principal, y apreciada la cuestión sólo bajo el punto del mayor daño, *La Correspondencia*, y no otro periódico, debe sufrir, con todo rigor, los imperativos de la razón de Estado.

Aun así—obje tará V.,—aun haciendo prevalecer la ingerencia de las leyes de la cantidad en las especulaciones de la ciencia jurídica, no es cosa de que los demás periódicos se queden riendo. Pues que *La Correspondencia* causa más daño, padezca más, pero sus cofrades, que también hacen lo que pueden, no deben salirse por la boca-manga.

Hombre, mire V., en muchos casos, y este es uno de ellos, la justicia militar, con ser tan severa, ofrece ejemplos de humanidad que los

poderes y los hombres civiles debemos resueltamente seguir. Cuando un batallón en masa vuelve la espalda al enemigo, parecería natural que todo el batallón sufriera los rigores de la ordenanza. Pero, ¡ah! esto sería verter demasiada sangre y no puede hacerse; tampoco podría pronunciarse una absolución unánime, porque el perdón así prodigado resultaría un acto de crueldad contra la patria. Al batallón, pues, ni se le fusila ni se le indulta; se le quinta. Otras veces se economiza aún más la sangre y se castiga, sólo en la cabeza de su jefe, el común delito de la legión militar.

He ahí, señor, el procedimiento que escojo en mi proyecto de reforma para sanear la atmósfera de la prensa y quitar estímulos al acrecentamiento del mal que deploramos. No suprimo todos los periódicos, ni siquiera los quinto; límitome tan sólo á cortar, con la supresión de *La Correspondencia*, el más dañino de todos, la cabeza de la serpiente. Un ejemplar basta y sobra, cuando se sabe elegir la víctima de entre los que alcanzan mayor grado de proceridad, para meter en reposo muchos ánimos inquietos y en carril muchas voluntades indóciles. Ya verá V. cómo, sin necesidad de proseguir la serie, la prensa periódica toma direcciones menos peligrosas, aunque sólo sea por aquello de cuando las barbas de tu vecino veas pelar...»

Ahora, señor mío, convencido, como debe estarlo, de los nobilísimos motivos que demandan la supresión de *La Correspondencia*, espero



que V., por voluntad propia, realizará prontamente el sacrificio de su periódico, dándome cumplido el primer punto de mi proyecto. Y prosigamos.

SEGUNDO PUNTO. *Clausura temporal, por un número determinado de años, de las cátedras de retórica.*

¡Cielos, qué desatino!—dirá V., y exclamarán cuantos lo sepan.—Bien, bien, señor. Desahóguese V.; hágase cruces, repita la exclamación. ¡Si lo grande es que á mí también me lo parece! ¡Oh! Yo, que me muero por el símil, por la hipérbole, por la metáfora, por el tropo; yo, que tocado de cierto sensualismo literario, sólo puedo sentir el vigor del argumento por la hermosura del ropaje que lo trasparenta; yo, que no comprendo el discurso, la novela, la oda, cuanto la suprema fantasía produce, sirviéndose de la palabra hablada ó de la palabra escrita, sin los arabescos, las filigranas, las pompas y las ondulaciones del estilo; yo, que cambiaría por una imagen de Lamartine ó de Castelar, á Calipso y á Circe, con permiso de Homero y de Virgilio; ¡yo pidiendo la supresión!... ¡vamos, figúrese V.!

Pero la necesidad no entiende de letras; no es artista; no transige con el gusto de nadie, y, francamente, la necesidad del remedio que anhelamos, nos impone este segundo sacrificio. Pues la juventud se lanza unánime en pos de aventuras parlamentarias armada de todo linaje de pertrechos retóricos, cambiémosle el fre-

no. Que siquiera la generación que está por venir encuentre otras escuelas donde educarse más en consonancia con sus intereses y los intereses públicos. ¿No lo comprende V.?... El género de educación influye poderosamente en las inclinaciones del corazón, del carácter y de la inteligencia, y mientras subsista la actual predilección por determinados estudios, todos seguiremos ó la carrera larga de orador ó la carrera abreviada de parlanchín, y mientras no disminuya el número de parlanchines y de oradores, la política continuará llevando á domicilio el vértigo y el tedio, la ambición y la indolencia.

¡Pardiez, ya es hora! Cortemos el mal en sus raíces. Sólo una educación intelectual distinta puede formar en nuestros jóvenes nuevos gustos que la dispongan á empeños más tranquilos y más prácticos. La medida no es suave, lo sé, pero tiene sus precedentes. ¿No cerró las Universidades, sustituyéndolas nada menos que por escuelas de tauromaquia, el muy respetable Sr. D. Fernando VII? Pues lo que pudo hacerse bajo el reinado del predecesor, bien podría realizarse bajo el reinado del egregio descendiente. En último caso, esto podría no ser enteramente útil, pero encajaría perfectamente en las muy apreciables tradiciones de familia.

TERCER PUNTO. *Supresión de las discusiones parlamentarias. Toda proposición de ley y toda proposición incidental llevarán su defensa*

en el preámbulo, el cual no podrá exceder de un número determinado de líneas que se fijará oportunamente.

¡Esto más!—dirán los partidarios del régimen.—Sí, señores, esto más.—Pues qué, ¿los Cuerpos Colegisladores no son cuerpos deliberantes?—Lo son.—¡Ah! ¿Y cómo se delibera si no se discute?—Señores míos, discutir es sencillamente extraer el pro y el contra de las cosas; y esta operación lo mismo puede realizarse por medio de la pluma que por medio de la palabra. De modo que mi proyecto no compromete una sola de las prerrogativas que las Cámaras, como tales Cuerpos deliberantes, tienen asignadas en el organismo constitucional. ¡Que me fijo hasta en el número de las líneas que han de servir de defensa al pensamiento contenido en cada proposición! ¡Pero si la razón de toda demanda puede escribirse en un papelillo de fumar, como diría Fígarol! ¡Que las mayorías tienen la fuerza de los votos, y las minorías quedan desamparadas si se les priva del derecho de interpelar y discutir! ¡Pero si ya hemos convenido en que discutir no es vocear, ni mover los brazos, ni agitar los cabellos, ni decir frases bonitas! Precisamente, la palabra cuanto más fácil, cuanto más limpia, cuanto más elocuente, convence menos, porque deslumbra, subyuga, avasalla.

Mi proyecto, pues, no le quita al diputado nada de lo que es suyo, no altera lo fundamental del sistema, y, sin embargo, ¡cuánto no

puede influir en la transformación rápida de nuestro estado presente! Porque suprimidos los discursos no habrá victorias ruidosas, y no habiendo batallas ruidosas no habrá botines espléndidos. La Dirección, la Subsecretaría, la Embajada, el Ministerio dejarán de adjudicarse como trofeos de guerra á los héroes de una jornada, al primer advenedizo que produce en el soberano auditorio del Congreso con una oración pretenciosa la emoción estética. ¡Oh! abolida la palabra como único nivel admisible para el reconocimiento de la capacidad política, los altos dignatarios saldrán de entre los hombres probados en la administración, en el servicio desinteresado de la patria, en el cultivo de los estudios técnicos de aplicación inmediata á la especialidad facultativa de los grandes centros ministeriales, y siendo necesario buscar la fortuna fuera del Congreso, obteniéndose las ventajas del poder por título oneroso ó gracioso, pero por título completamente extraño á las corrientes, á los influjos, á las mareas parlamentarias, el papel de diputado bajará considerablemente, y con la baja de ese papel la fiebre oratoria, la agitación política y el malestar público.

Sé que entre este punto de mi proyecto y los otros ya reseñados, no hay la mayor hilación, pues el cumplimiento al pie de la letra del que acabo de examinar, haría innecesario el cumplimiento de los dos que le anteceden; pero, señor D. Manuel, lo que abunda no daña. Es más; yo

mismo no tengo confianza absoluta en la eficacia de mi plan, y por vía de adición, ofrezco una propina de treinta mil duros á quien presente otro mejor. «¡Excelente rasgo de generosidad!» — exclamará V., Sr. Santa Ana. Fuéralo, en efecto, si esos cuartos salieran de mi bolsillo, pero no estoy yo para tales trotes, y milagro que no he de hacer, no quiero colgármelo. Cada cosa en su lugar, y mi modestia en el suyo. El medio millón y pico de reales saldrá... ¡vaya que no lo acierta V!... ¡Hombre! es muy sencillo; saldrá del precio de la venta de los instrumentos que podríamos llamar *cuerpo de delito*, ó sea de la venta de la maquinaria, imprenta y demás artefactos de *La Correspondencia de España*, pues ya hemos convenido en que dicho periódico es autor ó co-autor de ese crimen de lesa patria que consiste en fomentar, estúpida ó malignamente, la pasión de la celebridad, robando para la política, brazos y entendimientos, á la agricultura y á las industrias, al arte y á la ciencia....

Por las once mil vírgenes, Sr. Santa Ana, no ponga V. obstáculos á mi proyecto y su adición inclusive. Mire V. que la cosa no va buena. Los señores que manejan la lengua diestramente nos fuerzan á pagar su influjo hasta hacernos sudar el hato, que diría Sancho Panza, y los que no consiguen afinirla se vuelven locos ó mentecatos ó concluyen dándose un tiro, como Juanito López; y entre la soberbia de los oradores legítimos, y la demencia de los oradores frustrados, vamos á ser cogidos nosotros los man-

sos, los trabajadores, los inermes, como gato entre puertas. Defendámonos. Yo, por mi parte, he hecho ya bastante poniendo en remojo los sesos para buscar el antídoto; V. por la suya, puede hacer aún más, siquiera otro tanto, costeando el importe de la medicina.... Y luego ¡que los contemporáneos nos respeten y que la posteridad no nos olvide!

ARTURO SANDOVAL.



CORRESPONDENCIA AMOROSA

ENTRE UN COLEGIAL Y UNA COLEGIALA



CARTA PRIMERA



I querida Albertita: Cuando recibí tu carta tenía calentura, pero al abrirla empecé á convalecer, y cuando concluí de leerla me puse bueno..... Son pocas líneas, ¡pero qué bien trazadas! son pocas frases, ¡pero qué sonoras!

Casi, casi llegué á temer que hubieras olvidado tu promesa de escribirme, promesa solemne por la hora, por el sitio, por la espontaneidad. ¿Te acuerdas? Las verdes lejanías del mar parecían juntarse con las azules lontananzas del cielo en un punto de luz trémula é indecisa, última mirada del lánguido sol de setiembre, y nosotros, sobrecogidos de miedosos presentimientos, viendo morir el día en su lecho de rosadas nubes, mecido sobre las altas colinas, pensábamos con enternecimiento turbador en que la nueva aurora sería la señal de nuestra partida. La brisa cargada con los ecos argen-

tinios del campanario de los Gerónimos, cuyo esquiloncillo de plata tocaba á la oración, y con los acentos religiosos de las canciones tiernas y alegres que entonaban los marineros, para saludar á la Virgen del Valle, al aproximarse á la playa, acelerando el golpe vivo del remo, gemía á nuestros oídos con indecible melancolía, y penetraba en nuestras almas confundiéndolas como en un común sentimiento de piedad y de tristeza. Tú estabas trémula y abatida, yo apesadumbrado y vacilante. De pronto divisamos á tu mamá y á las demás señoras que, en compañía de la Condesa, regresaban de la huerta al jardín, atravesando un inmenso salón, de techumbre formada con anchas hojas de hermosos árboles indios, y de paredes cubiertas con tapices de enredaderas de clemátidas, y de friso de encajes de helecho.

Los otros niños que se habían quedado con nosotros en la planicie del gran estanque se divertían jugando á las prendas, bajo el ramillete de cipreces que sirve de cenador en la plazoleta contigua, adornada con pintorescos macizos, y separada por franjas de musgo salpicado de campanillas á medio abrir, blancas y azules. Eran contados ya los instantes en que podíamos estar solos. Entonces nuestros ojos se miraron con embeleso enlanguidecedor, y nuestros corazones parecían desfallecer en una interminable crisis de sollozos. Tú probaste á decirme algo y no pudiste. Era mucha tu emoción. Yo no estaba menos conmovido, pero ha-

blé.—Albertita—te dije,—la soledad de la luz, la soledad de las multitudes, no vale nada. El ciego, el ermitaño viven. Pero ¡ah! la soledad de los afectos no se puede resistir. ¿A dónde va un hombre con el corazón vacío?... Yo no tengo hermanos, apenas conocí á mis padres, y sólo cuento con la estimación mercenaria de un curador egoísta... Albertita, ¿quieres tú ser mi hermana?—Sí—contestaste.—Sí—pareció que repitieron los ruiseñores amorosos recostados en sus hamacas diminutas tejidas con trenzas de hoja de acacia, el eco de arpas invisibles, la vibración de la lira de bardos inmortales evocados por mi fantasía en el acceso de una alegría fulminante, y el repiqueteo de los caños de los surtidores, cayendo sobre las tazas de mármol de las hermosas fuentes del jardín.

Pero tu mamá se aproximaba y el círculo del cenador empezaba á disolverse. No había tiempo que perder. Sólo podríamos cambiar una frase de despedida: «¿Consientes en ser mi hermana?—balbuceé.—Pues bien, ya sabes los deberes que impone la familia... ¿Me querrás siempre?» «Siempre»—respondiste, pretendiendo alejarte. Yo exclamé:—«Debes á mi tranquilidad declaraciones más explícitas. ¡Por amor de Dios, Alberta mía, no te vayas y habla!» Pero tu mamá subía los peldaños de la escalinata, iba á unirse con nosotros y murmuraste á media voz: «Te escribiré desde mi celda,» desapareciendo entre la multitud de jóvenes que acababa de invadir la planicie del gran estanque...

No volvimos á vernos más. Yo salí con paso presto del chalet de la Condesa, y me fuí á la fonda á esperar embutido en las cuatro paredes de mi cuarto la salida de los coches para la estación de Zobralla. Aquella noche la pasé como si hubiera descargado sobre mi propio cráneo una tormenta, y caído sobre mi propio corazón una nevada, ardoroso y frío, lleno de coraje y de espanto, con un malestar extraño, indefinible, acaso, únicamente, comparable á la nostalgia del nido y del bosque que debe sentir el pájaro enjaulado durante las primeras horas de su cautividad.

Desde entonces, desde mi partida de la bella playa de Eldubiar, todo ha sufrido una profunda modificación. He cambiado de gustos, de inclinaciones y de ideas. Mi existencia, que, antes de conocerte, era un conjunto de días perfectamente semejantes como las hojas de un libro, tiene hoy, á la manera del mar, sus altas y bajas mareas, sus poéticos reposos y sus altivos oleajes.

¡Tu nombre siempre en mis labios! ¡Tu recuerdo siempre en mi memoria! ¡Tu imagen siempre delante de mis ojos! He perdido el dominio de mi propio ser. Fuera de ti no experimento impresiones buenas ni malas. Gozo si pienso que me quieres, y sufro si pienso que me olvidas.

No me enardece ninguno de los estímulos de la juventud, y diríase que pesan sobre mi alma todos los desfallecimientos y todas las misantropías de la ancianidad.

La vida de la ciudad me espanta, los libros didácticos se me caen de las manos, sueño con la poesía melancólica de las playas solitarias y la paz sonriente de las aldeas ocultas. Leo hasta sentir las embriagueces del arrobamiento místico y erótico las églogas de Garcilaso y las odas de Fray Luis de León. No me arrastra la envidia, como otras veces, al culto de los nombres sonoros, de las reputaciones deslumbrantes y de las glorias fulmíneas. No ambiciono ser héroe, ni banquero, ni Ministro, ni nada de lo que constituye una grandeza social. Empieza á parecerme el aplauso público un ruido detestable, el ramo de laurel el símbolo de la vanidad de los medianos, y la celebridad un placer tonto.

Vivir contigo, siempre contigo, llorar ó reír los dos, los dos solos, sin testigos, sin acompañantes, en un palacio de corte señorial ó en una cabaña, mejor en una cabaña, ese es todo mi anhelo, eso puede únicamente constituir toda mi felicidad.

Huyo de mis antiguos amigos porque me fastidia verme obligado á hablar de cosas ajenas á ti, y voy á clase porque me llevan casi por fuerza, pero paso el tiempo de las explicaciones del catedrático, sumergido en reflexiones muy profundas, ó completamente distraído, haciendo pajaritas de papel con las hojas de mi cuaderno de apuntes. Los profesores del Instituto me han borrado del cuadro de honor, donde se inscribe el nombre de los alumnos que más se distinguen cada mes; aquellos de mis

compañeros á quienes agobiaba la superioridad de mis notas obtenidas en ejercicios brillantes, afectan hoy tenerme lástima, y hasta el padre Calderete, dómine estrafalario y socarrón, ha llegado á decirme con la mayor frescura en presencia de los demás pensionistas de su colegio: «Leandro: á ti debe haberte picado en Eldubiar algún mal bicho en el corazón. Eras ágil y estudioso, y te has vuelto torpe y desaplicado. No te se puede sufrir. Tomas á ratos un aire de formalidad enfadosa y académica, como si se tratase de un hombre docto y anciano que ha doblado la cabeza á graves experiencias; en cambio, otras veces caes en las ligerezas de un niño mal educado, y tales transiciones de actitud, rápidas y bruscas, arguyen una situación anormal de ánimo, cuya anormalidad se explica sólo por la existencia de algún amorcillo. ¡Pícaras mujeres, pícaras, pícaronas!»

Mis compañeros exclamaron en voz baja: «¡Diantre! ¡pues eso es! Alguna colegiala, vamos, alguna colegiala que le ha vuelto el seso. ¡Malaventurado de Leandro!»

Yo incliné la cabeza con dolor y vergüenza, pero pronto me repuse. Ya se ve, cuando no hay falta... digo, porque á mi entender, no puede considerarse como falta el que un pobre-cillo huérfano se procure una hermanita. ¿Es verdad? Si he perdido ó no he perdido la afición al estudio, eso no es de la incumbencia del padre Calderete, ni de ningún otro curioso. Yo sólo tengo cuentas que ajustar contigo. Con

todo el resto del mundo las saldé el día que te conocí.

Pero vengamos á tu carta. ¡Oh! la he leído y releído con delectación. La he besado muchas veces, mil veces, y la he metido en el forro de un escapulario de la Virgen del Carmen que llevó del cuello mi abuela hasta que la enterraron. Créeme, ¡ni chiquillo con zapatos nuevos! A todo el que me encuentro en la calle me da gana de detenerle para enseñársela; y lo que es á los profesores que me riñen por mi desaplicación, y me conminan con la profecía de que no seré nada en el mundo, á esos, á esos voy á arrojarles cualquier día al rostro tu carta, diciéndoles: «¡pero tontos! ¡qué me importa á mí la tierra, si voy camino del cielo! ¡Mirad, mirad el billete de entrada!»

No me olvides, pues, Albertita, y sigue escribiéndome, para hacerme saborear, con frecuencia, placeres tan inocentes y tan puros como el que hoy me has proporcionado.

LEANDRO.





II

P O que á ti la mía, me ha hecho á mí sentir tu carta, y una trasformación igual á la que tú has experimentado desde que me conociste en Eldubiar, he sufrido yo; lo cual parece demostrar, dicho sea en la expansión sosegada de una ingenuidad sencilla, que nuestras existencias son como raíces de un mismo árbol, como cuerdas de un mismo instrumento, como una misma esencia derramada en dos vasos, ó como dos almas refundidas en una sola.

Tú te acusas de haber perdido la afición al estudio. Pues yo me acuso de falta análoga. ¡Ah! la compañía antes deleitosa de los libros me enoja ahora, y aunque mis ojos alguna vez atraviesen sus páginas, nada escudriñan, y si algo de escursión tan rápida recogen, se niegan á recibirlo, la memoria en sus escondites y la razón en los suyos. ¿Es que tú absorbes por

entero mi atención? ¡Pobrecillo! ¿qué culpa tienes tú de eso? Es más bien que cansada de oirme llamar por mis compañeras «la sabidilla,» y esquivando la ocasión de alcanzar superioridades que los inferiores jamás perdonan, no aspiro ya, como otras veces, á saberlo todo, y me resigno modestamente á saber sólo de ti.

En punto á devoción, no ando más fuerte. No hago pajaricas de papel con las estampillas de mi libro de rezos; pero mientras la madre Jacinta va pasando las cuentas de su rosario al sencillo acompasado murmurar del Ave-María, yo paso revista á las horas que, en mi dolor, presumo pueden trascurrir sin volverte á ver, y si de pronto alguna golondrina atraviesa el coro, en busca de su nido perfumado con las oleadas de incienso que suben de los altares, corro tras ella con las manos abiertas, creyendo que me trae de tu corazón algún mensaje entre sus queridas alas; pero con estas distracciones que, por mi mala ventura, sufro cuando rezo en comunidad, coincide, para realce de los sentimientos religiosos que me inundan, el fervor de la plegaria que, en mi recogimiento místico, levanto al cielo compasivo, pidiéndole sus bendiciones para el pobrecillo huérfano.

Siempre, siempre, Leandro, estás en mi memoria, y no es precisamente que me acuerde de ti, pero me acuerdo del árbol sobre cuyo tronco estabas recostado en la alameda del monasterio la primera vez que te vi, de la fuentecilla

en cuyo mismo caño bebimos juntos el día de la gira á la montaña, del esquiloncillo de los Gerónimos, cuyas notas agudas y dolientes, lanzadas con rigurosa uniformidad, al desteñirse las cimas, presagiando las cercanías de la noche, interrumpieron tantas veces nuestros diálogos palpitantes y sencillos; de la ola que estalló á nuestros pies, de la flor que me diste y de la amistad que me juraste, y de muchas otras cosas que, aun sin desearlo, me obligan á recordarte.

Estos recuerdos me embriagan con una tristeza subyugadora, y me producen enlanguidecimiento tan profundo é indefinible que vivo casi dormida y sueño casi despierta. El placer que antes yo expresaba brincando y riendo, ahora me cuesta lágrimas, y la lección de la leyenda cristiana que enseña cómo el dolor redime y la felicidad pierde; la contemplación de los paisajes que reproducen á trozos pormenores de la vida agreste: la ermita empingorotada como una silueta en lo alto de la sierra, á cuyo santo lugar, va los domingos por selvosos caminos, pintoresca muchedumbre de zagalas con ofrendas para la Virgen, en alborotada y amorosa romería, la cabaña enterrada en nieve, la tienda de pastores circuida de luminarias; todos estos paisajes, repito; la media luz; las puestas del sol; el sollozar del órgano; el clamoreo de la lluvia; el recogimiento de la celda, me encantan con una alegría tan poco recatada que se me sube al rostro para exhibirse en una sonrisa interminable é ingenua.

¿Qué es esto, qué mutación es esta? me he preguntado de continuo sobresaltada, creyendo percibir, en los motivos que la determinan, algo, quizá, no enteramente exento de impureza; y harta ya de acudir sin éxito á mi razón, en busca de una respuesta satisfactoria, he apelado al consejo de Gabriela.

Gabriela, mi vecinita de celda, es una muchacha de mucho seso, como que va siendo vieja; tiene diez y seis años, casi tres más que yo, y es muy buena amiga.

—Lo que tú sientes—me dijo después de escuchar con mucho interés la historia de mi vida á partir de la temporada de Eldubiar,—lo que tú sientes es amor.

—Con cuya revelación—le respondí,—me quedo tan confusa como lo estaba antes.

—¡Ah! de modo que asientes....., es decir, das por sentado que, en efecto, amas.....

—Pues sí. ¿Es pecado tal vez?

—Albertita, por Dios, ¿te has vuelto loca? ¿sabes tú lo que es amar?

—Lo sé, lo sé.

—Vaya, explícate.

—Es el resultado de la actividad del alma, como el resultado de la actividad de los ojos es ver, y el de la actividad de los nervios sentir, y el de la actividad de la razón pensar.

—¡Hola! ¡también metida en filosofía!...

—Filosofía... Mira tú: eso sí que ignoro lo que es. Fi-lo-so-fía... ¿Es quizá el número ocho de los pecados capitales?

—Te repito que no sabes lo que te pescas. Digo... ¡amar!

—¡Si será una cosa muy mala! ¿No amas tú á tus papás? ¿á tus hermanos? ¿á tus pobres? ¿á los niños? ¿á los viejos? ¿á la flor que se columpia en tus macetas? ¿al pajarillo que charla en tus ventanas?

—Eso es otra cosa. Pero chica, ¡amar á los hombres!

—Y si yo no amo á ningún hombre.

—Acabemos. ¿A quién amas tú?

—Pues, á un huerfanito.

—¡Ah! pues me tomo con tu venia una pausa de cinco minutos para reir.

Dicho y hecho: Gabriela se balanceó alborozada sobre su silla, y estuvo largo rato riendo con estrépito. Yo quise abandonarla, herida en mi corazón por su burleta, pero me detuvo apretándome cariñosamente la mano, y continuó:

—Hija mía, son tus inocencias de tal índole, que á mí, que te conozco mucho, me hacen reir, pero que á cualquier otra persona que no te conociera tanto, y te estimara, le harían llorar. ¡Bah, bah! ¿Conque un huerfanito no es un hombre?

—Al menos, no es un hombre cualquiera.

—¡Ya!...

—Es una criatura necesitada de afecto, y no sé por qué hemos de negársele, sin hacernos reos de egoísmo, cuando no podemos, sin infringir las obras de misericordia, negar pan al hambriento.

—¿Sabes que ya no me vas pareciendo inocente? ¡Caramba! ¡si la inocente seré yo!

—Crees... ¿qué crees, Gabriela? Yo soy bondadosa, caritativa. No lo puedo remediar. Quiero á Leandro porque me da lástima; de verdad, porque me da lástima. ¿No te la da á ti también? ¡Pobrecito!... Mira, no tiene parientes, ni hermanos, ni primas...

—Poco á poco. Prima puede llegar á encontrarla en ti.

—Quita, tonta. Mamá nunca me ha dicho que tuviera yo ningún primo; y querrás saber tú más que mamá.

—Bien, bien, continúa.

—Ya ves, el pobrecito no tiene parientes, ni amigos, ni tutores... ¡ni juguetes! Vaya! si parte el corazón!...

—Este es el cuento de nunca acabar. En fin, Albertita, para que me entiendas, te diré que no es que tú ames al huerfanillo, sino que te gusta Leandro.

—Gustar... gustarme... ¡Ah! no me avergüences, Gabriela. Tú has pretendido decirme con eso alguna cosa mala. ¡Y tan mala!... Tú has querido decirme que yo soy capaz de comerme á los hombres, porque lo que gusta ó no gusta es lo que se paladea.

—Ahí, desventurada, ahí está el peligro; en que el amor se paladea. Tú creías que siendo como él es una cosa espiritual, sin cuerpo, sin realidad, sin formas, no podía comerse y por lo tanto indigestarse. Pues ya lo sabes: el amor se

come. ¡Ah, si se estuviera acurrucadito en los repliegues del corazón, muy santo y muy bueno, pero cuando menos una lo piensa se escabulle á los sentidos, y como son propiedades de los sentidos el palpar, el tocar y el gustar, se palpa, se toca, se gusta, y... perdición!

—¡Dios mío!...

—Chiquilla, ¿vas á llorar?

—Es decir, que yo no puedo tener lástima...

—No puedes; te lo aseguro de veras, no puedes. El amor es como las calenturas, que entran de muchos modos. Unas con frío y otras sin frío; unas poquito á poco y otras de golpe. El amor en las mujeres formales entra de sopetón, como en casa que le es conocida; pero en nosotras, las rapazuelas, entra con muchos disfraces y muchas mañas. Cuando vemos un joven y decimos: «¡pobrecillo!» malo, eso es que tenemos ya una espina dentro; cuando exclamamos: «¡Es tan desgraciado!» malísimo, eso es que acabamos de ser invadidas, y cuando le compadecemos, ¡Jesús! eso es el síntoma de la invasión general y definitiva.

—De suerte, que, según tu teoría, yo estoy enamorada de Leandro, y enamorada de ese amor que se palpa... se toca...

—Muy bien, hija mía. Al fin concluiste por entenderme.

—¿Y deberé renunciar?...

—Chica, es lo que te decía. Si no se complicaran los sentidos... ¡Pero vaya V. á poner linderos entre el alma y la carne! Tú misma lo

notarás por tu propia cuenta. Hoy Leandro se conforma con beber de tus ojos luz, poesía, idealidad; pero mañana querrá beber de tu aliento, y teniendo en tus labios el manantial cercano, aproximará los suyos y... vamos, sonará el primer beso. Después... ¡Ah! después de la primer caída... ¡todo!... Pero... oye... Albertita, Albertita, ¿qué es eso? ¿Estás llorando? ¡Dios mío, llorando! ¿Por qué? ¿Acaso?... ¿Es que Leandro te dejó algo en el rostro como prenda de amor inacabable el día de su partida de Eldubiar!

—Sí, sí; y te lo confieso para aliviar mi pesadumbre.

—Bueno, pero tú...

—Yo me puse muy encendida, y muy triste y muy enojada, y estuve á punto de regañarle, pero me dijo... aún recuerdo sus mismas palabras, me dijo: «tonta; no te enfades; un beso es sencillamente el murmullo de dos almas que se asoman á los labios para decirse cosas muy tiernas.»

—Y tenía razón. Un murmullo... si hubiera sido huracán... Pero murmullo, murmullo... El murmullo no destroza los árboles, ni derriba las tejas, ni vocea, ni escandaliza, ni mata.

—¡Ah! te complaces, Gabriela, en añadir á la amargura de mi congoja el ridículo de tus burlas. No merecía yo de ti...

—Las burlas han sido antes. Ahora es cuando empiezo á ser formal. ¡Inocentel y ¡cómo te has tragado todas las boberías que se me ha



ocurrido decirte! ¿No has comprendido que te embromaba? Ama, ama de todo corazón al pobre cillo huérfano, que en ello no hay cosa de que puedas avergonzarte, y sí mucho que deba merecerte la estimación de ti misma. Tú lo has dicho y expresado con elocuencia sencilla y conmovedora: la necesidad del cariño es más apremiante, más tremenda, más imperiosa que la necesidad del pan, y si pertenece á las obras de misericordia dar de comer al hambriento, á esas obras pertenecerá también dar asilo en el alma hospitalaria á otra alma desposeída de todo afecto... Lástima... sentir lástima, ¿cómo podías tú creer que esto fuese nocivo, reprochable, pecaminoso? Todo lo contrario; compadecerse del que inspira compasión es dignificarse. ¡Malaventurados los duros de corazón, porque ellos, no sabiendo perdonar, querer y sentir, no tendrán derecho á ser sentidos, queridos y perdonados. Adora, te repito que adores á Leandro, porque alguien ha de llenar el vacío de su madre, y es dicha hermosa para tí empezar á edad tan temprana los oficios de madre.

—Gabriela, dímelo por Dios, ya sabes que te lo pido por Dios, ¿es exacto que ahora hablas de veras? ¿Es exacto que yo puedo contribuir á llenar el vacío en que se agita un pobre cillo huérfano sin mengua de mí propia? ¿Es exacto que mentías cuando me conjurabas en nombre de mi reposo y de mi pureza á desviarme de la amistad de Leandro, y que ahora, al

rogarme que no lo desampare, expresas lealmente tus sentimientos?

—Exacto... ¡que sí es exacto todo eso! ¿Cómo te atreves á dudarlo? ¿No revela mi mismo acento lo profundo de la convicción y toda la medida de mi sinceridad?... Podría ofrecerte también una prueba material que disipase por entero tus dudas.

—Una prueba material...

—¿La quieres?

—¡Ah!...

—Te la daré. Pero antes necesito someterte al siguiente interrogatorio: ¿Crees tú que yo soy buena?

—Sí, hija mía.

—¿Crees que tengo el criterio necesario para distinguir lo lícito de lo no lícito?

—Sí, sí.

—¿Piensas, por consiguiente, que un acto mío, puede ejecutarlo, sin vacilación, cualquier niña candorosa, sentimental, bien educada?

—Mil veces sí.

—Pues... Basta de misterios. Yo también *siento lástima*.

—¡Tú también!

—Por un pobrecito miope. Escúchame.

Te digo que me escuches. Guillermo es un joven de diez y ocho años, rubio como un sol, esbelto como un ciprés, listo como un lince, con maneras de cortesano, pasiones de héroe, carácter apacible, fisonomía agradable; pero, hija mía, ¡contrasta de modo tan doloroso la

luz de su inteligencia con la opacidad de sus pupilas! ¡Ah! Si todo lo tuviese completo, yo no tendría por qué compadecerle y no me hubiese fijado en él, de seguro dos veces seguidas. Soy, como tú, enemiga de compartir felicidades con nadie, y, en cambio, ¡me atrae tanto la desgracia! ¡Un muchacho largo de cuerpo, de fortuna, de ingenio y corto de vista! Vamos, ¡esto sí que parte el corazón! ¿Cómo no quererle? ¿Cómo no adorarle? ¡Pobrecito Guillermo! Tan pobrecito como Leandro, ¿no es verdad? Unos ojos apagados viene á ser lo mismo que un alma aterida por la ausencia de los afectos naturales. ¡Con cuánta razón sentimos las dos lástima! Y yo soy más desgraciada que tú, mucho más desgraciada, porque tú, al fin, tienes á Leandro lejos de tu lado, no podrías verle aunque te lo dejaran ver; puedes únicamente escribirlo, y eso lo haces sin que nadie te vigile ni te estorbe. Pero yo tengo aquí, en esta misma población, á Guillermo, y ni le puedo ver, ni le puedo escribir, porque la madre abadesa, que es un vejestorio con muchas ridiculeces y un corazón desjugado como una naranja seca, cree de veras lo que yo en broma te decía al principio; cree que las mujeres no podemos tener caridad á los hombres, aun siéndonos lícito tenerla á los perros, y enterada de mis *lástimas*, ha decidido mantenerme en una incomunicación absoluta con el hombre que el cielo parece destinarme, como pretexto para ejercitar las obras de misericordia. Cierto que he podido apelar á alguna de nuestras

compañeras pidiéndole su mediación, pero para contribuir de algún modo al resultado de una empresa caritativa, es necesario compenetrarse del noble espíritu que la alienta, y, ¡vaya usted á pedirles á estas niñas de hoy, á estas niñas egoístas, incapaces de todo sacrificio, cooperaciones desinteresadas y generosas! Los que no comprenden el bien no pueden ayudar á realizarlo. Tú ya es otra cosa; tú gustas como yo de actos piadosos; gozas más que en tu propia dicha en aliviar la carga de un dolor ajeno, y tú podrías... sí, sí; el cielo nos ha juntado, y pues ha querido dotarnos de la misma blandura de corazón, y de la misma cristiana filantropía, debemos servirnos y protegernos mutuamente. Á ti toca empezar con gran desconsuelo de mi parte, que, en esta obra común de recíproco desinterés desearía ser la primera... Tú no inspiras recelos á la madre priora, ni á nadie; por el mismo conducto que te has proporcionado, para facilitar tu correspondencia con Leandro, puedes dejar establecido un hilo de comunicación entre Guillermo y yo. Además, no faltarán otros medios que más adelante te indicaré, para que tú misma le hables á Guillermo, y puedas de viva voz expresarle mis sentimientos, y expresarme á mí los suyos. ¿Lo harás, hija mía, lo harás? Eres tan buena, tan dócil... Pero ¡ahl! ¡Cómo me atrevo á preguntártelo! ¡Pues no has de hacerlo tratándose de una obra de misericordia!

—Sí, Gabriela, yo te ayudaré. Tu compasión

á Guillermo es noble, como lo es la mía á Leandro, y claro se está, tratándose de un noble empeño, mi ayuda no puede faltarle á nadie.

Gabriela entonces me abrazó, yo la abracé; nos besamos, lloramos hasta confundir nuestras lágrimas en una misma ola de llanto, expresión de la común alegría que sentíamos, y que debía ser como el bautismo de nuestra amistad fraternal, sensible, désinteresada y eterna.

Ahí tienes, adorado Leandro, sin faltar punto ni coma, la reproducción del diálogo que sostuvimos, hace ya algunos días, Gabriela y yo. Excuso decirte las angustias que sufrí cuando, abusando de mi credulidad y de su buen humor, Gabriela hízome concebir del amor pensamientos medrosos. ¡Dios mío! Verme obligada á elegir entre ser honesta ú olvidadiza, entre renunciar á tu afecto ó afrontar con la insolencia de un corazón malsano, peligros de cierta índole. Afortunadamente, Gabriela vino pronto á mejor acuerdo, y restableció el recto sentido de las cosas. Porque sus últimas manifestaciones fueron, sin duda, las verdaderas, la expresión legítima de sus convencimientos. De otra suerte, ¿cómo ella, tan cristiana, tan ruborosa, tan perspicaz había de cultivar afectos nocivos? La prueba de que no me excedo ni delinco con quererte á ti, es que ella se permite también querer á Guillermo. ¡Ah! ¡Y si vieras de qué excelentes cualidades está adornado el inspirador de las lástimas de Gabriela! Da la casualidad de que ese muchacho es pariente muy pró-

ximo del señor magistrado compañero de papá, á cuya casa voy á comer muchos domingos, y allí, como es natural, concurre él y le hablo á placer de su colegialita. Guillermo es tan fino que, apesar del gusto que tiene de saber de su amiga, para que la conversación no se haga pesada, discurriendo siempre sobre una misma persona, me interrumpe con frecuencia, exclamando: «Ahora hablemos de V.,» y ¡me dice unas cosas!... ¡me echa unas flores! Vamos, ¡es tan bueno... tan bueno! ¡y gasta una conversación tan tierna... tan tierna! Me explico perfectamente que Gabriela le tenga lástima. Tan me lo explico, que yo misma comienzo á tener-sela... ¡Y pensar que uno tan despabilado, tan distinguido, tan lindo mozo es corto de vista! Sí, sí; dice bien mi pobre amiga; eso parte el corazón.

.....
En este instante siento pasos por la crujía, y debe ser la monja de guardia... ¡Ah! temo ser descubierta. Estas buenas señoras, á fuerza de escrúpulos, llegan á sumar la pluma entre el número de las armas prohibidas, y si me sorprendiesen... adiós, no me atrevo á seguir... Leandro; escríbeme mucho, mucho y pronto. Cuéntame todo. Te compadece, ó, lo que es lo mismo, te adora tu hermanita

ALBERTA.





III

SAS hecho mal en revelar á nadie secretos del corazón. Si sentías inquietudes y mudanzas de ánimo, la causa de cuya existencia deseabas conocer, aquí estaba yo, Albertita, tu protegido, es cierto, pero también tu médico y tu amigo. Después de todo, ¿qué hay entre nosotros que pueda parecer singular, reprobado ó extraño? Una corriente de simpatía inofensiva, una tierna amistad, un alma cristianamente pródiga que derrama el bien, y otra alma sencillamente agradecida que lo acepta y lo bendice. Tú, á fuerza de compadecerme, me amas, y yo á fuerza de mostrarme reconocido, te amo también. Nos amamos y... en fin: hélo aquí todo... Dices que sólo con mi recuerdo vives. ¡Pues y yo! Yo vivo fuera del mundo, porque para mí todo el mundo se resume en ti, y en Eldubiar, que es el sitio donde te conocí. ¡Eldubiar!...

Sueño, de día y de noche, si hablo y si medito, si río y si lloro, con sus graciosas alboradas, y con el cantar de sus marineros, y la alegría de su playa, y el encanto de su sierra. Allí viviría contigo al borde de la playa, en una caseta de pescadores, ó, sin miedo á la soledad, en el ancho nido de la selva. Libros: leeríamos en nuestras almas. Estudio: cultivaríamos el de la naturaleza. Música: nos adormeceríamos con la de las olas. Espectáculos: la nevada y la tormenta. Sociedad: las aves y las flores. Espejo: el cielo y el arroyo. Grandezas: el mar y la montaña...

Yo estoy aquí, mira tú si lo sabré, yo estoy aquí, en Granada. Pues no obstante, vivo entre el convento y Eldubiar; tanto, que si me preguntan de cosas de por acá, respondo con cosas de por allá.

No hace mucho, ayer mismo, pude convencerme del estado de embobamiento en que estoy. Era día de repaso general y fuí sometido como los demás alumnos á un simulacro de examen.

Empezó el turno de las asignaturas por la de Física.

—¿Cómo se forman las nubes?—me preguntó el profesor.

—Con sus desdenes.

—¿Qué es la electricidad?

—Una serie infinita de menudos puntos de luz que empieza en sus grandes ojos azules y termina en el cielo.

—¿Qué es fuerza?

—La resistencia que puede oponer un cuerpo á amarla.

—¿Y materia?

—Lo primero que es necesario no tener para evitar la tentación liviana de comérsela.

—¿Qué es la pila de Volta?

—Pues una pila de mármol de las canteras de Volta donde ella se baña.

—¿Y la botella de Leyden?

—Una redoma de arsénico para hacérsela tragar á quien me la ofenda.

—¿Cómo se llama la asignatura de que se está usted examinando?

—Albertita.

Entonces el profesor se echó á reír, rieron todos, y yo desperté de mi pesadilla. Poco más ó menos, me ocurrió en el repaso de las demás asignaturas. En fin, calabazas en toda la línea.

Ya ves, hermosa mía, que no te miento, ni exagero. Fuera de ti estoy como fuera del concierto de toda realidad; aliento, però no vivo, y obligada te hallas, por amor de Dios, á no olvidarme, obligación, para ti fácil de cumplir, pues en el santo fuego de la caridad te abrasas, aunque riesgo corres de eludirla, si das en la manía de ir solicitando de celda en celda pareceres de colegialas. Deténganse, por lo tanto, tus consultas en Gabriela, que no todas las niñas de su edad, discurren con su aplomo y abundan en su ternura, y dan muestras de su perspicacia; por cierto que su perspicacia... ¿qué te diré yo? ... me parece... en fin, ¡que me parece

demasiado su perspicacia! Pero, eso sí, es una santita. Consúltale, quiérela, y... aun sírvela... con ciertas reservas naturalmente, y en ciertos casos... Mira; ahí tienes tú, el caso de servirla en sus relaciones con Guillermo merece pensarse. No es que yo presuma... ¡cuidado! eso no; tu mediación en principio es digna de alabanza, pues que la obra que con él ejerce Gabriela, queriéndolo, es como la que tú conmigo ejerces, de misericordia; sencillamente de misericordia; y admitida la bondad de un acto, buenos son á la par, aunque en proporción distinta, el que lo ejecuta en calidad de autor, y quien á su ejecución contribuye en calidad de cómplice.

Pero vamos á cuentas. ¿Y si resultara ¡Dios mío! y si resultara que el tal Guillermo no es corto de vista?... ¡Qué horror entonces! ¡Qué perversidad entonces!... Esta es la parte gorda, la parte oculta del negocio. Porque el *amor por lástima* es cosa meritísima, pero no así por lástima á secas, sino por *lástima legítima*. De suerte que Gabriela se comportará como una heroína, y tú merecerás elogio ayudándola; pero sólo en cuanto Guillermo padezca de miopía y no de una cualquiera, sino de una miopía de «padre y muy señor mío.» Yo opino, por lo tanto, que tú debes excusarte con tu amiga, como mejor puedas, del compromiso de *traerle* y de *llevarle*, pues no te consta, ni hay posibilidad de que conste oficialmente, hasta qué punto es ó no exacto que Guillermo anda mal de los ojos, y, por consiguiente, hasta qué pun-

to es ó no legítima la lástima de Gabriela. Si se tratara de una desgracia como la mía, el medio de adquirir la certeza de su realidad sería fácil; si dentro del orden mismo de las imperfecciones físicas, se tratara de un cojo, ó vamos, en lo tocante también al órgano visual, de un tuerto, todo expediente de información, estaría demás, y habría que proveer, sin otros pronunciamientos, á la declaración de legitimidad de lástima ó de santidad de amor, que es lo mismo. ¡Pero vaya V. en asunto tan serio á llevarse de la palabra de nadie, y, sobre todo, de la palabra del interesado! Y no hay solución; la cosa es tan difícil de probar, es de tal índole, que tendrías que confiarte á la buena fe de Guillermo, digo, porque no habías de exigirle, para convencerte de su miopía, un certificado de la Academia de Medicina; de la Academia, que todo eso sería necesario para seguir las informaciones en rigor, pues los médicos sueltos, acostumbran expedir certificados á placer de parte, hasta por plata suelta.

No, Albertita; dada la imposibilidad de una investigación segura, y en la duda de si Guillermo merece ó no la compasión de su amiga, debes, á todo trance, esquivar tu mediación, pues no se trata de errar ó de acertar en materia parva, sino en asunto en que el yerro puede ser grave pecado. Ya sé yo que Gabriela es incapaz de mentir á sabiendas, y su testimonio sería irrecusable; pero en otro caso, pues en el presente, no puedes saber más de lo que tú sa-

bes, y con lo que tú sabes, no hay medio de ponerse siquiera á regular distancia del error. Ella te asegurará que Guillermo ve de día casi tanto como de noche, y lo creará así; ¿pero es bastante que ella lo crea? Repito que Gabriela no pecará de mentirosa, pero puede pecar de tonta, y el que tontamente peca...

En fin, quedamos en que tú, sin decirle el motivo, sabrás excusarte de ayudarla en una obra que lo mismo puede ser de caridad que de perdición.

Y conste que mi exigencia es perfectamente racional, y no han podido, de modo alguno, inspirármela razones de malquerencia hacia tu amiga. ¡Oh! Pues si la desgracia de Guillermo estuviese justificada, ¡con cuánto gusto no aplaudiría yo los amores de Gabriela, y tu participación, por lo tanto, en esa sublime labor! Á menos de hacerme reo de inconsecuencia punible, encontrando en ella de censurable lo mismo que de noble hallo en ti y en otras. En ti y en otras, porque no eres tú sola la que se apiada de este pobre huerfanito. Escucha; yo también voy casi todos los domingos á comer á casa de un señor muy encopetado, persona de la alta sociedad granadina y pariente de mi curador, el cual tiene cuatro niñas, todas ellas encantadoras, pero especialmente Rosario. ¡Ah! En Rosarito no hay rasgo, perfil, detalle que un jurado severo de pintores pudiera tachar. ¡Qué dibujo, qué tonos, qué esbeltez, qué hermosura! ¡Mira, gesticula, suspira, sonríe de un

modo! Sus ojos, sus labios, sus pies... ¡Para qué cansarte! Rosarito realiza la perfección del tipo entre las morenas, como tú lo realizas entre las rubias. Además, ¡posee un corazón! ¡es tan buena! Figúrate tú si será buena, que apenas me conoce, y ya me tiene lástima. Sabe que tú andas por el mundo, que tú me la tienes también, y procura mezclar en sus conversaciones tu recuerdo para serme mayormente agradable, pero como yo pienso que nadie puede tomar tu nombre en boca sin profanarlo, para evitar todo asomo de profanación, la interrumpo muchas veces, cuando me habla de ti, murmurando: «no, hablemos de V.» Ella entonces me mira... y yo la miro... y, en fin, ¡los dos nos miramos con unos ojos... con unos ojos que chorrean luz, mucha luz!

Hace seis ú ocho días me decía:

—Leandro, V. es muy bueno... ¡Hola!... toma V. por lisonja... sepa V. que le hablo con el corazón: V. es muy bueno, y lo demuestra, la protección que le otorga el cielo, porque eso sí, no dudará V. de que el cielo le protege; pero mucho, pues le quitó una mamá, y le ha deparado dos: mamá Alberta, y mamá Rosarito.

¡Ah! si hubieras escuchado con qué donaire y con qué ternura dijo: «mamá Rosarito,» te la habrías comido á besos, y no habrías tenido palabras con qué agradecerle lo extremoso de su solicitud en suplirte, para disminuir al huerfanillo las congojas, ya demasiado pesadas y demasiado largas, de tu ausencia.

Estas lástimas, las que me tenéis Rosario y tú, sí que son legítimas, no las de Gabriela. El amor inspirado por la caridad, ese sí que es el bueno. Cultívale, cultívale, y no te avergüences en sentirlo. ¿Qué te parece á ti? Esas santas mujeres, esas monjitas, de cuya inspección te guardas, creyendo que tomarían á mal la compasión con que me confortas, abundan en tus sentimientos. ¡Ya ves! ¡se dice que están desposadas con Jesucristo! Y lo están. Sienten, no lo dudes, lo mismo que tú, con la sola diferencia de que ellas aman al Creador, y tú á la criatura; pero ellas, como tú, lo hacen por lástima. Si Jesucristo, materia augusta de su excelso amor, sólo representase el ideal de la grandeza, no lo querrían con tan vehemente ardor, pero representa el ideal del sacrificio, lo miran desde su cruz, y no desde su trono, y á medida que se les aparece más afligido, lo quieren más. Así observarás, por lo tanto, que cada monja tiene en su altarito una imagen de Jesús, pero de un Jesús, no con cara de pascua y en actitud de subir al cielo, sino de un Jesús con su correspondiente madero, su correspondiente corona de espinas, y sus correspondientes manchas de almagra.

Alberta, adorada Alberta, imita el celo de esas ilustres religiosas, bajo cuya dirección te educas, y ámame, pues que tal tributo la caridad te impone. Cortesana, honesta y linda, cortesana del dolor, continúa haciendo, con tenacidad sublime, los honores á la majestad

del dolor mío. No me dejes, por Dios, no me dejes á solas, sin tu ayuda subir la aspera pendiente de la vida. Yo no soy el hombre, yo no soy el galán; soy el átomo errante. Para el hombre nada te pido, pero el huérfano te pide amor; Albertita, mucho amor, amor sin disfraz y sin eclipse, sin medida y sin término.





IV

HO, no; eso sí que no. ¿Dónde, querido Leandro, has visto tú que nadie tenga dos mamás? Yo no te impondré una determinada; tampoco te disputaré la libertad de elección, pero te exijo que te resuelvas por una sola. ¿Lo sabes? por una sola. Ahora estás á tiempo, elige: ó mamá Rosario, ó mamá Albertita. Y... mira: casi, casi, estoy decidida á darte hecha la elección, diciéndote: «ya no te amo,» porque á mí no me gustan los niños avaros ni desconfiados, y al recibir de una mujer extraña las ternuras que yo sola estoy obligada á prodigarte, demuestras desconfianza ó avaricia.

Pero no; no te abandonaré, menos hoy que nunca, pues si me dabas lástima viéndote sin madre, más lástima me darías viéndote entregado á la amistad equívoca de una muchacha voluntariosa, que sería peor que verte en manos



de madrastra. Rosario... ¡bah! no la conozco, y sin embargo, podría asegurarte que es una hipócrita. ¡Hace cuatro días que te trata, y ya dice que te adora! ¡Qué es eso sino pura hipocresía!

Tú eres muy candoroso, Leandro; todo lo que pasa por tus oídos, llega á tu alma sin detenerse en la razón; y así, llevándote de las palabras, nunca sabrás quién te quiere bien, ni quién te quiere mal, y no serán pocos los yerros que inadvertidamente cometas, y los desengaños que inmerecidamente sufras. Yo, aunque con menos edad que tú, conozco más el mundo, porque me fijo en las cosas, y bajo la autoridad de mi mayor experiencia, te advierto que Rosarito tiene mucho de entrometida, de antojadiza, de envidiosa, y que... no te conviene estrechar vínculos con Rosarito. Los que ya te hayas creado, rómpelos con un alejamiento absoluto. Este, al menos, es mi deseo, y justo será que lo satisfagas tan puntualmente como satisfice el tuyo, dejando á Gabriela incomunicada con Guillermo; pero, en absoluto incomunicada. Vamos, mira si llevaré hasta la exageración el cumplimiento de tu consejo, que me paso en casa del señor magistrado, compañero de papá, las horas muertas charlando con Guillermo, y ni siquiera le hablo una sola palabra de Gabriela. Lo extraño es que el pobrecito, comprendiendo acaso la razón piadosa que he tenido para renunciar á mis funciones de mensajera, tampoco me habla una sola, pero una

sola palabra de su amiga, y aun muéstrase regocijado con mi conversación para no entristecerme con su congoja, que grande y muy grande debe de sentirla de vivir en un tan profundo aislamiento de la mujer amada. ¡Infeliz! Su desventura más interesa, cuanto mayor es la dignidad con que procura ocultarla; y ahora es cuando se coloca en condiciones de inspirar compasión, pero no á Gabriela, que desconoce el estado de su ánimo, sino á mí, que de cerca lo examino y lo contemplo. ¡Tengo un alma tan sensible! ¡Ah! Y yo que sé lo que angustia una pena comprimida, de ver llorar, no lloro tanto, como de ver sonreirse á quien, por hacer honor á su entereza, se sonríe, cuando debía quejarse.

¡Qué más, Leandrito! Tú sabes de antiguo que cualquier cosilla me sonroja; jamás, ni aun siendo muy niña, pude oír á mamá celebrarme sin sentir mucho calor en la cara. Pues ahora oigo á Guillermo decirme las mayores galanterías como quien oye llover. Y es porque, gracias á mi conocimiento del mundo, comprendo perfectamente que Guillermo, aunque habla conmigo, se dirige con la intención á su Gabriela, consiguiendo por este ingenioso modo desahogar su dolor, y prolongar mi destino de mediadora entre mi amiga y él. Pero yo no quebranto tu precepto con ningún acto de intervención, y me callo; por otra parte, considero que las galanterías de Guillermo resbalan tan sólo sobre mí, para ir derechamente á otro

sitio, y no me pongo al oír las verde ni colorada.

—Albertita—me dice,—es V. muy hermosa.

Yo no me encojo de hombros, porque es una figura muy fea, pero le miro de un modo, como diciéndole: «tonto, si ya sé que eso va con otra.»

—Está V.—continúa,—está V. en capullo. Es V. una rosa á medio abrir; y, sin embargo, no la cambiaría por todos los rosales del mundo. ¡Qué color, qué frescura, qué perfume!

Yo le vuelvo á mirar con cierto descoco, y él prosigue:

—La vida me agobia como un fardo pesado, y V. con una frase, con una sola frase, me aliviaría la carga. Albertita, ¿me quiere V.?...

A tan peregrina pregunta le respondo con una exclamación de extrañeza, y el pobrecillo exclama en tono lastimero:

—Ya sé que en el Paraíso no se entra de balde, que á la altura no se sube de repente, que la paz no se hereda, que la felicidad no se obtiene á título gracioso, y como el amor de V. sería para mí la felicidad, la paz, el paraíso, no le digo: «ámeme V.,» pero le digo: «desde hoy lucharé con la fortuna á brazo partido si es necesario, para conquistarme su corazón.»

Yo, á todas estas cosas no le respondo ya ni con los ojos, ni con los labios, ni con la lengua; es decir, no le miro, ni me sonrío, ni pronuncio palabra. Suspiro sencillamente, como demostrándole la lástima que me produce verle dar tantos rodeos para hablar de Gabriela sin pronunciar su nombre.

Observarás, Leandrito, por este relato minucioso, que no me salgo ni en un solo punto de tus instrucciones. Paso por todo, absolutamente por todo, antes de caer en la tentación de seguir ayudando á Gabriela en una obra que, como tú dices, puede muy bien resultar obra de perdición... Si ella lo desea, que busque otra *que le traiga y que le lleve*.

La verdad es, y créete que yo no la había adivinado hasta que tú me la has hecho notar; la verdad es que eso de entregar el corazón al primer hombre que se llama infeliz, eso no es amor, ó, al menos, no es el amor puro, sino el amor prohibido. ¡Cuidado con Gabriel! Y no será porque le falten tiempo y discreción para distinguir de colores y comprender que el cariño otorgado á un joven por caridad, no es lícito otorgárselo bajo cualquier otro título y por razón distinta. ¡Te aseguro que me ha dado un chasco! ¡Ah! Desde hoy temeré su contagio, huiré de su compañía, le pondré la cruz, porque una muchacha que empieza su camino tropezando... ¡Y luego hablan de la edad, de la educación!... Pues ella tiene más años que yo y está muy bien educada. Sin embargo, ¡mira tú qué diferencia! Lo gracioso es que me decía, en broma, por supuesto, pero ni aun en broma me lo debió decir, que á mí me gustaban los hombres... A ella sí que le gustan; ¡vaya que si le gustan! Yo no; yo los amo porque me dan lástima. Por eso te amo á ti, por eso comienzo á amar á Guillermo, por eso amaré á todos, á todos

los malaventurados. Esto es lo legítimo, lo católico, apostólico y romano, ¿no es verdad, Leandro? Claro está que tú serás siempre el primero, mi preferido, el principal pobre de mi parroquia, y, aunque dé mucho á los demás, á ti no ha de faltarte, que para todos tengo, pues así como la ambición es vaso que jamás se llena, el corazón bondadoso nunca está vacío, por grandes que sean los beneficios que derrame. Ya sé yo que mi conducta no puede merecer censura ni reprimenda, y que mis cartas podrían leerse sin que nadie encontrara en ellas cosa que no fuese digna de alabanza; pero estas señoras son muy buenas, mucho, mucho; pero son también muy testarudas, y como se juzgan impecables, en diciendo «negro,» negro ha de ser, aunque sea blanco. Han establecido que no escribamos más que á la familia, y eso con la obligación de darles á leer lo que escribimos. De modo que si me cogieran cualquiera de estas cartas... ¡figúrate! ¡Y ahí verás! Tengo que escribirte á hurtadillas. Es decir, que en una santa casa como ésta, el bien se considera artículo de contrabando, porque yo escribiéndote no hago más que consolarte, y consolar al triste, no será la primera, pero no es la última de las obras de misericordia...

Voy á concluir, porque ya comprenderás los miedos que me cuesta cada una de estas líneas; pero no lo haré sin decirte de nuevo que mamá Rosarito me carga, y que si no tomas mi consejo, si no la abandonas pronto, muy pron-

to, corres el peligro de llegar tú también á serme indigesto.

¡Ah! piensa que no es justo que nos iguales á las dos con una misma consideración, cuando ambas debemos resultar á tu vista, con una diferencia bien notoria, con la diferencia de que ella se ríe de ti, y yo lloro por ti.

Adiós, Leandro, adiós, adiós. Olvídala y no me olvides.

ALBERTA.





V



¡HOLA! ¡holal, amiga mía... ¡Conque no se pueden tener dos mamás! ¿Sí? Pues tampoco se pueden sentir dos lástimas. Resta tú de tus compasiones al pobrecito Guillermo, y yo suprimiré de mi familia novísima á mamá Rosarito, supresión que no ha de costarme las mayores ansias, pues aunque te sorprenda, te diré que la tal mujer sólo ha existido en mi fantasía.

Créelo, ni mi tutor tiene parientes en esta población, ni yo salgo del colegio, como no sea en comunidad, ni hay una sola palabra de cierto en toda la historia de la supuesta niña que tan malos ratos te ha dado. ¿Pero por qué la has inventado?—me preguntarás. Te lo diré. Mira: la desesperante ingenuidad con que me hablabas de tus dulces y expresivos coloquios con Guillermo, levantó ampollas en mi alma, y estuve á punto de decirte: «No has salido del

casarán y ya coqueteas. Coquetilla, coquetilla, olvídate de mí y que el cielo no castigue tu inconstancia, procurando que ese zagal te quiera menos de lo que yo te he querido;» pero dominado el primer ímpetu, caí en la cuenta de que me ofendías sin saberlo, y pensé que si era lícito advertirte, no lo era reprenderte: todavía más; temeroso de acongojarte, señalando con la rudeza de la palabra tu yerro, quise que lo advirtieras por ti misma, é inventé entonces la fábula de Rosarito frente á la historia real de Guillermo, es decir, coloqué las cosas de modo que tú exhalaras la primer queja, apesar de ser yo el primeramente agraviado, pues sólo sabiendo tú lo que duelen las bondades de un amante tenidas con una extraña, podías por ti misma conocer todo el daño que me habías causado con tus atenciones dispensadas á Guillermo.

La lección, pues, está dada en interés de ambos, y no reincidirás. Por mi parte, como no he pecado, riesgo no corro de reincidir.

No, no, hija mía; basta de obras de misericordia ejercidas irreflexivamente. Pon freno á tu piedad, y piensa que lo mismo nos conduce al error un corazón menguado que una honrada voluntad mal dirigida.

Ha llegado la hora de llamar las cosas por su nombre, y juzgo provechoso reducir á sus verdaderos límites *la teoría de las lástimas*. Realmente yo no desconfío de tu bondad, pero pasarse de buenos, es casi casi como pasarse de

listos, y... vamos, Albertita, que el diablo las descarga, y apunta sin escopeta.

Sábetete, pues, hermosa mía, que la mirada que dirijas y la compasión que tengas á otro hombre, es luz que me robas y escarnio que me haces, y pues me amas á mí, sólo á mí debes ofrecerte en extinta ofrenda, dado que el amor es, por su naturaleza, infraccionable é indivisible.

Eso de las simpatías peligrosas y de las pasiones culpables dejará de parecerte extraño, cuando vayamos entrando en materia. Si yo desperté en ti sentimientos, sobre cuya trascendencia te advierto hoy, fué porque el alma de una niña inocente y hermosa como tú, está muy cerca del cielo, y no se puede de un brinco trepar á ella. La simpatía inspirada por mi orfandad me sirvió de andamio; pero he subido; la escala ya no existe, pues que la altura está escalada, y sólo, de todo aquello, queda como hecho incontrovertible y real que yo vivo dentro de ti misma. No soy ya, no, el huérfano, sino el amante... Pero no te inquietes; mi amor es puro como el aroma de las flores silvestres, como el néctar de los dioses, como el oro de las arenas de los ríos asiáticos y el aliento de los pinares de las altas sierras.

Todo es en mí ternura; ternura no exenta ciertamente de energía, porque si capaz fueras de aborrecerme, capaz yo sería de apagar el sol con mis lágrimas para asociar la naturaleza toda á mi duelo, y de aprisionar el aire entre

mis brazos para impedir, haciendo imposible la existencia humana, ser, en tu pecho, por otro hombre reemplazado; que el amor me fortalece, y el poder del amor mayor es que el del Júpiter, según los versos de Menandro, de que hablaba el P. Homar, mi inolvidable maestro de literatura griega.

Y aun así, aun hacia el olvido por tu desprecio lanzado, jamás yo lograría olvidarte. ¡Oh, nunca! Antes olvidaría el pájaro volador el huerto donde sestea, y el suspiro el mensaje del pecho que lo envía.

Hoy, hoy mismo que tan deleitosa me es la existencia, prefiero hallar mi láziga en tu falda que mi tálamo en la alcoba de una reina. Estoy á ti tan estrechamente unido como el corimbo á la yedra y la yedra al muro. Sin embargo, no siento la glotonería del sensualismo, sino la voluptuosidad de los placeres eróticos. Te admiro, y el deseo de poseerte no me atosiga con esa tormentosa inquietud de la gula, excitada á la vista del manjar codiciado. Algún día mis brazos buscarán tus brazos, mis labios buscarán tus labios, mi seno buscará tu seno, pero sólo por la ambición de engrandecerte, que sólo la mujer es grande cuando es madre. Y ¡ah! eso sí, para llegar al amor de madre es imprescindible pasar por el amor de esposa, y como esta transformación no puede realizarse en el éter, sino en la tierra, el lazo que une nuestras almas, que es lazo corredizo, tendrá que bajar, bajará fácilmente hasta ceñir nuestras carnes, y enton-

ces... entonces, Alberta, por experiencia propia, necesitaremos creer en el *misterio de la encarnación*.

No imagines por eso que Cupidillo se come á nadie, según decía Gabriela. Es que todo cuanto existe resultaría insulso si no nos ayudasen los sentidos á comprenderlo y admirarlo; y así como el concepto mismo del cielo y de la naturaleza, sería un concepto vacío sin el sentido de la vista, así la felicidad del amor, en enigma quedaría, si para comprenderla y estimarla no nos ayudásemos del sentido del tacto.

¡Ahl! ¿Cuándo permitirá Dios que llegue el día?... ¡Estoy tan solo sin ti!... Quisiera... quisiera... Pero, Albertita, mejor te expresarán mis ansias estos versos de un tal Anacreonte que oí también al P. Homar, el célebre profesor de literatura griega y de otras cosas menos clásicas, aunque no menos incitativas:

Quisiera ser la cinta
que pende de tu cuello,
quisiera ser la joya
adorno de tu pecho,
quisiera ser el agua
con que lavas tu cuerpo,
y fuera la sandalia
que ciñe tu pie bello,
que por tu planta hollado
viviera yo contento.





VI

RESULTA, en definitiva, pícaro Leandro, que engañosamente me has conducido al borde de un precipicio, donde no es posible continuar, ni retroceder, sino despeñarse ó reposar en tus brazos. Mucho me holgara no haber venido á tal extremo; pero ya llegada, fuerza es confesar que yo sólo en tu seno reposaré á gusto, pues... ¡te amo! Y con un amor puro también, pero inquieto, escabroso, atropellado. Experimento desde hace poco, dentro del alma, cierta escandalosa alegría mezclada de un tan extraño malestar!... ¡Tengo unos sueños! Sueño que te alejas, que te llamo..., que me besas, que me escapo; que lloro, que sonrías; que caes, que voy á cogerte, y... que... ¡caemos juntos!... Siento una pesadez en la cabeza, y una somnolencia en los ojos, y un ardor en las mejillas, y un hormigueo en los nervios, y un retozar en toda la sangre!... en fin, siento esa dulce

vaga inquietud que deben sentir los árboles cuando empiezan á correr las savias.

¡Ah! y luego me asustas hablándome de un día en que tus labios y mis labios, tus brazos y mis brazos!... No, Leandrigo, eso no. Acercarse tanto... Te digo que no. ¡Por supuesto, tengo unas ansias de oírme llamar mamá! ¡Me gusta tanto la música! ¡y suena tan bien esa palabra! Procura que me llamen así pronto, muy pronto, aunque sin aproximarte, ¿lo oyes?... Pero... si no es mentira que para llegar al amor de madre, es preciso pasar por el amor de esposa, cuyo tránsito impone determinados sacrificios, entonces... ¡sea todo por Dios! entonces realicemos eso que tú llamas el *el misterio de la encarnación*.

No olvides que la vida es corta, y si una tiene que ser esposa, madre, abuela (lo de abuela es muy apetitoso, pues dicen que se quieren más los nietos que los hijos), comprenderás que no hay tiempo que perder, y es preciso que formalices las cosas, le hables á papá y me saques de aquí.

Yo no puedo seguir con tantas penas. Mira que mis labios, antes siempre frescos, están cálidos; que mis ojos siempre limpios, turbios están; que suspiro y no me consuelo; que grito y no me oyes, que lloro y no me alivio; que la parte desconocida del amor me espanta, y es menos horrible llegar al fondo del enigma; que la felicidad vista de lado me exaspera, que así no me va bien, y... en fin, que pronto cum-

pliré catorce años, y no soy ya ninguna niña.

Anhelosa de dar con la explicación de este goce sofocante que desde fecha reciente me mantiene en una especie de vida artificial, habría deseado reconocerme el alma, pero como el alma no se ve, he mirado á mi cuerpo, y en pocos días, ¡he experimentado tales mutaciones!... Leandro, te aseguro de nuevo que no soy ya ninguna niña.

Formaliza, pues, este asunto, acorta los plazos, habla como galán, pero piensa como hombre; y si es cierto que quisieras ser la joya que me adorna, el agua donde me la lavo, la sandalia que mi pie ciñe; si es cierto todo esto... ¡cuéntaselo á papá!...

Ahora va de veras... La monjita de guardia se encamina á mi celda... Pero estas líneas procuraré salvarlas y las recibirás... En otra carta me explicaré, porque hoy, lo reconozco, he andado demasiado reservada... ¡Sentía tanto rubor





VII

SR. D. J. L. M.,

*magistrado de la Audiencia de ****



EN el nombre de Dios Todopoderoso, me confieso atribulada por el dolor que producirá á V., y que á mí ya me ha producido, la lectura de los papeles adjuntos, de cuyo hallazgo soy deudora á la Providencia.

Se los envío verdaderamente acongojada, pero protestando de que mi sentimiento se limita sólo á deplorar males ajenos; pues en punto á las causas que determinan la realización del que á V. tan directamente atañe, declino toda responsabilidad. Nosotras recibimos aquí niñas en concepto de educandas. Nuestra misión es enseñar, y procuramos llenarla cumpli-

damente, con la ayuda, por supuesto, de la Divina misericordia. Sí, respetable señor mío, creemos tratar con criaturitas necesitadas de ilustración, no con delincuentes, cuyo rastro está llamada á olfatear la policía; y, juzgándonos no enteramente inútiles para la cátedra, nos declaramos resueltamente ineptas para el espionaje. No es mucho, pues, que lo ocurrido haya podido ocurrir, sin lograr, por nuestra parte, evitarlo, ni siquiera conocerlo en coyuntura mejor. La precocidad (sentiría que se me hubiese ido la pluma, y hubiera puesto *procacidad*, pues voy viendo cada día menos) la precocidad que revela el lenguaje de la colegialita, angustiará el corazón de padre de V. muy profundamente. Pero, señor, cuando á los trece años ya las niñas se creen viejas (y este es mal de la época presente), no es, en absoluto, extraño, oírlas expresarse en la forma en que lo hace su hija Alberta.

Cuesta lágrimas confesarlo; pero ¡ah! la mujer del día sólo se diferencia de la fiera en una, á la verdad, bien triste cosa: en la facilidad de ser cazada. Y desde que impropriamente se aplica á las jóvenes la palabra «educación,» desde el instante en que sólo pueden ser no educadas, sino domesticadas, nosotras nada tenemos que hacer, y deponemos la autoridad moral de nuestro ministerio, del ministerio de la enseñanza, ante el látigo del domesticador.

Suprimo todo otro comentario, y le ruego

venga, ó mande pronto, persona autorizada que recoja á la colegiala, mejor dicho, á la ex-colegiala Alberta.

Su servidora y hermana en Jesucristo,

SOR AMALIA,

Abadesa de las Agustinas de Córdoba.



CORRESPONDENCIA SOCIOLÓGICA

ENTRE EL COMPAÑERO PEROTE

Y EL COMPAÑERO POSTAS.



CARTA PRIMERA



US reflexiones no me desarman. Más aún; siento acrecer mi odio á cuanto existe, de modo tal, que parece que el odio, como la bilis, se produce por el trabajo excesivo de alguna entraña.

¡Resignarse! ¿y quién lo dice? ¿Tú? ¡peregrino consejero!... ¡Resignarse! ¿y por virtud de qué poder? ¿del de las ideas religiosas? ¿del de los principios filosóficos? ¿del de una esperanza que ningún presagio alienta, ó por el de la perspectiva de un mejoramiento que ninguna razón abona?... ¡Nombre de Dios! y cómo disparatas.

Es fácil, y también cómodo (ya ves si concedo) es facilísimo resignarse con la noble adversidad; pero no lo es resignarse con la ruin miseria. El general que ha perdido la batalla en un encuentro decisivo, el diputado que ha perdido el salto en una crisis ministerial, el banquero que ha perdido la pista en una cotización

de fin de mes, no necesitan hacer ningún esfuerzo para llamar sobre sus ánimos la resignación, porque el fracaso militar, el fracaso político, el fracaso bursátil, cuando no llevan aparejada deshonra evidente y total ruina, son contrariedades que, como el agri-dulce de ciertas frutas, destinadas en las mesas espléndidas á moderar el empalagoso hastío de los almíbares, interrumpen por algunos momentos la monotonía de una dicha siempre igual, para hacer más apetecible y más sabroso el deleite nuevo. Sí, amigo Postas, al general que no ha ganado, al legislador que no ha subido, al bolsista que no ha triplicado, les queda casa, les queda dinero, les queda consideración; les queda una censura amiga, una justicia parcial, un nombre sonoro; ¡pero yo! yo soy aún de peor condición que los vencidos, tanto, que con tono plañidero exclamo algunas veces: ¡Bienaventurados los que pierden, porque ellos tienen algo que jugar!

¡Resignarse! la palabreja me ha hecho cosquillas; pero, ¡calla! que aún has conjugado ese verbo en un tiempo más chusco.

Todo el mundo se resigna, has añadido. ¡Todo el mundo! Que se resigne Bonaparte en Santa Elena; que se resigne Maximiliano en Querétaro; que se resigne Pío IX en su cautiverio, en su hermoso cautiverio del Vaticano, después de la entrada de Víctor Manuel en el Quirinal; ¡vaya una gracia! Nadie tiene motivo para desvergonzarse con una fortuna que, habiéndole sonreído más ó menos tiempo, le vuelve, al

morir, la espalda. Además, cuando se cae de un trono, es preciso caer de pie, no de rodillas. Pero yo no me duelo de haber caído; precisamente lo contrario; me duelo de estar eternamente sentado. La adversidad puede consistir en llevar un cetro sin gloria y blandir una espada sin éxito; pero no puede consistir en manejar la lezna mal ó bien. No; no sería con la noble adversidad con la que tendría que resignarme, tendría que resignarme con seguir haciendo zapatos, y, francamente, esto no puede pedírsele á ningún caballero.

Déjame, déjame, amigo Postas, gritar, maldecir, retorcerme, reconvenirme, desesperarme. Pues qué, si yo no tengo derecho á estos desahogos, ¿cuál es mi derecho? ¿Pero qué le importa al mundo tu desesperación? preguntarás. ¡Cómo! ¿crees tú, acaso, que mi desesperación es un sentimiento estéril, una pasión vacía, un grano de pólvora mojado, algo así, en fin, como la célebre pistola de Pirrojo, que siempre daba gatillazo? No, mi desesperación, sumada con la de todas las demás víctimas, constituye una fuerza desconocida é irresistible. Ya verás, ya verás cómo un día la dejamos caer sobre la sociedad que nos explota y la aplastamos. ¿Llegará ese día? ¿está próximo? ¿está lejano? No sé la distancia á que me encuentro de él, pero la tengo ya por inevitable, después de haber creído muchas otras veces que sería en extremo fácil evitarlo. Sí, creía yo que el suelo es demasiado rico, que la tierra es demasiado extensa

para mantenernos, para soportarnos á todos; pero quien podía utilizar esos grandes recursos de la naturaleza en provecho unánime de la inmensa comunidad humana, se ha negado y se niega á ello. Dicen los Estados: el problema social no tiene solución. ¡Ah! no la tiene para los Estados. Pues nosotros la buscaremos. Mejor dicho, está buscada. ¡Anarquía! he ahí el secreto de nuestra emancipación. Anarquía en las leyes y en las cosas; y el que mande mande, y el que pille pille. Mercados... ¡Abajo las transacciones! El que pueda criar una patata y alimentar un borrego, que se los coma... Comercio... ¡abajo las tiendas! El que pueda tejerse una tela y cortarse un abrigo, que se vista... Inquilinatos... ¡abajo las casas! El que pueda construirse una choza, que se defienda de las intemperies.

Un día le tocó á la cruz y hoy le toca á la piqueta ser el signo de la redención. Nuestra lógica está en nuestra desventura; nuestra fuerza en el número; nuestro orgullo, nuestra comodidad, nuestro único medio de defensa, en destruir á prisa, en destruir de veras, en destruirlo todo.

Cuando los tronos hayan caído, hasta rodar por el cieno de los arroyos, y el aliento de las muchedumbres redimidas haya subido hasta lo alto de los alcázares, como un tósigo mortal; cuando los pobres, los enfermizos, los ateridos hijos del pueblo, hayan desentumecido sus miembros, al calor de las llamas del incendio de los archivos públicos, y la inundación universal

del odio del proletariado haya apagado para siempre la sed de mando, de riquezas y de honores de la ilustre, de la egregia, de la gran canalla; cuando cada hombre haya reivindicado la iniciativa que le sustrajo el Estado para constituir su fuerza; cuando no quede ni más ni menos que una sola raza, una sola soberanía y una sola tierra; cuando todo retiemble, se descoyunte, se disuelva, ¡ah! entonces habrá llegado la hora de construir, con sujeción á nuestro modelo, á nuestro ideal, la sociedad nueva, sirviéndonos del polvo de las ruinas amasado con la sangre de los grandes derramada.

Diráse que es triste cosa destruir para edificar; pero, ¿no destruyó Dios con el diluvio un mundo para crear otro mejor? Vais tras del bien—exclamarán algunos espíritus cobardes,—pero realizadlo sin daño. ¿Sin daño?... ¡Ah, imposible! La sangre es á la reforma lo que la masa agría al pan, una levadura fatalmente indispensable. Yo también he soñado alguna vez con una victoria sin vencidos, con una redención sin calvario; pero, ¡ah!, soñar no es vivir...

Esto es decisivo. La suerte está echada. El viento se desencadenará muy pronto, y cuanto existe, caerá. Resuélvete, amigo Postas, y súmate. Toda perplegidad á esta altura es ignominiosa y comprometida. ¡Pardiez! ¿Cómo tú, el tribuno de fuego, el rayo de la elocuencia en nuestros congresos internacionalistas, en nuestras asambleas regionales y nuestros centros de propaganda, te rectificas en privado, y contra-



dices todos los fundamentos de tu vida pública, cuando hablas al oído de quien no puede delatarte, cuando hablas á mi oído? Muchas veces te he dirigido la misma pregunta sin obtener respuesta satisfactoria. Haces en las cartas que me escribes mofa de los principios que en público afirmas, y recatas la explicación de esa doble conducta, en virtud de la que apareces sintiendo una cosa y defendiendo otra. ¿Es que tratas de embromarme? Pues para broma basta. ¿Es que temes que yo abuse de tu confianza? No, demasiado seguro estás tú de mi amistad, de lo intenso de mi amistad, que ha llegado á constituir mi única flaqueza, cuando no has tenido reparo en escribirme cartas que servirían, de piezas de convicción, en el proceso de tu deslealtad, para con la asociación á que pertenecemos. ¿Cuál es, pues, el motivo de tu reserva en un punto que no tiene racionalmente explicación posible? Habla, habla de una vez. Espero tu última palabra, tu confesión íntima, con curiosidad, con ansia, más aún, con cierto pesaroso regocijo, porque tal pudiera ser que llegara á convencerme de que estoy y he vivido en error.

Mientras tanto, que Dios ó el diablo prospere el futuro reinado de la anarquía.

PEROTE.





II

L agua es buena? Pues no te preocupes por el manantial. ¿Qué importa que el manantial esté cubierto de olorosas yerbas en el declive de la verde sierra y la superficie sombreada por el rojo bello matiz de los madroñales, ó que esté oculto en sitio retirado, pedregoso y sombrío?

Yo te he dicho que vas por camino errado, y he hecho acompañar la razón al aserto. ¿Es contundente la razón? ¿No? Pues basta de discurso. ¿Sí? Pues no te pares á examinar su origen; de todos modos, es igual, siempre tendrá la misma fuerza, proceda de un hombre corrompido ó de un varón recto. ¡Que defiendo una cosa en público y otra te digo á til! Muy bien; pero esa es una contradicción que queda á cargo de mi conciencia, y que tú no puedes reprocharme. Te importaría saber si es contigo ó con el público con quien soy sincero, y eso lo

sabes de sobra; es decir, sabes que sólo cuando á ti te hablo pongo oído al corazón.

Ahora, Sr. Perote, pues te muestras decidido á convencerte si mi dialéctica te rinde, según anuncias en el consolador final de tu carta, voy-me al grano, procediendo, por supuesto, sin artificio retórico y con el aplomo de una crítica juiciosa.

Las pretensiones de la asociación-anárquico-internacional-colectivista, pueden ser examinadas en su espíritu, por su alcance y con relación á los medios escogitados para hacerlas triunfar.

Examinadas en su fondo, poco tengo que decirte. Siempre resulta que el mundo anda mal y que podría andar mejor; que la fortuna está muy condensada y que no hay obstáculo para que esté muy diluída; que los desheredados son muchos y que podrían ser menos. En fin, esto es de sentido común y de sentido cristiano, y como sobre vuestras pretensiones flota el espíritu de una reforma social que todos tenemos por equitativa y por necesaria, te repito que en su espíritu, vuestras pretensiones no deben asustar á nadie. Pero les dais una proporción extrema, un alcance extraordinario; por obcecación, por estímulo de esa fiebre que acomete á todos los innovadores, por el paroxismo del sentimiento de una justicia mal entendida, por algo disculpable, en suma, no quiero creer que por refinamiento de crueldad y embriaguez de odio, lleváis vuestros planes hasta el último lí-

mite, anheláis internaros en la sociedad como cuadrilla de leñadores en el bosque, para no dejar en pie nada de lo que encontráis al paso, y, francamente, esto es un gran crimen, y un crimen sin resultado, porque yo concedo al pesimismo una magia que no tiene: admito que la chispa brote de la noche, que el desconcierto engendre la armonía, que del exceso del mal brote lo bueno, lo útil, lo justo; en una palabra, afirmo (y esto sí que es ir lejos), afirmo que conseguiréis llenar con unas nacionalidades tiradas á cartabón, como las líneas de una calle, el vacío que deje el aniquilamiento de las nacionalidades que existen; pero ¿cómo vais á triunfar de los poderes constituídos? ¿Cómo? Tendréis un procedimiento; y bien, ¿cuál es ese procedimiento? La anarquía. ¿Y qué es la anarquía? Es, así la habéis definido vosotros mismos, es la relajación de toda disciplina, de todo vínculo externo, la proscripción de todo género de instituciones políticas, civiles religiosas; el descentramiento del Estado para que cada entidad humana recobre la parte de iniciativa que éste le sustrajo; el rompan-filas, el desorden caótico, la fortaleza del poder central diseminada en una multiplicidad de soberanías individuales, la dispersión de los pueblos, la desbandada. Pues, amigo mío, con números sueltos, con gentes que no obedecen á Rey ni Roque, con esfuerzos parciales no se dan batallas. Pero ¡ahl es que vosotros (y esto sí que es anómalo y peregrino), es que vosotros los nivelado-

res tenéis una doctrina común, un interés común, y formáis por la mancomunidad del interés y del pensamiento, un conjunto humano armónico: luego aceptáis el concepto de la sociedad, pues que vivís en ella... Para destruir es preciso señalar un día y elegir concretamente un género de conjura; ¿quién va á señalar el día y á elegir la trama? ¿cada cuál desde su pueblo, desde su rincón? No, tenéis que reuniros en junta y discutir lo uno y lo otro; ¡junta!... ¡discusiones!... ¡acuerdo! he ahí la Asamblea deliberante... Todos no pensarán lo mismo en lo accidental, en los pormenores de ejecución, por más que sobre lo sustantivo no difieran, y será preciso, para llegar á una afirmación práctica, que el voto dirima la controversia; ¡el voto decidiendo! he ahí el principio de la legalidad parlamentaria, de la legalidad de las mayorías... Los vencidos por el número deberán conformarse con la resolución triunfante ó abandonar el gremio; ¡conformarse á la fuerzal he ahí el principio de la disciplina... Acordados el medio y la ocasión, aún quedará mucho por hacer, habrá que organizar las huestes, distribuir los servicios, remover dificultades imprevistas y dictar las resoluciones de carácter perentorio que exijan las circunstancias; y esta obra varia, compleja, trascendental, de todos los momentos, necesita encomendarla el partido á una delegación de su seno mismo; ¡enflaquecimiento individual y concentración de fuerzas! he ahí el principio del gobierno. Pero no basta

delegar en una comisión más ó menos numerosa el ejercicio de funciones determinadas; es necesario que cada uno de los iniciados robustezca esa comisión otorgándole una parte alícuota de su soberanía, para que sus providencias sean ejecutorias y sus mandatos obedecidos: ¡despojo voluntario y obediencia inevitable! he ahí el principio de autoridad.

De suerte, amigo Perote, que vuestro *desiderátum* es desatar á los hombres del vínculo social, del vínculo de las leyes, de todo vínculo que pueda hacerles fraternizar y compenetrarse, y para conseguir ese resultado, tenéis que empezar por serviros de la eficacia de los principios mismos á cuya ruina fiáis la realización del ideal ansiado, es decir, empezaráis por acogeros y ampararos de la virtualidad del principio de autoridad, del principio de gobierno, del principio de disciplina, del principio parlamentario. ¡Vamos, si esto no es estar locos!... ¡Ah! y créete que lo siento por ti, por ti, que aunque haces zapatos, bien podrías saber dónde te aprietan los tuyos, porque Dios te ha dado luces para ello; por ti, que puedes servir para algo más que para artífice de obra prima. ¡Malhaya, malhaya!... Si esos atracones de letras que te das á la luz del candil cuando sueltas la lezna, leyendo la historia de los jacobinos y bebiendo en otras fuentes revueltas de la literatura patibularia, te los dieses hojeando libros de sana lectura; si hicieses entrar en caja tu juicio, y pusieras tus ideas en orden; si ya que,

de buena fe, por tu mala estrella, ingresaste en las asociaciones colectivistas, formarás en el grupo de obreros que busca el triunfo de la causa por medio de la política, quizá, quizá, algún distrito fabril te enviase á las Cortes, y allí pronunciando discursos, que todo es tomar la tierra y perder el miedo, te abrirías camino. No serías tú, no, el primer perdulario que suelta las hormas de construir zapatos ó de construir sombreros para irse á las Cortes y salir luego de ellas convertido en un excelencia, un héroe ó un capitalista con crédito y fondos para trocar su buhardilla-taller por una casa de banca.

Aún es hora de corregir el yerro; escúchame y trasfórmate; mira que por el camino que llevas, si hoy te pasas la vida haciendo zapatos, mañana te harás... cualquier cosa peor.

Y hemos llegado al punto culminante. Vas á oír la explicación de lo que tanto anhelas conocer, y si antes no he satisfecho tu curiosidad, bien sabe Dios que no ha sido por miedo á que me delates. Pues qué, ¿todo lo que se dice en la plaza pública es la traducción literal de lo que la conciencia siente? Pues qué, ¿las ideas que se profesan un día se han de profesar otro y otro? Retractarse, ¿es delinquir? ¿es ni siquiera, ya motivo de escándalo? Puede pasarse el padre Jacinto al racionalismo y el hermano Martos á la monarquía sin que el equilibrio se altere, y yo no puedo restituirme á mi propia razón abandonando las filas de un partido de locos, sin correr riesgo de que me delaten? ¿Y

ante quién? ¿Ante las gentes honradas? ¿Ante el señor juez? ¿Ante el juicio de los contemporáneos?... Pueden recogerse en medio de la indiferencia general las afirmaciones que se hacen en el púlpito de una catedral ó en la tribuna de un congreso, y no puedo yo recoger en santa calma las cuatro majaderías que he dicho en tal cual teatrillo de verano subido sobre la joroba de tal cual compañero? ¡Bah! ¡bah! malicioso Perote, no desbarres, y créeme, si antes no he satisfecho tu curiosidad, ha sido porque necesitaba traer á colación antecedentes íntimos de familia, y no quería remover el triste fondo de mi existencia.

Pero, en fin, lo prometido es deuda y manos á la historia. Sábetelo, compañero, que yo no he conocido á mis padres, ni puedo asegurar si los he tenido ó soy todo un caso de generación espontánea. A esa edad en que uno comienza á darse cuenta de sí propio, me encontré en casa de un delicioso presbítero á quien yo llamaba *chache*, y de una señora benditísima, ama de su reverencia, á quien llamaba *chacha*. La *chacha* y el *chache* me llamaban á mí *nene*. Cuando cumplí once años me pusieron á estudiar en el seminario de Granada, y cuando cursaba, con gran aprovechamiento, según decían mis maestros y rezan mis notas, el segundo año de filosofía, ó sea el sexto de la carrera, el *chache* me jugó la mala partida de morir, y su ama, ó por pesadumbre, ó por cierto género de sublime nostalgia, ó porque tuviese sencillamente

sus días cumplidos, sólo sobrevivió al inolvidable presbítero dos meses. Su reverencia pertenecía á una clase de curas de los que entonces había pocos, y hoy apenas si queda alguno; pertenecía á esa clase de sacerdotes, que son lo que Jesucristo quiso que fuesen, mansos, humildes, caritativos; no tenía nada suyo; sus labios siempre estaban abiertos para perdonar, y su alacena abierta siempre para dar de comer; murió pobre, dejándome, por consiguiente, en medio del arroyo. Si yo hubiese vuelto al seminario, posible es que mis profesores me hubiesen facilitado medios de terminar la carrera; pero por aquellos días, triunfante la revolución de setiembre, apareció un decreto del Ministerio de Fomento, autorizando la incorporación en los institutos del Estado, de los estudios de la segunda enseñanza cursados en los establecimientos eclesiásticos, y yo, que no sentía gran apego á las funciones sacerdotales, y que llegué á sentirme dominado por el influjo de aquella época, inaugurada en Cádiz, época demasiado propicia para estimular las pasiones y la ambición de la gente joven, decidí marcharme á Madrid á seguir una carrera literaria, utilizando la ventaja que me ofrecían las reformas introducidas en el plan general de instrucción pública. Hubo buenas almas que trataron de disuadirme de mi propósito, pero yo, cerrando los oídos á cuantos consejos pudieran hacérmelo quebrantar, me eché en el bolsillo las cuatro alhajas que quedaron, por todo caudal, al fallecimiento

de sus reverencias, y con unos cuantos duros que los antiguos amigos de la casa me facilitaron como resultado de una piadosa y espontánea colecta, me encaminé á la corte. ¡Oh! ¡Para qué enumerar las amarguras que yo devoré en Madrid! Muchas de ellas las conoces tú; otras, las pasamos juntos. Dicen que Dios ayuda á los hombres en las nobles empresas. No es verdad. Yo lo invoqué una vez, y otra vez, y mil veces, siempre sin éxito. Al fin me rendí, pero á las muchas jornadas de un camino en el que pocos andan dos pasos sin desesperarse. Después de haber buscado inútilmente una ocupación cualquiera que me dejase en claro algunas horas para mis estudios, á costa del trabajo del resto del día; después de haber vivido meses enteros á pan y agua, sin dejar de asistir nunca á las aulas universitarias; después de escribir artículos tras artículos, que le parecían perfectamente á todo el mundo menos al propietario del periódico donde se publicaban; después de haber ofrecido mis servicios de mancebo á todos los boticarios, mi pluma de escribiente á todos los curiales, mis pies de corredor á todas las casas de comercio, después de haber dormido muchas noches al raso y de haber pasado muchos días tragando saliva para engañarme á mí mismo, dándome á entender que comía algo, desfallecí, caí, me desesperé; y consecuencia inmediata de esta desesperación y de estos desalientos, que me metí á patriota; me metí á patriota, y, como es natural, di en la cárcel; allí

estabas tú y allí nos conocimos y fraternizamos. El Saladero era, por aquellos días, puede decirse, una especie de Parnaso, donde los grandes tribunos de plazuela paseábamos á la sombra, por la misericordia de un Gobierno reparador, los rigores estivales de una estación política demasiado ardiente. Cuando salimos de las prisiones volvimos á las andadas, pero yo me cansé de invocar en el club de la Yedra al dios Marte, sin conseguir que lloviese fuego sobre el Madrid impuro, y aprovechando un momento de sana inspiración, me volví á Granada con el propósito de reanudar la carrera interrumpida y consagrarme á la Iglesia, dado que los señores catedráticos, á quienes debí en otro tiempo tantas atenciones, quisieran protegerme. Pero, ¡ah! la noticia de mis triunfos tribunicios (?) y de mis fechorías de demagogo, conducida por las auras de una triste popularidad, había penetrado dentro de los muros mismos del viejo seminario, y sus paternidades me recibieron con la cruz puesta y la cara asustadiza, como quienes temen el contagio de un apestado. Entonces volví á caer, lancéme á la orgía, zambullíme en el hervidero de las pasiones revolucionarias, y hubiera muerto al trasponer de una esquina, quizá en Ceuta, quizá ahorcado, si no me hubiese, en este nuevo camino de perdición, salido al paso una zagala linda, vaporosa, casta, que me rindió de amor. Nazarina, aunque por su hermosura majestuosa, sus formas escultóricas y su raro donaire parecía hija de un César, era

tan sólo hija de un sastre; pero aldeana ó reina, cortada estaba para mí, y me casé con Nazarina. ¡Oh, y qué deleitable es la existencia así compartida!... No podrás, por mucho que te la exageres, darte cuenta cabal, amigo mío, de lo hondo de la transformación que yo sufrí bajo el dulce influjo de mi sin par zagala. Constreñíme á no vivir más que para ella, á trabajar para ella de cualquier modo, en cualquier oficio, y como tenía el maestro dentro de casa, senté plaza de sastre, sin preocuparme un momento de la llaneza de la ocupación, que, aunque no á la sociedad, lo mismo ó mejor se honra á Dios, ganando panes con una aguja que reinos con una espada.

Tenía, además, para perseverar en esta vida oscura, honrada y laboriosa una razón de noble egoísmo, cimentado sobre cierto linaje de convencimiento religioso. Pensaba yo que andando el tiempo, tarde ó temprano, recibía su galardón la virtud doméstica; pero en esto preciso es confesar que me engañé, pues á medida que iban siendo mayores mis necesidades y mis desvelos, iba disminuyendo la parroquia. Bien es verdad, que por mucho que se afaná el virtuoso padre de Nazarina (que gloria haya) para trasmitirme su ciencia (que no era mucha), yo no conseguí, ni he conseguido todavía aprender á cortar pantalones, sino á rasgar tela de pantalones.

En fin, ello es que, abrumado por el desequilibrio, para mí más funesto que el europeo;

abrumado, repito, por el desequilibrio que formaba con lo numeroso de mi familia lo reducido de mi clientela, dime á meditar un día gravemente sobre el modo y forma de romper el hielo de esa fatalidad que me atosigaba con pesadumbre ya irresistible.

Yo no sé las extravagancias en que caí, ni los torpes proyectos á que me entregué. Pedí inspiración á Dios y al diablo. Lloré, reí, maldije. Estrujé mis sienes con mis manos ardientes como para excitar por medio del frotamiento excesivo el estímulo de mis ideas muertecinas. ¡Ah! y después de largo desvarío, de larga fiebre, de larga meditación, sentime regocijado, levanté los ojos, ansiosos de luz, me dí el consabido golpecito en la frente, y exclamé con la alegría estridente y retozona del que juzga haber encontrado la piedra filosofal: «¡Pardiez! aún hay algo explotable dentro de mí mismo que yo no había caído en la cuenta de explotar. El valor: he ahí esa cosa. Porque eso sí, yo debo ser un valiente, en cuanto soy un perdido. Quise utilizar mi inteligencia, ¡y nada! mi honradez, ¡y nada! el ruin trabajo de mis manos, ¡y nada! Desde hoy arrugaré el entrecejo, crisparé las barbas, miraré con mirada turbia para que hasta los menos perspicaces puedan leer en mi ceño y en mis ojos una especie de rótulo, que diga: «este valiente se alquila.»

Presumo, amiga Perote, que acaso tales palabras no hayan dejado satisfecha tu curiosidad, y que vives esperando que salga el argumento.

¡Alquilarse de valiente!... ¡Oh! séme franco, ¿no es verdad que eso te parece, cuando menos, un poco laberíntico, en fin, algo que está fuera de las convenciones posibles?

Y, sin embargo, se trata de la cosa más natural del mundo, al menos de la cosa más natural de España.

Mira: cada personaje, no ya de la banca, de la política ó de la sangre, cada personaje mínimo, ó sea cada persona de regular alcurnia y de regular fortuna (aun lo de alcurnia puede suprimirse, basta con lo de regular fortuna), necesita de uno que le vigile la hacienda, de otro que cuide del régimen interior de la casa, de otro que le ponga y le quite el gabán, y de otro que le guarde las *espaldas*; es decir, que en la servidumbre de cualquier pinta-monas bien comido, entran como funcionarios de pie forzado, el administrador, el mayordomo, el ayuda de cámara y el temerón.

Ahora comprenderás que fué todo un rayo de luz el que penetró por mi frente, cuando caí en la cuenta de que había pretendido, como necio, buscar la fortuna diciendo misas, despachando drogas, escribiendo artículos, zurciendo pantalones, cuando, gracias á mi valor, podía haberla hallado mejor y más presto *guardando espaldas*.

¡El matón!... ¿dónde hay en España destino más necesario, más corriente, más respetado? ¡Y retribuído! ¡Por los clavos de Cristo; si se puede sacar guardando unas espaldas viejas

mucho más de lo que Caracuel sacó en toda su vida haciendo levitas nuevas!

Pero eso sí, resulta, y aquí comienza la dificultad; resulta, que por motivos de un pudor, á mi ver, mal entendido, esta clase de destinos no pueden solicitarse, ni otorgarse por la vía ordinaria, por los procedimientos usuales. El caballero que há menester de un mayordomo, ó el ciudadano que ejerce funciones de mayordomía se van á *La Correspondencia* y exponen con toda lisura en la cuarta plana su pensamiento; el uno puede exclamar: «D. Fulano necesita para su servidumbre... etc., etc.» El otro puede decir: «Fulanico anhela prestar sus *cuidados de...* etc., etc.» Pero ¡váyase V. al órgano más importante de la opinión pública de España, diciendo: «Zutano ó Mengano desea colocarse de matón en casa de un señor canónigo ó de un Sr. Marqués, ó de un Sr. Magistrado!»

Además, no bastaría, por otra parte, con que el candidato anunciase su pretensión por medio de los periódicos. Para solicitar con éxito esta clase de destinos, es necesario acompañar á la solicitud la hoja de servicios como para ingresar en la Guardia civil ó en cualquier otro noble instituto. El anunciante tendría que empezar por decir: «Fulano de Tal, natural de Perchel ó del Albaicín, licenciado de presidio, condecorado con varias cicatrices, que se ha hecho temer de su suegra, ó se ha comido dos niños crudos, desea colocarse, etc., etc.»

En los pueblos insignificantes, la cosa ya varía. Allí todos se conocen, y el que ha dado un par de puñaladas á un amigo, ó ha roto unos cuantos cacharros en unas elecciones, ó ha apedreado la ronda del señor alcalde en una noche de verbena, tiene asegurada su colocación. ¡Pero espere V. adquirir notoriedad aquí, en una gran población por puñalada de más ó de menos!

Te aseguro que la elección del camino para conseguir *buscar colocación á mi valor*, me hizo pensar como un filósofo. Pero al fin, di con el medio ¡y qué medio tan expeditivo, tan eficaz! Escucha, Perote: me hice colectivista. Esto, es decir, el colectivismo, que no sirve para amedrantar á los poderes públicos, de cuyo miedo podría obtener alguna ventaja el proletariado, sirve, no obstante, para asustar á todo ciudadano que dispone de una peseta. Yo asistiré, me dije, á las reuniones dominicales de los asociados: pronunciaré discursos rociados de metáforas más ó menos bellas, pero ruidosamente espeluznantes; me haré nombrar individuo de la junta regional, y toda la prensa de la población que, ó por reirse, ó por embutir columnas con materiales baratos, ó por hacer más interesante su lectura, publica la reseña de las sesiones de las juntas de los *compañeros*, y reproduce las catilinarias de los tribunos más fogosos, será la encargada de darme á conocer á los señores, á los banqueros, á los que tienen que perder, y en su febril deseo de guardar, juzgan necesaria y salvadora la sombra de los perdidos.



Dicho y hecho. Me inscribí en la asociación, juré sus banderas, y aprovechando el primer día hábil, me fuí al teatro de Isis é intervine en las solemnes diatribas de la asamblea dominical. ¡Qué discurso, mi discurso de estreno! Para hacer boca, pedí la cabeza del Sr. Arzobispo, entoné, chapurrándolo de acentos líricos, un magistral canto á la dinamita, y anuncié que en el gran festín para conmemorar el triunfo de la emancipación, se servirían chuletas de carne de noble y licor de lágrimas de Reina. El efecto del debut fué verdaderamente asombroso, y desde aquel día, las auras populares trajeron y llevaron por todos los ámbitos de la ciudad morisca el nombre del compañero Postas como una esperanza de redención para el proletariado, y una amenaza de exterminio para la burguesía. Mi pobre taller, antes apenas frecuentado por tal cual oficialite de reemplazo, y tal cual estudiantillo de la escuela normal, empezó á verse lleno de gente empingorotada y distinguida. ¡Ah! ¿y por qué?... ¡por qué!... Cuando cambia la servidumbre de un cortijo, los nuevos operarios comparten durante muchos días su olla con el perro de la cadena para que los reconozca y no les muerda. Yo, desde mi primer discurso del teatro de Isis, había sido elevado por el juicio miedoso (llamémosle benévolo) de la opinión sensata, á la alta categoría de fiera, y aquellos nuevos ilustres parroquianos que venían á utilizar los servicios del oscuro y olvidado artista, parecían decirme en su expre-

sivo gesto: «No; no buscamos en ti la elegancia de una tijera hábil, porque más parece la tuya tijera de esquilador que tijera de sastre; ni la finura del hilván, porque ¡bárbaro! tus costuras hacen llagas; venimos, salvando las exigencias del pudor, á traerte un pedazo de pan por medio del estipendio del trabajo que te proporcionamos, para que mañana si el grito de «¡abajo los bozales!» triunfa, es decir, para que si el gran día de la emancipación llega, te acuerdes de nosotros, nos reconozcas, nos perdones y no nos muerdas.

Perote ¡qué generación ésta! ¡Qué ricos éstos tan imbéciles, tan desgraciados, tan cobardes, y qué pobres tan descreídos, tan atortolados, tan verdaderamente pobres! Nadie tiene la certeza de sí mismo, la realidad de su posición, de su derecho y de su fuerza. La gente ilustrada y acomodada, que por su ilustración debiera saber que la ola no puede llegar hasta cierta altura, y que por su riqueza podría hacer uso de una piedad fecundante, cree en desastres imaginarios, y realiza inútiles desembolsos, cuando dando, por espontánea filantropía, mucho menos de lo que da por vergonzoso miedo, haría bajar considerablemente el desnivel humano, y disminuir la tensión de relaciones entre las distintas categorías sociales. Por su parte, la gente que llamamos desheredada vive en nocivo aislamiento, ó se concierta para fines odiosos é imposibles, y en vez de llevar un puñado de tierra á la zanja abierta por el odio de clase y

de raza, la ensancha y la ahonda, acrecentando los obstáculos que dividen á los hombres y á los pueblos.

Pero basta de filosofías que concluirían por entristecerme en una ocasión en que tantos motivos tengo para regocijarme. El caso es, desventurado Perote, que yo he sabido dar con el lado práctico del colectivismo, y ya tienes con esto explicado todo cuanto saber anhelas. ¡Oh! sí, gracias á mi profesión de anarquista, he podido adquirir una parroquia que me deja muy buenas pesetas y me proporciona muy pocas fatigas, cosa en extremo natural, pues ya se sabe que al mayor rendimiento corresponde la menor suma de trabajo. Yo ya no pincho ni corto; tengo un segundo maestro que maneja las tijeras, y una sección de oficiales que manejan la aguja. Y no para en esto el aluvión de felicidad que se me ha entrado por las puertas. ¡Ah! estoy á punto de hacer la jugada definitiva; es decir, á punto de colocarme en el destino de mis preferencias, en una casa fuerte, esplendorosa, solariega. Posible es que la ilusión me engañe; pero no, las apariencias, y lo que no son apariencias...

En fin, escucha, y juzga por ti mismo la trascendencia del caso:

Hará seis ú ocho días que estuvo en mi establecimiento el mayordomo del Marqués de Aldegraba, para manifestarme que su señor deseaba utilizar mis servicios, y que me esperaba en su palacio lo más pronto posible. El

llamamiento parecióme extraño, y aún más extraña la palabra usada para determinar su objeto. ¡Utilizar mis servicios! ¿mis servicios de qué? ¿De tribuno de la plebe, de petrolero, de sastre? ¡Pardiez! bien mirado, la cosa era chusca; pero muy propia, por otra parte, para excitar la curiosidad, y con la más dulce inquietud dirigíme presuroso á la monumental vivienda de los Aldegrabas. Apenas me anuncié, un hombre, embutido en una casaca, por la que cualquier prestamista melindroso, hubiera dado de empeño, más de la suma equivalente al valor de la paga de un año, de todo un señor catedrático de Universidad; es decir, un hombre con fachada de Ministro de la Corona, me condujo á las habitaciones de su amo.

Yo saludé al ilustre Marqués con visible cordedad, y su ilustrísima me contestó con un gesto muy expresivo.

—Sentaos—murmuró inmediatamente.

Obedecí, y me senté.

El Marqués permaneció de pie con las manos en los bolsillos y la espalda vuelta á la chimenea de mármol del gabinete.

Después de algunos instantes de silencio, exclamó:

—Señor artista, tengo para mí que no hay nada tan engañoso como la notoriedad. Filósofos, ¡vedlo ahí! deben encontrarse á granel tras de una esquina, y en esas famosas Academias, en esos Ateneos, donde tantos nombres se po-

pularizan y donde tanto se habla y se escudriña, apenas si se encuentra uno sólo para un remedio. ¡Abogados!... los hay que le cuentan los pelos al diablo extendiendo papeletas de conminación, al servicio de cualquier recaudador subalterno de contribuciones, y en cambio, no saben lo que se pescan muchos de los que figuran con la primer cuota en los principales colegios de España. ¡Oh! y no hablemos de los peluqueros, sombrereros, zapateros, y sastres de S. M.; ahí sí que está la verdadera morralla; yo, por mi parte, sé decir, que desde que he dejado de utilizar los servicios de esos fulleros, no tengo callos en los pies, ni chichones en la cabeza, ni costurones en la cara. Así es, ya lo comprenderéis, que he llegado á tomarle á la notoriedad verdadero horror. ¿Necesito un médico? Pues lo buscó por las buhardillas, por los sobabancos, á tientas, al azar; en habiendo dos personas que me hablen de él, que lo conozcan, que hayan oído su nombre, lo despido. ¿Zapateros?... No me calzan más que los de portal. ¿Barberos?... Sólo los gasto de esos que tienen por escudos en sus puertas vacías de porcelana de Alcorcón. ¿Sastres?... Esperad, yo os diré; cuando estuve en París la última vez, hace cuatro años, me equipé de ropa para buenos días; y, francamente, no he necesitado, desde ese tiempo, á los señores de vuestra profesión. Pero hoy se me ha ocurrido reponer mi vestuario, empezando por unos pantalones nuevos, y siguiendo mi sistema de prescindir, en absoluto, de la fama, había

resuelto hacer una excursión á los arrabales, á lo más escondido de la ciudad hasta descubrir un artista hambriento, olvidado, en fin, casi fósil; pero, ved qué coincidencia; hace algunos meses que al atravesar por un callejón sucio, estrecho, medroso, cuyo título después no he conseguido recordar, ví sobre el frontispicio de un portalete de las dimensiones de una ratonera, un rótulo con estas palabras: «*Postas, sastrre.*» «¡Gran Dios!—exclamé permaneciendo absorto delante del tenducho;— este día no es para mí enteramente perdido; ya tengo aquí quien me vista.» Desde entonces acá, como no ha habido ocasión de ocuparos, no había para qué conservaros en memoria, y os había olvidado, pero hoy, en el momento de lanzarme á la calle, en busca del sastrre ignoto, se me vino á los labios vuestro nombre, y en vez de continuar, retrocedí, dando á mi mayordomo el encargo de que os buscase sin dilación por todo Granada y os trajese. Estáis ya aquí, conocéis el objeto de la llamada, conque si gustáis... ¡Ah! os advierto que yo tampoco me rijo por la moda; los pantalones anchos, ¿entendéis? muy anchos.

Yo ni siquiera pronuncié una palabra; tiré del metro, tomé cuatro medidas y partí. Había penetrado en la estancia señorial movido de una curiosidad vivísima y la abandoné lleno de turbación. Francamente... ¿el Sr. de Aldegraba era un loco? «*Debe serlo*»—me dije en el primer instante, y por tal lo hubiera tomado cual-

quiera,—pero su fisonomía apacible, su mirada tranquila, su lenguaje reposado, denunciaban á un hombre cuerdo, y hasta en lo que podía tomarse por síntoma de desorden mental, hasta en el fondo mismo de su extraña perorata; ¡había tal colorido de verdad!

En fin, no era cosa de formular un juicio atropelladamente, por la impresión de un primer encuentro, cuando tenía próxima la ocasión de una segunda visita que me permitiría recoger mayores datos. Al día siguiente, yo mismo llevé al palacio de los Aldegrabas los pantalones de su ilustrísima confeccionados por el procedimiento de las tarjetas, con sin igual premura.

Este día, como el anterior, fuí recibido apenas anunciado; pero esta, á diferencia de la otra vez, encontré á su ilustrísima reservado y grave; cuando le presenté la prenda se llevó rápidamente la mano al bolsillo del chaleco y sacó una onza de oro que me alargó, diciendo sencillamente: «Tomad.» Yo permanecí con mis manos quietas, y por medio de una reverencia exagerada, á la usanza de las de los monigotes de Guñol, le dí á entender que aquello era demasiado. El Marqués repitió con aplomo: «Tomad,» y añadió en seguida: «El mérito vocinglero estafa de continuo al mérito anónimo, y natural es que los que conocemos esa injusticia de la suerte, nos pongamos con nuestra generosidad de parte de los estafados.» Cogí entonces con atolondramiento la moneda, y re-

puse: «Gracias, muchas gracias. Ahora, si es que ya no necesitáis nada de mí, podré retirarme con vuestra venia.» «Id con Dios, señor artista,»—murmuró agradablemente el Sr. Marqués. No pronuncié palabra más y fuíme; pero apenas anduve algunos pasos su ilustrísima exclamó:—«¡Eh, buen hombre, buen hombre!» Volví la cabeza, ví que se adelantaba hacia mí, me detuve y contesté: «Estoy á vuestra disposición.» «¡Ah! es poca cosa—dijo, cosa de poco momento. Quiero tan sólo manifestaros, en la hipótesis de que podáis necesitarme algún día, que llegado ese caso, no os perdonaría dejaseis de acudir á mi bondad... Por supuesto, que mi mano... dispensadme la franqueza... mi mano sólo puedo alargarla á la desgracia inmerecida... ¿Comprendéis?... De todos modos, tenedme en memoria; venid á verme alguna vez... La compañía de los desgraciados me agrada. Además, como he vivido siempre en las alturas, conozco á fondo la sociedad de los ricos, y quisiera conocer del mismo modo la sociedad de los pobres. Soy un hombre observador, no lo dudéis, muy observador... Y ahora... Bien, nada... la verdad es que ya nada tengo que manifestaros... conque señor artista... lo dicho: mi mano, que no tiene energía para empujar al abismo á nadie, tiene vigor sobrado para levantar del suelo á cuantos infelices caen defendiéndose de las persecuciones de la suerte.»

Yo expresé mi gratitud como pude, y abandoné á su ilustrísima, borracho, materialmente

borracho de alegría. Sus últimas frases valían por toda una magnífica revelación; aquellas frases pronunciadas á intervalos, sin fijeza y con esa inseguridad de acento del que se propone decir una cosa y de pronto dice otra distinta asustado por la trascendencia del pensamiento que ya iba á descender á sus labios, diéronme á entender que lo de los pantalones fué un pretexto para, aun á trueque de pasar por loco, ó parecer extravagante, trabar conmigo conocimiento, decidido á proponerme en su día algo que no puede solicitarse de sopetón y á persona que le es á uno enteramente desconocida.

Y bien, dadas nuestras respectivas posiciones, ¿qué puede el Marqués necesitar de mí, como no sean mis servicios de temerón, sobre todo, atendiendo á la reserva con que se anda para formular francamente su deseo?

A no dudar, de eso es de lo que se trata. Está visto; el Sr. Marqués de Aldegraba tiene un hueco en su servidumbre y quiere llenarlo conmigo; pero el tal cargo debe pertenecer á la índole de los que *no pueden solicitarse ni otorgarse por los procedimientos usuales*.

Para afirmar, no obstante, mi convencimiento sobre razones de mayor autoridad, he acudido á lo que, en este caso, puede considerarse como elementos sanos de certidumbre, á la exploración de las interioridades de la familia de su ilustrísima, y por los datos que llevo recogidos, puedo asegurarte que el buen Aldegraba necesita un valiente, y que lo busca en mí.

¡Ah! después de todo, ¿qué hay en esto que pueda parecer enteramente original? ¿Es cosa del otro jueves que un noble, cuyos pergaminos, de puro viejos, casi hay necesidad de conservarlos en alcohol; que una ilustre personalidad, que constituye por sí sola una institución, tenga á su lado un hombre de armas tomar? ¿No tiene la monarquía, la república, todo jefe de Estado, su Ministro de la Guerra? Y no hablemos ya de la aristocracia civil; la misma aristocracia purpurada, la aristocracia del Vaticano tiene sus inteligencias con lo más perdido de la sociedad romana, y hasta se citan nombres de cardenales que han mantenido amistad secreta, pero íntima, con tal cual carnicero, en la previsión de que algún día pudiera subir demasiado la marea revolucionaria.

En fin, Perote, yo me creo ya en candidatura para jefe del cuarto militar del ilustre Aldegraba. Veremos si acierto ó si me engaño; el desenlace está próximo, y cuando vuelva á escribirte lo sabré todo y te lo diré todo.

El compañero provisional,

POSTAS.





III

DESEO honrar á un tiempo mismo, amigo Postas, tu seriedad y tu ingenio, tomando por un brillante ensayo de humorismo la fábula del estrambótico Marqués de Aldegraba y cuanto se relaciona con la exposición de motivos á que, por confesión propia, cediste en tu resolución de abrazar la bandera colectivista. Porque, ¿cómo juzgarte, á ser cierto cuanto afirmas y refieres? Tú has pretendido embromarme, y eso es todo. Al menos, así deseo creerlo; pero, en fin, por si me equivoco, y en el supuesto de que hayas en la carta, cuyo recibo te acuso, traducido literalmente tu pensamiento, bueno es que antes de proseguir te diga, en descargo de mi conciencia, que eres un miserable, que me avergüenzo de haberte conocido, y que me siento con energía para cortarme las manos, castigándolas, por la ignominia de haber estrechado las tuyas.

Y sean las razones que alegas para condenar el colectivismo broma ó realidad, alarde de polemista ú obra de convencimiento, voy, por de pronto, á refutarlas, ya que me encuentro con la pluma en la mano.

Empezando — exclamas, encarándote conmigo — por que pretendéis serviros para triunfar de los principios, sobre cuya ruina cifráis el perfeccionamiento social, puede rápidamente venir la inteligencia más tarda en conocimiento de vuestra insensatez.

¡Hombre! Nosotros no aceptamos, como aseguras, ningún género de legalidades, ni tenemos Gobiernos, ni autoridades constituídas ó por constituir, ni demás menudencias y ordinarietas de los sistemas políticos; nosotros no hacemos más que contarnos, y no hay que desfigurar con las ridículas pompas de una cuestión constitucional el modesto significado de una cuestión sencillamente aritmética; pero aun en el supuesto de que necesitemos apelar á las formas parlamentarias para entendernos, y á la organización de una entidad suprema (llámese Estado) que recoja de cada entidad parcial un contingente de fuerza para hacer más inmediatamente ejecutivo el pensamiento de la asociación, no por eso merecerán, reproche la moral del medio que elegimos y risa la estabilidad de la obra que fundaremos, porque no hay razón que obligue á respetarle al enemigo sus armas cuando no se le respeta la vida, ni lógica que exija hacer de los instrumentos que sirvieron

para destruir una especie de primera materia que entre, como pie forzado, en la combinación de los elementos de la sociedad reformada. ¡Esto sí que es correcto, señor seminarista!...

Y dices más adelante, no recuerdo las palabras, pero, en fin, vienes á decir en sustancia: «doy de barato que cuando cada mochuelo se vaya á su olivo y cada cual viva en su ley, y se las *campanee* como pueda—pues no otra cosa significa para vosotros la emancipación,—los montes se vuelvan llanos, y las piedras tajadas, y llueva miel sobre hojuelas; doy también de barato que la tierra, con una potencia creadora, hasta el presente no conocida, y una docilidad candorosa, sólo comparable á la del corderillo, se anticipe á la iniciación misma de la necesidad material, con el medio adecuado y propio para satisfacerla. En suma, admito que la victoria os ponga en posesión del bien último y eterno; pero, vamos á ver, ¿os parece un grano de anís triunfar de los poderes constituídos? ¿Qué importa que el paraíso esté en la orilla opuesta, si no podéis ganarla, si no podéis vadear el río?...»

Y sigues, amigo Postas, dando en la herradura; nunca en el clavo. ¡Aniquilar lo existente! ¡Bah! Pues ahí es nada, exclamas. Pues, sí señor, que es poco menos que nada. Para destruir lo que sobra es medios, agentes, fuerzas directoras y auxiliares. Más pronto se promueve un obstáculo que se domina, y más pronto se rompe una tela que se te teje, y más pronto

se amasa un odio que se fomenta un afecto. Un árbol tarda en criarse quince, treinta, cuarenta años, y se corta en cinco minutos. Una máquina la hace un sabio y la descompone un niño, es decir, se hace á fuerza de ingenio, de ilustración, de tiempo, y se descompone por un acto inconsciente y material. ¡Qué generación tan larga la de un prestigio legítimo! Y, sin embargo, el prestigio más robusto se mata de un chiste. La honra, que tanto cuesta ganarla, viene á sufrir la suerte de un pedazo de mala cretona; ¡ahl puede desteñirse con las cuatro gotas de hiel de una miserable invectiva. ¿Qué es el tren sino una ciudad portátil, una masa humana arrastrada por una pobre columna de humo? Pues toda esa masa, toda esa ciudad puede á las veces derrumbarse con una simple piedrecilla colocada en cierto sitio y con cierta oportunidad.

No hablemos, no, amigo mío, de dificultades para la victoria, mientras haya verdadera resolución de triunfar. Hoy mismo he concluído de trazar, en una Memoria muy bien pensada, varios planes encaminados á destruir la actual sociedad española, cumpliendo, con la redacción de ese documento, el encargo hace días recibido por la subcomisión del Consejo regional del 13 departamento engastado en la liga latina, ó sea en el primero de los grupos que entran en la confluencia universal de la federación suprema. Cualquiera de mis planes, y los hay para todos los gustos, es de éxito seguro y de eje-

cución fácil. Ya ves: el más complicado consiste en soltar los presos y los locos, apagar el gas, volar los cuarteles y cortar las aguas potables; esto, como comprenderás, en toda España, y en un mismo día. ¿Eh? ¡Mira que será golpe! ¡Una nación entera en poder de locos y de criminales, á oscuras, á secas y sin soldados!... Por supuesto, que la ejecución... ¡Ah! nada más sencillo. La asociación tiene representantes y afiliados por doquier, lo mismo en las capitales de primer orden, que en las últimas aldeas, y puede hacer sentir á una misma hora en toda la Península el rugido de su cólera. Soltar los presos.... Esto será tarea, en las cabezas de partido, para un par de sectarios que le den un testarazo al alcaide, y en las poblaciones guarnecidas, para un puñado de intrépidos que desarme al piquete de guardia. Apagar el gas... Para crear la luz fué necesario que un Dios hablase y dijera: *Fiat lux*, pero el apagarla es cuidado de los hombres; basta, para conseguirlo, con que nosotros ceguemos unas cuantas cañerías y exclamemos: *hágase la sombra*... Volar los cuarteles... ¡Pchs! cuestión de dinamita. Sitar la nación por sed... Facilísimo: en muchos sitios por medio de simples cortaduras se conseguirá interrumpir el curso apropiado de las aguas potables, y en otros con apelar al barreno para destruir las obras de fábrica, negocio terminado.

—¡Oh!—exclamarás.—Si el plan es tan sencillo, ¿cómo se explica el aplazamiento indefi-

nido? ¿Por qué se retarda la ejecución? ¿Por qué en estos instantes mismos no está ardiendo Troya?

Me explicaré, ciudadano Postas. Mira: para nosotros España es un miserable punto del planeta, y acabar con lo que aquí existe es, en resumidas cuentas, no hacer nada. Ganar el terreno palmo á palmo; combatir en detalle; llevar la guadaña por barrios, no entra, lo comprenderás, en nuestra conveniencia. Necesitamos dar la batalla en un solo día, cuando menos, cuando menos, á toda Europa, y la necesidad de mover tantos peones á la vez, de unificar la acción en una línea extensa de operaciones y de combinar muchos planes heterogéneos, pues el que sirve entre nosotros puede resultar contraproducente en otro país; la necesidad, sobre todo, repito, de combinar muchos planes heterogéneos para fundirlos en uno general y definitivo, requiere cierto estudio, cierto análisis, cierta parsimonia.

En fin, que el momento no está lejano y que la victoria es segura, sólo tienen ya derecho á dudarle por exceso de optimismo los bribones, y por exceso de candor los tontos. Pues hombre, ¿no es para abrirle los ojos á cualquiera lo que está pasando en Alemania? Mientras la filantropía inglesa se consagra pomposamente á la tarea de civilizar y evangelizar en el Asia pueblos bárbaros é incultos, por el provecho que esa obra de misericordia reporta á los almacenistas de Manckaster; mientras los repu-

blicanos franceses, continuadores de aquellos ilustres revolucionarios que legislaron para la humanidad, andan de aventuras en África y cifran el colmo de su gloria en la reivindicación de la Alsacia y la Lorena, quemando todavía á manos llenas mirra é incienso sobre el altar maldito de la patria; mientras la democracia italiana se alista en los ejércitos confederados del Norte para combatir, si llega la oportunidad, del lado de sus enemigos de siempre, movidos por la esperanza de reconstruir el territorio nacional con los pedacillos de tierra que aún se hallan en poder de ilegítimos poseedores; cuando nuestros liberales, estos amigos del pueblo, estos hijos de la revolución, sordos al quejido del obrero catalán, del bracero andaluz, del colono extremeño, del morador de la buhardilla y de la choza, de la miseria nacional, se dan de moquetes en las Cortes, disputando sobre si el código de la restauración estará mejor conservado en espíritu de vino ó en espíritu de sangre, pues de la sangre brotó la Constitución del 69; mientras los Gobiernos y los partidos de los pueblos más libres, más cultos, más humanizados, se entregan á esas miserias ó se ejercitan en empresas ruines, Bismarck, el gran autócrata, el gran pillo, el gran diplomático; Bismarck, ese tragaldabas, que se engulle pueblos como si fueran peladillas; ese escéptico, que lo mismo se ríe de Lutero que del Papa; esa naturaleza impasible, que no entiende de lirismos, ni se emociona con las cosas poéti-

cas, se preocupa constantemente de los pobres, piensa á todas horas en ellos, es decir, piensa y se preocupa de las clases desheredadas, de los problemas sociales. ¿Y por qué? ¡Ah! Porque está convencido de que el porvenir nos pertenece, de que la revancha es inevitable, y, partiendo de tal convencimiento, el hombre ha echado sus cuentas y se ha dicho: «Demos humildemente á esa familia algo de lo mucho que pide, y que á la postre se ha de tomar, á ver si la aparente espontaneidad de la concesión la postra en adormecedora sensiblería y nos hace gracia del resto.»

No, no puede ser otro el móvil de la conducta del gran canciller. Así, se le ve insistir en el estudio de la cuestión social con un ahinco propio ciertamente de su temperamento, pero muy significativo tratándose de quien tiene que distribuir por fuerza su atención en muchas y muy complejas y muy graves cuestiones. La repulsa del Parlamento á su plan de seguros obligatorios por el Estado, antes de enfriarle, le armó de nuevos ímpetus para reproducir dos veces sucesivas, en 1881 y 1882, aunque con igual mala fortuna, la parte inicial de lo que podría llamarse su sistema de reforma socialista, y hoy mismo, en medio de las dificultades que le crea el estado inseguro de la paz europea y las complicaciones diarias, motivadas por la estructura especial del organismo del imperio, ha tenido tiempo de sobra para redactar un proyecto de ley, obligando á los patronos á pagar á los

obreros alemanes constituidos en asociación forzosa una renta vitalicia, siempre que se inutilicen para el trabajo por enfermedad ú otro género cualquiera de accidentes involuntarios.

¡Oh! á aquellos de nosotros que se sientan con la fe amortiguada por lo largo de la peregrinación y las baladronadas de los poderes constituidos, yo les digo: «No desfalleced la víspera; hemos ya atravesado el desierto; casi nos encontramos en tierra de promisión. La victoria es segura y os entrego como garantía del acierto de mi predicción el testimonio de Bismarck. Señores, no reirse: el testimonio de Bismarck. Sí, el hombre más fullero y más sabio de Europa nos alarga la mano, y nos la alarga porque nos teme. ¡Ah! nos teme y su perspicacia no puede engañarle... Pobres de todas las jerarquías... ¡Erguid el cuello! Mañana la sociedad será nuestra.

Y tú, flamante Postas, inolvidable amigo mío, ¿no te sientes contagiado de estos entusiasmos? ¿no columbras la nueva aurora? ¿no te dice nada la conducta del canciller alemán, de ese hombre, medio Dios y medio perro; medio Dios por lo alto que ha puesto su poder, y medio perro por lo mucho que olfatea?

Sí, sí. Tú participas de mi esperanza y de mi convicción; tú beberás como yo, hasta emborracharte, el día de la sublime hecatombe, sangre de burgués; tú eres de los buenos, de los valerosos, de los leales; no estás arrepentido, ni siquiera desalentado, pero quiero que me

lo digas tú, tú mismo, con todas, con toditas sus letras. Ya sé yo que tus objeciones no tienen otro fin que hacerme rabiar un rato, y que la historia de tu ingreso en los partidos colectivistas con todas las demás zarandajas de que la acompañas, es pura broma; pero, hombre, ¿qué quieres? hasta en broma me carga oírte decir ciertas cosas. Por lo tanto, yo espero que para mi tranquilidad encabeces tu carta próxima con una solemne profesión de fe. De lo contrario, caerá sobre tu rostro mi desprecio, y sobre tu cuello la sublime justicia vengadora de la asociación en forma de serrucho, de hacha, de lima ó de navaja de afeitar.





IV



ARA tres meses va que recibí tu carta, y aún me retoza la risa en los labios. ¡Qué cosas tan deliciosas escribió tu pluma! Mira que poner á Bismarck por testigo, como quien dice, de la seguridad del triunfo de la anarquía, tiene mucha sal, no ática, pero, en fin, cómica. ¡Y los proyectos de la memoria escrita por orden de la subcomisión del consejo regional del 13 departamento de la liga latina! ¡Ah! si vieras qué emoción me han producido; por supuesto, emoción de hilaridad, no de terror, pues aunque á ti mismo, cuando los medites, te harán temblar, puedo asegurarte que son sencillamente candorosos, y que más parecen redactados en colaboración con un escritor de églogas y un cortesano de los ricos, que por un adversario de la sociedad, liquidador, petrolero y colectivista.

Basta examinarlos someramente para per-

suadirse de que con tus proyectos ó no se logra nada ó se realiza lo contrario, precisamente lo contrario de lo que apeteces. Y si no, vamos á cuentas. Soltar los locos enjaulados: he ahí el primer hilo del plan devastador. Soltar... Perfectamente, pero oye esto: hace años el Marqués de San Gregorio publicó una estadística de los asilados en las casas de salud, y la cifra se elevaba á 12.000. *El Padre Cobos* reprodujo esos datos y dijo con cierta sorna: «El aristocrático Galeno debe haberse equivocado, y por publicar la lista de los locos ha publicado seguramente la lista de los cuerdos.» ¿Cuál de ambos tenía razón? ¡Pardiez! La tenían los dos, porque el Sr. San Gregorio habíase referido á los matriculados, á los reclusos, en fin, á los locos de real orden, y el Sr. *Padre Cobos* se refería lo mismo á los locos oficiales que á los extraoficiales, y el hombre hablaba en razón también, pues por mucho que se estire, no podrá elevarse á más de doce mil la lista de los cuerdos, componiéndose el resto, hasta llegar á los 16.000.000 de habitantes que pueblan la Península, de españoles idos. Ahora bien, ¿qué se conseguiría con mezclar entre los muchos que andan por esas calles de Dios á las cuatro docenas de locos que están en clausura? Nada. Pues velo ahí, Perote: tu primer proyecto hay que desecharlo por inocente... Discurramos sobre el segundo. Soltar los presos. ¡Pchs! Casi, casi tenemos la misma. Vamos, figúrate que mañana abandonan su guarida esos señores por

obra y gracia de las huestes intrépidas del colectivismo. ¿Y qué? ¿Crees tú que se lanzarán sobre las autoridades, sobre los mayores contribuyentes, sobre las tropas del Gobierno? ¡Ni pensarlo! Antes por el contrario, comprendiendo que las masas hambrientas, indoctas é indisciplinadas en lucha con los poderes legítimos serán siempre vencidas, lucharán del lado de éstos para conquistarse el indulto, ó pondrán pies en polvorosa haciendo modestamente el juego de los desaparecidos, y vosotros los libertadores tendréis que llenar en las cárceles, por vuestra intrepidez abiertas, el vacío de los libertados. ¿Lo ves? Tu segundo proyecto no resiste el análisis; hay que desecharlo; corresponde, como el anterior, al género inocente. Examinemos el tercero: Volar los cuarteles. ¡Pobres cuarteles! Eso sí que es gastar la pólvora en salvas, porque ten la seguridad de que el hundimiento de tales edificios no ha de matar á nadie, como no sea á algún imaginaria. Los oficiales son casi tantos como los soldados, y cada oficial necesita un número para asistente, otro para cocinero, otro para niño, etc., etc.; esto sin contar con los que puede necesitar su señora, la señora oficiala, que también goza de fuero militar, y como mujer de guerra puede caer en la tentación de tener cerca de sí uno ó más bisoños con quienes ejercitarse, es decir, á quienes enseñarles *el ejercicio*. De suerte, que volar los cuarteles con el propósito de acabar con los soldados, es, no ya inocente á secas, es

inocentísimo. Otro proyecto: Apagar el gas. Apagar ¿eh? ¡Qué más quisieran los gobernantes, los privilegiados, los monopolizadores! ¿Crees tú que esos caballeros hacen sus enjuagues, sus embudos, sus picardías en la plaza pública? No, los hacen á la sombra, en el misterio, á cencerros tapados; lo que quieren, lo que necesitan es poquita luz; conque apágalos también el gas y les habrás dado por medio del gusto, queriendo darles en medio de la cabeza... Imposibilitar el abastecimiento de agua á las poblaciones. ¡Ay, Perotel! Esto ya no puede analizarse; esto es un proyecto suicida; ¿no comprendes que los únicos sitiados por sed van á ser los pobres, los braceros, vosotros mismos? ¿Quiénes aquí sino las clases desheredadas prueban el agua? ¡Sitiar por sed á los burgueses mientras haya manzanilla, mientras haya Jerez, mientras haya Burdeos! Te digo que esto es haberse vuelto tontos de remate, hombre, de remate. ¿Y aún pretendes que te oiga, que te siga, que crea en las mil y una ilusiones de la asociación y ofrezca lealmente, incondicionalmente, mi brazo para ejecutar las mil y una barbaridades que se le antoje trazar á cualquier compañero, como tú, en un plan de campaña aprobado por la subcomisión del gobierno de la junta del consejo de la región del departamento de la liga, etc., etc., etc. y etc.? No, hijo, déjame en paz con mi convencimiento y con mi sino. Ni siquiera tengo ya ánimos para seguir esta correspondencia, que doy por termi-



nada con la presente carta, escrita sólo por satisfacer una deuda, y no en modo alguno para acrecentar el interés de una polémica que abandono por insuficiencia de medios con que persuadirte. Eso sí, te prometí informarte, al por menor, del desenlace de mis gestiones para desentrañar lo que había de misterioso en el fondo de los motivos, que obligaron al Sr. Aldegraba á servirse de mis tijeras, y como cumplir lo que se ofrece es justo, te enteraré de todo.

Recordarás que te decía al cerrar mi carta anterior: «Me quedo averiguando la vida y milagros de su ilustrísima, y ya tengo muchos hilos atados.» Pues bien, con los informes hasta entonces adquiridos, y con algunos otros que después recogí, puede hacerse de su ilustrísima la siguiente semblanza:

«El Marqués de Aldegraba es un hombre soberbio con todas las soberbias propias de su linaje y de su raza, y apocado con todos los apocamientos propios de su género de vida solitaria, de su temperamento y de sus años, que se aproximan ya á los setenta. Vive en comunicación rigurosa con el espíritu de su tiempo, y defendido por la independencia de su posición, excepcionalmente ventajosa, mantiene dentro de sí mismo el culto de todos los ideales derrumbados, y rehusa codearse hasta con los Reyes de prosapia constitucional, porque desde que no son ungidos, los Reyes le parecen ni más ni menos que unos miserables buscavidas.

» Tiene muchísimos millones, pero estima en

más sus pergaminos, hasta el extremo de que obligado á renunciar á los unos ó á los otros, optaría por la renuncia de los primeros; no le asusta tanto la perspectiva de una casa vacía, sobre cuya portada hay escudos que denuncian grandezas tradicionales, como la vulgaridad de nacimiento, aunque la fortuna, por una de sus compensaciones tardías, derrame el oro á borbotones sobre las arcas del que fué recogido en una espuerta, que es la más humilde de las cunas que se conocen.

»No se trata más que con el Sr. Arzobispo, ni se escribe más que con algún que otro ilustre personaje de la corte de algún que otro Príncipe destronado por la revolución. Va á misa todos los días de precepto y se pasea todos los días de agradable temperatura.

»No recibe á nadie de noche en su palacio. Prefiere, si le coge de humor y la velada se le hace larga, jugar un tute con humilde funcionario de su servidumbre, á quien puede despedir con un gesto avinagrado ó un puntapié cuando se cansa, y en cambio se sentiría vejado y escarnecido jugando un tresillo (linaje de esparcimiento que le agrada sobre manera) con otros tres aristócratas, Duques, Marqueses ó Condes, porque tendría que sufrirles la impertinencia de que le tratasen como igual, estando por cima de ellos, pues los pergaminos, á la manera de los jamones, más valen cuanto más añejos, y los de su ilustrísima datan casi casi del tiempo de los godos.»

Hasta aquí las noticias biográficas del Marqués de Aldegraba, las cuales no eran bastante, como comprenderás, amigo Perote, para alentar mis esperanzas en el sentido que ya conoces; pero, ahondando, ahondando, di con la parte íntima, con la parte interesante, con el dato que todo lo aclaraba; helo aquí:

El Marqués casó en primeras nupcias, ya muy entrado en los cincuenta años, y tuvo de su primera y única esposa un solo vástago, una niña, Pilarito, que hoy cuenta diez y nueve años. Pilarito se enamoró, hace dos cursos, de un estudiante de medicina, y el famoso Aldegraba ¡figúrate! Como es natural, su ilustrísima no tiene otro empeño, ni se dedica á otra tarea que á la de hacer desistir á su hija del vilipendioso noviazgo, y lleva ya agotados todos los medios persuasivos y coercitivos, sin haber, hasta el presente, conseguido su propósito. Empezó por disquisiciones sublime-filosófico-heráldicas para persuadirla de lo impuro, de lo inusitado, de lo ilógico, de lo antiestético de su pasión, y rendido de predicar ha apelado á los hechos, inútilmente también.

De la noche á la mañana, sin previo aviso, con atropellamiento militar, ha cogido su hija y se la ha llevado á la estación del ferrocarril para embarcarse con rumbo á Italia, á Rusia, al país de las monas, á cualquier parte lejana é ignorada; pero al desembarcar en Madrid, en Cádiz ó en Valencia se ha encontrado de manos á boca con la personilla de su yerno y ha

aprovechado la salida del primer tren para volverse á Granada, convencido de la ineficacia de su proyecto, dada la resolución del joven... de seguirle hasta el fin del mundo. Para evitar toda comunicación entre los dos amantes, se ha constituido en carcelero de su hija, señalándole sus mismas habitaciones por cárcel, pero confidentes invisibles han traído y llevado cartas, protestas, suspiros y lágrimas, y apretados por el martirio los lazos que con la violencia se intentaron romper, ha sido necesario reintegrar en su libertad á la cautiva... El amante, orgulloso con sus triunfos, y envalentonado con la firmeza de Pilarito, ha llegado á reírse del anciano Marqués en sus mismas barbas, y refieren que no hace mucho, al salir su ilustrísima del jubileo de la parroquia de San Agustín, el estudiantillo se le acercó en la pila del agua bendita y, aprovechando la soledad del templo y lo ventajoso de las circunstancias, le dijo estas palabras en el oído: «Vuestra hija ó vuestra vida... ¡Os he de matar!» El Marqués está, por consiguiente, que no le llega la camisa al cuerpo. Cree ver en todas partes la sombra del emplazador; pero no cede, no capitula ni se ablanda. ¡Morir! ¡Ah! Él no quiere morir. ¡Entregar su hija á un medicucho, al descendiente, quizá, de cien generaciones de barberos!... ¡Ah! Él no quiere cruzar las razas. Y bien, ¿qué partido tomar? El infortunado Aldegraba no lo sabe, y blasfema, y llora, y tiembla.

No anhelé saber otra cosa, Perote; el dato

era delicioso, y cuando lo comprobé, cuando adquirí la certeza de su autenticidad, me fuí al Marqués como una flecha y le dije: «Señor, vengo á informaros de un negocio que os interesa grandemente; pero antes necesito hacer un poco de historia. Yo soy colectivista.»

Aldegraba escuchó esta afirmación con un movimiento de extrañeza propio del que se cree obligado á mostrarse sorprendido al oír algo que se le revela como un secreto, siéndole de antemano conocida.

—Pertenezco—continué—á una de esas asociaciones que pretenden mejorar la suerte del proletariado, y como los medios elegidos para conseguirlo no son los mejores, la generalidad de las gentes cree ver en cada colectivista un miserable, un malvado, un hombre dispuesto á ejecutar por lujo, capricho ó dádiva cualquier acción indigna y criminal. No de otra suerte se explica lo que hace pocos instantes me ha ocurrido, y aquí entra, señor, lo que os interesa saber. Usaré de la mayor concisión para no molestaros demasiado, lo cual no ha de costarme grande esfuerzo, pues el caso no se presta á divagaciones de narradores prolijos.

Es el caso que un joven de porte distinguido, con apariencias de persona decente y bien educada, ha estado esta mañana en mi casa, y sin conocerme, sin encomendarse á Dios ni al diablo, me ha ofrecido ¡una suma estupenda! cuatro mil reales ¡por poca cosa! porque mate al padre de su novia... Siento mucho pronunciar

la última palabra. Es tan doloroso comunicar nuevas desapacibles... Pero... nobleza obliga... ya lo comprenderéis... nobleza obliga. Y en fin, señor, sabedlo de una vez: la persona cuyo asesinato ese joven me ha propuesto, sois vos, vos mismo, el Marqués de Aldegraba, el padre de una niña encantadora, de Pilarito.

El Marqués se contrajo horriblemente al oír semejante revelación. Apretó los puños, rechinó los dientes, alzó con ira la mirada al techo y quiso expresar su emoción, pero yo le atajé la palabra en los mismos labios, y continué:

—Excuso manifestaros cuál habrá sido mi respuesta. El miserable joven tuvo que darse mucha pisa á descender las escaleras, para no correr el riesgo de salir por el balcón. Ahora espero, señor, que haréis justicia á mi franqueza; espero no pensaréis que os he revelado cuanto acabáis de oír por el solo gusto de daros una mala noticia, ó con el propósito de que me agradezcáis una conducta que nada tiene de heroica. Al rechazar las proposiciones del odioso amante de vuestra hija no he hecho más que cumplir un deber vulgar, cuyo cumplimiento, después de todo, habríais siempre ignorado si sobre un asunto de la índole del presente fuera posible la reserva. Pero de sobra lo comprenderéis; el instrumento que en mí no ha encontrado ese miserable criminal, puede encontrarlo en otro hombre de su vil ralea, y para no aceptar con mi silencio ningún género de complicidad, debí daros y os doy la voz de aviso.

El Marqués, hasta este momento contenido, estalló en interjecciones tremendas, y quiso correr á las habitaciones de Pilarito para buscar mayor desagüe á su ira, comunicando á la hija ingrata los proyectos de su amante; pero yo le detuve diciéndole:

—Señor, vuestra existencia... lo primero es vuestra existencia. ¿No adivináis? La candorosa niña dirá que todo es falso. ¿Cómo ha de creer que haya un hombre capaz de atentar contra el padre de su amada? No hay pruebas; las cosas han pasado entre el mozalvete y yo, nada más que entre ambos, y resultará que yo quedaré por impostor, mientras que él, viéndose descubierto, meditará un nuevo plan, cuyo hilo sea imposible coger. Importa á vuestra seguridad, lo repito, callar y vivir prevenido.

El Marqués, ante la fuerza de este argumento, se detuvo y tomó actitudes diversas. Prorrumpió en gritos desaforados, maldiciendo la sociedad moderna que produce frutos como el estudiantillo; después cambió súbitamente la inflexión de voz, bajó el tono y pronunció palabras desdeñosas, queriendo demostrar un espíritu superior para resistir todos los peligros; luego subió otra vez el diapasón, y otra vez lo volvió á bajar, hasta que concluyó por decirme:

—Cualquiera que sea el aprecio que yo haga de las intenciones del alumno Pérez, y ya veis que más bien me producen risa que enojo, nunca olvidaré vuestra acción. Merece alabanza, pero mucha, mucha. Es verdad que sólo habéis

cumplido un deber de caballero y de cristiano; pero en esta sociedad rebajada y descreída, en esta sociedad en la que jóvenes, niños todavía, educados por profesores distinguidos, con el corazón apenas agriado por los primeros reveses de la vida, no hallan medio de cortar obstáculos sino cortando cabezas; en una sociedad así constituida, y de tal modo conturbada, ¿os parece poco el comportarse honradamente? ¡Oh! aunque os abochorne mi gratitud, en la actual ocasión yo no puedo, sin propia mengua, dejar de mostrarme agradecido... Y bien; ¿cómo van vuestros negocios? ¿aumenta vuestra clientela? ¿habéis mejorado de fortuna? ¿prosperáis? Ya; ya me hago cargo. El mérito que no es populachero, nadie lo busca. Seguiréis como estábais; pobre, muy pobre. Por supuesto, en tanto que no os hagáis visible, que no os establezcáis en una calle céntrica, que... Y á propósito: ¡si supierais con cuán poco sacrificio os podíais proporcionar un excelente medio de exhibición! ¿Os habéis fijado en la casa grande que hay al lado de este palacio? Esa casa es de mi propiedad, y á sus portales, hoy desalquilados, que son magníficos, podíais trasladar vuestro establecimiento. Vaya, trasladadlo, sí, hombre. Yo os cedo esos portales graciosamente... ¡Pardiez! ¡habéis puesto una caral! Tranquilizaos: ya sé yo que no recibís limosnas. Al decir: «graciosamente,» me ha faltado añadir: «mientras el establecimiento empieza á prosperar;» de suerte que sólo se trata de un anticipo,

y eso ya varía. Bien es cierto que nada haréis con aceptar el local, si no aceptáis los fondos necesarios para proveer á los gastos de instalación... Volvéis á sentirnos mortificado... ¡Caramba, que es mucha susceptibilidad! ¡Comprended que una pobreza vanidosal... Ya me pagaréis; ¡si yo tengo seguridad de que me pagaréis! ¿Pues qué, vais á ser la excepción de la regla? No ha acampado en esos portales un solo industrial ni comerciante que no se haya hecho rico. Después de todo, una persona que, como yo, cuenta por millones las pesetas, obligado está, siquiera por razones de equidad, á proteger las artes, las letras, las industrias, los pobres de todas categorías.

Yo me postré de hinojos ante su ilustrísima, y, fingiendo un alto desinterés, hice esfuerzos por rehusar sus favores, con la protesta, por supuesto, de que tendría siempre en memoria el noble sentimiento que los inspiraba. Pero, al fin, sucumbí diciendo: «Hágase, señor, vuestra voluntad.» Eso sí, en cuanto á dinero contante, sólo acepté uno de los dos mil duros que me ofreció para la instalación.

Sólo cuatro días tardé en instalarme en el nuevo suntuoso local, y el ilustre Marqués, que desde su famoso encuentro con el alumno Pérez en la iglesia de San Agustín, no había salido de sus habitaciones, y estaba completamente amedrentado, empezó á reanimarse con mi vecindad, cosa no extraña, pues procuré por todos los medios posibles convencerle de mi resolu-

ción de morir en su defensa. Muchas noches, á una hora en que pudiera ser notado por algún individuo de su servidumbre, practicaba ejercicios de sereno, dando vueltas al rededor del palacio, y averigüé que, noticioso de mis servicios de vigilancia, el ilustre anciano llegó á decir á su mayordomo: «Con el valor y la lealtad de ese pobre artista, de Postas, me juzgo garantido, como si tuviera á las puertas mismas de mi alcoba un destacamento de la Guardia civil.»

Pero era necesario, por convenir así mejor al éxito de mi plan, reverdecer á menudo los temores de su ilustrísima, y en medio de los recursos desplegados para fortalecerle con las seguridades de mi apoyo, no perdía ocasión de hacerle entrever los peligros del encono creciente del famoso estudiante.

Una noche, afectando cierta emoción, me hice conducir á sus habitaciones, y le dije:

—Sr. Marqués, está diluviando; he cerrado tarde el establecimiento, vivo en el otro extremo de la ciudad, y, aunque juzgo extraña la exigencia, vengo á rogaros, no obstante, me permitáis dormir en vuestro palacio, entre vuestros servidores, ó entre vuestros perros, sobre una escalera, de cualquier modo.

El Marqués sacó su reló, miró la hora y exclamó con asombro:

—¡Pues si son las nueve!... ¡Ah! decididamente habéis notado algo, ¿eh?... Teméis... sedme franco, ¿qué teméis?

Era indudable: mi plan había producido el efecto anhelado.

—Temer...—repuse.—¿Qué queréis, señor, que tema? Nada. Os lo aseguro: vivid tranquilo. ¡Ya se ve! Me inspiráis tanta confianza, que hasta me he creído con derecho á cometer la tontería... sí, porque ha sido una tontería venir á rogaros...

—Demasiado conozco—me interrumpió Aldegraba—el alcance de vuestro acto. Seguramente habéis tenido noticia de que esta noche proyecta alguna hazaña contra mí el estudiante, y ¡sois tan leal!...

—Os repito que todo ha sido una indiscreción de mi parte.

—Eso os honra más... Hacéis bien y procuráis que el agraciado lo ignore. Pero, en fin, estoy tranquilo. La muerte, con ser la muerte, me importa poco. He vivido bastante. Por supuesto, vuestra solicitud no es para discutida ni para olvidada, y yo no podré nunca olvidar la ni sabré nunca agradecerla suficientemente. Sabed, en suma, que vuestros cuidados, por la intención generosa que los dicta, me merecen estimación muy alta; pero por su fin, en cuanto se dirigen á tutelar de ruines asedios una existencia ya agotada, la existencia mía, apenas si me merecen estimación alguna... ¿Queréis dormir aquí esta noche por capricho, por gusto, por ahorraros una molestia? Pues en esta casa hay siempre hospitalidad para un gran corazón: podéis quedaros. ¿Pretendéis pasar una mala

noche lejos de vuestra familia con el solo objeto de vigilar á mis enemigos? Pues debéis marcharos; la vida no me deleita ya. Me pesa... Realmente, y este es otro asunto, os he perjudicado en cierto modo, constriñéndoos á trasladar á mis portales vuestros bazares, porque francamente, ¡os coge tan retirada vuestra casa! En verdad, para que el favor resulte completo, es necesario que os vengáis á vivir con vuestra familia á una de las dependencias del piso bajo de mi palacio. Esto no es gravoso á mis intereses, y sin embargo...

—Señor, tanta bondad...

—Está dicho. Callad y obedeced.

—Señor, os repito...

—Basta, basta. La mejor manera de agradecer mis atenciones es aceptarlas inmediatamente. Conque desde mañana... Ya lo sabéis, desde mañana mismo empezareis á practicar las operaciones necesarias para la mudanza.

No hubo medio de rehusar. Por supuesto, que si lo hubiese habido, lo hubiera esquivado. ¡Como que no buscaba yo otra cosa!

El Marqués, por su parte, si bien desfigurando la realidad de su intención, perseguía el mismo resultado. Uno y otro queríamos vivir juntos: él, bajo la apariencia de proteger á un pobre artista, con el objeto real de procurarse el apoyo de una especie de perro de presa; yo, fingiendo defenderlo, pero con el propósito de estrujar una buena breva... Pues bien; desde el instante de mi instalación en el palacio, el Mar-

qués pudo exclamar: «Dormiré tranquilo,» y yo pude decir: «Seré rico sin afanarme.» La intimidad, que en otro tiempo y de otro modo no hubiera podido establecerse entre el excelso aristócrata y el oscuro artista, establecióse entonces. Yo, en pago de la hospitalidad que me había sido concedida, subía todas las mañanas á recibir órdenes de su ilustrísima, y su ilustrísima sabía aprovecharse de estos rendimientos de la etiqueta palaciega para entretener su miedo, retenéndome á su lado. El caso es que su ilustrísima se acostumbró á departir conmigo, y en su conversación, por fas ó por nefas, salía siempre á relucir la personilla del estudiante. Un día, tanta era la confianza que conseguí inspirarle, el Marqués me habló así, *ex abundantia cordis*:—Ese malaventurado colegialete no me deja sosegar. He llegado á temerle, y á temerle, os lo diré ya sin rebozo, porque le juzgo capaz de matarme.

Bien mirado, la muerte á mis años es cosa que, por lo prevista, no merece producir impresión muy honda, é inquietárame su perspectiva, de seguro, poco, quizás nada, si en ella sólo viese el natural término de una larga carrera que debe concluir, y que por lo que á la mía toca, hora va siendo ya de que concluya; pero con mi desaparición personal coincidiría, hoy al menos, el entronizamiento de una raza espúrea en mi ilustre raza, y si la cercanía del mal necesario, que mal necesario es el morir, no debe contristar al ánimo valeroso, en cambio, que-

brantarlo debe la sola contingencia del mal cuya realización no imponen fatalmente leyes ineludibles; y ya lo comprenderéis; pueden perfectamente marchar los orbes sin necesidad de que un tal Pérez se introduzca de rondón entre los gloriosos Aldegrabas.

Mi muerte sería en la actualidad solemnizada con la boda de mi hija; es decir, con el triunfo del asedio puesto á la grandeza de mi nombre por un pillete vulgar, y lo que es hoy... no, no, lo que es hoy no debo arriesgar la vida. Hoy menos que nunca, porque Pilarito va á entrar en los diez y nueve años; dentro de poco vendrá el juez á arrebatármela en nombre de la ley, y es preciso que agote en uno tan breve plazo, todo linaje de recursos para impedir la consumación de tamaña ignominia... «Agotar todos los medios» he dicho; ¡ilusión! Pues qué, ¿acaso queda alguno por ensayar? Yo pude, es cierto, deshacerme de mi enemigo persiguiéndole ante los tribunales por el delito de amenazas graves, tomando pie de las que me dirigió á la salida de la iglesia de San Agustín; pero la justicia anda en estas Españas como Dios quiere, y, además, eso de irritar la fiera... ¡Yo conseguiría!... me siento con bríos, con resolución para matarlo; pero por la espalda no puedo matar á nadie, y cara á cara no puedo habérmelas con un estudiantillo. Yo tengo medios para intentar contra él ventajosamente lo mismo que él contra mí intentó sin éxito; yo á peso de oro pagaría su muer... ¡Ah! ¡Qué iba á decir! ¡Cómo! Yo

metido á asesino; yo, el descendiente de cien generaciones de caballeros sin tacha; yo, el venerable anciano; yo, Aldegraba, el gran Aldegraba, el excelso Aldegraba...

Su ilustrísima continuó pronunciando frases incoherentes con la cabeza sumergida entre las manos, hasta que yo le interrumpí, diciéndole con la mayor naturalidad:

—Señor, puesto que lo que os preocupa únicamente es el modo de deshaceros del estudiantillo, recobrad la calma. Eso queda á mi cuidado.

—¡Qué decís! ¿Pensáis que yo puedo autorizaros?...

—¿Y para qué necesito vuestra autorización? ¿No soy dueño de mi libertad?

—Os digo que no; mil veces que no... Vos podríais dispararle; pero, en realidad, quien lo mataría...

—¿Y quién, señor mío, habla aquí de matar? Yo os he prometido libraros del estudiante, pero sin apelar al crimen; y, aunque os parezca extraño, lo conseguiré. Al menos lo voy á intentar. La empresa podrá ser difícil, podrá ser arriesgada... ¿Y qué? ¡Os debo tanto!... En fin, señor, hasta otro día.

El Marqués se quedó admirado y frío. Yo me fuí pensativo y calenturiento.

Aquella misma tarde me dirigí á la casa del amante de Pilarito, el cual me recibió al simple anuncio de que un caballero necesitaba hablarle.

—Supongo que no me conoceréis—exclamé cuando lo ví, suprimiendo preámbulos retóricos y saludos de buena crianza.

—Suponéis bien—respondió un poco airado.

—Es decir, personalmente; porque de nombre... Así que os diga el mío... Yo me llamo...

—¿Sois?...

—El compañero Postas.

—¿Y qué quiere de mí el compañero Postas?

—Poco y mucho. Según el cristal...

—Empezáis á serme empalagoso, y creed que siento decíroslo, pero yo soy muy franco.

—No tanto seguramente como yo.

—En fin, al asunto.

—En el asunto entro... Vos estáis enamorado...

—¡Hola! ¡Con qué derecho!...

—Profundamente enamorado.

—Ese interrogatorio...

—De una joven llamada Pilarito.

—Os pregunto que con qué derecho os atrevéis á interrogarme.

—Hija del Sr. Marqués de Aldegraba...

—Esto ya no se puede tolerar... Caballero...

—¡Pardiez! Acabaré pronto. Es todo lo que podéis pedirme... Yo he venido aquí á obligaros á que renunciéis para siempre al amor de esa joven, y á daros un plazo de horas para que abandonéis la ciudad.

El estudiante clavó sus ojos en mí como para cerciorarse de si hablaba en serio ó en broma, y



yo, descifrando oportunamente el secreto de su mirada, prorrumpí con firmeza:

—No seáis tonto... Estoy decidido.

El joven se abalanzó entonces sobre su mesa escritorio y sacó rápidamente de uno de los cajones una pistola; pero al volverse para darme el frente, se encontró con que yo tenía otra igual en la mano apuntándole al corazón.

—Ya lo veis—le dije;—os he ganado la vez. Vuestra vida lo es ya mía; depende del más leve movimiento del dedo que oprime esta hoja de metal... Ahora, para que os convenzáis de que nada adelantaríais con matarme, escondo el arma y os hago dueño de la situación. Ya es vuestra la ventaja; el verdugo ha cedido generosamente su papel á la víctima. ¡Tiradmél... ¡Tiradme, hombre, tiradme!...

El acto de mostrar la pistola y de guardármela en el bolsillo, produjo al zagalate tremendo estupor, y no por generosidad, ni por lástima, sino por desfallecimiento moral ocultó su arma también y cayó desplomado sobre una silla, que halló próxima.

Como es natural, á esta escena dramática siguió una pausa sombría, que interrumpí exclamando:

—Vamos á cuentas, camarada. Creed que no soy un loco de atar, ni un asesino pagado. He venido aquí por delegación y por un encargo de ineludible cumplimiento. La resolución de que renunciéis á Pilarito y abandonéis la ciudad en veinticuatro horas, es un acuerdo dicta-

do por toda una sociedad que tiene fuerza de sobra para hacer cumplir sus designios. Sed juicioso y no penséis en rebeldías imposibles. Me explicaré. Yo pertenezco al colectivismo universal militante, en calidad de individuo de la región andaluza. Desde los primeros días de la historia hasta la fecha, todas las asociaciones tenebrosas y sanguinarias, apesar de nutrir sus filas con masas salidas de la hez social, han tenido sus protectores entre las mismas clases y los mismos elementos contra cuya existencia dirigían rectamente su ideal. No hubo en lo antiguo logia á la que no prestase lustre y poderío la adhesión de algún príncipe de la banca, de la Iglesia y aun de la sangre. De entre las hordas revolucionarias, donde se fragua el rayo que mata á Luis XVI, destácase la figura egregia de Felipe Igualdad. Hoy mismo, entre los nihilistas figuran altos dignatarios de la corte imperial y algún individuo de la familia reinante. Justo era que la inmensa asociación anárquico-colectivista tuviera también padrinos de fuste, y con efecto, los tiene. El protector de los afiliados en la región andaluza es el buen Marqués de Aldegraba. Aldegraba nos protege con su influencia, con su sombra, con su dinero; y á cambio de protección tan valiosa, sólo ha tenido con nosotros hace pocos días una exigencia: la de que le quitemos de en medio, cueste lo que cueste, al alumno Pérez. El consejo del cantón ha tomado por su cuenta el negocio de su gran padrino, y... lo demás lo sa-

béis. El acuerdo es definitivo y solemne. Yo he venido á comunicároslo, como ha podido venir cualquier otro. Os lo repito: no seáis mentecato y tomad las de Villadiego. Es inútil resistirse y soñar con un amor imposible. En este mismo momento se ciernen sobre vuestra cabeza los puñales de más de veinte mil asociados. Mañana, si no ponéis tierra de por medio, no lo contaréis vivo. Ahora... reflexionad y resolved.

El pobre muchacho, que empezó á oír mis revelaciones con asombro, tembló como un azogado, cuando le hice entender los motivos de la ingerencia de los colectivistas andaluces en el asunto de su noviazgo, y concluyó por sentir el frío del acero de los veinte mil puñales que, según testimonio mío, se cernían sobre su cabeza. Tal fué su impresión, que no pudo articular una sola frase para responderme. Tartamudeó palabras sueltas invocando á Dios y repitiendo el nombre de su madre, á quien juzgaba en completa desolación, pues él tenía por muerto. En fin, con voz temblona y casi por signos, me anunció su resolución de marcharse de Granada en aquella misma hora. Yo le dije que siempre tendría algunas cosas que arreglar y que podría darle de término hasta la salida del tren mixto; pero en un periquete arregló su baulejo, saldó cuentas con la pupileira y se dirigió á la estación para coger el tren correo, rogándome, por todos los santos del cielo, que le acompañara, para que pudiese manifestarle á todos los colectivistas de la tie-

rra que había cumplido el mandato del consejo de la región andaluza, y bien merecía, por lo tanto, que lo dejasen en paz concluir su carrera y servir de amparo á una pobre madre anciana y cinco hermanos menores, que sólo podían esperar de él la subsistencia.

—Debo advertiros—le dije—que nada haríais con renunciar por siempre á la mano de Pilarito, si, cediendo al deseo de explicar, lealmente el motivo de vuestra retirada, publicarais lo que sólo como un secreto he podido revelaros. Detened la lengua y no refiráis nunca lo acontecido. Pensad que os va en ello la vida.

Comprenderéis, además, que yo he tomado sobre mí esta comisión, no por antojo, ni por gusto, sino en cumplimiento de órdenes superiores, y espero perdonéis al mensajero de la triste nueva, aunque maldigáis la fatalidad que os la envía. ¡Ah, si estuviera en mi mano levantar á vuestra alma el mandamiento de destierro, devolviéndola al seno de su amor!... Pero, en fin, puesto que estáis decidido á aprovechar la salida del tren correo, no perdamos instante. Yo os acompañaré; sí, yo os acompañaré hasta dejaros en el coche, y podéis marchar tranquilo. En cuanto al traslado de vuestra matrícula, mañana mismo cumpliré el encargo...

Acompañé, en efecto, al mísero amator hasta dejarlo en su correspondiente vagón de tercera, y me volví después de verlo partir, meditando hasta qué punto es fácil engañar á un pobre chicuelo de veinte años, y hasta qué pun-

to resulta verosímil toda fábula, en cuyas páginas flota, como argumento, una ruindad cualquiera.

Cuando al siguiente día de este suceso subí, según costumbre, á las habitaciones del Marqués para ofrecerle mis respetos y recibir órdenes, su ilustrísima me preguntó con viva curiosidad por el éxito de la campaña inaugurada contra el estudiante.

—Todo está terminado—le respondí—y terminado del modo más feliz. El muchacho abandonó anoche mismo la ciudad, y ni volverá nunca á pisar las calles de Granada, ni nunca volverá á deprimiros renovando sus pretensiones cerca de Pilarito: pretensiones de las que ha desistido terminantemente.

Su ilustrísima estuvo á punto de expresar su gozo llorando como un niño, y me abrumó á preguntas, en su deseo de asegurarse de la exactitud de mi noticia, y de conocer los medios de que me había valido para obrar semejante milagro.

—Permitidme, señor—le respondí,—el placer de esperar á que seáis vos mismo el que me comuniquéis las seguridades del éxito de mi intriga. Sí, la cara de vuestra hija, que no sabe mentir y que pronto sentirá el vacío del amor eclipsado, os hablará con más elocuencia que yo. Esperad á que Pilarito hable.

Efectivamente, cuatro ó cinco días después, el Marqués me mandó subir, y me estrechó largo rato entre sus brazos con sin igual ternura.

—He adquirido ya—me dijo—y la he adquirido por el conducto mismo que esperabais, la certeza del bien que, sólo á vuestra hábil y generosa iniciativa, le era dado proporcionarme. Aurelia, la doncella de confianza de Pilarito, que es la única persona de su servidumbre con quien mi hija ha estado siempre en íntima comunicación, me anunció antes de ayer que su señorita no dejaba de gimotear desde el lunes, porque desde ese día ni veía, ni recibía noticias del estudiantillo; y hoy, en este momento mismo, acaba de manifestarme que por la mañana Pilarito ha recibido de su amante una carta fechada en Madrid en la que le dice que «por motivos graves que nunca podrán ser revelados, pero que en nada atañen á su fidelidad ni á su honra, tiene que renunciar y varonilmente renuncia á la suprema dicha de poseerla.» Decididamente, Sr. Postas, vuestros informes eran verídicos. Sois un héroe; lo declaro muy alto, todo un héroe. ¡Ah! y si supierais de qué peso me habéis libertado... Pero aun os queda que hacer mucho más en mi favor. Pedid, pedid gratitud... Cuanta pidáis y cuanta os otorgue será poca. Pero... decidme, esto es muy interesante; decidme, amigo, ¿cómo habéis espantado al pobre trovador? ¡Qué intrigal... ¡Qué tramoyal... Os repito que esto es muy interesante. Conque vamos, dad rienda suelta á la lengua y satisfaced mi curiosidad.

Yo le referí entonces lo acontecido sin omitir punto ni detalle, y el respetable Marqués

oyó mi relato muerto de risa como chiquillo que asiste por primera vez á las comedias.

Cuando concluí, me tendió de nuevo los brazos y exclamó:

—Pues señor, no sólo sois valiente, no sólo sois para mí un verdadero suizo, un perro leal, sino que sois el hombre de más ingenio que he conocido. Nada, nada; no cultivéis más el arte; colgad las tijeras. Yo os necesito á mi lado, siempre á mi lado. Podéis servirme de guardián y de bufón. Tengo costumbre de jubilar con una buena paga á los empleados de mi servidumbre que cumplen los sesenta años; mi secretario particular los cumplió hace algunos días, y hoy mismo le doy el retiro y el reemplazo. Lo reemplazaréis vos. Vuestro sueldo, 40.000 rs. anuales; tendréis, además, cuarto en mi propia casa y plato en mi propia mesa. ¡Ah! Y como recompensa á los servicios prestados, os haré escritura de un fincucho que heredé de uno de mis colaterales, y cuya herencia maldita la gana que me dió de reír, por proceder de pariente que atentó al prestigio de la familia, casándose con una Baronesa de reciente promoción.»

Ya tienes, amigo Perote, á Periquito hecho fraile, es decir, ya tienes al ex-compañero Postas convertido en propietario, pues el fincucho á que se refería Aldegraba, es una magnífica mata de olivas que no vale un ochavo menos de 25.000 duros. Con mi nueva posición he cambiado de criterio sobre muchas cosas y he

modificado radicalmente mis gustos: desconfío del que no lleva camisa limpia y levita á la moda; no busco en el pueblo ninguna virtud, seguro de que todas se encuentran entre las clases superiores; los grandes, aunque sean tiranos ó delincuentes, me gustan, y los pequeños, aunque sean héroes ó mártires, me cargan; no puedo transigir con la gente desarropada y maltrecha, y juzgo que así como todo ciudadano necesitaba ir en la antigüedad provisto de su correspondiente cédula de comunión para que *no le arrimasen á la aldabilla y le mosqueasen las espaldas*, que diría Rinconete, así debe ir provisto en la actualidad del correspondiente talón de contribución para que los hombres de bien no lo miren de reojo. En fin, tales humos he echado y tal es mi porte, que el mismísimo Marqués dice con frecuencia que yo debo ser algún Aldegraba trasconejado. Por supuesto, que el bueno de su ilustrísima no sabe qué reliquia colgarme, y en qué sitio ponerme, y de qué modo constreñirme á seguir en su guarda. Está cada día más necesitado de mis servicios. Ahora piensa que el estudiantillo, empujado por la fuerza del dolor y el apetito de la venganza, puede venir á pedirle cuenta con la pistola montada, y temiendo encontrarlo detrás de una puerta, de un armario, ó de la cabecera de su cama quizá, no me deja á sol ni á sombra; tengo que dormir en una habitación contigua á su alcoba y que acompañarle á todas partes. Eso sí, el chorreo de las pro-

pinas no se acaba jamás, y constantemente me dice: «no me abandones, que no te olvidaré en mi testamento.»

Pero, ¡diablo! ocurre que desde que soy propietario he perdido en aliento lo que he crecido en soberbia. El desamparo de la pobreza, como el baño frío, es una especie de tónico para el corazón, y el abrigo de la moneda, como el baño caliente, enerva. Vamos, te lo diré con todas sus letras: yo no estoy ya para guardar espaldas, sino más bien para que me las guarden. ¡Oh! si tú fueras un hombre regular, discreto, comedido, te dejarías tus zapatos, colgarías las hormas y te vendrías aquí. Yo te ingeriría en la casa del Marqués, podría proporcionarte la administración de alguno de los muchos caudales que su ilustrísima tiene en la provincia, y empezaría bajo buenos auspicios la carrera de rico, que es, á no dudar, la más ilustre y estimable de las carreras. Por supuesto, no imagines que esto es proponerte... ¡cuidado con ello! Yo, mal que bien, aun dada la flojedad de ánimo que siento, puedo tapar mi portillo todavía. No quiere decir tampoco que en caso de necesidad rehusara tu defensa, ¡tu defensa! ¡ahí es nada! la defensa de un león, porque eso sí, como valiente, no tienes rival.

En fin, ríndete á la razón, y vente. Abandona con decisión el culto de la gran quimera. Si los boletines del colectivismo te llaman traidor, también me lo han llamado á mí, y no por eso he adelgazado. Todo lo contrario; mientras la

canalla cosmopolita me arrojaba de su seno como miembro podrido, recibíame con alborozo entre sus filas, en calidad de personaje necesario, el excelso partido liberal-conservador. Ya sabes esto que antes no sabías. Sí, Perote: soy un canovista atezado, y los electores de Gargante, en cuyo pueblo tiene su ilustrísima muchas haciendas, van á traerme á la Diputación provincial, de donde saldré probablemente para el Parlamento, y ya allí, ¡oh! cuando suba al Parlamento procuraré que se voten leyes de excepción contra toda la pobretería, único medio eficaz de proteger la integridad de la patria, el prestigio de las instituciones, la religión de nuestros padres y los intereses permanentes de la sociedad.

Vente, Perote; te digo que te vengas. Lo último puede ser, si no hay puesto para ti en la servidumbre ó dependencias varias de palacio, lo último puede ser que yo te proteja de mi propio bolsillo, con lo cual tienes bastante, pues mi bolsillo se va estirando, y más se llena cuanto más se estira. Además, pienso que los funerales de su ilustrísima no serán para mí sangrientos, sino opíparos, pues cada día me quiere con mayor solicitud, y sabe que cortarme en su testamento un pedazo de su patrimonio, es como quitarle un sorbo al río, sobre que Pilarito, su única heredera, para nada necesita la herencia del Marqués. ¡Oh! Pilarito, que á los seis días de la fuga del estudiantillo dejó de llorar, y á los ocho ya estaba consolada, y á

los doce tomaba varas de un teniente de Estado Mayor, y á los quince oía con pudoroso agrado las exhortaciones del Marqués que le aconsejaba aceptase las proposiciones de casamiento del Conde de Torraltos, ilustre, linajudo, millonario, como los Aldegrabas, y hombre de mucho seso, gran madurez de juicio y relativamente joven, pues no tenía cumplidos los sesenta otoños, se encuentra decidida á casarse con el doncel de las preferencias de su papá...

Ya ves, Perote, si es para mí el presente hermoso, y aun más hermoso el porvenir.

Conque vente y compartiré contigo tanta felicidad.

Te espera... con las espaldas necesitadas de guardianes, iba á decir, ¡seré imbécil!... Te espera, ¡ahl te espera con los brazos abiertos,

El ex-compañero POSTAS.





V

SR. D. Z. M.

*segundo jefe de la Guardia Negra del Ministro de ****



DJUNTAS le remito unas cartas, cuya publicidad es de interés para el Gobierno y para la sociedad internacionalista de obreros, en cuyas filas tengo la honra de contarme; para aquél porque debe importarle achicar á sus adversarios descubriendo sus miserias, y para ésta porque debe igualmente importarle conocer á los que la traicionan y la manchan.

El objeto principal que me propongo al remitirle á V. los tales documentos no es otro, por lo tanto, que el de servir la causa de mi partido; pero como yo no soy hombre para hacer favores de bóbilis al que manda, y como que, de soslayo al menos, servido quedaría el

Gobierno con este acto mío de rara lealtad á la bandera jurada, sólo le autorizo para que presente las cartas al Ministro, previo ajuste del precio de la merced, y el cual precio partiremos entrambos. No trato con esto de salvar unos cuantos ochavos, sino mi fama de hombre listo, que resultaría muy mal parada haciéndole, aunque por accidente, el caldo gordo, á quien por recta dirección de mis gustos y natural exigencia de mi posición, obligado estoy á darle que sentir y no qué comer. Hasta tal punto es exacto que en este negocio no me guía ningún interés mezquino, que la mitad que me corresponda de la suma en que el Ministro estime el valor de la adquisición de los papelillos adjuntos, pienso dedicarla en sufragios por las almas de los granadinos, mis paisanos, que reverdeciendo los laureles de los grandes comunistas de la historia, sucumbieron en los comedios del siglo al noble grito de «*¡el pan á ocho!*»

Yo mismo habría ido á Madrid á entenderme con el Sr. Ministro de la Gobernación; pero me coge mal de salud y estoy seguro que V. gestionará el asunto con tanta habilidad como yo, y con mejor fortuna, por la cuenta que le tiene, y, aun sin eso, por el solo gusto de servirme, que en empresas mayores me sirvió V. cuando ejercía sus funciones de inspector de policía en esta capital. La cosa es muy sencilla. V. se va al Ministro, y le dice: «Me han ofrecido entregarme unos papeles que hablan de esto,

de aquello y de lo de más allá; pero el poseedor exige por la prenda tanto dinero,» en fin, el que V. juzgue que merece el secreto. Si el Ministro acepta el precio ó propone una rebaja equitativa, suelta V. las cartas; y si no, me las devuelve, lo cuál sentiré mucho, porque ansío de todas veras entregar á los cuatro vientos las infamias de los Sres. Postas y Perote. ¡Cuidado con el par de pajarracos! Perote también, pues aunque el papelillo no lo reza, me consta que el obrero catalán aceptó el ofrecimiento del antiguo obrero andaluz. Y se vino á Granada, donde vive hecho un caballero á la sombra de su amigo. En cuanto á Postas, ya no hay quien lo resista; parece un príncipe de la sangre, y le echa un bufido á una estrella. Dios se lo demande al Marqués que le dejó un soberbio legado para que se diese tono. Por supuesto que ha estado á punto de quedarse en medio del arroyo; como que el Conde de Torraltos pretendió invalidar el testamento de Aldegraba, fundándose en que su señor padre político, antes de irse del mundo físicamente, estaba ya extra-oficialmente *ido*. ¡Pero qué quiere V.! El Conde tiene los millones de sobra y desistió del litigio al primer pedimento, por no medir sus armas con las del sastrecillo.

¡Ya, ya! No se concibe apenas cómo la fortuna se pronuncia tan resueltamente en favor de los galopines. En cambio, los hombres decentes, sostenidos, leales, estamos que no nos llega la sal al agua. No me pesa, sin embargo; an-

tes morir que ceder en materias de honra y de fe política. Yo soy manso de condición y bondadoso por temperamento; pero en tocando á mis convicciones, á mis ideas, ni el coraje de la fiera iguala á mi coraje, ni hay en el mundo malignidad que sobrepuje á la de mi intención... Usted lo sabe, y tanto lo sabe, que si no me hubiera tapado estaría en Ceuta; V. sabe que movido de mi furor doctrinal, que en mi calidad de comunista impenitente y de adversario tenacísimo de todo privilegio, llegué en un tiempo, por hacer la guerra al Estado monopolizador, hasta el sacrificio de fabricar moneda falsa; ¡yo! digo, ¡yo, que aunque pobre he mirado siempre el dinero por encima del hombro! ¡Qué más! hoy mismo, con la publicación de esas cartas arriesgo el pan de mi familia... ¿Por ventura cree V. que exagero? No, de ningún modo; ponga V. oído á estas revelaciones y se convencerá: El bellacón de Postas, para prostituirme, que no para protegerme, me tiene colocado al frente de su secretaría particular; soy dueño, por lo tanto, de todos sus papeles, y así he podido fácilmente sustraerle los que le remito adjuntos, ó sean las cartas autógrafas de Perote y los borradores de las suyas. Claro está, si mañana esos documentos aparecen publicados, el astuto Postas, comprendiendo que la tal publicación presupone un abuso de confianza, cuyo autor racionalmente debe, en primer término, buscarse en mí, tomará el partido de arrojarme de su casa y ¡figúrese V.! Sin embargo, estoy

resuelto á aventurarlo todo, todo, que tanta es la abnegación en que rebose, tanto mi tesón de sectario, tanto mi afán de servir la causa de la hermosa asociación anárquico-colectivista. Pero esto, en la hipótesis de que el Gobierno no pretenda sacar fruto de mis virtudes cívicas, de mis rectos proceder, de mi amor á las ideas, dejando sin remuneración servicios que, aunque para él no son prestados, en su obsequio ceden. ¡Voto al diablo! Eso sí, como el Ministro no lo pague bien, el acero volverá á su vaina, ó lo que es lo mismo, las cartas tornarán á mi faltriquera. ¡Tontol! ¡Pasar yo por tontol! Jamás, jamás, jamás, como gritó el ilustre General Prim en ocasión igualmente solemne.

No pierda V. esto de vista, por lo tanto, y obre en consecuencia. Su antiguo compinche,

El compañero ZARPA.



CORRESPONDENCIA HISTÓRICA

**ENTRE UN ABAD DEL TIEMPO VIEJO Y UN
POETA DE LA EDAD MODERNA**



CARTA PRIMERA

S EÑOR poeta: Soy un alma en pena que desde hace algunos siglos vago por los cementerios, esperando que los sufragios de los fieles y la intercesión de Santa Brígida contribuyan á redimir mi culpa, pues ya sabréis que Santa Brígida es la protectora de las ánimas. *Ego sum—dijo la santa—mater omnium qui sunt in Purgatorio: quia omnes pœne que debuntur purgandis, propter preces meas mitigantur.*

Aunque privado de representación corpórea, y sin presencia real en las agitaciones de la vida, mi alma conserva su integridad psicológica; siento, pienso, quiero, y asisto, en calidad de espectador pasivo, á los desenvolvimientos de vuestra sociedad.

El guardián del panteón, donde tengo mi cautiverio, es aficionado á la lectura, se pasa

el día leyendo periódicos en alta voz, y de ese modo tomo acta del actual movimiento filosófico, literario, político, etc., etc. Así también he podido enterarme de vuestra oda á la civilización moderna, en la que renegáis de cuantas instituciones, leyes, costumbres, inventos, sistemas, no pertenecen á vuestro siglo, y especialmente de cuantos se refieren á la Edad Media. Semejante proceso de una edad que acaso constituye lo mejor de la historia, bien merecía réplica victoriosa y contundente. Nadie ha tomado sobre sí ese trabajo glorioso, y á falta de abogados más hábiles, lo emprendo yo, sirviéndome del sepulturero, quien se encuentra convertido en amanuense de un muerto, sin darse cuenta de tamaño fenómeno. Ese mismo sombrío personaje será el conductor de mis cartas, y el encargado de recoger las vuestras.. Entremos en materia...

La gran manía de los hombres de vuestro tiempo consiste en creer que nada han recibido del pasado, que lo único bueno que anda por el mundo, les pertenece.

¿Es esto tolerable? ¿Se puede oír esto con calma? Lo rigurosamente cierto, señor poeta, es que no habéis sabido conservar lo que os dejamos, y que aun aquello, resultado de nuestro saber y de nuestro genio, que se conserva por su propia virtualidad, usáislo en nuestra contra: la imprenta para denostarnos; la pólvora para destruir la fortaleza, el arco, el puente, todo monumento de sabor clásico.

Lejos, no obstante, lejos de mí, negaros cierta inventiva, y cierto concurso activo en la obra del mejoramiento humano, ¡pero van escoltados de tales miserias vuestros progresos!

Habéis... Sí, desmenucemos la historia. Habéis disminuído las distancias entre los pueblos, por medio del vapor; pero las habéis aumentado entre los hombres, rasgando el Evangelio, única base de la fraternidad. Habéis inventado la cárcel-modelo, pero habéis también inventado el timo. No construís ya fábricas suntuosas como las de la basílica de Toledo, de Sevilla, de Burgos, de León; pero construís á millares fábricas de moneda falsa. No tenéis siervos, pero en fuerza de conducir hasta la última exageración el principio de libertad, habéis roto todos los vínculos, y no ha quedado siquiera en pie el que mantiene al hijo en la obediencia del padre; á la mujer en la del marido; al soldado en la de las jerarquías; al ciudadano en la de las leyes; la patria potestad, la autoridad marital, la disciplina, el Estado, son instituciones muertas.

Lo que antes ataba un juramento, nada puede atarlo ya; la fe privada, la palabra de honor resultan ineficaces, y siendo de rigor entre vosotros dar, hasta en los más insignificantes actos de la vida, presencia al notario, habéis hecho de este obrero el gran atleta, el gran sacerdote, el hombre necesario de nuestro tiempo.

Vos y los vuestros escribís versos muy ga-

llardos, pero no sentís como Herrera, como Rioja, como Garcilaso. Entre el canto del poeta moderno y el del poeta de mis días, hay la diferencia misma que entre el canto del ruiseñor de la pajarera y el del ruiseñor de los bosques.

Habéis sustituido con lo bonito, lo grande; con lo uniforme, lo bello; con lo práctico, lo heroico; con lo cómodo, lo sublime. Vivís, para decirlo de una vez, y usando la frase de uno de vuestros contemporáneos, vivís en el seno de la barbarie iluminada por la luz del gas.

¡Ah! quién puede medir la intensidad y apreciar el grado de tortura á que me hallo sometido, vagando por estos sepulcros de yeso; por estas calles simétricas de musgo descolorido; por estas encrucijadas de cajones de pizarra, atestados de huesos humanos, con que la extravagancia del gusto y la pobreza del tiempo han reemplazado hoy la magnificencia de la estatuaría y el lujo del lapidario.

La imaginación dantesca pudo adivinar tormentos incomprensibles, pero no adivinó, de seguro, uno tan espantable como el mío. Yo que he gozado de la voluptuosa taciturnidad de los monasterios y del bullicio subyugador de los campamentos; que he asistido á los esplendores de la catedral, á las pompas del castillo y á las gallardías del torneo; que he visto el carro de la gloria tirado por nuestros leones, y el camino de todos los mares libre para el paso de nuestro bajeles; yo obligado á contemplar el espectáculo de una sociedad metalizada

y pobre, desvanecida y á la vez prosaica, vanidosa y vulgar no obstante!.. yo, obligado!... esto ya es mucho, sí, Dios mío; esto ya excede á la medida del sufrimiento posible.

Señor poeta... ¿Entendéis ahora?.. Señor poeta, os conjuro á que preparéis, con el influjo de vuestro saber y el poderío de vuestro numen, una reacción favorable á las ideas de mi tiempo, porque mientras haya quien las bendiga, quien las evoque, quien las cante, yo abrigaré la esperanza del retorno de la edad sublime, y la esperanza en estas soledades es una alegre confidenta y una muy dulce amiga.

EL ABAD DE ***





II



SEÑOR abad: Acepto la polémica á que me invitáis, pero permitidme que me sonría por la originalidad del carácter con que habéis pretendido revelaros á mis ojos. ¡Un alma en penal! ¿Pensáis de veras que exista todavía quien crea en tales invenciones? Harto se me alcanza quién sois, y en el proyecto de desfigurar vuestra fisonomía, hallo algo plausible y generoso, pues sólo anónimamente pueden sostenerse por un hombre de este siglo afirmaciones como las que estampáis en vuestra carta. Hasta cubriéndoos bajo el antifaz de un pseudónimo, y desde las columnas de *El Siglo Futuro*, os ha parecido demasiado fuerte invitarme á una polémica del género de la iniciada. Era preciso fingirse un alma en pena. Sea en buen hora; y pues para departir no se necesita de la presentación de la cédula de vecindad ni de ningún

otro documento que acredite el estado civil del contendiente, yo os tomo por lo que pretendéis ser, tal como á mi consideración aparecéis, y desde este momento no volveré á ver en vos otra persona que al pobrecito abad del *tiempo viejo...*

Señor abad: si cuando exclamabais: «la sociedad moderna es una sociedad sin mártires, sin guerreros, sin artistas, sin creyentes,» hubierais añadido: «*y sin esclavos, sin déspotas, sin inquisidores,*» habríais puesto las cosas en razón y nos habríamos entendido. Por lo demás, os dejo con el salvaje romanticismo de vuestro tiempo, y yo me quedo muy á gusto con la honrada prosa del mío, pues bien puede renunciarse á las grandes cosas, cuando ellas imponen como ineludible la aceptación de grandes miserias. Los lienzos del Ticiano, con ser del Ticiano, deberían romperse, dado que sólo sirvieran para cubrir las vergüenzas de una magstad indigna, de un poder ciego, de un tálamo inmundo.

No; no extrañéis que, obligado á sentir el rumor de las cadenas, la queja del pechero, el rugido de la asonada feudal y la pesadumbre de una monarquía férrea, de una nobleza inquieta y de una civilización bárbara, prefiera no asistir á *los esplendores de la catedral, á las pompas del castillo, á las gallardías del torneo,* y rehuse gozar de la *voluptuosa taciturnidad de los monasterios y del bullicio subyugador de los campamentos.*

Os repito que mis labios permanecerían mudos, si os hubierais limitado á comparar época con época, dando á cada una estrictamente lo suyo; pero habéis hecho un inventario general de las prosperidades de la vuestra y un espulgo minucioso de las desventuras de la mía, y elegidos ceprichosamente los términos, adulterada la verdad con omisiones sensibles, la comparación, naturalmente, debía seros en absoluto favorable. No es así, señor abad, como se escribe la historia; no es así como el juicio de la posteridad se ilustra; no es así como se analiza, se compara y se resuelve.

Pero, en fin, acepto la cuestión tal como la planteáis y... adelante.

«Habéis disminuído las distancias entre los pueblos por medio del vapor, y las habéis aumentado entre los hombres, rasgando el Evangelio, única base de la fraternidad.»

Sí, el Evangelio es el perpetuo llamamiento á la piedad, al sacrificio, á la mansedumbre; la leyenda que educa y prepara el corazón para el ejercicio del bien; el tenaz estímulo que promueve el desinterés individual y el espiritualismo de los amores. Pero nosotros lo hemos reconstruído, que no rasgado; el Evangelio lo rasgasteis vosotros con el sistema de imponer la fe por el procedimiento de la viruela: haciendo sangre.

El fanatismo católico de Felipe II y el fanatismo reformista de Isabel de Inglaterra, ¿acercaron á los hombres entre sí? ¿La carnicería de

los Hugonotes es, por ventura, una fiesta consagrada á la humanidad? ¿Las luchas religiosas, afirmaron la cruz sobre su cimiento del Calvario, ó la conmovieron?

El libre examen, la conciencia redimida, la independéncia otorgada á cada confesión, obra todo de nuestro tiempo, sí que han restablecido la verdad cristiana y generalizado los sentimientos de concordia.

Nosotros, diciéndoles á los hombres: «contradecíos, pero respetaos; mirad al cielo desde donde queráis, desde la iglesia, desde la mezquita, desde la sinagoga, desde el gabinete químico ó desde el Observatorio Astronómico; pero no destruyáis la tierra que á todos debe mantener, ni el vínculo humano que á todos debe unir,» hemos hecho prevalecer la enseñanza del Evangelio, y fructificar la semilla de la paz.»

Sí, señor abad, mi civilización y mi siglo han acortado las distancias entre los pueblos por medio del vapor, y, á la vez, las distancias entre los hombres, por medio de la fraternidad.

«Habéis inventado la cárcel modelo; pero habéis también inventado el timo.»

El timo, señor mío, es de fecha más remota; no lo incluyáis en el capítulo de cargos contra la civilización moderna; constituye un legado de vuestra edad que no le ha sido posible rehusar á la mía.

Las truhanerías del buen lazarillo de Tormes; las ingeniosidades de los célebres alum-

nos de Monipodio; el apresamiento de la plata del judío Samuel Simón, realizado por Gil Blas y sus conjuntas personas, Rafael y Lamela, ¿no pueden pasar por modelo de timos? Lo cierto es que entonces se timaba en las ventas, y hoy se tima en los hoteles; que hoy se cambian perdigones por plata (y esto ya acusa un mejoramiento en los instintos de nuestros bellacos) mientras que los timadores de antaño cambiaban *doblones* por *cardenales*. Los saludadores, los aparecidos, los nigrománticos, ¿qué eran, sino precursores de la novísima secta del Mesón del Peine? Y en cuanto á suplantaciones atrevidas, en cuanto á timos de amor, ¿puede hoy registrarse nada comparable con la intriga de la señora, que refiere Cervantes en su novela sobre *Un matrimonio engañoso*?...

«*No construis ya fábricas suntuosas como la de la basílica de Toledo, de Burgos, de Sevilla, de León; pero construis á millares fábricas de moneda falsa.*»

¿Pues y vosotros?... Sabido es que en el reinado de Carlos II la alteración de las monedas acuñadas por el Estado alentó considerablemente los fraudes particulares, hasta un punto que obligó al Duque de Medinaceli á declarar que no se recibiría la moneda de oro y plata sino por su valor real; de suerte, que las personas en cuyo poder se hallaba el numerario, viéronse arruinadas de la noche á la mañana, principalmente en Andalucía y Castilla, donde la circulación monetaria tenía la mayor actividad,

Llegó á tal extremo la ruina, que el pueblo, según la expresión proverbial usada por aquellos días, tenía que contentarse *con tomar el sol*.

¡Es decir, los mismos gobernantes alterando arbitrariamente, y por sorpresa, el valor de la moneda acuñada! Todo un Duque de Medinaceli metido á... Digámoslo francamente: monederos falsos hay desde que hay caballeros en Castilla, desde que hay mundo. La instalación formal de la fábrica será un perfeccionamiento del sistema, y aun bajo este punto de vista, bajo el aspecto del arte, vuestra época tiene algo que agradecerle á la mía.

«*Lo que antes ataba el juramento...*»

¡Pardiez! no me habléis, señor abad, de semejante hipocresía. ¡El juramento!... ¿Sirvió, acaso, para que Luis XIV, al casarse con María Teresa, primogénita de Felipe IV, cumpliese la palabra empeñada en un solemne tratado, de renunciar, para sí y sus descendientes, á todos los derechos y títulos que pudiera tener á cada uno de los estados españoles?

Pero no quiero persuadiros con mi testimonio. Dejemos hablar á Sismondi en su historia de los franceses:

«El siglo XIV cuenta entre sus héroes personajes, cuyas hazañas son celebradas por las crónicas y romances; los Boucicault, los du Guesclín, pasan por la flor de la caballería, y sin embargo, aquellos ilustres caballeros consideraban como una inocentada el guardar la fe jurada; al menos se conducían como si ésta

»hubiera sido su doctrina; se les vió invocar la
»generosidad de sus adversarios para tender-
»les un lazo y hacerles perecer.»

Pero eso ocurría en el siglo XIV, me diréis. Hola, ¿sí? Pues escuchad lo que pasaba en el siglo XV, según el historiador De Barante:

«Los Príncipes habían llegado á menospre-
»ciar el honor y la virtud, y á no avergonzarse
»del vicio y de la deslealtad; en vano procura-
»ban obligarse por medio de las más solemnes
»invocaciones; en vano juraban sobre los san-
»tos Evangelios, sobre el santo canon de la
»misa, sobre la preciosa imagen de Jesucristo.
»Sus juramentos eran palabras vacías.»

¡Pero qué más! Los Reyes no se atrevían á verse sino después de haber obtenido salvoconductos; y aun á pesar de esta precaución, la entrevista de Luis XI con Carlos el Temerario en Perusa, fué condenada por todos sus consejeros como un proyecto insensato.

Señor abad: Os he seguido en vuestras disquisiciones, y os he vencido; me he apoderado de vuestros argumentos, y á la baja presión de una dialéctica ligera, han cedido. Quedan en pie, vuestra idealidad y mi razón, vuestro espejismo y mi aserto. Distinguid, pues, al *tiempo viejo* con el dictado que queráis: llamarlo heroico, sublime, grande. Pero yo os pregunto: si se le descuenta la lealtad, la piedad, la moral, la religiosidad, ¿qué le queda? Y es preciso, en nombre de la sana crítica y del interés histórico, llegar á esos deplorables cercenamientos.

En punto á lealtad, bastante hemos dicho: no hace falta añadir nuevos datos.

En punto á moral, no conocisteis otra mejor que ésta de que hace alarde Maquiavelo en uno de sus discursos sobre Tito Livio, queriendo disculpar á Rómulo por la sentencia de muerte dictada contra su hermano: «Los varones prudentes no condenarán á un hombre superior por haber usado de un medio que sale fuera de las reglas ordinarias para el importante objeto de fundar una república ú ordenar una monarquía. Lo que se debe desear es que en el momento en que el *hecho le acuse, el resultado le excuse*; si el resultado es bueno, queda absuelto.»

Esta moral, únicamente ésta, podía pasar por alto las ruindades del Concilio de Constanza violando el salvo-conducto concedido por el Emperador á Juan Hus; la de Francisco I, protestando de su propósito de no consentir ningún arreglo, sin estipular la mejora y conservación de Florencia, la víspera del tratado, por el cual entregaba dicha ciudad á la venganza de los Médicis, y la de León X atrayendo á Roma bajo la garantía de su palabra al tirano de Perusa, Baglioni, para mandarle decapitar después y apoderarse de sus posesiones.

En punto á religiosidad, baste decir que aquellos Reyes, desentendiéndose de su alto encargo, cuidaban más de su cetro que de su fe, y lejos de proseguir, con ímpetu bravío, la obra de unificación política y cristiana de la Penínsu-



la, buscaban muchas veces, en sus querellas domésticas, la alianza de los caudillos moros.

Bermudo II, el gotoso, arrojó de León á Ramiro III, á fines del siglo X, y para hacerse reconocer por los leoneses, obtuvo de Almanzor un ejército que le aseguró en el trono, pero quedando Bermudo como un lugar-teniente de su protector y el reino como una provincia tributaria del califato.

García de Navarra invadió los Estados de su hermano Fernando I, con un ejército de musulmanes y cristianos.

Alfonso VI celebró repetidas alianzas con Mahomed de Sevilla.

Alfonso VII distrajo fuerzas necesarias á la conservación del orden dentro de sus Estados, para proteger al jefe de los almoravides contra los almohades.

Francisco I acusaba á Carlos V de hacer la causa de los infieles, provocando, en su desmedida ambición, guerras entre pueblos unidos por el común amor á la doctrina del Crucificado, y, sin embargo, firmó alianzas con los turcos. Carlos V recriminaba por idéntico motivo á Francisco I, y también él se arrastró á los pies del Sultán, pidiendo treguas.

El Papa Julio II concitó á toda la Europa contra la República de Venecia, y esto para bien de la cristiandad, cuando precisamente la República de Venecia era el principal baluarte de la cristiandad contra los turcos.

En fin, eran tan comunes estas funestísimas

inteligencias entre parte de los naturales del país y parte de los dominadores, que el historiador se extasía hablando de algunos Reyes que, como Alfonso I de Aragón, jamás pactaron, ni transigieron con los moros.

Si todas estas perfidias, si todas estas mequindades pueden hacer el elogio de una edad, señor mío, que venga Dios y lo vea. Por mi parte, saludo con entusiasmo el desplome del castillo almenado, del puente levadizo, de la ciudad murada, de la iglesia oficial, de la monarquía absoluta y de la nobleza inmune, y me solazo con el entronamiento de todas las clases en la esfera del Gobierno, de todos los cultos en el precepto constitucional, de todos los hombres en la gran confluencia del derecho común.

No, señor abad; yo no puedo seguiros, pero puedo admitir vuestro concurso. La obra de mi tiempo no está acabada. Ayudadme á mí á cantar el progreso, y yo os ayudaré á pedir lo que aún falta por reformar. He ahí un pretexto amoroso para una noble reconciliación.





III

POR qué extrañáis, señor poeta, que un ánima del purgatorio tome parte en las agitaciones de la vida real, os combata y os escriba? El profeta Eliseo, ¿no hizo ver al Rey de Israel un ejército celestial, que vino á defenderle contra las fuerzas del Rey de Siria? Y este prodigio, acaecido en la antigua ley, ¿no se encuentra renovado en la ley nueva, con la aparición milagrosa de una legión de ánimas que combatió en socorro de un Príncipe, el cual Príncipe las había, con sus sufragios, librado del purgatorio? Pues si el espíritu volatilizado, si el espíritu, después de desprendido de la carne, ha podido descender bajo el casco del guerrero á los campos de batalla, según acreditan los libros canónicos, ¿por qué dudáis que un alma temporalmente proscrip^ta por deudas de pena á la divina justicia, pueda, en su retorno á este valle de lágrimas,

escribiros y aconsejaros?... Pero, en fin, contínuemos nuestra querella histórica.

Los defectos á cuya descripción, señor mío, voluptuosamente os entregáis, halláislos graves, porque se destacan del fondo de una sociedad llena de grandezas. Una gota de aceite esparcida sobre un manto de púrpura, toma proporciones colosales. Un altarillo de escayola perdido en la inmensidad de la fábrica de un templo gótico, exornado con mármoles, estatuas, tallados, cuadros y vidrios, trastorna la belleza del conjunto artístico.

La rebeldía de un prócer, el perjurio de un Rey, la flaqueza de un Papa, flotando sobre muchas generaciones de aristócratas leales, de Monarcas caballeros y de Papas excelsos: he ahí la gota de aceite esparcida en el manto de púrpura... El derecho de pernada al lado del derecho de asilo; la legión de vasallos al lado de la ciudad manumitida por el regio esfuerzo del caudillo cristiano, vencedor de la sarracena grey; el privilegio, la tortura, la servidumbre dentro de una inmensa red de instituciones piadosas: he ahí el altarillo de escayola, erigido sobre una base de pedrería.

En cambio, vuestros ojos no descubren mancha alguna en la civilización dominante. Y no me choca. ¡Como que todo es una pura deformidad! ¡Ni qué mancha enorme puede destacarse del fondo de lo pequeño! Porque ¡ah, eso sí! la pequeñez es el rasgo característico de vuestra época. Pequeñas son vuestras codicias y vues-

tras abnegaciones, vuestros éxitos y vuestros derrumbamientos, vuestros héroes y vuestros tiranos... ¡Qué diferencia entre lo de entonces y lo de ahora! Entonces, se conspiraba por hacer de Madrid el asiento de la monarquía universal: Felipe II pretendía ser un Rey cosmopolita; hoy, sólo se tira á conservar, con la anodación y la tacañería de una casa que ha venido á menos, un pedazo de territorio, ni siquiera todo el comprendido dentro de las fronteras naturales. Entonces, podía prepararse, en un abrir y cerrar de ojos, una armada poderosa, como la dispuesta para vengar la muerte de María Estuardo; hoy, ante el miedo suscitado en los países colonizadores por la intervención armada de Inglaterra en Egipto, todos los partidos políticos se conciertan en una aparatosa reunión pública, y la suscripción nacional abierta con destino al aumento de la marina no se llena con cantidades suficientes para la compra de un miserable barco de vela. Entonces, los estadistas españoles soñaban con el cuerpo recostado en todo el mapa de Europa, y la cabeza sobre todo el mapa de Indias; hoy, el más estirado de vuestros gobernantes deja caer en las páginas de *El Solitario*, vergonzantemente, y entre los desmayos de un patriotismo mustio, ideas mezquinas sobre la necesidad del apartamiento de toda política internacional. Entonces, en una función de guerra se jugaba una corona; hoy, sólo se juega, en el albur de una asonada, el triunfo de un partido impaciente, ó la ambición

de un General atrasado en su carrera. Entonces, los hombres abandonaban sus haciendas y sus familias, y sucumbían por un idealismo; hoy, nadie va á la muerte, sino á remolque de una consigna odiosa, ó de un interés grosero... ¡Y aquellos Reyes! Comparadlos con los de vuestra época. ¡Qué enormidad!

Aquellos Reyes brillaban como cometas, caían con el estrépito del torrente despeñado, luchaban á la vanguardia, morían de pie; bajaban al pueblo para hacerle justicia, pero así como bajaba el sol á la hondonada del valle, sin perder su majestad de sol; oían el dictamen de sus consejos, y pesaban las razones, desentrañaban los asuntos, resolvían de *motu proprio*; colocábanse á la cabeza de los ejércitos, por su derecho y por su iniciativa; eran, en una palabra, los jefes efectivos del Estado. Ahora, los Reyes, ni descienden, ni suben, ni están quedos; no brillan, no luchan, no caen; han depuesto la soberanía de su razón ante una soberanía ilusoria; no piensan; piensan por ellos los consejeros de la Corona; oyen el parecer de los Ministros, pero no lo estudian, no lo pesan, no comparan, ni deciden: firman sencillamente; bajan á los salones... no, no bajan (porque unos y otros están en la misma dirección), se corren de los salones regios á los salones de un opulento Duque de promoción reciente, pero no para honrar la casa del súbdito, sino para hombrear-se con la intimidad de un amigo millonario; visten la coraza y se calzan el casco, pero en

días de carnaval, para dar una sorpresa á cuatro marquesitas casquivanas en un baile de trajes; ejercitan la puntería, pero no en el examen de los arduos problemas de Estado, sino en el tiro de pichón; adquieren el hábito de la guerra corriendo, pero no legiones extranjeras, sino miedosas liebres, y dan testimonio de su coraje militar cazando gamos en los montes reales, y aun gansos entre los gentiles hombres.

Amigo mío, si no queréis ver estas diferencias, cerrad los ojos, cerradlos; pero no creáis que podéis borrarlas con el lodo de la vida de Gil Blas, que traéis á colación tan fuera de motivo. Por supuesto que ese aventurero que desplumó al célebre mercader de Cuenca, es el mismo que arrebató del poder de los salteadores en el camino de Requena al malaventurado Conde de Polán y á su bella hija Serafina. Caballeros y bellacos, siempre ha habido, como ha habido siempre dueñas y rufianes, pobres y ricos. Lo que no hay ahora, y hubo entonces, es una Santa Hermandad para atosigar bribones, y una justicia pronta, enérgica y barata para escarmentarlos. Entre vosotros, todo se vuelve decretos y más decretos, autos y más autos, enborronar folios, idear formalismos, aumentar sueldos, pero la verdad no parece. Vuestra ley de procedimientos muy sabia, muy previsora, muy perfecta, puede dejar morir de viejo á un presunto rapazuelo, mientras se sustancia la causa, y el tribunal cae en la cuenta de que el acusado es un inocente. Huís del juicio sumari-

simo, para acrecer las garantías de acierto en la sustanciación, y caéis en los inconvenientes, cien veces más temibles y cien veces más dolorosos, de las juicios inacabables. Y no hablemos de prevaricación. Los delincuentes del estado llano no tienen, siquiera, perdón de Dios, pero los de *clase*, encuentran cómplices hasta en quienes los juzgan...

¡Lo veis! Ni vuestros jueces, ni vuestros legisladores, ni vuestros estadistas, ni vuestros Príncipes, resisten el juicio de comparación con los míos... Basta ya, señor poeta; requerid la musa del pasado; bebed en otras fuentes; solicitud inspiración de más altas hazañas ó romped el plectro.

La flauta del pastor de Lesbos, al recoger del viento el suspiro de la zagala encendida de amores por el incitante escozor del primer beso, sonaba, y sonaba tiernamente, sin el impulso de unos labios hábiles. La cítara del bardo de la Edad Media derramaba deleitosas armonías á la más tenue pulsación, movida sólo por el rumor de la queja del doncel enamorado, ó por el suave murmullo de la plegaria de la dama cautiva, ó el lejano eco del órgano de la abadía. Pero vuestra lira, ¡oh! aunque mojéis sus cuerdas en la gruta griega de las protectoras ninfas, y hagáis descender á vuestros dedos todos los genios de la música, no sonará, si le dais, como pie forzado, un asunto cualquiera, de los que constituyen la trama histórica de vuestro siglo. No encaja, no, en el corte de lo

que ha dado en llamarse idilio moderno, la alabanza poética á gentes de baja estofa, aunque pudierais citar, para contradecirme con algún asomo de razón, á *Hermann y Dorotea*, de Goethe, y á *Evangelina*, de Longfellow; ni hay campo para la lírica en una sociedad donde los intereses andan á brazo partido con las más nobles pasiones.

Señor poeta, lo dicho. Sí, lo dicho: pasaos á mi bando, ó romped el plectro.





IV



SEÑOR abad: Pase la existencia del purgatorio, pase la singularidad de vuestra situación; pero ¿cómo en tantos siglos los sufragios de los buenos creyentes no os han redimido? ¿O es que al partir para la tumba, sólo dejasteis yernos y acreedores? Aun así, ¿cómo no os ha aprovechado la munificencia de Benedicto XIII? Este Pontífice, por decreto de 23 de agosto de 1728, que lleva la firma de su secretario de Estado, el Cardenal Lercari, concedió las gracias siguientes:

«Los fieles que hiciesen renuncia de las propias obras satisfactorias en sufragio de las ánimas, sacarán una del purgatorio con cada misa que oigan todos los lunes del año.»

El Pontífice Pío VI, por rescripto de 12 de diciembre de 1788, confirmó las mismas gracias á los que hiciesen el anunciado voto ó renuncia.

Y bien, ¿es posible que entre tantas almas como por estos decretos de Benedicto XIII y de Pío VI han sido libertadas no os haya tocado el turno?... No me embroméis más.

.....
Cuando el buen escudero de Ronda echaba en cara á la esposa del Dr. Sangredo la vileza de sus impúdicas relaciones con el barberillo y le hacía presente, para enfriar sus entusiasmos, que el pobre muchacho tenía sarna, le respondió toda llena de admiración la encantadora Doña Mergelina de Aybar: «Llamáisle sarnoso por unas rascadurillas que lleva en las muñecas que parecen hojas de clavel.» ¡Hojas de clavel las rascadurillas!... ¡Tal es, señor abad, la fuerza del amor!

No me extraña, pues, gran cosa, que apasionado como estáis de vuestra edad, exclaméis al oirme decirle bárbara: «Llamáisle así, porque encendía, para honrar al Altísimo, luminarias con miembros de herejes, cuyos resplandores regocijaban los ojos de las almas piadosas; porque lograba con la tortura hacerle cantar hasta á los mudos; porque si bien aumentaba considerablemente el número de los desgraciados con la institución de los mayorazgos, la propiedad corporativa, los diezmos y primicias, tenía preparada sopa en el convento para todos los pobres; porque sus jueces no se andaban con teologías y fallaban de plano, y sus Príncipes usaban cetros como garrotes para meter la nación en cintura, y sus amadores llevaban cade-

na de hierro al cuello como mastines de ganado, para domeñar la esquividad de la desdenosa dama, y sus monjes se servían de las sandalias y de los escapularios á falta de otros enseres con que comprimir la carga del trabuco para matar moros por amor de Dios, y sus Condes solían dormir la noche de boda con la esposa del vasallo para aligerar las fatigas de éste en la medida posible.»

Comprendo perfectamente, señor mío, que eso de pintar es pura fantasía, y, á lo que veo, la historia se parece á la tela, que sirve para vestir todos los conceptos, aun los más estafalarios y peregrinos. ¡Pardiez! Si fuera posible que viniera al mundo un hombre como llovido del cielo y os oyera hablar, sobre todo, de vuestros Reyes, se quedaría con la boca abierta, y, sin embargo, aquellos señores eran ni más ni menos que unos mandrias con mal talante y carilla de pocos amigos. Por supuesto, en punto á pretensiones ¡eche V. rumbo! tenían de su origen, de su autoridad y de su misión, las ideas más exageradas; y es el caso que creyéndose tan sólo dignos de los grandes empeños, se preocupaban con frecuencia de lo más nimio. Un poderoso Rey de Francia recibía arrellenado muellemente en su sillón, guarnecido de clavos de oro, recibía, repito, con menguado desdén, la noticia de que el pillaje de París, estimulado por la confianza de las tinieblas, asaltaba casas, desarmaba rondas, hería centinelas, y en cambio crugía de rabia al fijar sus ojos en una car-

ta del Rey de Sicilia, porque el audaz Príncipe siciliano había tenido la avilantez de sellar el sobre con lacre amarillo, privilegio reservado á los herederos de Carlo Magno... ¡Ya veis qué grandeza de Reyes estos!

Sobre la omnipotencia de la monarquía absoluta, os diré sencillamente que el poder de sus bravíos representantes siempre estuvo limitado, cuando no por las rebeldías de la nobleza, por la intriga de los favoritos, y más tarde por la autoridad de los Consejos. La fuerza de éstos llegó á tal extremo, que, según refiere la Marquesa de Lafayette en sus célebres memorias relativas al año de 1688, la esposa de Carlos II, hija del Duque de Orleans, fué envenenada por orden del Consejo de España, afirmación cuya exactitud no aparece demostrada con pruebas solemnes, pero sobre la que el Marqués de Louville desliza ideas interesantes, que vienen como á robustecerla...

También, señor abad, os habéis permitido hablar de la justicia de mi tiempo. No discutiré yo sus ventajas; podrá no ser buena; pero defectuosa y todo vale más que la vuestra, aunque, á decir verdad, vosotros no teníais ninguna. Para el noble, legislaciones privilegiadas; para el pechero, horcas y tributos. Ni era posible otra cosa en una sociedad en la que los poderes andaban confundidos hasta el punto de que el Rey aparecía muchas veces como un cautivo ilustre dentro de una espesa malla de jurisdicciones señoriales. Decís, además, que no

veis hoy, por donde quiera que miráis, sino jueces corrompidos y policía atortolada. ¡Hombre de Dios, esto ya es mucha frescura! Pues qué, ¿ignoráis acaso que en vuestro tiempo toda compañía de ladrones contaba con un cuadrillero de la Santa Hermandad, un ermitaño y tal cual agnado de algún corregidor? Esto aparte de que la gracia de indulto solía residir en manos villanas, como en manos del célebre repostero de Madrid, D. Baltasar de Zúñiga, en el reinado de Felipe IV, y en las de maese Oliveros, el Gamo, barbero de Luis XI.

En fin, cada uno habla de la feria según le va en ella. A vos, amigo mío, no debió iros rematadamente en las fosforescencias de la monarquía patrimonial. Gozaríais de la privanza de un Príncipe dadivoso, confesaríais señoras cara á cara, sin la impedimenta de la celosía del confesonario; recibiríais el agasajo del amor de lindas zagalejas, porque unas faldas llaman otras faldas; quemaríais relapsos y judaizantes, esquivando diestramente el peligro de ser quemado, y obtendríais de la munificencia real algún señorío en donación para perpetuar, en la persona de algún sobrino, la excelsitud de vuestra pro-sapia.

Yo, en este siglo del negocio y del comercio, como lo llamáis, vivo de mis propias carnes, oliendo dónde mascan, que al fin soy poeta, pero no renuncio á mi tiempo, y mi lira seguirá cantando, no á quien os plazca, sino á quien loable, justo y merecido sea que cante.



V

CREEDLO, señor poeta: Yo no pinto al capricho, ni tergiverso la historia, ni barnizo las instituciones, ni desfiguro los personajes. Precisamente lo contrario. Mi escuela, mi gusto, mi flaqueza, quizá, consiste en llamar al pan, pan, y al vino, vino.

Reflexionadlo bien. Todo eso del progreso humano es sencillamente ilusorio. Si comparáis tan sólo el día de hoy con el día de ayer, acaso resulte el posterior con alguna ventaja sobre el de la víspera. Comprenderéis que tiro á ajustarme. Pero la romana de la historia no entra por años, ó lo que es lo mismo, por libras; no se pueden pesar los progresos de unos cuantos lustros, sino de algunas centurias, y establecido así el juicio de comparación entre una edad y otra edad, no siempre resulta mejorada la subsiguiente á expensas de la inmediatamente anterior. La vuestra, por de pronto, está, en este

punto, muy por bajo de la mía. Es más, continúan hoy todos los males, en rigor agravados de entonces, mientras que no se conserva ninguna de sus bienaventuranzas. Presto os convenceréis de ello. Y si no, vamos á cuentas.

¿No es exacto que tenéis al feudalismo por lo más odioso de mi tiempo? Pues el feudalismo alienta todavía. No os riáis; está probado; alienta. Ha cambiado en el nombre y en alguno de sus accidentes, pero en la esencia, en el fondo... sí, en el fondo y en la esencia subsiste. Es decir, el feudalismo, que podríamos llamar de la sangre, se fué resueltamente; pero halo sustituido el feudalismo parlamentario... ¿Qué hacían los nobles de antaño? Quitar y poner Reyes, resolver sobre la legitimidad de la herencia regia, mantener la monarquía en perenne agitación, facilitar el encumbramiento de los favoritos para proporcionarse la satisfacción de contribuir más tarde á que los ahorcaran; gozar de exenciones, de inmunidades, de privilegios. ¿Y qué hacen vuestros tribunos? Exactamente lo mismo. El poder real, el poder ejecutivo, el poder judicial, viven en cierta dependencia del poder parlamentario. La Monarquía, el Ministerio, la alta magistratura no llaman á juicio al Parlamento, pero el Parlamento discute al Rey, discute al Ministro, discute al juez; al primero con donaire epigramático, al segundo con fría rudeza, al último con escándalo, y de estas luchas persistentes y continuas, salen, no por el pronto, no de improviso, pero salen

al fin mortalmente heridos, el juez, el Ministro y el Rey.

Quien decía entonces noble, decía señor de horca y cuchillo, y quien dice ahora tribuno, dice señor de cuchillo y horca. ¿Cómo se preparó la caída de la Reina Isabel? Con el vacío que produjo en las Cortes la ausencia de los oradores progresistas. ¿Quién decidió durante la interinidad revolucionaria el pleito entre la República y la Monarquía á favor de ésta? El mayor número de *señores*, entiéndase bien, de *señores*, no de diputados. Si Olózaga, si Sagasta, si Ríos Rosas, si Rivero, si Martos se hubieran sumado con Castelar, con Pí, con Figueras, la revolución habría celebrado sus desposorios con la República, á despecho de Prim y de sus bayonetas. ¿Quién señaló el camino de Italia á D. Amadeo? Una votación de las Cortes preparada por los *señores* del radicalismo; la votación precursora del decreto de disolución del cuerpo de Artillería. ¿Quién destruyó la legalidad del 11 de febrero? La retirada de algunos otros señores al Aventino, á la extrema izquierda de la Cámara. ¿Quién, contra todo precedente histórico y contra toda insinuación del derecho consuetudinario, despojó del título de Princesa de Asturias á la primogénita del actual Rey de España? Pues un tal Cánovas, un simple plebeyo, sin mesnadas, sin vasallos, sin estados. Sean cuales sean las instituciones fundamentales del país, han menester hoy de los prestigios y de los apo-

yos del Parlamento, y si esos prestigios se destruyen y esos apoyos faltan, las instituciones se cuartejan, y á la postre, se desploman. Además, no hay República, ni Monarquía posibles con Gobiernos inestables, y como la vida de un Gobierno depende de cualquier algarada parlamentaria, y toda algarada la fomentan y la dirigen los oradores, los oradores son nuestros árbitros y nuestros amos. Ciertamente que no poseen, como los antiguos nobles, grandes territorios y pingües rentas; pero ¿para qué las necesitan? La gloria suple al dinero.

¿Qué decis ahora, señor mío? ¿No es verdad, francamente, no es verdad que el feudalismo subsiste?...

¡Revolucionarios!... ¿No lo han sido Riego, Lacy, O'Donnell á la manera de Padilla, del Obispo Acuña y de Juanito Austria? Y para que el parecido resulte mejor, regístranse extrañas coincidencias de nombres, de casos, de lugares. Uno mismo, por ejemplo, fué el sitio, Torrejón de Ardoz, en que el célebre hijo de la comedianta abatió el orgullo de su Reina, consiguiendo, por medio de las armas, la destitución del padre Nithard, y en que el General Narváez acabó con la regencia de Espartero.

¡El asesinato de Escobedo!... ¡El asesinato de Prim!... ¡Qué analogía está! Los asesinos de aquél no fueron castigados, aunque sí conocidos. Con los del caudillo de África ocurrió lo mismo; fueron conocidos, pero no castigados. ¡Oh! y entiéndase que el jefe efectivo de una

nación no es el pobre secretario de un hombre más ó menos ilustre, y la justicia del siglo XIX no debe andar peor que anduvo la del siglo XVI. ¡Pues sin embargo!...

¿Os convencéis, señor mío? Preciso será; de lo contrario, vais á obligarme á recordaros aquellos famosos versos de Góngora, que dicen:

¿En años quieres que plural cometa
Infausto corra á las coronas luto
Los vestigios pisar del griego astuto?
Por cuerdo te juzgaba, aunque poeta.

—Os cogí—imagino que exclamaréis al leer esta cita, y en verdad que yo mismo, por el pronto, he llegado á creer si se me habría rebelado la pluma, suscitando inoportunamente el recuerdo de algo que á mi interés convenía ocultar. Pero no, el *gongorismo* es también una calamidad del tiempo presente; el *gongorismo* subsiste cuando menos aplicado á la política. Pues qué, ¿el evangelio democrático que predica por esas provincias el General López, después de haber coincidido con Pidal en la expresión del principio de la soberanía, no es una cosa igualmente laberíntica é ininteligible, como aquel célebre soneto dirigido á Luis Babia, con que el bello cantor de la *Tórtola* comenzó su triste carrera de poeta desmayado, conceptuoso y soporífero? Los discursos de los constitucionales disidentes, de estos nuevos cirineos de la maltrecha legalidad revolucionaria, que no admiten

por peligrosas las teorías de Martos, y se colocan, sin embargo, en la vanguardia del partido liberal, señalando al gran orador sitio en el estado mayor de Sagasta, ¿qué son, sino *gongorismo* puro y neto?

Resulta bien probado, por lo tanto, que todo vicio, deficiencia, tiranía, fealdad del tiempo viejo encuentra hoy su semejante. ¡En cambio, aquellas glorias!... Aquellas glorias no han sido renovadas.

¿Qué habéis, si no, adelantado en pintura, en escultura, en literatura? Nada. ¿Qué mejoramiento acusan vuestras industrias? El producto de todas ellas vale menos que el más pobre tapiz del Escorial. ¿Y las ciencias? Las físicas, con cuyos progresos tanto os envanecéis, sólo han hecho aplicaciones de verdades poco conocidas y de principios ya en la más remota antigüedad formulados.

Pero la política... La política: he ahí la gloriosísima dote de vuestro tiempo. ¡Qué de cosas, de emancipaciones, de prodigios!... Pues ni eso, señor mío. Os aseguro que ni siquiera eso. Vamos á ver, contestadme: ¿Dónde está tanta belleza? ¿Cuál es vuestra gran conquista? ¿La libertad del pensamiento? ¡Oh! ya quisieran escribir los vuestros como escribían los míos. Fray Luis de León pudo decir que la muerte del Príncipe Carlos produjo

Miedo en el corazón, llanto en los ojos,

corroborando el rumor que atribuía á Felipe II

una triste participación en el temprano fin de su hijo, y cuyo rumor contribuyeron á extender las tragedias de Alfieri y de Schíller. Quevedo pudo derramar las sales cáusticas de su ingenio extraordinario sin respeto á grandes ni á chicos, en *El Sueño de las calaveras*, *El Alguacil alguacilado* y *El Discurso de todos los diablos*. Mariana no se mordió la lengua en su *Tratado del Rey y de la institución real*, y el *Fray Gerundio*, del padre Isla, se vendió como joya riquísima, apesar de los obstáculos puestos á su circulación por la censura eclesiástica. Pero vosotros... Vosotros andáis siempre á vueltas con leyes restrictivas, con la policía y el fiscal de imprenta, y á falta de censura oficial, con la aún más grave censura oficiosa de la partida de la porra... Y vuelvo á preguntaros: ¿cuál es vuestra gran conquista? ¿La libertad parlamentaria?... La verdadera libertad parlamentaria no consiste en insolentarse con un Ministro, sino en votar con arreglo á la conciencia, á la convicción, al capricho, y hoy nadie vota lo que quiere, sino lo que le exige el interés de partido ó le impone la autoridad de un Gobierno. ¿Quién hoy se atrevería á negar subsidios directamente solicitados por un monarca del fuste de Carlos V?... ¡La libertad electoral!... ¡Podrá ser, es seguramente mayor ahora el número de los electores; pero nadie tampoco expresa en los comicios independientemente su pensamiento, mientras que el voto de las ciudades era, en lo antiguo, una verdad positiva... ¡La libertad

municipal!... Cómo, ¿en qué puede vuestro municipio parecerse al de la Edad Media? Aquél era verdaderamente soberano; éste es una mísera sucursal del Gobierno civil para fines groseramente políticos... ¡La libertad de conciencia!... Ciertamente; esta es una libertad privativa del moderno régimen. Pero, ¿qué falta le hace semejante concesión á una sociedad escéptica, irreligiosa, descreída?...

Señor poeta: no continúo porque os juzgo convencido, aunque á confesarlo mostréis empeñada resistencia. Los hechos hablan con una valentía, con una espontaneidad, con una resolución capaces de apagar en el ánimo menos flexible y más obstinado el ardor de la polémica.

Esto no es un cuadro de fantasía; yo no he pintado, no he poetizado; esto es, señor mío, sencillamente un estudio clínico, un balance irresistible, un proceso histórico, medroso y solemne.





VI



H, señor abad! Resulta que ayer sólo significa un día menos, no un progreso más, y habrá que quitarle la razón á Pelletán; será preciso decir: *el mundo no marcha.*

Y no marcha. Las revoluciones no han destruído las idolatrías, han atentado sólo á la calidad del ídolo. La estatua ha cambiado, pero el pedestal siempre el mismo, siempre en pie. Las civilizaciones de Oriente, la filosofía griega, el cristianismo, la reforma, el renacimiento, no son redenciones, mejoramientos progresivos, sino oasis, respiros, días de atmósfera menos densa para la humanidad.

El estoicismo proclama el principio del bien y de la libertad, fomenta la austeridad de las costumbres, y hace hombres fuertes, audaces, abnegados; pero el epicureismo, hablándole sólo á la materia, se pronuncia contra toda idea

generosa. La escuela de Epicuro esteriliza, pues, la obra de Zenón.

Jesús opone al politeísmo el dogma de la unidad divina, y despierta la esperanza de una sublime igualdad entre los hombres; pero lo que debía de ser centro de unión, es tema de discordia, porque el dualismo del cielo y de la tierra, según diría el filósofo racionalista, afirma la diversidad de destinos en la vida futura, á cuya diversidad debe también corresponder idéntico desorden de la familia humana en la vida presente.

El cumplimiento de la predicción de los profetas hebreos, liberta, por de pronto, al mundo del yugo de Roma; pero Roma continúa, á poco, pesando sobre la paz de Europa. El despotismo de los Pontífices sustituye al despotismo de los Emperadores.

Lo que hace el apostolado con su valentía y con su desinterés, lo deshace el sacerdocio con su intransigencia y con su libertinaje. La protesta del célebre agustino alemán se levanta un día como señal de emancipación de las conciencias, y es al día siguiente una señal de guerra.

Se van en los albores del cristianismo los dioses de Virgilio, los númenes del foro romano, los genios de la antigüedad clásica, y vuelven con el renacimiento.

Los jacobinos inundan de sangre el campo sembrado por los enciclopedistas, y veinte, treinta, cincuenta años después, Marat, Robes-

pierre, Danton, destruyen la obra de D'Alembert, Diderot, Montesquieu, Rousseau.

El papado alienta el jesuitismo, es el principal accionista de la compañía, se fortifica con su propaganda, se enriquece con sus caudales, y, sin embargo, la disuelve y la persigue.

Sucede á la esclavitud sancionada por los *legisladores de las doce tablas*, la servidumbre de la Edad Media, y al siervo de la gleba, el proletarismo inglés, el vasallaje polaco, el trabajador de las aldeas de Rusia, el colono de Irlanda; y en pleno siglo XIX subsiste la caza de negros, la trata, la explotación de unos hombres por otros hombres.

La imprenta es la desvinculación de la ciencia, el mandamiento de libertad de la idea reclusa en el monasterio y en el claustro. Antes de Guttenberg, los viajeros de la historia, las razas, los pueblos escriben sus impresiones y sus Memorias sobre la piedra, como diría Víctor Hugo; estas impresiones, estos recuerdos, hacinados, distribuídos luego y combinados, producen el templo, el castillo, el alcázar, la gigantesca basílica de San Vicente, de Ávila, y la grandiosa mezquita de Córdoba, etc., etc. Después de Guttenberg, las tribus, los pueblos, escriben sobre el papel y se produce el libro. No disputaré á ninguno su valor y su mérito. No estableceré competencias dolorosas; pero declaro que la profecía del célebre arcediano de Josas se ha cumplido: la imprenta ha matado la arquitectura.

El gusto bizantino es reemplazado por el gótico. La ojiva, ciertamente, representa un adelanto sobre el semicírculo romano, pero en el siglo XVI, en Francia, una extraña amalgama de diversos estilos esculturales, crea, en sus aplicaciones á las iglesias, obras desprovistas de todo carácter religioso, y en el siglo XVII la escuela italiana, buscando lo hermoso en lo pintarrajado, produce artistas del gusto extravagante de Carlo-Moderno, le Bernin, le Borromini, que abandonan los modelos del Bramante, de este genio poderoso cuyas huellas quedan grabadas para siempre en una parte del Vaticano, en las fundaciones de San Pedro de Roma y en el templo de San-Pietro-in-Montorio.

Es decir, amigo mío, que tanto andamos como caemos. Y no podría ser de otro modo. Lo efímero de las obras humanas y la versatili-
dad de la fortuna, hacen imposible todo adelantamiento eficaz, positivo y durable.

Caminamos:

En política, de revolución en restauración, y de restauración en revolución. La libertad no prospera.

En legislación, de leyes deficientes á leyes avasalladoras. La justicia no domina.

En religión, de fanatismo en incredulidad, y de negaciones groseras á idolatrías livianas. La razón y la fe siempre en lucha.

En el arte, del abandono al amaneramiento, del naturalismo sensual al idealismo enlanguidecedor; de la falta de luz, de movimiento, de

contrastes, á las palpitaciones de un estilo nervioso, recargado y pintoresco. Nunca la corrección, elegancia y sencillez en la forma, ni el culto de las grandes líneas.

Resulta, pues, en definitiva, que por el juicio comparativo entre lo de ayer y lo de hoy no se sabe si caminamos adelante ó repasamos el camino que otros andaron. Así es que pudo decir Pascal: «Los antiguos son los modernos y nosotros somos los antiguos. Por mi parte, señor abad, vuelvo á repetíroslo con hondísima amargura: llegada la humanidad á ciertos confines, se estaciona y retrocede.

«De cualquier modo—exclama un ilustre escritor contemporáneo, bastante conocido en las filas liberales,—de cualquier modo que uno interroge y examine su conciencia ve que el progreso es una mentira, y para acreditarle de verdad necesita recurrir al mucho algodón que ahora se teje, y á la baratara que tienen las calcetas, y á lo cómodamente que se viaja en el ferrocarril, aunque sea en el de Madrid á Tembleque.

¡Oh! ¿quién sueña, quién miente aquí? ¿Pelletán entonando bellísimos ditirambos al progreso en su libro sobre la *Profesión de fe del siglo XIX*, ó Leopardi enseñando, en sus versos dolientes y grandiosos, lo que Gioberti llama *la moral de la desesperación*?

Realmente, Pelletán es el poeta, el soñador, el optimista, y Leopardi el filósofo, el anatómico, el espíritu observador. El libro del pu-

blicista francés tiene todas las trazas de una leyenda, y los cantos del vate italiano todas las trazas de una acusación contra el principio de la perfectibilidad y contra la teoría de la evolución continua del arte y del hombre hacia la belleza y el bien absolutos.

Estoy, pues, con Leopardi, y recuso á Pelletán.....

.....
 Señor espectro, señor abad: estáis vengado, porque me declaro vencido. Poned también mi firma al pie de vuestro aserto: la historia es la negación del progreso humano. El mundo permanece inmóvil... ¡Inmóvil!... ¿He dicho inmóvil?... No, aventuro demasiado, y retiro lo que hay de exageración en mis últimas palabras. El mundo se mueve; sí, se mueve; pero no anda: da vueltas.

EL POETA.

P. D. Por si lo habéis tomado en serio, sabed que con lo que acabo de escribir, sólo he pretendido embromaros, ó demostrar, quizá, los desalientos en que puede caer un espíritu enérgico y generoso, cediendo á la influencia melancólica de un día de nieblas ó á los desabrimientos de una vieja nostalgia.

Pero broma pesada ó desmayo efectivo, ya es hora de puntualizar las cosas, y hablando con formalidad, os diré que cuanto sostuve en mis cartas anteriores, sostenido queda. ¡Oh! y

no es que reniegue de mis predecesores: yo los respeto; pero al honrar su memoria, no es preciso pregonar con voz estridente que ellos andaron todo el camino y fueron mejores.

Por lo demás, á serme posible, os daría gusto, y resucitaría para vos, sólo para vos, la edad del feudalismo y de la Inquisición. Así quedarían: castigada vuestra extravagancia, y satisfecha la vindicta de mi tiempo.





VII

Sr. Presidente de la Academia de la Historia.



RESPETABLE SEÑOR: Cierta primo mío se ha encontrado un curioso manuscrito, que se compone de varios borrões de cartas, puestas en solfa, y que él ha corregido, por el deseo de no estarse parado y huir del ocio, al que le teme mucho, como *polilla de las virtudes y feria de los vicios que es*, según Quevedo. Esas cartas, ya lo verá usted, pues se las mando por encargo del coleccionador, tratan de historia, y por el sólo hecho de haberles pasado la mano, enriqueciéndolas con algunas anotaciones, comentarios y citas de actualidad, mi primo júzgase lleno de méritos para ingresar en la Academia de la Historia. Su capricho no me preocuparía, me tendría sin cuidado sencillamente; pero es el caso que quiere que yo le adoctrine sobre el

procedimiento que más deprisa le conduzca al triunfo de su pretensión, y no me deja ni de día ni de noche, ni á sol ni á sombra, como si en mí todo consistiera. Yo le he dicho que aguarde á que mande su partido, porque en España no hay nada que no se obtenga por rescripto del Príncipe ó gracia del Gobierno; con más, que eso de académico de la Historia, es un cargo de la índole de cualquier otro, que no reclama en quien ha de conseguirlo calidades especiales, según pudiera parecer al pronto, pues así como Gobernador no quiere decir *hombre adiestrado en el arte de gobernar*, y puede confiársele (se le confía siempre) el gobierno de una provincia á persona que ni siquiera mostró medianas dotes en el gobierno de su propia casa, académico de la Historia, no quiere decir varón docto y perito en materias históricas.

Yo, pues, le he hablado de todo lo que viene al caso; le he hecho notar que entre VV., como es cierto, habrá más de uno y más de quince, que no tengan la menor noticia de Herodoto, que no hayan jamás abierto un libro y que crean que Salustio es un punto menos que Salustiano... de Olózaga, y que Tacito (sobre todo, si lo ven impreso como va ahora aquí) es el consorte y adjunta persona de Tacita, diminutivo de taza. Le he asegurado con testimonios repetidos de autores diversos, que Florián de Ocampo figura como el primero, ó si esta preferencia se le quiere guardar á Fr. Antonio de Gue-

vara, como el segundo de nuestros historiadores generales, y, sin embargo, Ocampo escribió en junto una Crónica general de España que se remonta á la narración del diluvio universal, y termina después de darnos por muertos á los Escipiones; lo cual demuestra que si se puede pasar por historiador nacional escribiendo relatos de asuntos casi extranjeros, mejor podrá pasarse por académico de la Historia sin conocer uno, siquiera, la de los amantes de su mujer propia, cosa que por ser tan íntima debería saber cualquiera, fuese ó no fuese académico.

Finalmente, para persuadirle de que el cargo que ambiciona sólo se obtiene por merced ministerial, le he obligado á leer el discurso de ingreso de Danvila en la sabia corporación, sobre *Las Germanías de Valencia*, en cuya obra el buen hombre se cuida, no de revelar que sabe ó deja de saber historia, sino que entiende de conservaduría, la cual iglesia condena siempre al pueblo por ser pueblo, y enaltece la aristocracia por ser aristocracia.

Pero es inútil que procure inculcar estas ideas en el ánimo de mi primo; él sigue creyendo á pies juntillas que la distinción que anhela sólo puede obtenerse previa presentación de trabajos de cierta importancia, y para preguntarle si entre éstos pueden incluirse las cartas adjuntas, me fuerza con profunda lamentación á escribirle á V., de quien me supone amigo y colega cariñoso por mi *carácter de cronista*, es

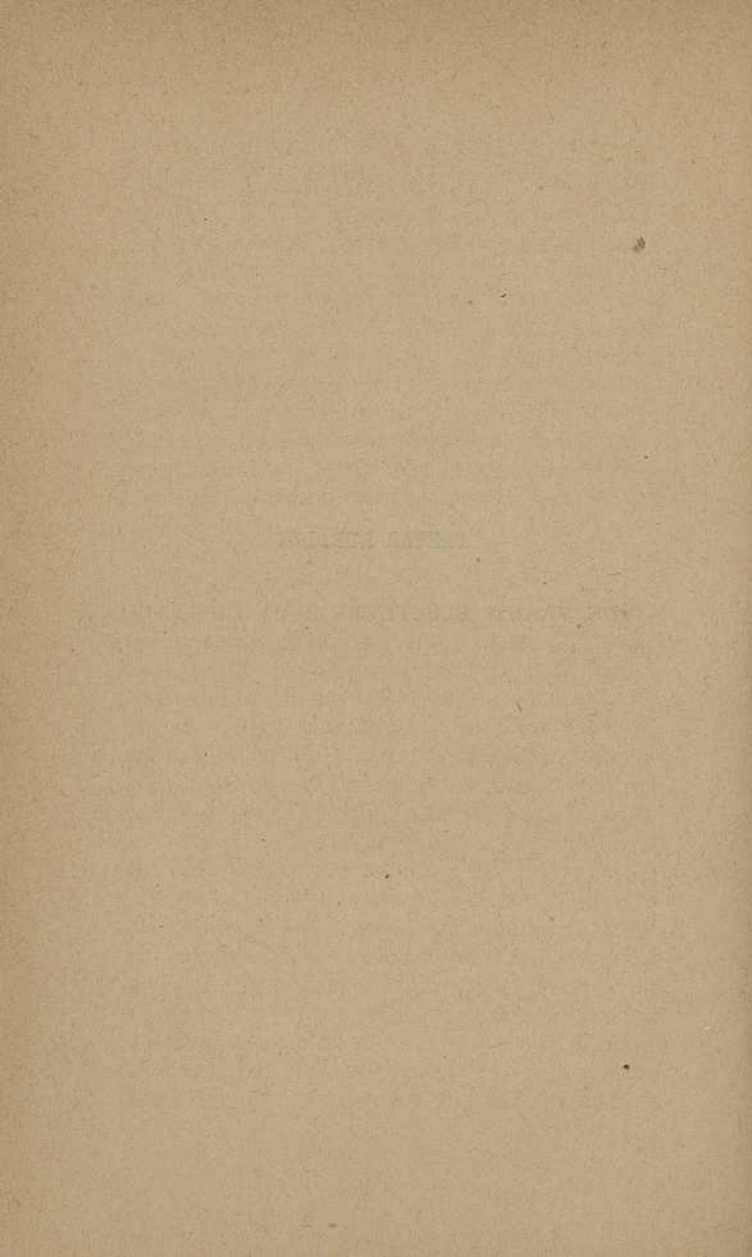
decir, por la simple razón de haber permanecido yo en Madrid algunos meses y haber publicado algunas crónicas de salones y toros. Yo lo hago, no sin cierta respetuosa cortedad, pero, en fin, le escribo á V., como podría escribirle al Emperador de la China, pues me va en ello la tranquilidad, y V. se reirá ó no se reirá de la ocurrencia, y hará lo que guste, lo hará todo, todo menos dejar de ponerme cuatro letras, si quiera por amor de Dios, para que consiga quitarme de encima la mosca de mi primo.

E. M.



CARTAS RURALES

DE VARIOS ELECTORES Á UN DIPUTADO





CARTA PRIMERA



MIGO MÍO: La gente de oposición quiere buscarme las cosquillas porque no le doy parte en el disfrute de la *dehesa de Propios*, y hablan de presentar una denuncia no sé á quién, ni fundada en qué. Como V. comprenderá, yo no concedo al caso importancia alguna, porque, ó no entiendo pizca de leyes, de filosofía, de gramática, ni de monarquía constitucional, ó es indiscutible mi derecho á impedir que en montes, fincas, heredades, etc., etc., de *Propios*, coman los *extraños*; y aquí los *extraños* son los que no votaron la candidatura de V., y los *propios* somos los que la votamos.

Repito que nada temo en el caso presente; pero como mis enemigos son pajarracos de cuenta, y á falta de razones se agarran á cual-

quier sutileza, le pongo á V. en guardia para que si la denuncia se formaliza, detenga el brazo de la justicia, que no anda buena y acostumbra dar palos de ciego. Su yo,

M. J.





II

CL señor D. nos ha provocado una disidencia grave en el partido, porque, no contento con tener trasconejadas más de quinientas fanegas de tierra de primera, quería que yo y los demás regidores firmásemos el correspondiente espedientejo, incluyéndole entre los fallidos.

Ya yo sé que es necesario repartir equitativamente el pan y el palo, dándole que llorar al adversario y que comer al amigo; ya yo sé que el amillaramiento es un arma política, y que con ella debe sacudírsele la bolsa á quien con uno no coincide; pero yo también sé que si se cuelga toda la carne en el mismo asador, ¡adiós reala! porque todos los perros, es decir, todos los correligionarios, á cual más, á cual menos, se esfuerzan en el ojeo electoral por cazarle votos á las candidaturas ministeriales, y en este punto, no es posible hacer espléndidas conce-

siones á unos sin perjudicar al resto de los compadres.

Tal reflexión habría convencido á cualquiera, pero el señor D. no ha querido convencerse; se juzga agraviado, muy agraviado, especialmente por mí, y valiéndose de su carácter de subdelegado de medicina del distrito, ha girado una visita á mi oficina de farmacia, de resultas de cuya visita me está formando un expediente que arde en un candil, pues dice que expendo por quinina polvos de palos de campeche. No es su aseveración enteramente inexacta, y así debo declarárselo á V. para no desmerecer en su estimación, andando con tapujos en un negocio menudo. Sí, es cierto que vendo quinina un poco adulterada, pero también lo es que yo no me utilizo de la ventaja de la adulteración: sólo consigo reintegrarme, por ese medio, y no enteramente, del importe de las medicinas que doy gratis á los electores pobres que votan con nosotros.

Ahora V. dispondrá lo mejor para romper las diligencias ya formadas, y todo puede ser, en definitiva, que dejemos al señor D. retirar otras cuantas fanegas de tierra del amillaramiento, pues bien sabe Dios que yo no quiero camorras y menos con los de casa.

A. Z.





III



O sé si hará memoria de mí, señor diputado: Yo soy el tío Pedro, en cuya casa se hospedó Vucencia cuando vino á recorrer los pueblos del distrito, y por la gloria del patrón y la salud de mis piaras, que me cuesta mucha fatiga molestarle, temiendo vaya á pensar que ambiciono cobrarle con sus favores, de las cuatro vaquillas y la miserable cantineja que en dos días Vucencia y los demás ilustres galafates que le acompañaban, se comieron y bebieron en mi humilde mesa. Pero se trata de negocio peliagudo, y me veo fuertemente obligado á escribirle.

Sabrá Vucencia que mi Antoñico siente en el alma un cosquilleo muy grande por la hija del tío Camuño. A María Pepa le hacen también cosquillas las miradas del zagal. Vamos, que los dos se *cosquillean*. Y yo muy



entusiasmado con que los muchachos se casen. Pero el padre de la novia se opone á esta boda, no porque encuentrenada que echarle en cara á mi hijo, que la lleva limpia como cualquiera que se la afeite, ni nada que decir de sus procederes, que son tan rectos como los carrizos de cualquier zambomba. La oposición de Camuño se funda, aunque lo disimula, en que él tiene algunas cabezas más de ganado vacuno que yo, y menos hijos, y tierras de regadío, cuando las más son de secano.

Los muchachos gimen, lloran, patean, y yo, sobrecogido de espanto, no vayan á cometer alguna diablurilla, cansados de pleitear en balde para juntarse á la buena de Dios, he buscado mil empeños sin conseguir ablandar, hasta el presente, á mi futuro consuegro. Alimento la esperanza de rendirle, sin embargo; porque mire Vucencia: el tío Camuño es muy vanidoso; además, todas las cosas que traen el sello de Madrid le producen admiración, y cree que los Ministros no son nacidos por obra de varon, sino hijos del cielo. Por lo tanto, si Vucencia consiguiera, y fácil le es conseguirlo, que alguno de ellos escribiera al tío Camuño diciéndole que le complacería el casamiento de María Pepa con mi Antoñico, todo quedaría allanado inmediatamente.

Haga Vucencia tan gran favor al más leal de sus servidores, y procure, como causa mayor no lo impida, que sea el Ministro de la Guerra quien escriba á mi consuegro, para que si no

puede mover su ánimo el estímulo de la vanidad, lo mueva el aguijón del miedo, porque, cielo santo, ¡quién desaira á un Ministro, y por añadidura, Ministro de la Guerra!

EL TÍO PEDRO.





IV



E me hace imposible seguir al frente del municipio como V. no venga en mi ayuda, pues con la tenaz sequía de que somos víctimas, las fuentes públicas no corren, lloran alguna que otra gota.

Podría, sin embargo, abastecerse la población realizando determinadas obras en la reguera de la villa; pero esto es costoso, y no ya lo consignado en el presupuesto para cañerías, empedrados, caminos, etc., etc., sino varias cantidades procedentes del pósito y de beneficencia, se gastaron en pólvora, música, campanas y en darles de comer á los secretarios escrutadores y demás agregados, el día de la proclamación.

Yo no sé cómo no me han arrastrado ya, ó por mejor decir, sí lo sé; no me han arrastrado porque todo lo paga el cielo, aunque la verdad es que, con sequía y sin ella, las fuentes andarían enjutas, pues toda el agua se echó en el

molino de V. para moler á la candidatura contraria.

Este recuerdo debe estimular su gratitud, y procurará V. dar ahí un buen apretón para obtener, con destino al pueblo de mi mando, algunos cuartos procedentes del fondo de calamidades. No deje V. de remitirlos presto, y yo cuidaré que la gente no se muera de sed; quiere decir, que si no bebe agua, porque los veneros se hayan agotado totalmente, beberá vino. Tampoco forme V. empeño particular en que los cuartos que se nos remitan procedan de sitio determinado; nosotros no somos exigentes, y nos importa lo mismo que salgan de cualquier otro escondite ministerial. En la secretaría de Estado dicen que radica una dependencia que se llama *Comisaría de los Santos Lugares*, y que allí existe un fondo dedicado á *obras pías*.

Si V. quiere y le cuesta menos trabajo, de ese fondo puede girarnos; así como así, se trata de una obra verdaderamente cristiana: se trata de dar de beber al sediento.

B. G.





V

POR este correo recibirá V. carta del señor A. Z.—cuya botica es el centro de la grey ministerial,—dándole pormenores del expediente que le ha formado nuestro excorreligionario D., por si la quinina que expende es más ó menos amarga.

También habrá V. recibido, ó recibirá muy pronto, ó tal vez reciba en este correo mismo, varias misivas de electores leales de los pueblos del distrito, recomendándole la gestión de asuntos, que previamente han consultado conmigo, y es preciso que V., sin demora, los complazca. Mire V. que vendrán otras elecciones; que será preciso luchar de nuevo; que no hay éxito sin disciplina, y que la disciplina, así como en el ejército se sostiene á fuerza de pólvora, entre la gente política sólo se conserva á fuerza de azúcar. El amigo que no obtiene la estimación debida, pide la absoluta y se recoge en otras

banderas. Esto no es dirigir cargos al patriotismo de nadie, pero la verdad es que quien al altar sirve, justo es que del altar coma.

No olvide V., no, siquiera por la cuenta que le tiene, mis observaciones, y dese prisa á matar el hambre y alentar el apetito de los nuestros, que por este camino, si no se llega á la inmortalidad, se llega á la perpetuidad de las funciones legislativas.

Trascurridos algunos días, iré á verle una comisión del distrito con una nota de empleos, cuyas credenciales es preciso remesar á todo trance.

Por de pronto me mandará V. las siguientes cartas de recomendación:

Una al rector de la Universidad de R., para que nombren profesora de la escuela de niñas del pueblo M. á D.^a Joaquina Moreno. Dicha señora sólo pudo merecer que le aprobaran los ejercicios, y no va en terna. Pero es lo mismo. Si el rector quiere servirnos, no es necesario que la D.^a Joaquina vaya en terna. Basta con que se lo figure V. I.

Otra al vicepresidente de la comisión provincial para que procure la exención del servicio de las armas de todos los mozos sorteados en el actual reemplazo, que reúnan la condición de ser hijos ó parientes hasta el sétimo grado de cualquiera de nuestros electores.

Otra al jefe económico, para que no apremie á aquellos de nuestros amigos que adeuden al Tesoro por cualquier concepto.

Otra al Papa, D.ⁿ León XIII, insinuante y muy vivita, que llevará probablemente á la mano el interesado, pidiéndole que declare la nulidad del matrimonio del Sr. J. J.

Y otra al coronel de la remonta de P., mandándole que durante la sementera, me facilite todas las yeguas de vientre, con el objeto de uncirlas y aplicarlas al arado, para que pueda yo con auxilio tan importante, y sin perjuicio de nadie, sembrar mis cuatro granos en buena coyuntura.

He dejado de propósito para lo último, darle una noticia que le será grandemente satisfactoria. D. Luis ***, vecino de S., primer contribuyente del distrito, y nuestro más poderoso adversario, me ha ofrecido pasarse á nuestro bando con la condición de que le prestemos todo nuestro influjo para que pueda echar una presa en el río X, y regar unos cuantos miles de fanegas de tierra, dejando de secano los infinitos huertos que hay por bajo en toda la línea de la ribera.

Esa pretensión, legalmente considerada, es monstruosa, y no habría recomendaciones bastantes en el mundo para hacerla triunfar en los tribunales superiores; pero los propietarios, á quienes el proyecto de D. Luis perjudicaría, son, aunque muchos en número, gente inferior, casi gentuza, y una simple sentencia del juzgado municipal contraria á sus reclamaciones les haría desistir de todo formal conato de reivindicación.... En fin, si está V. conforme con la

condición, el cumplimiento de la misma corre de mi cargo.

Conteste con urgencia, no demore el envío de las cartas, ni el de las credenciales. Vamos, muévase V. mucho, pero mucho. Ya ve que en ello nada personalmente voy ganando. Yo soy un elector ideal; no pido nada para mí, y sólo trabajo por la mayor gloria del sistema representativo, y por el mayor y mejor pasto del rebaño, cuya guarda, vuestra previsión me tiene confiada.

J. Z.





VI

Excelentísimo, serenísimo y monísimo
señor:



CUDO respetuosamente á vucencia para jurarle por todos los clavos de Cristo, que en adelante votaré siempre su candidatura, no sólo por la cuenta que me tiene, que sí me tiene, y mucha, sino porque me horroriza la idea de reincidir en el torpe pecado de desobediencia grave á la autoridad.

Pero, por lo mismo que no recato mi culpa y que con llaneza me acuso, espero de su infinita bondad que me libre del odio de Garrapatas, como aquí se llama al secretario de la bandada municipal, ó del Ayuntamiento, como Vucencias dicen por ahí. El tal infrascripto no me ha dejado con hueso que me quiera bien, ni hay repliegue en mi bolsillo á donde no haya meti-

do su mano. Me tira al lomo como el pastor salvaje á la oveja descarriada, y me agovia hasta dejarme en la espina de Santa Lucía.

A mi Bastianete, que todavía se fabrica trajes enteros con pedazos de mis coletillos, lo ha hecho alcanzar á la marca; mientras que al hijo del alcalde, que es largo como un ciprés, lo ha *revenido* para que resulte corto.

En mi dehesa hay pastos para todos los regidores, menos para mis animales.

Mis caballerías andan siempre prestando el servicio de bagajes; y mi casa tiene siempre alojados á todos los que van y vienen.

Yo soy el responsable del gato que muerde, del perro que ladra, de toda el agua sucia que se vierte á la vía pública, de los cristales que rompen las rondas de zagales, y á nadie más que á mí le toca hacer el gasto de papel de multas.

Llevo gastados más de mil reales en medicinas para mi hija Dolores, que se está muriendo de ictericia, porque le han matado, de orden del alcalde, sus dos canarios, pues dice Garrapatas que traían atronada toda la vecindad, y que el derecho propio se limita por el derecho ajeno. Esto que, aunque yo no lo entiendo por entrincado, será muy justo, no impide que el mismo Garrapatas tenga en su portal una jauría, cuyos perros no dejan dormir á ningún vecino, ni dejan col sana en ninguna huerta.

Me han lanzado de las cofradías, pues de todas es mayordomo Garrapatas, y, sin embargo,

me cobran á la fuerza los recibos de hermano. Caín no hizo otro tanto con Abel. Lo mató, pero sin llevarle dinero.

Después de anochecido no podemos salir á la calle ni yo, ni ninguno de los míos, pues aunque los señores del concejillo no son muy partidarios de la luz, ni nosotros somos jirones de tinieblas, nos alumbran, por mandato de la autoridad, con blandones de encina.

En materia de impuestos ¡oh! en esa materia, señor, ¡qué desventura! Sólo por consumo de sal me han repartido una cifra tan escandalosa que me he visto obligado á darle la cara al secretario. —¿Qué ha hecho V. conmigo?— le dije en presencia de otros señores del concejillo, con tranquilo enojo. —¿No ve su merced que tanto se le ha ido la pluma que no voy á poder pagar ni con frito por unos cuantos granos de sal que es lo que puedo comerme durante el año?

—¡Ah!— exclamó Garrapatas. —¿Quién tiene la culpa de eso? Como es V. tan aficionado á las empresas, ha habido que cargarle la mano, en la previsión de que pueda quedarse con el suministro del gazpacho para todos los segadores de tierra baja.

Yo soy hombre sencillo, que no hago mal y me comporto bien, que sirvo ó no sirvo á la gente, pero que no sazono las negativas con burlas, pues hartó trabajo tiene el que pide en balde con no ser atendido. Y como pienso que todos poseen mi condición, es necesario que la ironía chorree hiel para que mi nariz la huela.

Así, creyendo que en la respuesta de Garrapatas había mucha extravagancia, pero también su parte de formalidad, y que era, por lo tanto, caso de discutir, para provocar un acuerdo, repuse en tono de respetuosa ingenuidad:—¿En qué se funda V., señor mío, para asegurar que pierdo el seso por las empresas? ¿Pues me he metido yo, acaso, nunca en ninguna empresa? —¡Toma!—replicó—¡como fué floja la que acometió V. en las elecciones pasadas queriendo derrotar al Gobierno!

Cuantos allí estaban presentes soltaron entonces el trapo á reír, y yo me marché avergonzado y afligido; pero hubo más: al volverme desde la puerta para decir «pásenlo bien sus mercedes,» Garrapatas me hizo otra vez entrar y me dijo:—Hombre, ya que está V. aquí, le ahorraremos ese viaje al cobrador; voy á que le entreguen el talón de su patente.—¡Mi patente!—grité enfurecido.—¿Tengo yo fábrica, tienda, almacén, máquina, industria, ni ejerzo arte, profesión, oficio ó cosa que lo valga? ¡Nombre de Dios! Esto desespera ya. ¿De qué es esa patente?

—Pues de eso... de eso que hablábamos... Vamos, hombre, sí, la patente de empresario.

Esta vez las risotadas fueron mayores y mi dolor... mi dolor indescriptible. Ignoro cómo pude irme á mi casa por mi propio pie.

Dígame Vucencia, ahora, si eso es lícito, si eso es noble, sobre todo tratándose de un hombre septuagenario.

Por supuesto que bien merecido me lo tengo, pues al fin erré y no por falta de persona que me advirtiera con oportunidad. Mi pobre esposa, la tía Benita que santa paz haya, me dijo desde el primer instante: «No votes con los caídos, que no estás en edad de hacer travesuras. Vete por lo ancho de la calle, que es lo más llano y lo más cómodo. El que no le teme á un alcalde de monterilla no le teme á un dolor de tripas. Eso de aspirar á que los electores le puedan á los Gobernadores, es tan imposible como que las gallinas se coman á las zorras. Mira: es preciso cumplir con Dios y con el César. Para vivir santamente no basta con llenar las obligaciones de todo fiel cristiano, que consisten: en oír misa, confesar, permitir que el cerdo de San Antón se nos meta en la despensa y regalar al cura unas cuantas aves por pascua de Navidad, ó antes si espera su ama la venida de algún sobrino; para vivir santamente es necesario también llenar las obligaciones de todo buen español, que consisten: en pagar los tributos sin decir: «aquí me duele,» entrar en filas cuando gritan «alinearse,» y votarle al Gobierno sus candidatos para lo que quiera que sea, desde pregonero arriba.»

Pero yo no hice caso de tan sabias advertencias, y seguí en mal hora el rumbo de mi torpe pensamiento, que torpe fué, aunque no concebido en estado de odio, que hombre soy para servir á quien me busque, pero no para dañar á nadie con causa ó sin ella.

Diríase mejor que me perdieron las apariencias y falsos cálculos sobre el bien obrar. Como los que acababan de salir del concejillo mostrábanse muy empapirotados, y muy relucientes y muy limpicos, murmuré: «estos son los buenos;» y como los que subieron necesitaron hasta pedir prestados los borcegués el día de la toma de posesión y estaban muy sequerizos, y muy atrasados de alpiste, exclame así, para mis adentros, se entiende: «¡Cuidado con la manada de gorriones que va á caer sobre los cuatro granos del pósito.» Es verdad que también en esto no pequé de ignorancia, pues la tía Benita, que era muy leída y muy lince, me dijo en buena sazón: «Mira, Bartolo: para venir en conocimiento de cuáles son los mejores, no te fijes en que los caballeros que han subido estaban ayer espulgándose al sol, y los que han bajado regüeldan de ahitos; pues aquéllos, por lo mismo que hacía cuatro ó cinco hierbas que no habían visto el prado, tienen la barriga pegada á la sarta, y los otros, por lo mismo que salen de la montanera, están más relucientes...

Entre estos caballeros que van y vienen del concejillo no los hay peores ni mejores, todos son iguales. Además, así como el que no vive en la gracia de Dios es un empecatado, todo el que no vive en la gracia del Gobierno, es un perdido... Por último, sábete que en política no hay buenos más que de real orden; y cuando te interese saber quiénes son los buenos, no

tienes más que enterarte de quiénes son los que mandan.»

Yo, sin embargo, firme que firme; siempre en mis trece. No dí oídos á tan leal consejera, y me eché como un loco por el despeñadero; es decir, voté con los caídos. De suerte que al primer tapón... Porque ha de saber Vucencia que yo no había votado en toda mi vida hasta entonces. ¡Y ojalá se me hubieran roto las manos antes de aproximarlas á aquella urna, donde uno mete un papelillo y saca, sin verla al pronto, una culebra que lo harta de latigazos y le aprieta el gaznatel!

Por supuesto, que la culpa principal, después de todo, la tienen esos cuatro pillos que queriendo servir al pueblo han estado alborotando desde los periódicos para que les den el sufragio electoral. ¡Digo, sufragio! ¡Vaya V. á ver! ¡Como si uno no tuviera bastante con sufragar las cargas municipales y otras mil, lo fuerzan á sufragar los errores y las desavenencias de los grandes políticos, metiéndole de hoz y de coz en las luchas electorales!

El que se come los panes que sufrage el gasto de la harina, y el que los hace torcidos que sufrage el perjuicio de no haberlos sacado derechos.

¡Pero uno que ni los hace ni se los come! ¿No es verdad, señor?

Además, ¿uno qué sabe para apreciar quién lleva la razón en esa respetabilísima marimorena que VV. SS. llaman Congreso, ni qué mo-

tivos tiene para discurrir el modo de deshacer nudos que no contribuyó á formar?

¡Por Dios, señor diputado! Si Vuecencia y los otros excelentísimos señores pajarracos de la compañía legislativa tienen un poco de misericordia, quiten siquiera al pegujalero, al pobre hombre del campo y de la cabaña, cuando menos el sufragio electoral. Demasiado poseemos con el sufragio cereal, con el sufragio territorial, con el sufragio de sal y otra multitud de sufragios. Mire que á fuerza de tanta carga estamos molidos como borrico de sardinero. Y por lo que hace á mí especialmente, le digo que ando con un palmo de lengua fuera, y le ruego que mande, ó que me quiten de encima á Garrapatas, ó que me ahorquen de una vez. Las personas con quienes he consultado sobre el proyecto de escribirle, dicen que Vuecencia se resolverá por lo último, porque es, aunque liberal, hombre de mucha justicia. Pero yo espero que Vuecencia, como hijo ilustre del sistema parlamentario, no se negará á recibirme yendo á parlamentar, no ya con el arma al brazo y la frente erguida, sino todo yo mismo boca abajo, con lágrimas en los ojos, llena el alma de contrición y con verdadero propósito de votarle siempre, se entiende, mientras Vuecencia sea bueno, es decir, mientras mande, pues fuera de los que mandan no hay más que chusma, según aseguraba con su gracioso desparpajo la pobre tía Benita.

A última hora, si Vuecencia juzga que el

crimen de no haberle votado es imperdonable, no insistiré en reclamar un perdón de que no soy digno; pero siquiera cámbiame Vucencia el instrumento. Con eso, que es bien poco, me conformo. Es decir, me allano á que en lugar de darme los azotes Garrapatas, me los dé otro cualquiera.

Excelentísimo, serenísimo y monísimo señor.
Besa vuestros pies vuestro muy amado siervo,

EL TÍO BARTOLO.

Postdata. El mejor añojillo que me han criado mis vacas, se lo mandaré á V. dentro de algunos días con el cosario de Madrid. Digo si es que hay cosario, que siempre lo habrá, pues de algún modo tendrá que comunicarse con aquella población la gente de este lugar que dista más de cien leguas. Yo no estoy enterado de nada, porque hasta lo de las elecciones no sabía que hubiera ningún pueblo que se llamara Madrid.

Por supuesto que este presente no es por nada, sino por gusto de que Vucencia pruebe los pastos de esta sierra, que son muy nutritivos, que acebonan á un tísico, y crían muy buena lana.



CARTAS SUELTAS



CARTA PRIMERA

*Del jefe de una diócesis política al Ministro de ***
el mayor de los Metropolitanos.*



SEÑOR Ministro: «Mis adversarios pueden esperar todo de mi justicia: el que de entre ellos la necesite, en mí la encontrará. Mis amigos nada pueden esperar de mi misericordia: si caen, como pecadores serán tratados. Es ya tiempo de que el país tenga un Gobierno, y no cada partido el suyo... Aceptar las indicaciones de VV. sobre la designación de persona para el mando de la provincia á que pertenecen, sería poner los grandes intereses sociales por debajo de los intereses de bandería; proseguir la obra de perdición en que parece como que están empeñados todos los hombres políticos; favorecer, alentar

el caciquismo, cuando mi deseo es destruirlo, extirparlo, pero de veras, pero profundamente.»

Tales fueron, palabra más, palabra menos, las frases que V. nos dirigió en el acto de recepción de los representantes de nuestro partido en la provincia C, frases admirabilísimas para pronunciadas por quien hubiese descendido del Olimpo al Ministerio, pero no para pronunciadas por un personaje que llega á la poderosa ínsula desde el círculo de la calle de... Cuando se ha vivido entre los dioses, es ruin obrar como una simple criatura; pero es aún más ruin pretender revestirse con apariencias de Dios cuando se ha vivido entre los hombres, y de ellos ha sido uno engendrado, y por la acción combinada de muchas iniciativas se ha conseguido una posición excepcional.

Acabar con las influencias nocivas, con la podredumbre cortesana, con la tiranía de los prestigios y las celebridades de campanario, con las políticas de caudillaje y los favores de la nómina, eso sería una obra verdaderamente nacional. ¿Pero qué autoridad, señor mío, tiene usted para iniciarla?

Usted, Sr. Ministro, hablando como nos habló desde los salones de su departamento, condenando las improvisaciones y el caciquismo, no hizo otra cosa que renunciar á su origen, escupir á su propia cuna y reconocer en definitiva la ilegitimidad de los medios á que ha debido su encumbramiento, porque sin que yo le dispute cualidades y luces, puedo decir muy

alto, con su mismo testimonio seguramente, que ha necesitado para subir de muchos hombres ajenos, de una popularidad en la que cada uno de sus prosélitos, fabricados con urgencia, ha puesto una nota, de masas alquiladas al partido carlista ó al federal para victorearle en las estaciones del tránsito en su viaje por las provincias y de la organización apresurada de comités y círculos, que son como otros tantos viveros de caciques y de pretendientes.

He asegurado que podía sostener esta afirmación con el propio testimonio de V., y creo no haber mentido. Apelo si no á su buena memoria. Ella le dirá cuándo, cómo y por qué acepté el compromiso de organizarle sus fuerzas políticas en esta provincia.

Usted y yo nos conocimos de jóvenes en la Universidad, y no volvimos á vernos hasta el otoño de 1881. ¿No es esto exacto? Una circunstancia casual nos reunió en Madrid en casa de un amigo de los dos. ¿Va V. recordando?

Al reconocerme después de tantos años de ausencia me abrazó V. con afecto efusivo y con enternecimiento generoso, que me hizo gozar y sufrir, sufrir también, porque hay, aun en las simpatías con que los grandes hombres nos distinguen á los hombres oscuros, algo así como un movimiento de piedad, que parece echarnos en cara súbitamente y por peregrino modo toda nuestra mísera pequeñez. Yo correspondí á sus desbordes de sentimiento con una demostración de cariño no menos grande, pero respe-

tuosa. Después entramos en materia, ó hablando con más propiedad, V. entró en materia.

—Sé—me dijo—que goza V. de una gran nombradía en la capital X y en todo el territorio que abarca la jurisdicción de su antigua Chancillería, como abogado y como hombre independiente y recto; sé que hace un uso honrado de sus bienes y de sus luces; sé que vive V. respetado y feliz, con una posición holgada y en el seno de una familia cariñosa y distinguida. Pero, amigo mío, es necesario buscar á la actividad intelectual campo más extenso que el que ofrece el ejercicio de una profesión, por brillante que sea, y lo es mucho la de V.; es necesario, sobre todo, esforzarse por dejar á los hijos algo más que unas cuantas aranzadas de tierra, algo que sin ser cotizabile en las bolsas y en los mercados contribuye al enaltecimiento de los linajes y lisonjea el noble orgullo de las almas. En una palabra, importa dejar á los hijos un pedazo de pan, porque la materia no prescinde de su cebo, pero es mayormente necesario dejarles en las incrustaciones de un nombre glorioso la memoria de hechos que les hagan mirar con deleite hacia todo lo alto de su prosapia.

¡Y qué quiere V., Sr. D. A! Hoy en España sólo puede ilustrarse, no sé si por desdicha ó por fortuna de todos, pienso yo que por fortuna, hoy sólo puede ilustrarse un nombre en los diarios pacíficos combates de la política! Yo que había estado oyendo á V. con respeto y con gusto, no pude, sin embargo, contenerme

al comprender la significación de sus últimas palabras, y le interrumpí, acaso bruscamente, porque el hombre de convicciones tenaces rebasa, alguna vez sin quererlo, en su franqueza, la línea de las formas corteses. «No siga V.—le dije;—la política me enfada y me asusta; yo no he nacido para ese arte, para esa ocupación ó lo que sea. Además, soy un prisionero que está satisfecho de su condición, porque mi hogar es mi jaula. Vivo feliz entre esas redes fortísimas que forman los afectos conyugales, y ¡ya ve V.! para la política lo que se necesita son hombres libres.» Entonces se entabló entre los dos un diálogo vivo, interesante, animado, que sé de memoria y que me tomo la libertad de reproducir aquí para que pueda V. comparar lo que va de ayer á hoy, lo que va del candidato al Ministro.

—Amigo mío—respondió V.,—considero, y ha de perdonarme que se lo diga sin rebozo, considero que no ha sido V. enteramente franco al expresar los motivos que le mantienen retraído de la vida pública. No es que odie la política, es que V. tiene muy mala idea de los hombres políticos.

—Precisamente.

—Opinión de que participan cuantos viven absolutamente apartados del movimiento de los partidos, pero que se rectifica con prontitud y convicción cuando se reflexiona sin apasionamiento y se discute de buena fe. Reconozco que entre los de mi oficio abundan los pícaros,

pero no escasean las nobles figuras, y aun suele haber sus mártires y sus héroes. Además, la creencia de que la gobernación de los pueblos está entregada á los peores, es una razón ciertamente, pero no para que los mejores rehuyan toda participación en la cosa pública, sino más bien para animarles á sacudir la pereza de un retraimiento cobarde y aun me atrevo á decir, criminal. Los malos abandonados á sí propios serán siempre malos; pero la compañía de los buenos, por la eficacia del ejemplo y por la virtualidad de las leyes del contagio, puede llegar á trasformarlos, á purificarlos, á ennoblecerlos. Es, pues, caso de patriotismo, de valor, quizá de misericordia, que ustedes, los que tan desfavorablemente nos juzgan, vengan á la política á enmendarnos, á corregirnos, á fortalecernos con sus virtudes, con sus austeridades.

—Esto está muy bien dicho; perfectamente dicho; pero V. que acaba de hablarme de la virtualidad y de la eficacia de varias cosas, ¿no cree en la natural influencia del número? ¿No cree V. que los pocos, cualesquiera que sean sus calidades y sus resistencias, se verán siempre obligados á seguir las corrientes de los muchos? Unas gotas de zumo de naranja no pueden dar color ni sabor á toda el agua contenida en un estanque; una idea de paz lanzada á un pueblo inquieto, avaro de botín, será como el grano arrojado á tierra estéril: no prosperará. El número puede sufrir una derrota;

una minoría podrá imponerse alguna vez, pero ¡ay entonces de los grandes principios y de los grandes intereses, porque no será el puñado de héroes el que arrastre á la multitud alborotada y corrompida, sino el puñado de perversos el que triunfe de toda una masa de gentes honradas! ¿Qué haríamos, pues, unos cuantos hombres de intención recta y de inteligencia inferior con tomar puesto en la política activa? Nada. Después de muchos reveses y de muchos sinsabores, tendríamos que mostrarnos dóciles con la moda reinante, cayendo envueltos en la ola de la corrupción general, ó tendríamos que volvernos á nuestras casas mustios, maltrechos, desconsolados por el cansancio de un viaje incómodo y por el peso de un fardo bien lleno de tribulaciones y desengaños.

—Amigo mío: sostiene V. unas teorías que deben parecerle muy sublimes, pero que son demoleadoras.

—¡Cómo!...

—Sí; todo pesimismo es una obra de demolición.

—¡Pardiez! ¡Conque llamáis pesimismo al franco reconocimiento de un mal evidente!

—Cuando se ve el cielo siempre turbio, y el agua siempre removida, el nivel moral siempre bajando, ¿qué hay en el ánimo sino tedio, pusilanimidad é hipocondría? La creencia de que todos los pilotos en disponibilidad para dirigir la nave del Estado, son unos cortesanos de la tormenta, unos cómplices del naufragio, ¿qué es

sino exceso de pesimismo?... No, V. es demasiado discreto para comprender que cualquier concurso generoso en la política reporta al país una ventaja positiva, y es demasiado patriota para mantenerse en una pasividad infecunda.

—¡Ah, si yo supiera que podía ser útil...

—La seguridad del resultado no es lo que debe mover nuestro ánimo. Cuando se tiene conciencia de la bondad de una acción, se acomete, se realiza, y salga lo que salga. ¿Podemos? Pues no importa: la alteza del pensamiento neutraliza el quebranto del éxito malogrado. ¿Sucumbimos? Pues la existencia que no debe arriesgarse en lances indignos ú oscuros, halla un glorioso remate cuando éste se produce por una noble caída. La lucha por el interés, el sacrificio por el galardón es cosa de mercaderes. Los ánimos valerosos luchan sencillamente cuando deben luchar; V. es joven, honrado, inteligente, activo; puede servir á su país en el gobierno, en el municipio, en el periódico, en la tribuna, y sólo necesita V. convencerse de esto, es decir, convencerse de su importancia para vencer sus escrúpulos, modificar sus opiniones y sacudir la somnolencia de la vida privada.

—Si lo que V. pretendía era fascinarme con su palabra, lo ha conseguido; pero persuadirme...

—¿Es que aún no lo está V.?... Vengamos á cuentas, amigo mío; la política no es una carrera que á uno le es dado seguir ó no seguir; no es un

género de esparcimiento que puede parecer agradabilísimo ó peligroso, según el gusto y la opinión de cada cual; no es un río que lleva para algunos granos de oro en sus arenas, y en sus aguas veneno en disolución para muchos. La política, sencillamente, es el medio externo que hace posible la intervención de todos en la gestión del interés de todos. ¿Cómo se regulan las relaciones privadas? ¿Cómo se organiza la familia? ¿Cómo se limita la libertad individual? ¿Cómo se tasa el derecho propio? ¿Cómo se desgarnece ó se vigoriza el poder público? Por medio de las leyes... ¿Y quiénes hacen las leyes? Los diputados. ¿Y de dónde salen los diputados? De la gente política. Pues si V. no vota, si no se queja, si no reclama, si no elige ni consiente que lo elijan para representar á sus conciudadanos en las Cortes, V. no es un hombre independiente, V. es un siervo, y un siervo del peor linaje, un siervo voluntario que abre su bolsillo y pone su espalda para que lo saqueen y le peguen. Renunciar á la política es renunciar al cuidado de lo que nos pertenece, renunciar á la inspección inmediata de los asuntos y á la vigilancia de los grandes gerentes de una inmensa compañía de la que todos somos, accionistas á la fuerza. Si las personas de posición, de arraigo, de entendimiento y de rectitud pensarán en su inmensa mayoría como V., si se alejasen por igual de la gestión de la cosa pública, entonces es cuando el Gobierno quedaría en manos de los peores y el desastre sería

total é inevitable. Insisto, pues, en mis primeros argumentos, insisto en que la opinión desventajosa que V. tiene de nosotros es una razón poderosísima para moverle á salir del retraimiento en que vive. Por supuesto que V. no cree de veras que todos los hombres políticos somos unos bribones.

—¡Ah! yo no creo que todos... pero...

—En fin, amigo mío, ha llegado el momento de localizar la cuestión, de personificarla. ¿Cree V. que yo sería capaz de dar á mi país desde el Gobierno gato por liebre?

—No, no; V. no.

—¿Cree V. que si algún día los azares de la suerte confiasen á mi dirección la nave del Estado, sería yo un piloto capaz de venir á tratos con los vientos?

—Repito que no puedo creer de V. nada malo.

—Luego si mañana yo levanto una bandera podré contar con los servicios de V.

—Con mis votos; eso sí, porque yo haré votos al cielo por que V. salga bien de su empresa y cubra de gloria su bandera y modifique las condiciones esenciales del actual estado político; pero mi concurso activo, mi ingreso en sus filas ¡ah! perdone V.; para semejantes sacrificios no puedo ofrecerme. Mi resolución de no abandonar la vida privada es irrevocable.

—Entonces resulta clara una cosa. Resulta que V. sólo por galantería ha reconocido mi honradez y mi patriotismo; pero en el fondo

de su alma, V. cree que yo soy uno de tantos, un ambicioso vulgar, un desdichado, un miserable.

—¿Es que no he sido bastante explícito?

—Precisamente por eso, porque lo ha sido V. demasiado.

—Ahora lo comprendo menos.

—¡Menos!... V. ha venido á decir en sustancia que no quiere cuentas con truhanes, que no le gusta ir á ninguna parte con malas compañías, que permanece alejado del movimiento político porque sus directores, sus impulsores no son gente de fiar. Después yo le he revelado mi propósito de formar un partido y le he invitado á tomar plaza en sus filas. De ningún modo, ha contestado V. Luego V. juzga que ir conmigo no es ir bien acompañado. No se puede pedir mayor claridad, discurrendo por supuesto con mediana lógica.

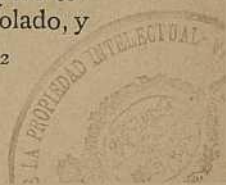
.....

Sr. Ministro: V. recordará perfectamente las protestas, y las declaraciones que de mi parte siguieron á esas últimas palabras de nuestro diálogo V. con habilidad extrema me constriñó á seguirle ó á confesar que rehuía su contacto por peligroso. Esto de un lado; y de otro, ¿por qué no decirlo? la seducción de su elocuencia y de su fama, quebrantaron mi propósito y le entregué mi cabeza para que le impusiese el símbolo de las primeras órdenes políticas. Desde entonces, desde que fuí tonsurado comencé

á secundarle en sus maniobras, y mi entusiasmo fué tan grande como grande había sido antes mi indiferencia. La gestión de los negocios, que hizo necesario mi viaje á Madrid, quedó desatendida. El asunto ya para mí de mayor urgencia era trabajar por la causa de V., y precipidamente emprendí mi viaje de regreso á C. El mismo día de mi llegada reuní en mi despacho á mis amigos particulares, á mis parientes, á cuantas personas podía creer ligadas á la mía por vínculos de gratitud y de esperanza, por razones de compañerismo, por causas especiales, y les pronuncié un discurso con reflexiones de hombre de Estado y tonos calientes de patriota: indudablemente, se me había pegado el aire de la corte. La sorpresa del auditorio fué extraordinaria.» «¡Conque D. J. se nos ha hecho político! «¡Es donoso!...» «¡Es singular!...» «¡Ya era tiempo!» «¡Bien!... ¡Que sea para muchos años!...» prorumpieron casi en un solo grito todos los circunstantes. Hubo entre ellos quien creyera atrevido el paso, quien augurara mal de la empresa, pero nadie discor-dó públicamente, y todos me ofrecieron su incondicional apoyo. Acto seguido empezamos á extender circulares para nuestros amigos respectivos de los pueblos, y en un *abrir y cerrar de ojos*, no quedó ciudad, villorio ni aldea donde no tuviesen representación personal nuestros principios. ¡Qué propagandista, qué gran propagandista, qué talento de organizador, de gran organizador se reveló entonces

en mí! Yo, hombre sobrio, sencillo y circunspecto, comencé á sentirme enardecido por la fiebre de una vanidad hidrópica, y hubo momento en que, á la vista del voluminoso fajo de cartas de adhesión con que de los pueblos consultados se contestaba á mi llamamiento, llegué á pensar que si en frente del célebre Ministro prusiano Roon me hubiera tenido Francia para disponer sus servicios y organizar sus fuerzas, los alemanes no habrían atravesado el Rhin. No recuerdo precisamente el número de días, pero puedo asegurar que no pasaron de ocho los que necesité para darle á V. organizados trescientos veintiseis comités, correspondientes á otros tantos municipios de que se compone esta provincia.—«Bien, amigo, muy bien—me escribió V.;—eso es algo más que hacer política: es hacer milagros. Con unos cuantos hombres de su temple, de su celo, de su perspicacia, España sería nuestra. Si subo al Gobierno, será V. el primero á quien tenga en memoria: ha tomado V. en un sólo día estatura de subsecretario.

Para el próximo mes tengo proyectada una excursión á las provincias, comenzando la visita por las que se encuentran mejor organizadas. Excuso decirle que la primera destinada á sufrir la molestia de recibirme, es la de V. Ningún sitio más á propósito que el Parlamento para trazar un programa, extender fe de vida á un partido y jurar una bandera; pero todo principio nuevo necesita de un apostolado, y



es preciso que el apóstol de las gentes vaya por esas tierras de Dios á evangelizarlas. Dónde me deben VV. poner el púlpito, es cosa para pensada despacio. Los oradores y los evangelistas no pueden ir hoy, no van ya á la plaza pública; á la plaza pública van sólo ya los saca-muelas. El escenario de un teatro me parece demasiado fuerte; trascendería á farsa el sermón. Exhibirse en una casa privada, ante una reunión de amigos, es cosa de artistas subalternos ó vergonzantes, que sienten miedo de verse anunciados en los carteles. El único procedimiento, al menos el procedimiento de moda, es el banquete. Esta civilización no quiere, en lo que tiene de materialista, prescindir del concurso de los sentidos, y procura halagarlos introduciendo en todas las solemnidades de la vida usos y ritos que les permitan una satisfacción omnímoda. Haremos, pues, si á V. le parece, de la mesa el púlpito, y santificaremos la palabra de la libertad, rociándola con champagne, que es como el agua bendita de las fiestas laicas.... En fin, ya le daré oportunamente el aviso de mi salida, y entonces será la ocasión de decidir en punto á pormenores y detalles de ejecución.»

Yo no esperé el aviso de V. para dar á mis amigos el de que estuviesen listos á comer en un banquete del partido, previo el modesto desembolso de cuarenta pesetas por persona. La noticia les fué en extremo satisfactoria: sintiéronse orgullosos de ser los primeros pro-

vincianos destinados á recibir la visita del ilustre jefe, y casi todo el honorable gremio de curiales, muchos abogados de pobres á quienes mato el hambre con frecuencia dándoles algunos negocillos de pago, multitud de estudiantes que van saltando de junio á junio con la ayuda de Dios y mis recomendaciones, los parientes de mi mujer, que son numerosos, en una palabra, todos nuestros correligionarios, con más, varios respetables señores de esos que quieren tener vela en todos los entierros, corrieron de la tienda á la sastrería para proveerse de la correspondiente levita nueva.

Usted cumplió su palabra, vino á C, honró mi hogar sentándose á mi mesa. El recibimiento fué entusiasta, el aparato de fuerzas políticas ruidoso, la gira á la montaña divertida, el movimiento de representantes de comités de los pueblos una verdadera peregrinación, el banquete un gran acontecimiento culinario-artístico-rectórico. ¡Qué manjares, qué licores, qué brindis! El hilo telegráfico que comunica con Madrid estuvo en continua acción muchas horas trasmitiendo á la prensa de la corte noticias de los agasajos, de las atenciones y de los honores tributados al jefe de la nueva escuela en la ciudad de C. Con este motivo el programa de nuestro partido, ya un tanto olvidado, fué por algunos días la comidilla de todos los círculos políticos, y España entera pudo saber que el nuevo pastor comenzaba á tener rebaño. El fuego de los adeptos de estas comarcas corrió

á otras provincias. Nuestro entusiasmo engendró otros entusiasmos. La bola de nieve adquirió proporciones no previstas. Era indudable que nosotros habíamos prestado á V. un servicio trascendental levantando la caza, calentando el horno, dotándole de huestes, y así debió usted mismo comprenderlo cuando algunas horas antes de partir de C me dijo á solas en un arranque patético de profunda gratitud: «He estado en el Gobierno, he paladeado las venturas ministeriales y no me gustan. Si las pretendo de nuevo es por impulsos románticos, por móviles patrióticos, por amor á las ideas, en una palabra. Pero ¡ah! en esta ocasión no es todo espiritualismo; en esta ocasión deseo el poder, no ya sólo por las ideas, sino para pagar deudas personales, para pagarle á V., de quien acabo de recibir favores extraordinarios, utilísimos, desinteresados, inolvidables.»

Yo que había trabajado con desinterés, que no me acordaba, ó que no sabía entonces que los servicios políticos suelen pagarse y que casi siempre se prestan para que se paguen, oí sus frases de despedida con extrañeza y aun con disgusto. Su promesa de que no me olvidaría cuando triunfase parecióme que era el precio del pupilaje por los días que le había tenido en mi casa; menos aún, una propina, aunque en la forma distinta, igual, por otra parte, á la que daría á mis sirvientes entregando al mayordomo unas cuantas monedas de oro ó plata para que las repartiera. Otro

hombre más despreocupado se hubiese juzgado feliz: yo estuve á punto de morirme de vergüenza...

Llegó la hora de la partida: se fué V. Nuestros vítores le acompañaron hasta el andén y nuestra admiración más lejos. Pero los primeros trasportes y las últimas oleadas del entusiasmo de las fiestas de recepción pasaron, y yo, despreocupado, pero no arrepentido, en período ya de reflexión que no de enfriamiento, eché una ojeada por dentro de mí mismo, hice un estado comparativo de mis asuntos días antes y meses después de mi iniciación política, y me encontré con que al presente los rendimientos de mi estudio de abogado habían disminuído en una proporción considerable. El caso era triste, pero no raro. La causa de mi desnivel económico podía explicarse de la siguiente manera: para dedicar horas á la propaganda política había sido necesario restarlas al trabajo profesional, y naturalmente á una disminución de trabajo debía corresponder necesariamente una disminución de salario. El grueso de nuestras filas se componía del grueso de mis clientes, y el hombre de partido tenía que ser generoso para mantener el rigor disciplinario á costa del pobre obrero, del pobre abogado; es decir, yo, para los efectos económicos, tenía que hacer desaparecer mi personalidad de acreedor ante mi personalidad de caudillo... Muchos otros litigantes que después de ver terminados sus asuntos me pedían, abriendo sus carteras, la no-

ta de mis honorarios, limitábanse ahora á decir «puede V. afiliarme á la comunión,» y con eso me pagaban.

Pero mi fortuna no se había resentido sólo de la pérdida de ingresos, sino del aumento de gastos. De mi gabeta, á donde ya entraba menos, salía, en cambio, mucho más. La propaganda, la organización cuesta dinero que deben facilitar los organizadores, los propagandistas. En todos los partidos hay desvalimientos simpáticos, celebridades arruinadas, inteligencias sin ocupación, artistas pobres que es preciso socorrer por medio de suscripciones que encabeza el jefe. Esto constituye un verdadero sistema de tributación, aparte de las mil socialiñas, que es la necesidad de todos los instantes. Sin ir más lejos, en el banquete con que obsequiamos á V., yo comí como uno y pagué como ciento, pues hubo más de un comensal que al ser requerido por el fondista para el pago de su cuota, exclamó sorprendido: «¡Hombrel yo bastante hice con sentarme á la mesa para aumentar el aparato escénico sin tener el mayor apetito y sin estar por completo identificado con las ideas proclamadas en el banquete.» Ya usted presumirá que el fondista buscó, replegándose sobre mi bolsillo, el medio de fortalecerse contra la frialdad que le produjo el retraimiento de esos comensales. No refiero casos ni incidentes semejantes ó análogos, porque sería tarea empalagosa y prolija; afirmo, sí, que con mi ingreso en el campo

político coincidió el quebranto de mi fortuna, cuyo reconocimiento me produjo verdadera consternación. ¿Cómo, pues, restablecerla? ¿Cómo destruir un mal cuyas proporciones serían cada día más funestas y más grandes? El remedio, conocida como me era su causa, saltaba á la vista: yo debía volver á mi antigua situación, á mi estado de obrero, al reposo de mi bufete para acrecer, ó, cuando menos, conservar el patrimonio de mis hijos. Pero la política tiene algo de la aguja imantada: sobre los que se consagran á ella de jóvenes, por codicia, por instinto, ejerce la atracción de un vicio; sobre los que la abrazan á edad madura por convencimientos generosos, aunque errados, ejerce la atracción de la virtud, porque la vida colectiva, el régimen de los partidos, la comunidad de esfuerzos y aspiraciones, crea compromisos y establece vínculos que honradamente no se pueden olvidar y romper. No, no; yo aunque más ó menos moralmente cohibido, pero sin violencia material; por resolución tardía, pero libre y firme, había jurado una bandera, y debía seguirla; había reconocido á un jefe, y debía obedecerle; habíame ligado al culto de una idea, y debía sostener la seriedad de mis votos. Pero había de por medio, convidándome á la rebeldía, una alta razón de sentimiento; la suerte de mi familia me reclamaba para el propio hogar; no podía consagrarme al interés privado y al interés público... era preciso abandonar uno de los dos. ¿Cómo buscar la compatibilidad de

ambos? ¡Ah! entonces nació en mí la afición al presupuesto, la idea del destino. En un día—me dije—podré conquistar lo derrochado durante mucho tiempo, y nada tendrá que echar en cara el padre de familia al hombre político. La victoria ofrece indemnizaciones crecidas. Sin embargo, no tardé mucho en comprender que soñaba. En España, el sueldo más alto, con excepción del de Ministro, no excede de tres mil duros; el abandono de mi bufete supondría cuando menos la pérdida de cuatro, y el vacío de cuatro no se llena con tres. Sí, sí; debería abandonar los intereses ó las ideas, renunciar á la familia ó á la política... Nuevas y más dolorosas perplejidades. Por fin pensé que si de los empleos se saca poco cuando se sirven, puede sacarse mucho cuando se explotan... Pero este pensamiento cruzó veloz por mi frente como si la abrasara la llamarada de vergüenza que encendió en mi corazón honrado. Yo, el hombre independiente, el hombre austero, el hombre acomodado y laborioso, pensando también en corromperme. ¡Pícara política!... Pero repito que todo fué obra de un momento. Mi espíritu entró de prisa en plena reacción moral. Abandoné avergonzado la idea de enriquecerme irregularmente, como se dice ahora. Además, ¿no podía yo optar con derecho á la más alta posición sin pecar de ambicioso y llenarme de desdoro? ¿No era yo acaso de la madera de los Ministros?... Llegado el día del triunfo, encontraría fácilmente un distrito que me otorgara

su representación: sería diputado, intervendría en los debates parlamentarios de carácter técnico, de carácter facultativo, propios de mi especialidad; haría una campaña en toda regla para conquistarme la cartera de Gracia y Justicia, la conquistaría, y después, ¡ah! después gozaría de la importancia perpetua, del bienestar perpetuo que gozan los que han siquiera pernoctado en el paraíso. Este fué mi último proyecto, proyecto noble, formal, irreprochable, proyecto que dejaba á salvo mis escrúpulos caballerescos, mis compromisos políticos y mis conveniencias domésticas.

Ya ve V., señor excelentísimo, cómo nacen y se desarrollan, aun en hombres modestos, humildes y trabajadores, las pretensiones más insensatas. Es necesario, sí, apatar á las gentes de la tentación del presupuesto, y del atractivo peligroso de las grandezas fáciles; es necesario, sí, demostrar que en el trabajo es donde tiene el bien su raíz, la prosperidad su fuente y su base todo legítimo orgullo; es necesario, sí, hacer notar que el obrero mecánico con sus manos encallecidas, con su piel terrosa, con sus fuerzas debilitadas; que el campesino con el cuerpo doblado sobre la máquina que arrastra la yunta, y con el pie resbalando sobre la tierra húmeda ó caldeada por la neblina del invierno que gotea nieve ó el sol estival que chorrea fuego; que el trabajador de las minas perdido en los subterráneos, desposeído de la luz, bajo la amenaza del desplome, eterno emigrado de la ciudad,

están tan altos como esos holgazanes de fortuna empingorotados en el Gobierno civil, en la senaduría, en la Embajada, en el Ministerio, con la cara reluciente, el cuello erguido, la fisonomía satisfecha, pero física y moralmente mutilados, porque para elevarse han tenido que dejar en el camino mucha carne de las rodillas y muchos pedazos del alma. Es necesario, por último, buscar los hombres para los empleos, repartir las mercedes con arreglo á las aptitudes, condenar toda improvisación injustificada y acelerar el vuelo de toda aspiración legítima. Pero los que hablan más de civismo, de austeridad, de pureza, son los menos autorizados para fulminar el rayo, enaltecer el mérito é intentar la reforma.

Ustedes, los *condottieri* modernos, los jefes de grupo, de fracción y de partido alientan inmoderadamente las aficiones punibles, hacen ó compran, mejor dicho, prosélitos á precio de esperanzas imposibles, y cuando triunfan, cuando asaltan la oposición ministerial, cuando han saciado todos los apetitos, cuando están hartos de represalias, de honores, de comodidades, predicán á los que vienen detrás, á los que les han ayudado, la mansedumbre, la abstinencia, el desinterés. VV., menos generosos que el nunca bien poderado D. Juan de Robres, hacen los holgazanes y después los lanzan á la miseria, al ludibrio y á la desesperación. VV. cantan la luz y engendran las tinieblas, piden aires puros y envenenan la atmósfera, proclaman la nece-

sidad de los procederes claros y enturbian el agua, invitan á caer y tratan á las víctimas que su seducción produce como no hicieran dueñas. Y lo más triste es que hay una masa de opinión respetable, pero inconsciente y sencilla, que los cree á VV., y nos denosta á nosotros los seducidos, los engañados. ¡Pardiez! sería bueno que ese gran anatómico del alma, que ese escudriñador de las dolencias recónditas y de los fenómenos psicológicos, que ese hombre extraordinario que administra la filosofía en ritmas, que mi ilustre amigo Campoamor, ya que ha tenido ¡Dios se lo pague! la piedad de decir á las niñas *Por dónde viene la muerte*, tuviese también el humanitario antojo de decir en un poemita de mayores ó menores proporciones, tomando apuntes de mi situación, que no es ciertamente un caso aislado, *Por dónde viene la ambición*, para enseñanza de muchos incautos y de los hombres que con autoridad suficiente y posición bastante, acometiesen la bellísima tarea de reconstruir la política española sobre moldes nuevos, sobre un sentido de alta moralidad. Es imposible destruir un vicio cuyo origen y cuyos agentes se desconocen. Si todos los palos se nos han de dar á nosotros los que pedimos porque nos han enseñado á pedir; si han de buscarse los curanderos entre los instigadores del mal y la responsabilidad del mismo entre los instigados, si han de ser las malaventuranzas para los pobres, para los ilusos, para los pecadores inconscientes y los tiranos

chicos, ¡ah! entonces, ¡adiós justicia! ¡adiós salvación! ¡adiós reforma!

Pero no es, al presente, mi papel el papel de Jeremías, sino el de Herodoto; ya vendrá la hora de los comentarios y de las lamentaciones; mientras tanto, reanudo, en el punto mismo donde lo dejé, el hilo de mi historia ..

Sí, señor, sí; llegado el triunfo, yo seré diputado—me dije,—y después Ministro, y después vocal de todos los consejos de administración de ferrocarriles, y abogado consultor de todas las casas fuertes del partido, es decir, un hombre preponderante y rico, sin necesidad de trabajar ni de delinquir. Pero, ¡oh! ¿triunfaríamos? Esté fué solo el objeto de mi preocupación, desde que me juzgué apto para el Ministerio. ¡Qué días de temores y de tristezas! ¡Qué días de espejismos y de esperanzas! Por fin llegó la hora: en esta pobre España cada fracción y aun cada facción tiene, cuando menos, un día de su parte á la fortuna política; en fuerza de rodar la bola, todos los números, andando el tiempo, salen premiados. Llegó la hora, repito; ganó usted como un héroe las fortalezas del Ministerio, y escuso decirle el efecto que produciría tan fausta nueva entre sus correligionarios de por acá. «¡A Madrid! ¡A Madrid!» «¡Pronto!» «¡Una comisión!» «¡Y que sea numerosa!» «¡Y de gente que no se muerda la lengua!» «¡Sí, sí; sobre todo, de gente despabilada y audaz!» «¡Mañana será tarde. En tales casos, lo salvador es lo urgente. Los comisionados deben salir

esta noche mismo. El que da primero...» Tal fué el grito unánime de sus amigos de C. Y el partido que había logrado mantenerse compacto durante la adversidad, estuvo á punto de sufrir la primer disidencia, con motivo de la designación de nombres que deberían componer la comisión; pero arreglóse por fin, no sin trabajo, la cosa en paz, y cuando aún no habría usted salido de Palacio de jurar el cargo, tomábamos los representantes del comité provincial el tren correo con rumbo á Madrid. Durante el viaje, yo deliré, fantaseé, soñé como un enamorado, como un poeta, como un niño. Con el polvo todavía del camino, y á una hora en verdad desusada, nos dirigimos á su casa de V. «No está el señor—nos dijo desabridamente el criado.»—Yo saqué entonces una tarjeta y escribí debajo de mi apellido: «Mañana volveré, déjeme V. una hora designada para verle, pero en su propio hotel.» Esta contrariedad; el simple hecho de no hablarle á la primer tentativa, fué para mí un mal presagio. Ciertamente, no había razón para semejante cosa. Era posible que V. no estuviese en su casa á las diez de la mañana; aun estando, era natural que V. no recibiese á nadie á hora tan molesta, y aun tratándose de hora más propicia, natural era asimismo que el criado de un personaje asediado de negocios y de pretendientes, no franquease la casa al primer desconocido. Pero yo pensaba que V. no habría olvidado al célebre fabricante de entusiasmo, al muñidor sin rival, á su grande

amigo de C. Pensaba yo que V., desde que abandonó triunfalmente esta población, no había dejado ni un sólo momento de hablar de mí en todas partes, en el salón de conferencias, en el círculo de la calle de..., en el seno de su familia, delante de sus hijos, de sus deudos, de sus criados, los cuales me conocerían perfectamente, en fuerza de oírle describir, no ya los rasgos salientes de mi personalidad moral, si que también los de mi personalidad física. «Este hombre ha debido conocerme—decíame yo, refiriéndome á su criado de V.;—ha debido conocerme y, por lo tanto, introducirme en las habitaciones de su señor, si estaba para verle; si no estaba, para esperarle. No lo ha hecho y esto empieza mal.»

Al día siguiente volvimos á su casa. El criado nos dijo con igual desabrimiento:

—No está el señor.

—¿Ha dejado algo para mí?—le pregunté.

—Nada.

—¿Me recuerda V.? ¿Sabe V. quién soy?

—Sí, ayer estuvo V. aquí y me dió una tarjeta que yo debería entregar al señor; se la entregue, y...

—¿No le ha dicho á V. nada?

—Repito que nada.

Esto no era ya presagio de un desastre; era el desastre mismo. De ello llegué á convencerme profundamente, tan profundamente, que cediendo á mis impulsos, á mis inspiraciones, á mis presentimientos, habría dispuesto sin otra

dilación el viaje de retorno; pero tenía para con mis correligionarios de C, para con mis compañeros de comisión, deberes cuyo cumplimiento me exigía el sacrificio de procurar á toda costa, de mendigar, mejor dicho, una entrevista con V., y acongojado, y avergonzado, resolvíme á formar cola en las antesalas del Ministerio entre la multitud rural de las demás comisiones de provincias. Lo que pasó en nuestra brevísima conferencia, V. lo recuerda bien para que yo necesite extenderme en descripciones superfluas. Sus manos apenas estrecharon las mías; su recibimiento no rebasó en un punto la magnífica sequedad de la galantería oficial y ceremoniosa; yo me limité á presentarle á mis compañeros de comisión, á darle el parabién por su exaltación al Ministerio, y á exponerle, en muy pocas palabras, la injusticia con que éramos tratados por los representantes en C del bando recientemente vencido. V. se nos reveló enfáticamente como un reformador de costumbres y un definidor infalible de moral política; nos hizo exhortaciones estrafalarias, y, anticipándose á pretensiones que no le habían sido formuladas, manifestóse resuelto á no admitir de sus amigos de provincias indicación alguna para la designación de Gobernadores. En fin, V. nos dijo lo que sirve de cabeza á esta carta, y añadió silenciosamente en su ademán «¡hasta nunca!» Pues ¡hasta nunca! amigo mío; yo salí del Ministerio decidido, es verdad, á volverle á ver, pero con propósito de dejarle en el oído alguna

frase que sellara para siempre el obstáculo de una reconciliación personal entre los dos. Este proyecto no atravesó el dintel de la realidad, porque tuve miedo de mi lengua, y si hoy, después de mucho tiempo me dirijo á V., ya ve que no es para avivar el afecto de una amistad muerta, sino para dejar en forma más ó menos solemne consignados hechos reales cuyo conocimiento puede no ser enteramente inútil al país.

La gallarda apostura que desde el día de su elevación tomó V. frente á sus propios amigos; la irrupción de éstos en la antesala de los Ministerios; la codicia del destino siempre creciente, y el abandono del ideal siempre en aumento, avivaron el interés de una multitud de cuestiones relacionadas con el bienestar público que preocupan de ordinario al país honrado y trabajador, y periódicamente, en cada época de renovación ministerial, á los personajes de la alta política.

Usted mismo al proclamar la urgencia del saneamiento de la administración civil, el principio de la estabilidad de los funcionarios, la desamortización de las influencias siempre vinculadas en los representantes de los bandos vencedores, y la extirpación del caciquismo, á cuya soberanía omnipotente las fuerzas locales de los diversos centros del organismo nacional viven en infecundo amortiguamiento y desastrosa parálisis sometidas, parecía interpretar la queja unánime y solemne del país. Pero ¡ah! señor mío, una cosa es, según el vulgar proverbio, pre-

dicar, y es otra cosa dar trigo. V., que tantos aplausos mereció al despedir desde el Ministerio con apóstrofes á las gentes que en la oposición había agavillado con lisonjas; V., que disolvió la cofradía, llámese pandilla, después de haberse alzado con el santo y la limosna; V., que dispersó sus huestes al día siguiente de la victoria, negándoles, no ya su parte en los despojos, sino hasta el miserable plus, V. es el bueno, usted es el puro, V. es el gran moralista, el gran reformador, y nosotros los que fuimos arras-trados de nuestras tiendas para una lucha difícil y oscura, los que pedimos una ligera indemnización en forma de nimias mercedes ó fáciles atenciones ó pequeñas credenciales; nosotros somos la escrecencia, la ponzoña de los partidos; nosotros somos los malos, los ambiciosos, los perturbadores. Pues mire V.: mientras este juicio no se rectifique, mientras la opinión no se rehaga y pida el cambio de papeles para distribuir en justicia las responsabilidades, ni siquiera puede presentar visos de posibilidad la reforma.

El personaje rural, que tiene asiento de preferencia en el presbiterio de la parroquia, y puesto de honor en las procesiones; que ve reflejada su iniciativa en los acuerdos solemnes del Ayuntamiento; que reparte los cuatro destinnillos de peatones y estanqueros; que goza de una influencia que le permite quitar y poner concejales, recibir carta frecuente del Sr. Gobernador y conseguir que un reo cumpla en su casa una condena de ocho ó quince días de

arresto, ese es el verdadero cacique, el hombre de la mala sombra, legítimo engendrador de todas las miserias políticas, porque él dispone de los votos, y como dispone de los votos, hace el diputado, y como hace el diputado le transmite sus mezquindades y sus impurezas, y como el diputado á su vez concurre á la formación de los Gobiernos, resulta que por ley fatal de la evolución y de la generación, el Ministro no es ni más ni menos que una extensión de la personalidad del cacique, ya que no su trasunto y su esencia misma. He aquí otro error, el más grande, más trascendental y el más generalizado que dificulta toda solución y todo remedio.

Señor mío: discurrámos desapasionadamente; no es el personaje palatino, el personaje cortesano el reflejo del personaje rural, sino viceversa. Dios pudo criar el hombre á su imagen y semejanza porque era la entidad suprema, el factor omnipotente, el gran sér, y ya usted ve lo que salió. Si Dios no existiera y el hombre intentara crearle á semejanza suya, crearía algo inferior á lo que salió del parto de los montes, sacaría de sus manos algo menos que un ratón. El grande podrá dejar impreso en la masa del chico el sello de su personalidad, pero las naturalezas ínfimas ninguna influencia pueden ejercer sobre las naturalezas superiores.

Que VV., los maestros, los jefes, los altos muestren desinterés, y ya verá V. cómo nos-

otros llegamos hasta el despilfarro; que no se hagan trasferencias ruidosas de Ministerio á Ministerio y no se harán trasferencias sucias de uno á otro capítulo del presupuesto municipal; que los altos dignatarios no busquen un aumento exorbitante de sueldo en la Bolsa por medio de jugadas anónimas, y no acudirán al pósito los prohombres de campanario para procurar á su importancia una gratificación relativa; que los oficiales del Estado Mayor parlamentario no pidan ínsulas, mitras, generalatos para sus parientes, y los soldados de fila no pedirán ni siquiera sus alcances; que no se peleen los de arriba por una cartera y no se pelearán los de abajo por una vara de alcalde ó una credencial de administrador de correos.

Pero ¡ah! ¿es que VV. no defienden su presa con la astucia de la zorra y la fiereza del lobo? ¿Es que VV. no disfrutan de los placeres de Capua después de haber dejado á otros el trabajo de vencer? ¿Es que VV. no han probado de la vida política más que el dolor, el tedio, la parte amarga, el acíbar? ¡Por Dios! no es posible sostener tanto dislate.

Convengamos que entre VV. los independientes y los altos se repite con frecuencia algo de lo ocurrido entre Bonaparte y Sieyes. Refieren los historiadores que el primer cónsul impuso silencio al célebre abate arrojándole, á guisa de bizcocho, las tierras de Crosne, que valían un millón. Sieyes fué hecho senador y no volvió á hablar. Convengamos, señor mío, en que

si VV. predicán la moral desde el Ministerio, hacen la política en la cocina. No he de colgar yo, sin embargo, de un solo hombro todas las responsabilidades, que eso sería igualarme con ustedes en intransigencia. No; no diré yo que sólo los grandes aquí son los bribones, ya que ustedes aseguran que de los pequeños es de donde salen los malos. En todas partes hay sus miserias, pero ¡hombre de Dios! las de VV. son muy gordas. Ya sé yo que cuantos absurdos se proclamen arriba, y cuantas ideas se afirmen, y cuantas banderas se enarbolesen encontrarán abajo partidarios á millares. En cambio, si un hombre de dotes relevantes, como Castelar para la tribuna, como Thiers para el gobierno, como O'Connell para la propaganda, se levanta mañana y le dice al país: «quiero regenerarte, engrandecerte. En mi programa no entran exclusivismos de escuela; los principios compatibles con tu cultura, con tu genialidad, con tus necesidades, con tu tiempo, esos son mis principios. En política pocas reformas, en administración, muchas y muy radicales. Los destinos se proveerán con sujeción á un reglamento especial, cuyo primer artículo excluirá á todos los que figuren como partidarios de mi doctrina y simpaticen con mi personalidad,» ese hombre extraordinario no encontrará nadie que lo siga. Esto demuestra que en el fondo social hay mucho cieno; pero como VV. forman parte de ese fondo, no pueden alardear de puritanismo, y, además, tienen VV. en su desdoro, á dife-

riencia nuestra, á diferencia de los que por nuestra insignificancia no podemos pesar sobre la opinión, la responsabilidad de remover el cieno.

Lo que hay es que VV. explican con frases sonoras conductas livianas, y buscan en pretextos simpáticos lucidas ocasiones de medro, y saben hacer pasar por actos de noble entereza verdaderos pecados de ingratitud.

Fíjese V. y me dará la razón, aunque sólo sea allá en su fuero interno, sobre la diversidad de nuestra suerte.

Usted, una vez hecho Dios, se quitó las moscas, ó lo que es lo mismo, prescindió de sus compromisos personales en un arranque de energía ética. «No hay destinos»—dijo V.;—y las gentes sencillas exclamaron: «¡Eso es magnífico!» en vez de exclamar: «¡Qué cómodo es eso!» Luego redobló V. el servicio de ugieres y secretarios de cámara para evitarse el asedio de los que no comprendiesen la indirecta ó supieran hacerse fuertes á la repulsa.

Yo, aunque comprometido por V., tuve la mala ventura de comprometer á otros, y á esos otros ni he podido taparles la boca con un sermón que por venir de labios desautorizados hubiera movido á risa, ni pude cerrarles la puerta de mi casa con un retén de suizos que como la nación no me paga no puedo costear.

Todos los que se han juzgado con derecho de reclamar mi intercesión, que no han sido pocos, han invadido hasta mi alcoba, y de por

fuerza me han hecho oír muchas majaderías y muchas injurias. Los que dieron un «¡viva!» al jefe, pedían la muerte civil del empleado á quien deseaban reemplazar. Los que apacentaron comités con carácter de jefes de distrito querían apacentar provincias con carácter de Gobernadores. Los que sacrificaron un duro, bien suscribiéndose por un trimestre al periódico, órgano en Madrid del partido, ya costeando un telegrama de felicitación al Directorio por cualquier fruslería, ó adquiriendo un par de tarjetas fotográficas de tal cual personaje de la comunión, decían que no se tiran cinco pesetas en estos tiempos á humo de pajas, y me conminaban á procurarles la indemnización en las credenciales correspondientes, bajo apercibimiento de deducir la acción enorme y enormísima contra mí, contra V., contra el Gobierno en masa, contra el mundo entero. En fin, señor, hasta aquellos de nuestros correligionarios que en una elección parcial de concejales habían sufrido algún revés de la suerte ó de la propia mano del candidato ministerial, creíanse con derecho á la gran cruz de San Fernando, á la pensión, por supuesto, que en cuanto á los honores y á la banda, habrían transigido quizá, dicho sea esto en elogio de su buena nota de varones comedidos.

Después de entregarle estos antecedentes, no necesito pintarle con colores vivos, ni pálidos, las amargas que me han hecho sufrir los comensales del célebre banquete de Talma. Esos

señores creerían lo menos que con ocho duros se compra un sitio de preferencia en el presupuesto, y tanto me han aburrído, me han apurado, que con muchos de ellos tuve que hacer lo que el empresario de la Opera con los espectadores que se alborotan: devolverles su dinero.

A todo esto mi bufete, ¡ohl si tiene V. una pizca de corazón, estremézcase; mi bufete... ¡cerradol... El éxito es ciertamente un gran factor en todas las cosas de la vida; pero en política constituye algo más que el medio seguro de preponderancia personal, es también un título de suficiencia. El que no sube, el que no gana, el que no medra, tiene formada á toda costa su reputación de imbécil. Contra la parcialidad del jurado de la Exposición, puede el pintor preterido pasear su cuadro por los escaparates, y si el cuadro es efectivamente bueno, hallará un comprador que lo pague con exceso, y ya tiene V. al hombre desagraviado, la injusticia remediada. La influencia que alcanzó la medianía, y que el verdadero talento no pudo lograr, hizo propietario de la cátedra ó del destino litigado en lid académica al más inferior de los contrincantes; pero la inteligencia vencida condensará su luz en un libro, el libro lo lanzará al público, después irá al contraste del periódico, y tarde ó temprano, también esa injusticia podrá ser remediada. Pero cante V. como un ruiseñor en las Cortes, escriba V. como Lorenzana, haga V. vacíos en las filas del

adversario á fuerza de sátiras, de agudezas, de habilidades, y si después de todo no llega V. á Ministro, á Embajador, á Director siquiera, V. es un tonto, V. es un ignorante, V. es un pobre hombre.

Yo no he podido sustraerme á esta extravagancia de la crítica, á este juicio errado de la multitud, á esta fatalidad, ciertamente. Los que me alabaron tantas veces proclamando mi alteza intelectual cuando sólo defendía pleitos, hoy me lo niegan todo, confiesan que se habían equivocado, ni siquiera me reconocen el mérito que ya tenía probado antes de lanzarme á la política. Mis propios amigos, lo mismo que mis émulos y mis adversarios, dicen á grito herido: «Ahora resulta que el Sr. N. S. ni siquiera sabe defender pleitos... ¡Como que ha perdido el suyo!» Y con eso de que yo he perdido mi pleito, es decir, con eso de no haber probado el botín, no hay litigante que me busque, ni llama nadie á mi puerta; vamos, que he tenido que cerrar el bufete...

No, no; espere V., señor mío; queda más; oiga V.; queda más; queda la parte de ridículo, lo vejatorio, lo ignominioso. Aquella profecía encerrada en estas palabras: *yo enviaré Gobernadores que no teniendo raíces entre los elementos triunfantes, puedan llenar con independencia su misión*, se ha cumplido relativamente en esta provincia. El Gobernador que V. nos mandó no tenía raíz ninguna entre nosotros; yo, el jefe de esta iglesia, resuelto como vine de Ma-

drid á no intervenir en los asuntos políticos, nada le he pedido; las personas de mi estado mayor han seguido mi ejemplo; los inferiores, aunque hubieran deseado otra marcha, como no tocan pito, sin pitar se han quedado. En una palabra, desde el primer día, el Sr. B. ha vivido aislado por completo de nosotros; de nosotros los hombres del partido triunfante, cuya influencia podía pesarle y entorpecerle en su alta gestión. Pero ¡ahl aquí en España donde tanto se alardea de amor á libertad, es tan profundo, y tan viejo, y está tan generalizado el hábito de servidumbre, que el que no tiene amo, se lo busca. El Gobernador fuerte, justiciero, caballero que V. nos mandó para desarraigar el caciquismo, no ha podido vivir sin camarrilla, sin consejo áulico, sin una ninfa belicosa, sin un punto de odio en qué apoyar su bastón y remover las cóleras de los partidos, y á falta de nuestros brazos, que no le han sido alargados, ha caído en los primeros que se les han abierto, en los de la fracción vencida. Excuso, pues, decirle que ha habido palos y que nosotros hemos sido los apaleados. El flamante Sr. B. diría para su capote: mis correligionarios de C. no tienen valimiento; pegarles es dar en cabeza de turco. Sus enemigos, que son también los míos en ideas, podrán triunfar y valdrán si triunfan; de suerte que pegando á los primeros y favoreciendo á los segundos, aseguro el presente y el porvenir; tengo destino para rato... Pues vamos viviendo.

Consumatum est. Mi obra de perdición y de ignominia fué consumada. He quedado pobre, he sido declarado tonto, y me han azotado la cara con el símbolo de esa justicia que, queriendo V. que fuese igual para todos, ha resultado desigual, y desigual, no como acontece de ordinario, en perjuicio de los ajenos, sino en perjuicio de los propios. Hasta ahí puede llegar el esfuerzo supremo, la acción poderosa de ustedes los redentores, los reformadores, hasta conseguir que el caciquismo y el favor ministerial cambien de forma, pero tomando una nueva más repugnante, más odiosa, más indigna, porque malo será que los Ministros del Rey, formados, al fin y al cabo, del barro de los partidos, cubran con las inmunidades y las altas influencias del Gobierno los actos de iniquidad y de represalias de sus amigos políticos; pero es peor aún, que esas mismas inmunidades cubran iguales obras de iniquidad ejercidas por los de fuera contra los de casa. Bajo el punto de vista de la moral pura, la injusticia es siempre injusticia; pero bajo el punto de vista de la moral en sus relaciones necesarias é ineludibles con la realidad de las cosas, de los intereses y de los tiempos, puede ser excusable el violentar los resortes de la ley positiva para solventar deudas de gratitud, en tanto que será siempre gravemente menguado entregar al furor del adversario de quien todavía se teme, la suerte del amigo de quien ya nada se espera.

Pero se me dirá: si da lo mismo, ó es peor

aún, enviar á las provincias autoridades aligeradas de instrucciones que mermen su libertad de acción y hagan más independiente la acción gubernativa, preciso será convenir en que es imposible todo remedio. No iré yo tan lejos; no aseguraré que sean nuestras desdichas incurables; pero puedo afirmar con robusto acento de convicción, que mientras los partidos se traquen en la fantasía de un genio ambicioso, como se traza en la pizarra una figura geométrica; mientras los hombres hagan surgir por medios especiosos la necesidad de reformas que el país no ha sentido para explicar la existencia patriótica de legiones innecesarias; mientras el buen ejemplo no venga de arriba; mientras la resolución de producir un cambio radical fisiológico en nuestro organismo nacional no sea firme, persistente, sincero, la política será uno de tantos juegos de azar, un campo tan amplio para todo lo incierto, lo alcatorio, lo estéril, como reducido para todo noble empeño.

Por de pronto, nuestros estadistas empiezan á preocuparse de la emigración de muchos de nuestros compatriotas para las Repúblicas americanas, y, en cambio, nadie para mientes en una emigración de seguro más perniciosa; en la emigración de los hombres de letras, de armas, de negocios, de la agricultura y del comercio para el azaroso mundo político. Acontece con estos emigrantes lo que con los pobres hijos de Levante y de Galicia, que sólo tienen noticia de aquéllos de sus paisanos que

vuelven ricos, y no preguntan por los millares que, en la persecución de un paraíso fantástico y una California inagotable, mueren de miseria y de desesperación.

El espectáculo de las posiciones improvisadas y de las grandezas precoces, ofrece una seducción funesta é irresistible, mayormente irresistible para determinadas clases y determinados hombres. El médico, el ingeniero, el naturalista, etc., etc., cultivan estudios que, en cierto modo, los alejan de la tentación de la vida pública. El abogado, para el más brillante ejercicio de su carrera, necesita ser discutiador, retórico, literato; necesita, en suma, cultivar estudios que entran en el dominio, cuando menos, de las ciencias auxiliares de la política, y nadie, como él, corre el peligro de emigrar á la tierra estéril. Para él, pues, para mis colegas de profesión, para esos abogados que van á salir mañana de las aulas, está escrita esta carta, por más que la dirijo á V., Sr. Ministro. En estas líneas desperjeñadas; en estos párrafos inconexos, hay datos que pueden aprovecharse, avisos que pueden contener y reducir y acallar sus juveniles ambiciones.

El pobre leguleyo andaluz, aquel atleta de la Chancillería de C, tan denostado hoy por los mismos muñidores de su fama, tiene la pretensión de creer que entre todos sus alegatos, éste es el mejor; que entre todas sus defensas, ésta puede ser la más fecunda; que entre todas las exclamaciones ó epílogos con que conmovió el

ánimo de los jueces, ninguno pudo encerrar tan alta filosofía como la que encierra éste con que se despide de sus compañeros: «Abogados: ¡á vuestos pleitos!.....»

N. S.





II

De un estudiante á su padre



O puedo abandonarla. El corazón ha hecho todo su camino. Ella es mi felicidad, y en ella se resume mi vida entera.

Además, ¿cómo os apresuráis, padre mío, á enfriar las cenizas del incendio, cuyas llamas habéis visto extenderse sin la más pequeña emoción? Nuestra casa está perdida; yo la he arruinado, lo sé. Pero por lo mismo os pregunto y me pregunto: ¿á título de la conservación de qué intereses, cuando ningunos nos quedan ya, puede pedírseme el abandono del ideal en cuya persecución todo lo he arriesgado? Y aunque fuese todavía hora de reparaciones posibles, ¿debería intentarlas con olvido de pactos solemnes? No; todo antes que renunciar á la po-

sesión legal de una mujer como Elvira, millonaria, joven, hermosa, Marquesa. Es verdad que una novia aristocrática es una novia carísima para el hijo de un labriego; pero tales reflexiones debisteis hacérmelas y yo pude seguir las en otro tiempo. Hoy... hoy las circunstancias nos obligan á pensar de muy distinto modo. Donde se pierde la capa, hay que buscarla. ¿Qué jugador se retira del tapete con unos cuantos duros en el bolsillo, después de haber dejado muchos miles en la banca que aún subsiste, ni qué negociante que ha agotado su fortuna buscando el oro en las entrañas de la tierra, abandona la aventura á la vista ya del filón, cuando aún le es permitido otro esfuerzo y aún le resta un último recurso?

Acaso el error, mi error estuvo en no ser franco; acaso la agravación del mal presente consista en no serlo todavía. Yo debería decirle á la Marquesa: «Mira, Elvira: creyendo hacerme más digno de tu amor, he fingido una posición que está muy lejos de ser mi posición verdadera. He querido vivir como millonario, no siendo más que un hombre relativamente rico. Te he acompañado á la Ópera, á la tertulia, al extranjero, inundando de acreedores la casa de mi padre. He seguido tu coche en las Delicias en caballos magníficos, algunos de los cuales acababan de pagarse con el precio de la venta de las alhajas de mis pobres hermanas. El sastre se ha llevado todos los años un retazo del patrimonio que me dejó mi madre. No me ha faltado dinero

para los abonos al teatro y me ha faltado para las matrículas y para la compra de libros. Tamaña demencia debía conducirme prontamente á la bancarrota, y en plena bancarrota estoy.

Elvira mía, te entrego estos datos de mi vida íntima, no para excitar tu compasión, que tal cosa fuera indigna de mí. Yo puedo pedirte el respeto á la fe jurada, pero no implorar tu consecuencia; yo puedo matarte si me olvidas, pero no puedo despertar tu memoria al golpe de mis lágrimas. Soy franco, no por cálculo, no por bajeza, sino por sentimientos muy distintos; porque ya es hora, en una palabra, de que conozcas el agravio que te he inferido, juzgándote capaz de quererme, sólo por razones en extremo ajenas á mis prendas personales. En todo caso, no podrás quejarte de que te haya engañado hasta el fin.»

Si yo le hablase de esta suerte, Elvira es buena, es desinteresada, y mi infortunio me ligaría más estrechamente á su corazón. ¡Pero y si me equivocara! ¡Y si fuese de la madera de las mujeres vulgares! ¡Ah! entonces caería irremisiblemente de su gracia, y ¡adiós amor, marquesado y dinero!

Declaro que no tengo valor para jugar ese albur. Ruede la bola y que el azar decida. Si mi situación verdadera ha de descubrirse, y su descubrimiento ha de enajenarme el alma de Elvira, que sea otro, no yo quien arroje el velo.

En cuanto á vos, padre mío, no obraría cuerdamente ocultándoos algo. He hecho muchas

cosas que os han desolado; pero mi última hazaña, ¡ah! me cuesta sonrojo referiros mi última hazaña; y, sin embargo, es preciso. Sabed... sabed que los treinta mil reales que me enviasteis para teparle la boca á D. Gerónimo y conseguir que nos aplazara hasta la cosecha de aceite, los he perdido. Sí, sí, padre mío, los he perdido. Pero no descarguéis sobre mi corazón todo el peso de vuestra ira. En cuantas cosas me pasan tiene siempre la fatalidad su parte, no pequeña. En esta aventura la tiene toda íntegra. Oídme y juzgadme: El día cinco hubo carreras de caballos en la Alameda grande. Yo ocupaba un sitio al lado de Elvira en una de las tribunas del hipódromo. Pocos momentos después de comenzada la fiesta se nos aproximó el joven Conde de Nul, uno de mis infinitos rivales, manifiestamente preterido por la Marquesita.

—¿Conocéis el caballo Águila, del banquero Hernández, de Jerez?—me dijo el Conde.

—Lo conozco—respondí desabridamente.

—¿Y el Ruztán, del Duque de Valias?

—Lo conozco también.

—Son los mejores que van á correrse. ¿No creéis?

—Puede...

—¿Y por cuál apostaríais?

—¡Pchs!...

—¿No queréis medir vuestras fuerzas?...

—Sr. Conde, yo estoy dispuesto á medir con V....

—¡Hola, hola! Templad vuestro enojo, amigo. Os excitáis muy pronto. Yo pretendía sólo procuraros y procurarme una ligera emoción. Iba á proponeros que apostásemos ¡cosa corta! cien habanos... Y si queréis que contemos por pesos...

—¡O por onzas de oro! Me es igual.

—¡Vaya por onzas!... Conque ponéis cien onzas por...

—También me es igual... Elegid vos.

—¡Sea! Yo pongo... ¡qué más tiene! yo pongo por Ruztán.

—Perfectamente. Y yo por el Águila.

La apuesta quedó cerrada en los treinta y dos mil reales, y no hablamos más. El Conde, no pudiendo desalojarme del corazón de Elvira, pretendía deprimirme con su dinero. ¿Debía yo abandonarle el campo cuando aún podía defenderle?

Pero ¡ah! la fortuna decididamente no va conmigo. El Águila corrió menos que Ruztán, y el dinero que á la mañana siguiente debía entregar á D. Jerónimo, con más los cien pesos para completar la suma de la apuesta que tuve que buscar prestados muy de prisa, lo entregué aquella misma noche al Conde de Nul.

Ya conocéis, padre mío, la triste historia de los treinta mil reales. Decidme ahora si he sido criminal ó simplemente desgraciado. Pero no se ha detenido aquí la bola; la bola sigue rodando. Me han arrojado de mi butaca del Teatro de San Fernando, del Círculo de Labradores, del

gran Liceo, de la Academia de Jurisprudencia por falta de pago. Mañana me arrojarán de la fonda. ¡Quién sabe si hoy mismo del corazón de Elvira!... ¡Tales andan los negocios!...

Ya no tengo sastre que me vista, comercio que me anticipe, restaurant donde me fien, anfitrión que me tolere, amigos que me presten, ni tontos á quienes engañar. ¡He engañado á tantos!

Y no he llegado á lo mejor, porque aunque otra cosa hayáis presumido, y otra cosa se desprendiera de mis mismas palabras, la hazaña de los treinta mil del pico no es mi última hazaña. La última es la que vais á oír. Escuchad, escuchad.

El Domingo de Ramos, á la salida de misa, ví á Elvira, quien furtivamente me entregó una carta. Abrí el sobre y me encontré con una tarjeta en que las hijas del Duque de la Azulina rogaban á la joven Marquesa que las honrase el Jueves Santo formando parte con ellas y otras amigas, de la comisión de petitorio en la iglesia de la Encarnación. Por bajo Elvira me ponía cuatro letras, diciéndome: «¡No faltarás!» ¡No faltarás!... Más le hubiese agradecido que me hubiese dicho: «¡Muérete!» Porque, ¡cómo excusar mi asistencia á los oficios del Jueves Santo! ¡ni cómo pasar por delante de la mesa de petitorio y no hacer sonar alegremente la bandeja arrojando un puñado de oro! ¡ni cómo negociar un empréstito sin hacienda y sin crédito!... Padre mío, os aseguro que jamás me

había juzgado idóneo para el crimen, pero en aquel instante llamaron á mi frente tentaciones siniestras. Desesperanzado de obtener la suma necesaria para satisfacer el compromiso de honor que me creaba la última exigencia de Elvira, creíme capaz de arrebatar el reloj en plena luz al primer transeunte que me tropezara. Ello es que entregado á los pensamientos más ruines, pasé todo el día del domingo. Llegó el lunes, me levanté muy temprano, giré una visita á todos mis conocidos, fuí de acá para acullá, requerí prestamistas, hice prodigios de esgrima, y ¡nada! Vino el martes, tanteé nuevos vados y sufrí nuevos desengaños. Amaneció el miércoles: la situación no había variado, el bolsillo continuaba vacío, el plazo se acercaba, y estuve á punto de morirme de vergüenza y desesperación; pero una idea salvadora cruzó por mi frente de pronto; cogí la pluma y escribí la siguiente carta: «Hermosa Elvira: el quince es el cumpleaños de mi hermana Dorotea; pretendo regalarle con ese motivo una alhaja de estimación, y tengo capricho que ésta consista, á ser posible, en una pulsera de brillantes como la tuya. ¿Querías enviármela ahora mismo para recorrer con ella todas las joyerías en busca de otra exactamente igual? Me urge hacer hoy la compra, porque la persona que ha de ser portadora del regalo sale á las ocho en el tren-correo para el pueblo.»

Elvira contestó mi carta con el envío inmediato de su pulsera. ¡Una pulsera de brillantes!...

Yo la besé una vez, dos veces, cuarenta veces, y después... ¡Después la empeñé!... Su empeño me valió doscientos duros, de los cuales distraje cincuenta con destino al pago de atrasos de fonda, gasté veinticinco aquella noche en una tienda de montañeses comiendo mariscos y bebiendo manzanilla con unos cuantos amigos, y retuve en el bolsillo el resto.

Por fin llegó el día ansiado y temido: el Jueves Santo. Yo me desperté orgulloso, satisfecho de mí mismo, loco de alegría por la acción que iba á realizar dentro de pocos instantes. Me vestí deprisa, almorcé deprisa, y me fuí á la Encarnación. No habían dado las campanas el segundo aviso para la función religiosa, y ya el Conde estaba entre un grupo de gomo-sos en las avenidas del templo. Cuando me vió, desprendióse del grupo, y tomándome de delantera algunos pasos, atravesó la cancela. Yo le seguí en la misma dirección y fuimos á juntarnos delante de la mesa que presidía Elvira. El de Nul dejó su ofrenda en un billete de á mil reales y yo casi al mismo tiempo dejé la mía en otro billete de á dos mil... ¡Oh! también esta vez quedó derrotado el pobre Conde, con gran contentamiento de Elvira, que me envió en una sonrisa el premio de mi victoria, victoria que había conseguido de la fortuna como un favor tomado á préstamo y que sólo podría gozar después de extinguir la deuda. Sí; por de pronto había salido del apuro, pero metiéndome en otro peor. La primer partida estaba ganada;

¿pero y la segunda? ¿Cómo devolver su pulsera á Elvira? Esto en verdad no era difícil. Yo había reservado intencionalmente quinientos reales, y tres golpes dados á una pelotilla de quinientos reales, arrojan una cifra de cuatro mil; cuatro mil, el valor del empeño de la alhaja. Todo dependía, pues, del acierto en la elección de miserables tres cartas; y terminados los oficios, corrí de la iglesia á la timba, mustio, avergonzado, despavorido como quien va á cometer una acción que le sonroja, cediendo mal de su grado á una fuerza mayor. La suerte no me fué más propicia que otras veces. Jugué y perdí. ¡Ah! entonces, solo entonces, abarqué con una ligerísima reflexión toda la enormidad de mi proceder, de un proceder estúpido que me impelía á arriesgar, por el incentivo de una vanagloria efímera, el éxito de una gran jugada amorosa. Sí, pues de tal modo podía desenlazarse el negocio de la pulsera!... Pero en fin, el mal estaba hecho, y lo urgente era no deplorarle, sino deshacerle. Era preciso que el jueves mismo la alhaja volviese á poder de Elvira, y lo único que se me ocurrió en tan grave aprieto, fué acudir á vos, padre mío, escribiros, suplicaros que realizarais un último sacrificio, y me remitieseis los cuatro mil reales para el desempeño consabido; pero contando con que oyeseis mi súplica y con que vuestras estrecheces os permitieran reunir en un momento dado la suma anhelada, siempre había de por medio la dificultad de la distancia; cuatro ó cinco días

de forzosa espera, y el remedio llegaría tarde. No, ni siquiera vuestra magnanimidad podía valerme en semejante ocasión. La solución de tan triste asunto no podía aplazarse, y desechando la idea de escribiros, dime á pensar en otros recursos de resultados más perentorios. En este momento me sorprendió la visita de mi amigo Luisito, de quien os he hablado muchas veces. Luisito, aunque atolondrado, calavera y vicioso, es hombre que tiene *rasgos*, y aunque con la generalidad no se comporta bien, realiza, cuando de mí se trata, acciones muy nobles. De modo que es mi confidente y mi consejero en los asuntos íntimos, lo trato como hermano, y no tuve reparo en referirle las luchas á que mi ánimo se hallaba entregado, cuando tan agradablemente me sorprendió con su presencia:— «Pues mira—me dijo,—no tienes más remedio que confiar de nuevo á los azares del tapete la reivindicación de esa pícara pulsera.—¿Con qué dinero?—¡Toma! dinero no ha de faltarte para ese nuevo albur, pues sobrarán personas (y en definitiva yo de eso me encargo) que te compren la alhaja dándote sobre el valor del empeño, mil, dos mil, ó cuatro mil reales, con la condición (también de esto pudiera yo responder) de que la venta no quede consumada hasta que trascurran ocho ó más días, dentro de cuyo plazo podrás rescatarla, abonando un interés usurario de un veinte, un treinta ó un cuarenta por ciento. Dirás que esto es ahondar el agujero, pero perdido por uno, perdido por mil y quinientos, como

luego se dice. Pudiera ocurrir que el comprador se encariñase con su compra y no quisiera deshacer la venta, faltando á la condición de un contrato, cuyo cumplimiento, después de todo, no habías de exigirle en los tribunales por miedo á un escándalo de consecuencias peligrosas para ti solo; pero eso no es probable, y en todo caso, *por el dinero baila el perro*, ¿comprendes? Sí, al dinero nada se le resiste, y podrías comprar una joya exactamente igual, ó mejor, de mucho más precio, siendo distinta, para improvisar á tu amada una leyenda, fábula ó historia en que resultase que un doméstico infiel te había robado su pulsera, la cual sustituías con otra (la que comprases) de mayor mérito y estimación. Conque si te parece... Vamos, ya sabes que estoy á tu disposición.»

Yo no titubeé en aceptar el plan de Luisito, convencido de que, dado el sesgo del asunto, no podía prometerme soluciones mejores, y el pobre muchacho corrió con generosa diligencia en busca de mi libertador. Al día siguiente, es decir, ayer viernes, á las once de la mañana, Luisito se presentó en mis habitaciones acompañado de un hombre bien vestido, pero mal trazado, de aspecto ridículo y pretencioso, con ínfulas de gran persona y aire de accionista anónimo de alguna sociedad de ruleteros.—«Este señor—me dijo Luis señalando al desconocido,—este señor se muestra resuelto á entrar contigo en tratos sobre la venta de la pulsera. Por lo que se refiere al compromiso de

devolvértela dentro de un plazo corto, muéstrase conforme, siempre que éste no exceda de quince días y previo, naturalmente, el reembolso de su capital, con la añadidura del interés de un 30 por 100 por vía de indemnización, remuneración ó como quiera llamarse. Ahora sólo falta que el señor vea lo que va á comprar y que VV. se convengan en el precio. De modo que puedes echarte el resguardo en el bolsillo y nos iremos á la casa de préstamos donde se encuentra la alhaja.»

Inmediatamente nos dirigimos los tres al establecimiento en cuestión, y aunque no de muy buen grado, el prestamista consintió en enseñar la pulsera, que el desconocido miró y examinó detenidamente: «Esto vale—dijo después de algunos minutos—seis mil reales.» Luis pretendió hacerle subir hasta ocho; pero el comprador se cerró en los seis, y yo, deseando salir pronto del paso, exclamé: «Queda hecha la venta.» «Esperad—añadió el hombre;—desde luego os tomo por lo que sois seguramente, por un caballero, y claro se está que la alhaja que me vendéis vuestra es, pero el negocio no prescinde de sus formalidades, y bueno será que me firméis un papelillo en que conste siempre la legitimidad de la cosa que os compro.» Yo estuve á punto de romper el trato; tal fué la indignación que me produjo semejante salida de tono; pero Luis intervino oportunamente, diciéndome: «Mira: nada tiene de ofensivo para ti lo que el señor pide, ni es cosa del otro jue-

ves que tú accedas á su ruego. Todo queda reducido á que redactes una cuartilla de papel en esta ó parecida forma: Yo, Leonardo Rosales López, declaro ser de mi propiedad la pulsera de brillantes que á Fulano de Tal vendo en seis mil reales. Sevilla y tantos, etc., etc.»

No hice la menor objeción á Luis, en mi interés de terminar inmediatamente un asunto tan enojoso, y sirviéndome de modelo sus mismas palabras, suscribí el documento que se me reclamaba con mis legítimos apellidos, que habría deseado ocultar y que hubiera ocultado seguramente, si mi amigo, por una imprevisión disculpable, no los hubiera hecho públicos en presencia del interesado.

No pasó mas. El desconocido, que dijo llamarse Domingo Moreno, pagó al prestamista sus cuatro mil reales, me dió el resto y se llevó la alhaja. Yo tomé la senda de antemano señalada. Me fuí al casino y empecé bajo los más felices auspicios mi nueva aventura. En menos de dos horas logré reunir veinte y tantos mil reales; pero el azar fascina, la atmósfera del tapete, como el humo de la pólvora, embriaga, y embriagado, fascinado, con todos los engreimientos y los optimismos del vencedor, seguí jugando. Habíame hecho, además, la siguiente reflexión: más fácil es ganar con mil duros cinco que con ciento mil. La fortuna, después de tanto tiempo de ausencia, empieza ahora á sonreirme y tomaría seguramente por desaire el que le volviese la espalda, conformándome

con su primer caricia. Y luego... ¡qué son cinco mil pesetas! ¡Si al menos hubiera reunido para reintegrarme de la pérdida de la apuesta del Conde y conseguir la devolución de la pulsera y reservar algunos cientos de duros para tapar unos cuantos agujeros y seguir *faroleando!*» Pero ¡ah! no pensé que la codicia rompe el saco, y la fortuna, en menos tiempo de el que tardó en construirme, deshizo mi castillo. ¡Castillo de naipes al fin!...

En tales circunstancias y bajo tales impresiones os escribo, padre mío, bien apercebido de que sólo puedo obtener de vuestra magnanimidad mi salvación. Las contrariedades que os revelo os llenarán el alma de congoja, y aun os afligirá mucho más el exceso de color con que os las pinto; pero de propio intento me he extendido en pomenores, porque sólo conociendo en todo su alcance mi situación podréis mejor medir la necesidad y la urgencia de vuestro esfuerzo, y porque quiero que esta carta sea una especie de confesión general, preámbulo cristiano de una nueva vida de arrepentimiento y de paz que me reconcilie con Dios, con vos y con mi propia conciencia.

No ignoro que, hoy por hoy, constituye para vos un sacrificio extraordinario el desembolso de seis mil reales; pero, sea como sea, necesitáis enviármelos, porque sea como sea, la pulsera necesita volver inmediatamente á poder de Elvira.

Considerad que el dinero que lleváis gastado

conmigo desde que cursé el primer año de humanidades, no ha sido, al menos en su mayor parte, tirado al río; y considerad que todos los anticipos deben pareceros pequeños, á la vista de la cosecha. Creedlo, padre mío: Elvira dará para todo. Elvira será mi bien último, la noble sombra de mis hermanas, el consuelo de la ancianidad vuestra, nuestra común felicidad y nuestra común fortuna. Por Dios, ¿qué mayor orgullo para vos que el ver entrar por vuestras puertas, después de algunos años de estudios prácticos, á vuestro hijo hecho todo un Marqués, cuando sólo podíais prometeros verlo hecho un simple abogado? ¿Qué mayor orgullo y qué mayor gloria que poder decirles á los señorones de ese pueblo que le llaman castillo á un palomar, y estados á un cortijete, y jardines á una docena de macetas, y linaje á descender de un pobre diablo enriquecido en el contrabando ó en el comercio de cuatro miserables baratijas: «Miradlo: Yo, hombre tosco, ignorante, sin educación y sin prosapia, que jamás comí á manteles ni figuré entre caballeros, he podido engendrar un Marqués!»

¿Pero te ha entregado ya la Iglesia á Elvira? me preguntaréis. Casi, casi. Elvira concluirá por hacerme su esposo. Ella es una muchacha romántica, terca, voluntariosa. Vive demasiado alejada del aturdimiento y de la corrupción de lo que ha dado en llamarse el gran mundo. Tiene gustos muy distintos de los de las demás muchachas de su tiempo y de su alcurnia. Le

encantan las flores, los pájaros y los goces de la familia, y le empalagan las pompas de las altas esferas, los triunfos de la coquetería y las intriguillas del amor de los salones. Apenas sonrío cuando yo no la miro, y apenas si aliena cuando yo no la hablo. Está herida de un amor fulminante. Los obstáculos, en todo caso, sólo pueden venir del lado de su mamá; pero la Marquesa viuda siente por su hija verdadera idolatría, y sería capaz de arrojarle por un balcón si tal cosa á la niña se le antojase. Además, muchas veces, hablando con otras señoras, he oído decir á D.^a Angela: «El mundo anda malo, y los hombres no andan mejores. Creen tener sobre nosotras una autoridad superior y extrema, derivada no sé de dónde, y esto me asusta hasta tal punto que, olvidándome de lo que debo á mi nombre y á mi raza, preferiría para Elvira un joven oscuro y honrado que la mimase, á un Príncipe que pretendiera hacerse cobrado de su mayor rango, desconsiderándola.»

Por lo que se refiere á mi competidor, estoy tranquilo. El Conde de Nul es todo un mamarracho. Tiene la cabeza larga y angosta, los ojos pequeños y verdosos, la barba lacia y raquítica, la nariz desparramada y el labio inferior caído como un girón de carne que pugna por desasirse de una cara ridícula. Estas irregularidades no están compensadas por determinadas excelencias de su parte moral é intelectual, pues intelectual y moralmente resulta

más odioso; no tiene entendimiento, ni co-razón.

Tampoco puedo temer que la revelación de algo en mí oculto tuerza la voluntad de la Marquesita, pues cuanto haya podido contribuir á enamorarla lo llevo por delante. Sabe que no soy aristócrata, aunque no cree que pertenezco á una familia tan humilde.

Comprenderéis ahora, padre mío, que lo de Elvira no es un espejismo, ni una ilusión, ni un sueño de poeta. Las nupcias, las verdaderas nupcias, el ayuntamiento de los corazones, el solemne pacto de las voluntades, celebradas están: sólo falta la boda oficial. Digo, esto contando con que realicéis el sacrificio que os reclamo, pues la pícara pulsera pudiera ser la piedrecilla que hace, á las veces, descarrilar el tren.

¡Por Dios, padre mío, que cosa tan pequeña no atravesase el camino á dicha tan grandel! ¡Por Dios, que pase de mí pronto esta zozobra mortal! Seis mil reales de más ó de menos no pueden mejorar, ni empeorar vuestra actual situación. En cambio... ¡pero para qué deciros nada si ya os lo he dicho todo!... Padre mío, venga ese nuevo sacrificio, y que venga á prisa. Inspiraos para realizarlo, no ya en vuestra solicitud paternal, si es que hoy mi recuerdo os afrenta ú os encoleriza; inspiraos en vuestras propias conveniencias de labriego codicioso. Figuraos que se trata de gastar unos cuantos cientos de duros en la última labor de escarda de un sembrado que promete riquísimas mieses.

Vuestro idolatrado, vuestro siempre idola-
trado hijo

LEONARDO.

Sevilla y abril 8 de...

.....

.....

P. D. Desde la cárcel.

Padre: Después de escrita y de cerrada esta carta y en el momento en que me disponía á salir á la calle para dejarla yo mismo en el correo, recibí una de Elvira, así concebida: «Señor mío: Aunque tarde, la Providencia se ha servido descubrirme los designios de V. Yo le creí un caballero y ha resultado un estafador. El estafador está perdonado: no irá á los tribunales seguido de las piezas de convicción de su delito. ¡Pero el amantel... ¡Ah! para el amante engañoso, indigno, falsario, habrá siempre en mi memoria un recuerdo odioso y en mi alma un grito de reprobación.»

La rápida lectura de esas líneas me hizo comprender, sin esfuerzo, toda la realidad del infortunio, que se atravesaba, para siempre, en el camino de mi existencia fatal. Por de pronto, no sentí las congojas del bien perdido, sino las ansias de una venganza enloquecedora, porque era indudable que en todo este asunto había de por medio una mano alevosa. Lancéme inmediatamente á la calle en averiguación de las circunstancias cuya concurrencia casual ó intencionada, de seguro intencionada, había

puesto de manifiesto á Elvira lo ocurrido con su pulsera, pues aunque la Marquesita no hablaba de semejante cosa en su carta, adivinábase fácilmente que sólo á ésta podía referirse.

Mis indagaciones no fueron infructuosas, ni de resultados tardíos, porque como *el traidor no es menester siendo la traición pasada*, la misma persona favorecida con la deslealtad, hizo públicos el delincuente y el delito. Supe, por lo tanto, desde los primeros instantes, que el autor de esta tragedia en que yo figuro como única víctima había sido... ¿quién diréis? había sido aquél á quien yo creía mi mejor amigo, aquél á quien consideraba casi como un hermano, ¡¡había sido Luisito, nada menos que Luisito!!

¡Oh, este miserable apenas abandonó mi casa el Jueves Santo, después de proponerme la venta de la pulsera, se fué derechamente á la casa del Conde de Nul, y le dijo con terrible descoco: «Supongo que os convendrá deshaceros de Leonardo Rosales, y yo puedo proporcionaros tan espléndida ventaja, sin que nadie adivine, siquiera, que habéis, de algún modo, trabajado para obtenerla.» Entonces le refirió íntegramente la historia de la pulsera, y añadió: «Si os parece, puede figurar como comprador una persona de vuestra confianza, vuestro mismo mayordomo, el cual, una vez perfeccionada la venta, recibirá de Leonardo (el pretexto ya lo buscaré yo) un papel escrito de su puño y letra, y en forma tal que siempre parezca y que-

de probada la ruindad de vuestro competidor. Después entregaréis ese papelillo y la pulse-
ra á la Marquesa viuda, y ¡*Tableau!* Pero Con-
de, estos favores no se hacen á *humo de pajas*.
El mundo es un gran mercado. Si aceptáis mi
proposición, compráis vuestro sosiego, desha-
ciéndoos de un rival poderoso, y el que com-
pra, paga. Yo os vendo algo más que una al-
haja ó una finca: os vendo un secreto de honor,
una ayuda eficaz para un negocio redondo, y el
que vende, cobra. ¿Entendéis?... ¡Hola, hola! En
vuestra mirada, en el movimiento de vuestra
fisonomía inteligente y jovial observo algo así
como señales de asentimiento, y aun una cier-
ta expresión que yo traduzco en esta frase: «lo
que falta ya es convenir el precio. ¡Vaya, decir
el precio!» Pues señor mío: lo que os ofrezco
vale quinientos duros. Sé que la revelación del
secreto la habéis comprado de balde, pues si os
place, podeis volverme la espalda, llevándoos
embutida la historia de la pulsera, y en paz.
Pero ¿y lo que queda por hacer para redondear
el negocio? En fin, Conde, medítad.» El Conde
no vaciló un instante, aceptó la tracción y el pre-
cio. Lo que ocurrió después ya lo sabéis.

¡Ah! cuando adquirí la certeza de cuanto os
llevo referido; juré tomar una revancha perento-
ria y sangrienta. Busqué por todas partes á Luis
Radio y al Conde de Nul; mi gusto habría sido
comenzar con el primero; pero tropecé antes
con el último, y en una revuelta de la calle de
la Concepción atravesé en pleno día el pecho

del Conde de Nul con el acero de mi florete. El Conde cayó bañado en sangre, yo no pretendí huir, la multitud nos rodeó, y atado codo con codo fuí conducido por los agentes de la autoridad á presencia de la justicia.

Sr. Lorenzo Rosales: ya tenéis á vuestro hijo con la carrera concluída. Gran carrera: ¡carrera de estafador y de asesino! Ya tenéis á vuestro hijo mucho mejor de lo que podíais apetecer: deshonorado y en la cárcel. «¡Esa es tu obra!» excluiréis. No, esa no es mi obra; no es ni siquiera la de la fatalidad. Esa obra, buen hombre, es, sencillamente, la vuestra. Sí, la vuestra, porque, ¿con qué derecho me arrebatasteis del seno de esos campos bienhechores, de esa soledad amiga, de ese hogar aquietado, henchido de sencillas venturas y de cristianas memorias donde yo nací, donde debía vivir, donde vivieron y murieron tranquilamente todos los míos, para lanzarme á las borrascas y á las ignominias de la vida desasosegada, impura y peligrosa de las grandes ciudades?... ¡Estudiar, estudiar!... ¿Estudiaron vuestros antepasados? Vuestro bisabuelo guardó cerdos; vuestro abuelo tuvo quién se los guardara, pero trató en ellos; vuestro padre compró con los cerdos tierras, que el pobrecito á fuerza de sudores descuajó, haciendo fértiles vegas de montes vírgenes, cuajados de pinastros y retamas. Y sin embargo, todos vivieron felices, teniendo siempre á los suyos en la mesa común y bajo el común techo. Vos mismo habéis cabado y habéis arado con la propia azada

y la propia reja con que cabó y aró vuestro padre; habéis visto discurrir los días en hermosa paz sin otro deseo, á cuya satisfacción constantemente ha ocurrido la naturaleza próspera, sin otro deseo que llenar todos los agostos vuestros graneros y aumentar todos los bienes vuestra heredad. ¿Por qué á la vista del camino donde alcanzasteis y alcanzaron los vuestros reposo y honra habéisme empujado en dirección á una senda distinta? ¿Qué es lo que obró en vuestro ánimo para conducirme del cortijo á la universidad? ¿El amor al hijo? ¡Pardiez, no! No fué el amor al hijo; fué la vanidad de padre. Un día mirasteis hacia vuestros progenitores, os encontrasteis con un porquero por tronco del árbol genealógico, y dijisteis: «¡vaya un origen sucio! esto no se puede aguantar; es necesario subir el nivel de la familia;» y me tomasteis á mí por *ánima vili* para el ensayo. ¡Ah! y si al menos hubieseis cuidado luego de mi educación!... si hubieseis tenido una ingerencia saludable y continua en la marcha de mis estudios!... ¡si en vez de pedirme, desplegando un rigor paternal impropio, las cartas de Elvira para solazaros estólidamente con los amoríos de un bellaco y una Marquesita, hubiéraisme exigido todos los años los certificados de prueba de curso!... ¡si... ¡Pero, padre mío, qué es lo que estoy diciendo! Padre mío, perdonadme. Creedlo, os lo imploro; yo estoy loco. Sí, creedlo; mirad que os lo digo en un momento en que la razón, sacudiendo briosamente las bru-

mas que le disputan la luz con tenaz imperio, hace un último sacrificio por triunfar y revivir... ¡Reconveniros, insultaros! ¿Es esto lícito? ¿es esto cuerdo? ¡Cómo! ¿Desde cuándo el ofensor puede constituirse en juez del ofendido? ¿Desde cuándo puede el reo pedirle cuentas á su juez? Vos sólo sois mi tribunal y mi víctima, y vos sois el único que tiene derecho á quejarse y á perdonar. ¡Oh padre cariñoso y malaventurado, cuán tristemente he respondido á vuestros desvelos y á vuestros afanes! Me disteis medios de sobra para mejorar mi condición. ¡Qué culpa tenéis vos si con esos mismos medios con que debí construirme un palacio me he construído una tumba!

Ahora, ahora es cuando comprendo vuestra grandeza, vuestra ternura, vuestra magnimidad; lo que me habéis querido, lo que me habéis amado, ahora, ¡ay de mí! cuando no puedo remuneraros, corresponderos, ahora, en el momento mismo de morir. Sí, de morir, porque estas tragedias tienen su desenlace de pie forzado. Sí, porque cuando se vive como yo he vivido, sólo es posible la redención satisfaciendo uno por su propia mano á la vindicta pública.

Pero ¡ah! mi primer lágrima y mi último pensamiento serán todo enteros para vos. ¡Ah! cuando el arma amiga abra su boca cerca de mi inquieta sien, repercutirá en vuestro corazón el dulce eco de esta postrera voz escapada del pecho agonizante de vuestro infeliz Leonardo: «¡¡Padre mío!! ¡¡Padre mío!!»



III

Del número 1.147 de la A. M. R. á un señor catedrático de lugares teológicos.



SEÑOR: Aunque ciño al cinto espada, alma en el cuerpo embutida llevo, y despojado de la entonación zahareña propia del hombre de los campamentos, acércome anheloso á vuestra paternidad conspicua y reverenciable, en consulta de uno, al parecer, muy serio caso de conciencia.

Ya sabrá V., pues la noticia pertenece al dominio público, que existe en el reino, desde hace algunos años, una asociación militar republicana, cuyo noble esfuerzo se dirige á procurar por los medios posibles el provecho de los asociados. Se trata, en suma, de una sociedad cooperativa, si no consentida por la ley, sustentada sobre los más rudimentarios principios de la ciencia económica. Pero tales cen-

suras contra ella se fulminan, y de tal suerte somos sus miembros tratados y perseguidos, que yo, en mi rectitud caballeresca, he llegado á temer si un acto que juzgaba, y aún juzgo meritorio, puede llevar en su fondo ocultas más ó menos graves responsabilidades; por lo cual me alzo del propio dictamen al consejo de V., maestro en una ciencia trascendente y pródida que estudia al hombre en su parte íntima, y abarca, domina y define cuanto se refiere á nuestra personalidad moral.

Decidido como estoy á resolver mis dudas, no con arreglo á lo que yo pienso, sino con arreglo á lo que V. diga, parecería natural que aguardase sus razones; pero protestando no contradecirlas, empiezo por enviarle las que tengo para creer que ni delinco, ni pecho, obrando como obro.

El establecimiento de la A. M. R. no ha sido inspirado por ningún odio personal contra hombre, poder, ni gobierno determinados, y en eso estriba su mayor defensa. A nosotros lo mismo se nos da Rey que Roque, Juan que Pedro, y apuntamos á la cabeza del que gobierna, no porque se llame *así ó asado*, ni porque lo haga en nombre de tal ó cual idea, sino porque están los cubiertos contados en todas partes, mayormente en el festín de los Dioses, y si, tarde ó temprano, todos han de gozar, como es muy justo, de lo que el tiempo ofrece y el mando produce, hácese preciso, desgraciadamente, aquello de «quítate tú, para que me ponga yo.»

Lo censurable, en verdad, sería que nosotros viviéramos ociosos. Pues no señor; lo censurable, á lo que se observa, es que procuremos buscarnos ocupación dentro de nuestra carrera. El médico, á la vista del paciente y de la familia, puede alargar las enfermedades para aumentar el número de las visitas, y con el de las visitas el de los estipendios; el abogado puede intentar con los negocios lo que se hace con las tablas: desdoblarlos, para sacar de uno solo, muchos incidentes y dejar en la espina al pobre litigante. Esto no sorprende; debe ser quizá cosa corriente. En cambio, sublévase la conciencia nacional porque nosotros fomentemos sediciones y asonadas, como si ¡oh míseros! no tuviéramos nosotros el derecho de vivir del ejercicio de nuestra muy noble profesión.

Pero oigo que murmuran á mi oído: Señor Mil-ciento-cuarenta y siete de la A. M. R.: con arreglo á la lógica de V., cualquier émulo de Caco puede volverse á sus jueces, gritándoles: detened, detened el brazo vengador de vuestra justicia; yo no robo; yo soy un pobre hombre que no quiere estar ocioso, y que se desvive por procurarse trabajo dentro de su carrera de ladrón.

Francamente, semejante modo de argüir sería desatinar, porque entre las carreras del Estado se registra la de las armas, no la de ladrón, y yo no sé cómo pueden ejercitarse las armas sin mover jarana.

Mucho nos holgaría y viniéranos en gusto

ganar prez y provecho echando bendiciones, no repartiendo mandobles; pero alguien ha de repartirlos, y pues las artes de la guerra realizan un fin social como las bellas artes, aliéntenos á los que las cultivamos, ensalzando nuestra abnegación, que abnegación hay en abrazar un estado que reporta á la masa común innúmeros beneficios é impone á quien lo profesa el penoso deber de ganarse el pan, el miserable pan con la sangre de sus venas.

Esos señores de la política que hacen con nosotros lo que con los licenciados de Cuba hace en Santander la gente de Puerta de Tierra y en Madrid cualquier subdelegación del Mesón del Peine, timarnos el poder de la revolución triunfante—triumfante por el solo esfuerzo material de nuestra tizona,—reconociéndonos luego un gradillo en recompensa de nuestro sometimiento al brazo civil, ó sea cambiándonos plata por perdigones; esos capitalistas que en nombre de los intereses sociales piden mucho reposo, y en verdad que lo han menester, para comerse las pingües rentas de su hacienda, de una hacienda acaso conquistada en una ruin arteria bursátil, ó á la cabecera de un moribundo, forzando la mano del testador en la institución de heredero, ó por medio de la deshonra, convirtiendo el propio tálamo nupcial en objeto de granjería; esos que pescan truchas á bragas enjutas, que suben en volandas á la cucaña ministerial, que medran y no arriesgan; esos, esos son los verdaderos perturbadores,

los grandes pícaros, no nosotros que llevamos siempre la cabeza mal sujeta del cuello, para pagarle con ella al poder existente su victoria, si nos sale mal la jugada.

Bueno que se nos fusile si tropezamos; pero denigrarnos, escarnecernos, ¿por qué motivo? ¿Acaso hay nada más heroico, más encantador en esta España de Mazzantini, que el jugarse la vida á cara y cruz? Nosotros no somos jugadores de ventaja, como la gente política, ni hacemos la buena ventura, como la gente diplomática. Nosotros nos salimos á lo ancho de la calle, nos ponemos en medio del arroyo y le decimos al majo Francisco Estéban (aquí el majo Francisco Estéban es siempre el Gobierno:) ¡Ea, defiéndete, que á por tus dominios vamos! Esto es sublime, caballeresco, digno de la musa del inmortal autor de la Araucana. Es, hasta católico, apostólico y romano, pues el propio Pidal, jefe del ultramontanismo en nuestro país, y además camarlengo de Cánovas, el infalible jefe de los conservadores, lo ha dicho recientemente de un modo terminante: entre el que ataca la legalidad existente en este recinto (las Cortes) y el que la combate desde la barricada ó la montaña, hay la diferencia que media del cobarde al héroe; del criminal al adversario noble.

Es sensible, sin embargo, y ya verá V. como no me callo nada, es sensible que vertamos tanta sangre y despilfarremos tanto valor en luchas civiles, no más que en luchas civiles;

pero ¿hemos construído nosotros el mapa, hemos creado la geografía, hemos puesto á España en el sitio donde se encuentra? Dado que España no puede ó no quiere ó no ostenta razón para entablar reivindicaciones territoriales, y dado que nosotros no podemos vivir sin ejercitar nuestra profesión, ó lo que es lo mismo, sin armar gresca, claro se está que no pudiendo armarla contra los extraños, tenemos que armarla dentro de la propia casa.

Pero se nos dirá: «no ejerzan VV. la profesión.» ¡Calabaza! esto en conciencia no se nos puede pedir. ¡Renunciar al pan y al ascenso! ¿Quién renuncia á los progresos legítimos de su carrera? El juez quiere ser magistrado; el joven de lenguas quiere ser Embajador; el presbítero quiere ser Arzobispo. ¡Ah, y es menguado que el alférez quiera ser General! No, no, nosotros también somos hijos de Dios; nosotros también somos españoles. Que no podemos subir sin pegar: ¡cierto! Pero no es culpa nuestra, sino del oficio.

Tan evidente es nuestro derecho, que en parte ha venido á proclamarlo más de un hombre de Gobierno, al reconocer que estamos mal, que merecemos estar mejor, y que las cuestiones militares constituyen en nuestro país el más grande de los problemas contemporáneos. Vamos, ¡hasta se ha pensado en aumentarnos el sueldo! La intención es magnífica, pero la medida ineficaz; ineficaz, porque decirle á un alférez que se va á jugar la cabeza por una coro-

nelía, ó á un capitán que va á jugársela por una faja: «Muchacho: toma diez, ó quince, ó veinte duros más cada mes y lárgate,» es lo mismo que si el jefe de una timba por temor de ser súbitamente desbancado, le dijese al punto que se ha echado cinco mil duros en la cartera para perderlos ó quintuplicarlos: «coge un puñadillo de pesetas de la *cabecera* y no me apuntes.»

La cuestión militar, con efecto, constituye entre nosotros un problema gravísimo, y de tal índole grave, que quien menos puede hacer para resolverlo, aunque la voluntad le sobre, es el Ministro del ramo. La pícara geografía nos ha dejado una puerta abierta, una sola, para penetrar en tierra extraña, en Marruecos, y poder conseguir, con mayores ó menores fatigas, un aumento territorial. Pues bien; lo que no podría acometer con éxito en punto al mejoramiento del ejército español un sabio Ministro de la Guerra, podría acometerlo un regular Ministro de Estado, preparando por medio de una gestión diplomática, hábil y activa, nuestra intervención belicosa en los asuntos del Imperio marroquí. Ahí, ahí, es donde está la solución.

Que se nos busque por quien, al menos, obligación tiene de intentarlo, ocupación en empresas audaces, y ya se verá como lo que sentimos, es la necesidad del motín, no el amor al motín.

Se nos compara, para sacar tristes deducciones en nuestro daño, con los ejércitos de otros países, sin hacerse cargo de lo que influye sobre un mismo organismo y una misma institución

la diferencia del medio social, de la cuestión geográfica, del estado político y de las exigencias propias y las facultades geniales de cada pueblo. Alemania y Francia están condenadas por la Naturaleza á una eterna revisión de las fronteras del Rhin, y cada seis, cada diez, cada veinte años promueven el correspondiente interdicto, la una de recobrar, la otra de conservar la posesión; y como todo interdicto cuando figuran como partes pueblos enteros no se resuelve sobre la mesa del juez, sino sobre los campos de batalla, el ejército francés y el ejército alemán andan el uno á la vista del otro acechando el momento de embestirse y destrozarse. Italia ha tenido hasta hace poco, lejos de sí, un enemigo implacable: el Austria, y un poder extranjero dentro del mismo recinto de su Península: el Pontificado. Su independencia nacional está conseguida, pero no consolidada, y en tanto que el ejército italiano ha necesitado y puede volver á necesitar esgrimir el acero contra gente de fuera de casa, no ha dispuesto, ni dispone del mayor tiempo y del mayor motivo para armarla de camorra contra los suyos. Austria, entre los dos grandes colosos del Norte, con un pedazo de Polonia mal prendido á su corona; recelosa del espíritu nacional húngaro, si amansado no abatido todavía, y bajo la amenaza de las complicaciones que puede crearle la ingerencia rusa en los Principados danuvianos; Inglaterra, con muchas posesiones lejanas que guardar fuera de su recinto nacional, y con cua-

tro soldados mercenarios para que los guarden; Holanda, temerosa de que consumada la extinción de su actual dinastía, hecho funestísimo del que puede ser presagio y aun comienzo la reciente pérdida del Príncipe real, caiga sobre sus dominios el Gran Canciller con el furor de una ave de rapiña; Bélgica, obligada á servir de cruzero á los ejércitos beligerantes, siempre que vienen á las manos las gentes del Norte y del Mediodía; en fin, casi todos los países de Europa tienen ó que temer por su integridad ó ensanches territoriales que esperar de su grandeza y de su posición geográfica. España es el único país, el único que nada puede codiciar de nadie, ni objeto puede ser tampoco de la codicia ajena. Estamos seguros en nuestra casa, pero no podemos salir de ella; y es preciso renunciar á los triunfos militares, ó hay que contarlos por otras tantas tiras menos de nuestro mismísimo pellejo. Medítenlo seriamente los poderes públicos. Es preciso, repetimos, cerrar la Academia general de Toledo é ir amortizando plazas de oficiales en los regimientos, ó hay que reconocer, aunque se nos cobre en sangre la jugada cuando perdemos el albur, hay que reconocer que no nos queda más remedio que conspirar.

Sí, desde el instante en que nuestro país, bajo el punto de vista del interés territorial, constituye una excepción dentro de las demás naciones europeas, debemos convenir en que el ejército español no puede parecerse á ningún otro ejército del viejo continente...

Tales son, respetabilísimo señor teólogo, las razones que tengo, ó mejor dicho, que tenía para creerme muy á gusto de mi conciencia y de mi honra entre los caballeros de la A. M. R. Pero como ya que arriesgue la vida no quiero arriesgar el alma, en manos de V., cuya imparcialidad y cuya sabiduría no pueden equivocarle, pongo la resolución de mi conducta ulterior, y su consejo serenamente espero para ratificarme ó rectificarme.

EL 1.147.





IV

De un fabricante de barajas á un fabricante de libros.



E escribo para enviarte, por vía de aguinaldo, la adjunta libranza, y deploro la poquedad, pero cuando es larga la familia, por mucho que uno tenga, resulta excesivo todo desembolso.

Además, cada día te haces menos acreedor á mi protección, pues es mayor cada día, á lo que observo, tu resolución de continuar en ese enervante amancebamiento literario, en esa relación de intimidad con las musas en que vives desde lengua fecha, engendrando hijo tras hijo, es decir, libro tras libro, que aumentan tus necesidades y no te dan prez.

Si, al menos, no estuviese mi ejemplo tan cerca de ti, ¿por qué no lo imitas?... Mírate, mírame, compara y véncete...

Tú ejerces un ministerio. Yo exploto una industria. Tú vuelas, yo rastreo. Tú cantas, yo trago. Tú vives entre musarañas, yo vivo en el *confort* de una casa cómoda. Pues tú estás pobre y yo estoy millonario. ¡Qué argumento éste para decidirte á abandonar el campo estéril, la región azul, el alero del tejado del Parnaso, el dominio de la literatura! Pero lo que no va en dinero va en gloria, dirás. ¡En gloria! maldita la que puedan proporcionarte artículos y poesías, poemas y novelas que nadie lee.

«Tú aumentas tu patrimonio, el tuyo exclusivamente; en cambio yo ilustro, popularizo, perpetúo el nombre de nuestra familia.» Por ahí me sales siempre. Pero esto no es exacto. Aparte de que el olvido se revela valerosamente, y siempre con éxito, contra todo conato de inmortalidad, las veleidades de la moda, soberana también dentro de la jurisdicción del arte, no dejan envejecer á ninguna reputación, y un día queda en el abandono del público el ingenio que el día antes constituyó el blanco de su admiración y el objeto de su culto.

Bécquer ha sido durante largo tiempo (y para ello necesitó empezar por morirse) poco menos que el poeta nacional, el gran lírico, el Jorge Manrique de la edad presente. Pues la última edición de sus obras está intacta; sus versos, modelo de ternura, suenan ya como notas de una ridícula sensiblería; y aquellas golondrinas tan amadas del músico, que arrullaron tanto sueño de niña y jugaron en el teclado del

piano de cada hijo de vecino, empiezan á parecer animalillos alados, pegotosos, repugnantes y feos, como si fueran moscas. Zorrilla, el hombre mimado de las musas, el ídolo de las Españas, el único poeta ibero que, según el juicio de mucha gente, ha llegado á tutearse con Homero, con Píndaro y el Tasso, anda por esos mundos de Dios, á salto de mata, huyendo de la celebridad de Velarde, y temiendo que el día menos pensado cualquier crítico ilustre, una semana antes de volverse loco, pretenda echarle encima á Cavestany ó López Bago... Trueba, el pintor de cuadros de género, el narrador sencillo y elegante de la historia del campo y de la aldea, había conseguido una popularidad que muy pocos alcanzan, cuando Pereda estaba harto de escribir sin que nadie lo conociese, fuera de los habituales lectores de *La Aveja Montañesa*. Pues el que el año 60 pasaba por discípulo es hoy el maestro, y el autor de *Los Hombres de pro* no vive tanto de su propia fama, que ya es mucha y merecida, como del olvido del autor de *Mari-santa*.

Ya ves, hermano, cómo el público las gasta, y eso que tú no eres Bécquer, Zorrilla ni Trueba. ¡Perpetuar el nombre de la familia! Que se te quite de la cabeza. ¡Si tal cosa la dijese yo! Yo, puedo con el ahorro de un año, con el ahorro de los rendimientos de esta prosaica industria que me envanece, construir un establecimiento piadoso: un asilo de huérfanos, una casa de maternidad, un instituto oftálmico, y mientras

las fincas que constituyan su dotación no perezcan por las vicisitudes del tiempo, ó no las acapare la codicia de un Estado detentador, vivirá mi nombre, nuestro nombre, el nombre de nuestra familia. ¡Pero la perpetuidad literaria! ¡Voto va Deo! ¿Qué libro, por hermoso que sea, fuera del *Quijote*, ó algún otro, resiste el fastidio de una generación?

Ruido, meter ruido; fama, ganar fama; ¿crees tú que esta es para ti empresa más fácil que para mí? Tú acabas de hacer una edición de cartas literarias, muy bien escritas, sí señor, muy bien escritas. ¿Pero y qué? Acaso hayas necesitado empezar por vender alguna alhaja para el costeo de su publicación, sin conseguir otra cosa que el aplauso mercenario de cuatro aficionados, á quienes, para que te lean, habrás provisto gratis de los ejemplares correspondientes. Entretanto, yo hago una edición de cartas anti-literarias, y todo el mundo me lee, adquiero notoriedad, y lleno mi gabeta de pesos fuertes. ¡Observa, pues, lo que va del fabricante de libros al fabricante de barajas!

¡Cartas! ¿Puede haberlas más famosas que las mías, ni aun entre las mejores que escribieron Juan de Avila, Santa Teresa, Solís y Nicolás Antonio? Yo estoy á la cabeza de los legítimos representantes del género, por más que el olvidadizo Sr. D. Eugenio Ochoa me omitiera en el Epistolario con que ha enriquecido la Biblioteca de autores españoles.

Pero exclamarás: «Sea como sea, yo ejerzo,

por medio del libro, un sacerdocio augusto. El escritor honrado, independiente, cáustico y reflexivo, es el gran sacerdote, el gran moralizador de la sociedad moderna. Realiza la belleza y el bien.»

Pues lo niego igualmente. Para gran moralizador, para auxiliar, cuando menos, y auxiliar poderoso de la justicia humana, también estoy yo aquí. Mira, hermano: pretender ordenar las costumbres escribiendo dramas, artículos y novelas contra el adulterio, el rapto, la poligamia, la orgía, sería encarecer la tinta, hacer subir inútilmente el precio de la botella de ese miserable líquido al precio de la botella de Jerez. Excitar la munificencia de los avaros con versos, y la mansedumbre de los orgullosos con capítulos de leyendas sentimentales, sería tanto como prometerse romper el mármol al choque del vidrio y ablandar la fiera arrojándole flores. No; mientras el viejo verde y el zagalillo aristocrático tengan dinero, el tálamo ajeno seguirá bloqueado, y la doncellez de las jóvenes huérfanas, candorosas y necesitadas, comprometida. El loco, sólo por la pena es cuerdo: la letra, sólo con la sangre entra; y yo, por medio de mis barajas, tentando la codicia de los orgullosos y de los avaros con la deslumbrante perspectiva del vicio para llevarlos al despeñadero, al tapete; y arruinando Condes, Duques, hijos de buena casa y calaveras de buen tono, contribuyo en mayor medida que todos los presbíteros y los escritores juntos, no ya á mo-

ralizar las gentes, porque esto nadie puede conseguirlo, pero, en fin, á castigarlas.

Soy, además, el gran abogado, el gran amigo del cuarto estado. Vosotros os descalabazáis en el Ateneo y en esas redacciones de periódicos, buscándole vado á los conflictos sociales, y yo desde el hermoso retiro de mi jardín enriquecido con todos los árboles de la *flora asiática*, y desde los divanes de mi salón adornado con mosaicos de Florencia, cortinajes argelinos y cuadros de los primeros artistas, ayudo también, y sin devanarme los sesos, en una medida que vosotros no lográis alcanzar, al mejoramiento de las clases desheredadas. Porque, Jacinto, ténlo entendido, desde que en España se viene hablando y trabajando en favor del cuarto estado, sólo se ha hecho para mejorar su suerte una cosa de provecho: la desamortización. Ya que cada criatura no pueda tener el mismo dinero, siquiera que la moneda no se estanque, que vaya y venga, que circule, que ruede. Todo lo que fuera de este camino se busque, será inútil. Contra el problema social no existe otra arma que la desamortización. Y francamente, ni entre los legisladores del 20, ni entre los del 36, puede haber nadie capaz de pujarme á mí la plaza de desamortizador; á mí que poseo una fuerza impulsiva extraordinaria para volver la fortuna en cualquier dirección; á mí, que con el auxilio de *mis producciones*, logro en una noche dejar pobre al Duque, al banquero, al prestamista, y ha-

cer del último tahir un espléndido burgués.

Nada, Jacinto; desde cualquier lado que me mires y bajo cualquier punto de vista que me observes, hallarás que te doy tres y raya, y te convencerás de que el prosaico fabricante de barajas está por encima, muy por encima del ilustre fabricante de libros.

¡Dinerol!... No hablemos de eso: es asunto pasado en autoridad de cosa juzgada... ¡Nombre! A ti te conocen cuatro amigos, y á mí todos los españoles; cuando menos todos los españoles de la *high-life*... ¡Influencia!... Yo la ejerzo en los altos y pequeños círculos; tú, en ninguna parte... ¡Glorial!... La mayor gloria de un escritor debe consistir en sentarse en la Academia de la Lengua; pues en ese gran templo, antes entraré yo que tú. Déjate de suspicacias y de ilusiones: *antes*, ¡he dicho *que antes!* ¡Cómo! ¿No has leído, por ventura, la carta de Alfonso Daudet contra los Inmortales de París? El distinguido autor de *Nabab* ha llegado á demostrar sencillamente lo gráfico de la definición que daba Voltaire de la Academia Francesa, diciendo que era «una corporación donde entraban títulos, Ministros, prelados, gente de toga, geómetras, médicos y hasta literatos.»

Pues bien: en España no han ido nunca las cosas mejor que en Francia, y ahora sí que viene oportunamente aquello de «cuando las barbas de tu vecino veas pelar...» Es decir, á tus vecinos, Dumas, Balzac, Michelet, Teófilo Gautier, les dió la Academia Francesa con sus

puertas en los hocicos; en cambio, se las abriría de par en par al cronista (¿?) de algún Tenorio con corona ducal ó al jefe de la contabilidad de las dependencias particulares de algún banquero improvisado. ¡El dinero! Siempre el dinero, en todos tiempos y en todas partes; y como tú no lo tienes y lo tengo yo, si alguna vez alguien de la familia penetra en la Academia Española, ese seré yo, pero no tú.

Jacinto, basta ya. En nombre de la justicia y como homenaje debido á la tradición, al gusto reinante y al éxito, le pide paso, y paso franco, el industrial, al literato; el autor de barajas, al autor de libros.

Tu hermano,

PEPE.



ÍNDICE

PÁGINAS

DEDICATORIA.	
PREFACIO	I

Correspondencia parlamentaria

CARTA I.....	9
— II.....	20
— III.....	29
— IV.....	39
— V.....	49
— VI.....	58
— VII.....	63
— VIII.....	69
— IX.....	75
— X.....	83
— XI.....	97

Correspondencia amorosa

CARTA I.....	123
— II.....	130
— III.....	144
— IV.....	153
— V.....	160
— VI.....	175
— VII.....	168

		<u>PÁGINAS</u>
Correspondencia sociológica		
CARTA	I.....	173
—	II.....	179
—	III.....	204
—	IV.....	215
—	V.....	245

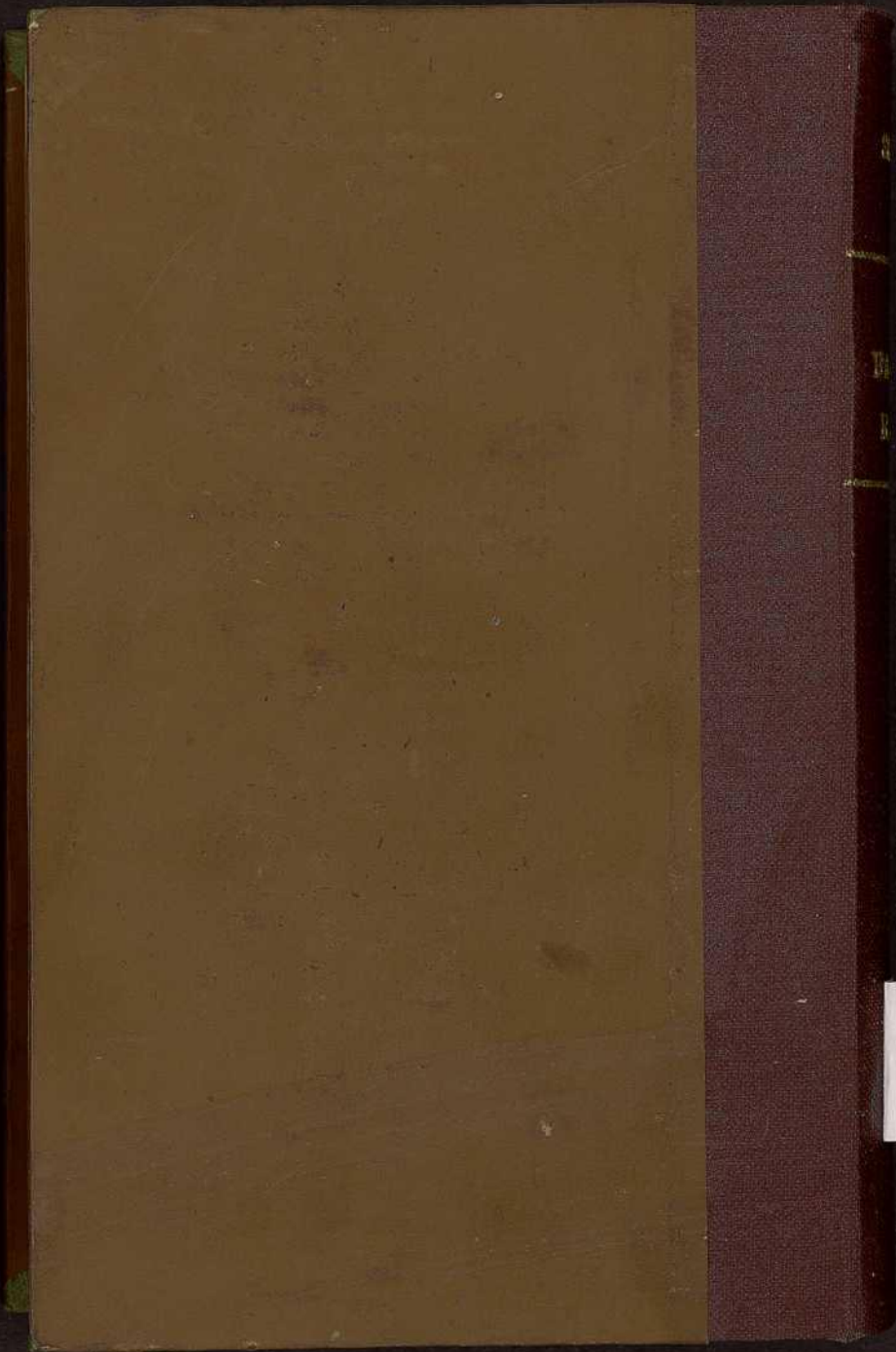
Correspondencia histórica		
CARTA	I.....	253
—	II.....	258
—	III.....	268
—	IV.....	275
—	V.....	280
—	VI.....	288
—	VII.....	295

Correspondencia rural		
CARTA	I.....	301
—	II.....	303
—	III.....	305
—	IV.....	308
—	V.....	310
—	VI.....	314

Cartas sueltas

Del jefe de una diócesis política al Ministro de***, el mayor de los metropolitanos.....	325
De un estudiante á su padre.....	366
Del número 1.147 de la A. M. R. á un catedrático de lugares teológicos.....	388
De un fabricante de barajas á un fabricante de li- bros.....	399





SIGURA

LA
BALIA
ROTA

3.829